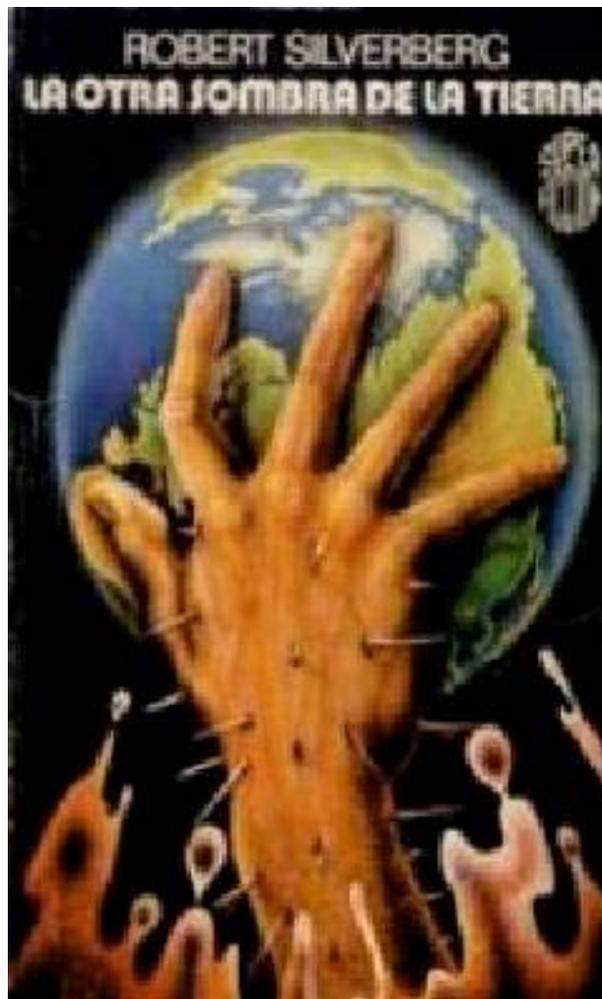


LA OTRA SOMBRA DE LA TIERRA



Robert Silverberg

Título original: Earth's other shadow
Traducción: Amparo garcia Burgos
© 1973 By Robert Silverberg
© 1971 Ediciones Martínez Roca S.A.
Gran vía 774 - Barcelona
ISBN: 84-270-0649-7
Edición Digital: Palazón
Revisión: Kitiara
R6 02/03

ÍNDICE

Algo salvaje anda suelto

Ver al hombre invisible

Ismael enamorado

El día en que desapareció el pasado

Hacia la estrella oscura

Los colmillos de los árboles

El poder oculto

La canción que cantó el zombie

Moscas

ALGO SALVAJE ANDA SUELTO

El vsiir subió por accidente a la nave que se dirigía a la Tierra. Desde luego, su intención no era tomarse unas vacaciones en un planeta tan húmedo y tristón como la Tierra, pero estaba en su fase de metamorfosis, sufriendo ese período de cambios faltos de disciplina que se inician al llegar el invierno, y tan avanzado en el espectro que los ojos terrestres no podían verle. Claro que un observador realmente adiestrado habría podido observar una pequeña mota púrpura y deslizante que parpadeaba de vez en cuando, una especie de ronquido cuando el vsiir salía por algún momento del ultravioleta, aunque para eso debería saber dónde y cuándo mirar. El miembro de la tripulación responsable de la entrada del vsiir en la nave jamás consideró siquiera la posibilidad de que algo invisible estuviera durmiendo sobre una de las cajas del cargamento que era introducido en la bodega. Se limitó a pasar junto a la fila de cajas, asegurar los nudos de los flotadores de cada una! hacerlas resbalar por el pozo de gravedad que llevaba a la abertura. La quinta caja que entró era la que el vsiir había elegido para echar una siesta. El astronauta ignoraba que concedía un viaje gratis a la Tierra a un organismo extraño. Tampoco lo supo el vsiir hasta que la bodega fue sellada y una atmósfera de oxígeno y nitrógeno empezó a sisear desde los ventiladores. No eran los gases que él solía respirar pero, como estaba en la época de la metamorfosis, pudo adaptarse rápidamente y sin molestias a los vapores amargos que se introducían en sus células metabólicas. El paso siguiente fue disponer una especie de cuadro del espectro completo a fin de conocer lo que le rodeaba. Al cabo de unos minutos el vsiir era consciente de que:

a) Se hallaba en un lugar grande y oscuro en el que había muchas cajas llenas de productos minerales y vegetales de su mundo, especialmente ramas del árbol de fuego verde, pero también algunas otras cosas cuyo valor resultaba incomprensible a un vsiir.

b) Que un muro doble de metal curvado rodeaba el lugar.

c) Que más allá de este muro había una zona carente de atmósfera, tal como la que se encuentra entre un planeta y otro.

d) Que todo este sistema cerrado sufría aceleración.

e) Que, en consecuencia, se trataba de una nave espacial que rápidamente se alejaba del mundo de los vsiirs, que ya estaba a una distancia de diez diámetros planetarios, y que la separación crecía por segundos de modo alarmante.

f) Que sería imposible, incluso para un vsiir en estado de metamorfosis, escapar de la nave una vez llegado a este punto.

g) Y que, a menos que lograra persuadir a los tripulantes de la nave para que se detuvieran y retrocedieran, se vería obligado a sufrir un viaje largo y molesto a un mundo extraño y probablemente odioso, donde la vida sería por lo menos inconveniente y podía suponer grandes peligros. Se hallaría penosamente separado del ritmo de su propia civilización, se perdería el Festival de los Cambios, se perdería el Santo Eclipse, no podría tomar parte en la siguiente Marea de Primavera, y sufriría de mil modos horribles.

Había seis humanos a bordo de la nave. Extendiendo sus perceptores, el vsiir trató de llegar a sus mentes. Aunque los humanos llevaban ya muchos años acudiendo a su planeta, jamás se había preocupado por establecer contacto con ellos. Pero es que antes no se había visto nunca en tan grave problema. Envió un nebuloso tentáculo de pensamiento a registrar los corredores, buscando huellas de inteligencia humana. ¿Aquí? Un resplandor de actividad eléctrica en una esfera de hueso: una mente. ¡Una mente! Y una mente ocupada. Pero rodeada por un muro, al parecer. El vsiir trató de traspasarlo y fue rechazado. Lo cual le resultó turbador y le asustó ¿Qué clase de seres eran estos cuyas mentes estaban cerradas al contacto normal? El vsiir continuó buscando por toda la

nave. Otra mente. Y también cerrada. Y otra. Y otra. El vsiir sintió que le invadía el pánico. Su mente tembló, sus radiaciones de energía bajaron más aún en el espectro visible; luego se agitaron nerviosamente hacia ondas mucho más cortas. Incluso su forma física experimentó una serie de metamorfosis involuntarias, rápidas, con gran apuro por su parte. No recuperó el control de su cuerpo hasta haber pasado de esférico a cúbico, y luego a caótico, y hasta haberse convertido en una fina red de tentáculos fibrosos, unidos solamente por la fuerza pulsadora del ego. Se obligó con firmeza a volver a la forma esférica y reanudó la búsqueda por la nave, advirtiendo con gran consternación que, para entonces, su mundo nativo se hallaba ya a media unidad estelar de distancia. No le quedaban esperanzas, pero siguió insistiendo en tantear las mentes de los tripulantes, aunque sólo fuera para agotar todas las posibilidades. Sin embargo, aunque estableciera contacto, ¿cómo podría comunicar la naturaleza de su problema? Y aun en el caso de comunicarla, ¿por qué iban a estar dispuestos los humanos a ayudarlo? No obstante, siguió buscando por la nave, y...

¡La había encontrado! ¡Una mente abierta! No había muros en absoluto. ¡Un verdadero milagro! El vsiir se apresuró a establecer el contacto íntimo, abrumado por el gozo de la sorpresa, explicando a toda prisa su problema:

—Por favor, escúchenle. Desdichadamente, un organismo no humano se ha introducido de manera accidental en esta nave durante la carga. Está metabólica y psicológicamente inadecuado para la vida prolongada en la Tierra. Se disculpa por las molestias que pueda ocasionar y desea un pronto regreso a su hogar, al planeta que dejamos atrás; lamenta los trastornos en el plan de vuelo de la nave, pero confía en que no será imposible concederle este gran favor. ¿Comprende mi mensaje? Desdichadamente, un organismo no humano se ha introducido de manera accidental...

El teniente Falkirk disfrutaba de su primer período de sueño después del despegue. Se lo había merecido. Se había agotado vigilando las mercancías durante la operación de carga, asegurando los nudos de los flotadores de cada caja y pasando la información de tránsito a la computadora. Ahora que la nave circulaba ya por el espacio, podría disfrutar de algún descanso, mientras el resto de la tripulación se ocupaba de las tareas de vuelo. Así que, tan pronto como estuvieron en camino, se instaló para seis horas en su litera. Bajo él, los seis aspiradores de gravedad giraron en torno a sus ejes, anulando la inercia e intensificando la aceleración, y la nave se lanzó hacia la Tierra a una velocidad que alcanzaría el nivel galáctico antes de que Falkirk se despertara. Se hundió en la somnolencia. Un buen viaje. Suficiente madera de fuego verde en la bodega para que la Tierra venciera una docena de ataques de la plaga molecular y, además, muchas otras medicinas en potencia, junto con una gran cantidad de muestras minerales interesantes, y... Falkirk se quedó dormido. Durante media hora, disfrutó de un dulce sueño, la mente libre, el cuerpo relajado.

Hasta que una pesadilla espantosa se introdujo en su cerebro.

Una luz de un púrpura intenso, cálida y sombría. Algo resbaladizo que tantea los bordes de su cerebro. Él yace sobre una losa blanca, en un desierto quemado... Incapaz de moverse... Cada vez le resulta más difícil respirar. La gravedad... Una tensión terrible, que le destroza, descoyuntándole los huesos. Figuras encapuchadas que se mueven en torno a él, le señalan, se ríen, intercambian confusos comentarios en un idioma desconocido. Su piel se funde y adopta una nueva textura; púas de erizo brotan en el interior de su cuerpo, como si quisieran atravesarlo para salir al exterior, desgarrando todos los poros. Y puntos de ignición en todo su ser. Una mano fina y escarlata, con los dedos engarfiados como garras, se abre ante su rostro. Arañando, arañando, arañando. La sangre corre ya entre las púas, espesa, turbia. Tiembla, lucha por incorporarse... Alza una mano que deja restos de carne estremecida adheridos a la losa... Se incorpora...

Y se despierta temblando, gritando.

El aullido de Falkirk resonaba aún en sus propios oídos cuando sus ojos se acomodaron a la luz. El capitán Rodríguez le sacudía, sujetándole por los hombros:

—¿Te encuentras bien?

Falkirk intentó contestar. No le salían las palabras. Un shock alucinatorio, se dijo, mientras parte de su mente trataba de convencer a la otra parte de que el sueño había terminado. Estaba adiestrado para enfrentarse a una crisis. Como estaba ordenado, inició rápidamente la cuenta atrás hasta calmarse, aunque todavía temblaba fuertemente.

—Una pesadilla —dijo con voz ronca—. ¡Qué locura! Jamás tuve un sueño de tal intensidad.

Rodríguez se relajó. Indudablemente, no había que preocuparse demasiado por una simple pesadilla.

—¿Quieres una pastilla?

—Me las arreglaré, gracias —respondió Falkirk, denegando con la cabeza.

Pero el impacto del sueño perduraba. Pasó más de una hora antes de que se durmiera de nuevo, y entonces cayó en un sueño inquieto y ligero, como si la mente se mantuviera en guardia contra un nuevo ataque de aquellas fantasías horribles. Quince minutos antes del despertar programado, un aullido horrible al otro extremo del camarote le arrancó de su sueño.

El capitán Rodríguez tenía una pesadilla.

Naturalmente, cuando la nave llegó a la Tierra, un mes más tarde, se vio sometida al proceso habitual de descontaminación antes de que nadie o nada de lo que se encontraba a bordo saliera del puerto espacial. El casco exterior fue lavado a presión, a fin de atrapar y aniquilar cualquier microorganismo que pudiera haberse fijado allí en otro mundo; los miembros de la tripulación salieron por el túnel de seguridad y fueron directamente a la cámara de cuarentena, sin quedar expuestos al aire; la atmósfera de la nave fue enviada a cámaras aisladas, donde se efectuó una depuración total, y el interior de la nave se sometió a una esterilización de seis fases, comenzando con quince minutos de vacío y terminando con una hora de bombardeo de neutrones.

Todo este proceso supuso graves inconvenientes para el vsiir. Estaba ya al final de su fase de energía, debido principalmente a las repetidas desilusiones que había sufrido en sus intentos por comunicarse con los seis humanos. Ahora se vio forzado a adaptarse a una variedad de ambientes desagradables, sin la oportunidad de descansar entre los cambios. Incluso el organismo más adaptable llega a cansarse. Cuando el equipo de descontaminación del puerto espacial se mostró dispuesto a certificar que la nave se hallaba totalmente libre de formas de vida extraña, el vsiir estaba realmente muy, muy agotado.

La atmósfera de oxígeno y nitrógeno entró de nuevo en la bodega. El vsiir la encontró muy grata, al menos en contraste con todo lo que le habían echado encima. Se abrió la puerta; los estibadores empezaron a colocar las cajas de la carga a fin de enviarlas a través del campo hasta la cúpula de distribución. El vsiir aprovechó la ocasión para emitir algunos tentáculos en forma de patas y trepar fuera de la nave. Se encontró en una amplia faja de cemento, bordeada por enormes edificios. Un sol amarillo brillaba en un cielo azul. Los infrarrojos se abatían sobre todo el lugar, pero el vsiir procedió a unos cambios rápidos para desviar el exceso. También compensó de inmediato la marea de hidrocarburos de la atmósfera, el terrible nivel de ruido y la impresión de nostalgia que amenazó de pronto su estabilidad orgánica a la primera visión de este mundo extraño y descorazonador. ¿Cómo llegar de nuevo a casa? ¿Cómo establecer contacto siquiera? El vsiir no sentía a su alrededor más que mentes cerradas, selladas como semillas en su cáscara. Ciertamente que de vez en cuando se abrían las mentes de esos humanos, pero incluso entonces parecían poco dispuestos a dejar pasar el mensaje del vsiir.

Quizá fuera diferente aquí. Quizás aquellos seis eran malos receptores, por la razón que fuera, y en este lugar habría disponibles mentes más receptivas. Quizá. Quizá.

Próximo a la desesperación, el vsiir se apresuró por el campo y se introdujo en el primer edificio en el que sintió mentes abiertas. Había cientos de humanos allí, ocupando distintos niveles, y mentes abiertas por todas partes. El vsiir localizó la más próxima y, con cierta preocupación, anhelo y esperanza, trató de establecer conexión entre su mente y la del humano:

—Por favor, escuche. No quiero hacerle daño. Soy un organismo no humano llegado a su planeta en penosas circunstancias y que sólo desea regresar a su propio mundo...

El ala de enfermos cardíacos del hospital del Puerto Espacial, en Long Island, se hallaba en la planta baja, en la parte de atrás, donde era posible someter a los pacientes a terapias de flotadores sin trastornar el equilibrio gravitacional del resto del edificio. Como siempre, el hospital estaba lleno —constantemente llegaba más gente en las naves-ambulancia y, por su propia seguridad, la mayoría eran hospitalizados en el mismo puerto espacial—, y el ala de los cardíacos se encontraba más que abarrotada. En ese momento había una docena de infartos esperando el trasplante, nueve trasplantes en recuperación, cinco coronarias en estado de emergencia, tres proyectos de regeneración de ventrículo, un trabajo de corrección de aorta y nueve o diez casos más. La mayoría de los pacientes eran mantenidos en flotación, con el fin de reducir la tensión gravitacional en sus tejidos dañados, a excepción de los casos de trasplante, que se sometían a la gravedad total normal en la Tierra para que sus nuevos corazones adquirieran la resistencia y firmeza adecuadas. El hospital tenía una magnífica reputación, uno de los índices de mortalidad más bajos del hemisferio.

La pérdida de dos pacientes en una misma mañana supuso un shock para todo el personal.

A las 9.17 se encendió la luz roja en el monitor de la señora Maldonado, de ochenta y siete años, en estado de postrasplante y que hasta entonces había ido muy bien. Se le había presentado una endocarditis aguda al regreso de un viaje al sistema Júpiter. A su edad, no tenía vitalidad suficiente para resistir el lento proceso de desarrollo de un corazón nuevo mediante punzón genético, por lo que le habían hecho un trasplante sintético y, durante dos semanas, todo había salido muy bien. De pronto, sin embargo, el Centro de Control del hospital empezó a recibir una horrible serie de informes por telemetría desde el lecho de la señora Maldonado: acción de la válvula: cero; tensión: cero; respiración: cero; pulso: cero... Todo cero, cero, cero. La cinta del electroencefalograma reflejó una sacudida violenta —como si hubiera recibido un shock brusco e intenso—, seguida de un minuto o dos de acción irregular y, a continuación, el fin de la actividad cerebral. Mucho antes de que ningún miembro del personal del hospital llegara hasta su cama, el equipo automático de reanimación, tanto químico como eléctrico, se había hecho cargo de la paciente. Pero ya no tenía salvación. Una hemorragia cerebral, que llegó sin el menor aviso, había causado un daño irreversible.

A las 9.28 tuvo lugar la segunda pérdida: el señor Guinness, de cincuenta y un años, tres días después de la operación de una embolia coronaria. La misma secuencia de acontecimientos. Una brusca sacudida del sistema nervioso, una respuesta psicológica inmediata y fatal. Proceso de resucitación: negativo. Nadie entre el personal podía ofrecer una explicación plausible para la muerte de el señor Guinness. Como la señora Maldonado, también él había estado durmiendo pacíficamente, con todos los signos vitales inalterados, hasta el momento del ataque fatal.

—Como si alguien se les hubiera acercado y les hubiera chillado ¡uh! al oído... —murmuró un doctor, desconcertado ante los gráficos, y señaló la alterada línea del EEG—. O como si hubieran sufrido una pesadilla terriblemente vívida, con una sobrecarga sensorial insoportable. Pero no hubo el menor ruido en la sala. Y las pesadillas no son contagiosas.

El doctor Peter Mookherji, residente de neuropatología, empezaba su visita matinal por el sexto nivel del hospital cuando la voz suave del microrreceptor unido a su oreja

izquierda le pidió que se presentara inmediatamente en el edificio de Cuarentena. El doctor Mookherji protestó:

—¿No pueden esperar? Este es el momento más ocupado del día y...

—Se le ordena que venga en seguida.

—Mire, tengo una chica en coma, que ha de recibir su sesión de teleterapia dentro de quince minutos y que espera verme antes. Soy su única relación con el mundo. Si no estoy allí cuando...

—Se le ordena que venga en seguida, doctor Mookherji.

—¿Por qué los de Cuarentena necesitan un neuropatólogo con tanta prisa? Déjenme al menos que me ocupe de la chica y, dentro de cuarenta y cinco minutos, podré...

—Doctor Mookherji...

Era inútil discutir con una máquina. Mookherji trató de dominar su genio. El genio fuerte constituía un rasgo típico en su familia, junto con el gusto por las salsas picantes y el talento para la telepatía. Gruñendo, cogió un comunicador de datos, se identificó y pidió al Centro de Control del hospital que volviera a programar todo su horario de la mañana.

—Intercalen un retraso de media hora como sea —dijo—. No puedo evitarlo... Arréglenlo como puedan. Me han pedido que vaya a Cuarentena.

La computadora fue lo bastante amable como para tener un vehículo esperándole cuando salió del hospital. Le llevó a toda velocidad a través del puerto espacial hasta el edificio de Cuarentena, en sólo tres minutos. Sin embargo, seguía furioso cuando llegó allí. El radar de la puerta comprobó su tarjeta de identificación, y uno de los innumerables altavoces del Centro de Control le anunció solemnemente:

—Se le espera en la habitación 403, doctor Mookherji.

La habitación 403 resultó ser una oficina para interrogatorios compuesta de dos sectores. El de la parte trasera estaba unido al Centro de Cuarentena; el sector frontal pertenecía a la parte del edificio abierta al acceso público, con un espeso tabique de cristal entre ambos. Seis astronautas de aspecto agotado estaban tumbados en camas plegables tras el tabique, mientras que tres miembros del personal de Cuarentena se paseaban inquietos por la parte frontal. La irritación de Mookherji se calmó al comprobar que uno de estos últimos era un antiguo amigo suyo de la Facultad de Medicina, Lee Nakadai. El japonés, un hombrecillo delgado, tenía veintinueve años, uno más que Mookherji. Solían reunirse de vez en cuando para almorzar en la administración del puerto espacial y, a principios de año, habían salido con un par de gemelas filipinas, pero la urgencia del trabajo los había mantenido separados durante meses. Nakadai fue directamente al grano:

—Pete, ¿has oído hablar alguna vez de una epidemia de pesadillas?

—¿Qué?

Señalando a los hombres tras el tabique de cuarentena, Nakadai continuó:

—Estos tipos llegaron hace un par de horas de la Estrella de Norton. Traían un cargamento de corteza del árbol de fuego verde. Físicamente, la comprobación resultó perfecta hasta una aproximación de cinco decimales, y los hubiera dejado ir a no ser por algo curioso. Todos se hallan en grave estado de agotamiento nervioso, que, según dicen, es el resultado de no haber dormido prácticamente durante todo el viaje de regreso, que ha durado un mes. Y la razón es que todos ellos tuvieron pesadillas, auténticas pesadillas que les destrozaban el cerebro en cuanto intentaban dormir. Sonaba tan peculiar que me pareció oportuno proceder a una comprobación neuropática, por si hubieran contraído algún tipo de infección cerebral.

Mookherji frunció el ceño:

—¿Y para esto me sacaste de mi sala alegando una urgencia, Lee?

—Habla con ellos —aconsejó Nakadai—. Tal vez eso te impresione un poco.

—De acuerdo —dijo Mookherji, volviéndose a los astronautas—. ¿Qué hay de esas pesadillas?

Un oficial alto y bien parecido, que se presentó como teniente Falkirk, contestó:

—Yo fui la primera víctima, justo después del despegue. Casi me volví loco. Era como... bien, como si algo manoseara mi mente, llenándola de pensamientos horribles. Y todo parecía absolutamente real mientras duró. Tenía la sensación de que me ahogaba, de que mi cuerpo se transformaba en algo extraño. Sentía que la sangre se me salía por los poros... —Se encogió de hombros—. Como una pesadilla, supongo, sólo que diez veces más vívida. Cincuenta veces. Pocas horas más tarde, el capitán Rodríguez tuvo la misma clase de sueño. Imágenes distintas, pero el mismo efecto. Y luego, uno por uno, cuando a los demás les llegó su turno de descanso, empezaron a despertarse gritando. Dos de nosotros acabamos pasando tres semanas a base de píldoras euforizantes. Somos hombres muy estables, doctor; se nos ha adiestrado para soportarlo casi todo. Creo que un civil se habría vuelto loco de modo irremediable con una pesadilla semejante. No tanto por las imágenes como por la intensidad, por lo reales que eran.

—¿Y los sueños continuaron durante todo el viaje? —preguntó Mookherji.

—En cada turno de descanso. De tal modo que incluso nos daba miedo dormirnos, porque sabíamos que los diablos se nos meterían en la cabeza en cuanto lo hiciéramos. Nos drogábamos fuertemente. Pero aun entonces teníamos pesadillas, pese a nuestras mentes drogadas a un nivel en el que nadie imaginaría que pudieran presentarse los sueños. Una plaga de pesadillas, doctor. Una epidemia.

—¿Cuándo tuvo lugar el último episodio?

—En el último período de descanso antes del aterrizaje.

—¿Ninguno de ustedes ha dormido desde que salieron de la nave?

—No —respondió Falkirk.

—Tal vez Falkirk no se haya explicado bien, doctor —intervino otro de los astronautas—. Eran sueños asesinos. Como para trastornarnos la mente. Tuvimos suerte de volver cuerdos. Si es que lo estamos.

Mookherji unió las puntas de los dedos y rebuscó entre sus experiencias, tratando de hallar algún caso similar. No encontró ninguno. Sabía de alucinaciones colectivas, eso era normal; episodios en los que multitudes enteras se persuadían a sí mismas de haber visto dioses, demonios, milagros, muertos caminando, símbolos en el cielo. ¿Pero una serie de alucinaciones en secuencia, durante el sueño, en toda una tripulación de astronautas veteranos y experimentados? No parecía lógico.

—Pete —dijo Nakadai—, los hombres tienen una idea de lo que puede haberlo causado. Es una idea absurda, pero quizá...

—¿De qué se trata?

Falkirk rió nerviosamente:

—En realidad es bastante fantástica, doctor.

—Adelante.

—Bien, tal vez algo del planeta se introdujo a bordo de la nave con nosotros. Algo... digamos telepático. Que trataba de introducirse en nuestra mente en cuanto nos dormíamos. Lo que nos parecía una pesadilla, tal vez fuera esa cosa dentro de nuestra cabeza.

—Quizás haya hecho todo el viaje a la Tierra con nosotros —añadió otro astronauta—. Y puede estar aún a bordo de la nave. O suelto por la ciudad ahora.

—¿La Amenaza de la Pesadilla Invisible? —preguntó Mookherji con una sonrisita—. Me parece difícil de aceptar.

—Pero existen criaturas telepáticas —insistió Falkirk.

—Lo sé —repuso Mookherji bruscamente—. Da la casualidad de que soy una de ellas.

—Doctor, lamento si...

—Pero eso no me lleva a buscar telépatas por todos los rincones. No es que rechace la idea de una amenaza desconocida, pero juzgo más probable que contrajeran allí algún

tipo de inflamación cerebral. Un virus, una variedad de encefalitis que se manifiesta en forma de alucinaciones crónicas.

Los astronautas parecían molestos. Indudablemente, preferían ser víctimas de un monstruo que les atacaba desde el exterior que de un virus desconocido alojado en su cerebro. Mookherji continuó:

—No digo tampoco que sea eso. Sólo estoy tanteando hipótesis. Sabremos más cuando hayamos hecho algunos tests. —Consultó el reloj y se volvió hacia Nakadai—: Mira, Lee, no hay mucho más que pueda descubrir por el momento y tengo que volver con mis pacientes. Quiero que estos hombres sean sometidos a toda una serie de comprobaciones neuropsicológicas. Que se envíen los resultados a mi despacho en cuanto se obtengan. Aplica los tests en series programadas y empieza por hacerles dormir, de dos en dos, después de cada serie. Enviaré a un técnico para que te ayude a manipular la telemetría. Quiero que se me notifique inmediatamente si hay alguna experiencia de pesadilla.

—De acuerdo.

—Que cada uno firme los resultados de su telepatía. Les haré unas pruebas mentales preliminares esta tarde, una vez que haya tenido la oportunidad de estudiar los descubrimientos clínicos. Mantén la cuarentena absoluta, por supuesto. Lo que sea podría resultar contagioso. Hay que ir sobre seguro.

Nakadai asintió. Mookherji lanzó una sonrisa profesional a los seis sombríos astronautas y salió meditabundo. ¿Un virus de pesadilla? ¿O un organismo invisible y extraño que intervenía la mente? No estaba seguro de cuál de las dos ideas le gustaba menos. Probablemente, pensó, habría alguna explicación prosaica y normal para ese mes de malos sueños: la comida contaminada, o una ligera avería en el reciclador de atmósfera. Una explicación simple y corriente.

Probablemente.

La primera vez que ocurrió, el vsiir no estaba seguro de lo que había sucedido realmente. Había alcanzado una mente humana y se había producido una reacción inmediata y vehemente. El vsiir había retrocedido, alarmado por la furia de la respuesta. Y un momento después, ya no pudo localizar de nuevo la mente, en absoluto. Sin duda, se dijo el vsiir, se trataba de un mecanismo de defensa, mediante el cual los humanos defendían su mente contra los intrusos. Sin embargo, eso parecía improbable, ya que, de todos modos, la mente humana se mantenía la mayor parte del tiempo eficazmente preservada. A bordo de la nave, cada vez que el vsiir había conseguido deslizarse a través de los muros que guardaban la mente de uno de los tripulantes, había tropezado siempre con una gran turbulencia —indudablemente los humanos no disfrutaban con el contacto mental con un vsiir—, pero jamás esta cerrazón completa, este total rechazo de sus señales.

Desconcertado, el vsiir lo intentó de nuevo, adelantándose hacia otra mente abierta, situada no lejos de donde estuviera la que se había desvanecido:

—Présteme atención, por favor. Un momento de consideración para un individuo confuso de otro mundo, víctima de circunstancias desafortunadas que...

De nuevo la respuesta violenta, un brillo repentino y tremendo de energía mental, un relámpago ardiente de temor y dolor, y el shock. Y de nuevo, momentos después, el silencio completo, como si el humano se hubiera retirado tras una barrera impermeable. ¿Dónde está? ¿Dónde se ha ido? El vsiir, muy preocupado, corrió el riesgo de crear un receptor óptico que funcionara en el espectro visible —y que, por tanto, sería visible para los humanos— y examinó la escena. Vio a un humano en una cama, completamente rodeado de una maquinaria complicada, en la que se encendían una tras otra muchas luces de colores. Otros humanos, con aspecto agitado, corrían hacia el lecho. El que yacía en él permanecía muy quieto. Ni siquiera se movió cuando un brazo de metal descendió bruscamente y le clavó una aguja larga y brillante en el pecho.

De pronto, el vsiir lo comprendió todo.

¡Los dos humanos debían de haber sufrido la aniquilación de la existencia!

Apresuradamente, disolvió el receptor del espectro visible y se retiró a un rincón para meditar sobre lo sucedido. Primer dato: dos humanos habían muerto. Segundo dato: habían muerto un instante después de recibir la transmisión mental del vsiir. Problema: ¿la transmisión mental había originado la muerte?

La posibilidad de que pudiera haber destruido dos vidas era algo desconcertante y aterrador. Al vsiir le sobrecogió un frío tan intenso que su cuerpo se encogió en una bola tensa y dura, anulados todos los procesos de pensamiento. Necesitó varios minutos para recuperar un estado plenamente funcional. Si sus intentos de comunicarse con los humanos producían efectos tan horribles, se dijo, las probabilidades de encontrar ayuda en este planeta eran muy escasas. ¿Cómo arriesgarse a intentar el contacto con otros humanos, si...?

Le asaltó un pensamiento consolador. Comprendió que estaba sacando una conclusión apresurada basándose en pruebas parciales, a la vez que pasaba por alto algunos argumentos poderosos contra esta conclusión. Durante todo el viaje a este mundo, había estado estableciendo contacto con los humanos, los seis tripulantes, y ninguno de ellos había muerto. Eso era buena prueba de que los humanos podían soportar el contacto con la mente de un vsiir. Por tanto, el contacto solo no podía ser el causante de aquellas dos muertes.

Probablemente, era una coincidencia el que se hubiera acercado sucesivamente a dos humanos que se hallaban a punto de terminar. ¿Sería éste un lugar donde se trajera a los humanos cuando su fin estaba próximo? ¿Habrían muerto de todos modos aunque él no hubiera intentado establecer contacto? ¿El intento de contacto suponía una intensificación en la disminución de energía suficiente para impulsar a los dos hacia su fin? El vsiir lo ignoraba. Y se sentía incómodo al comprobar cuántos hechos importantes desconocía. Sólo de una cosa estaba seguro: se le acababa el tiempo. Si no encontraba ayuda pronto, la decadencia metabólica se iniciaría, seguida por la rigidez metamórfica, seguida por la pérdida fatal de adaptabilidad, seguida por... el fin.

El vsiir no tenía alternativa. Continuar sus intentos de establecer contacto con un humano era la única esperanza de supervivencia.

Cauta, tímidamente, empezó de nuevo a enviar sus tentáculos buscando una mente adecuadamente receptiva. Ésta se hallaba bien cerrada, Y ésta también. Y todas. ¡No había ninguna entrada! El vsiir se preguntó si las barreras que los humanos poseían estaban especialmente diseñadas para evitar la intrusión de una conciencia no humana o bien protegían a cada humano contra toda clase de contactos mentales, incluido el contacto con otros humanos. Si existía un contacto de humano a humano, el vsiir no lo había detectado, ni en este edificio ni a bordo de la nave espacial. ¡Qué raza tan extraña!

Tal vez sería mejor probar un nivel diferente del mismo edificio. Se introdujo fácilmente bajo una puerta cerrada y subió por la escalera de servicio al piso superior. De nuevo envió sus tentáculos. Una mente cerrada aquí, y aquí, y aquí... Y al fin una receptiva. El vsiir se dispuso a enviar su mensaje. Para mayor seguridad, rebajó la potencia de la transmisión, reduciendo su pensamiento a un simple susurro:

—¿Me oye? Le habla un ser extraterrestre perdido. Necesita ayuda. Desea...

Del humano le llegó una respuesta aguda, muda pero inconfundiblemente hostil. El vsiir se retiró inmediatamente. Esperó aterrado, temiendo haber causado otra muerte. No; la mente humana seguía funcionando, aunque ya no estaba abierta, sino rodeada por la especie de barrera que los humanos llevaban normalmente. Abrumado, decepcionado, se alejó reptando. Otro fracaso. Ni siquiera un instante de contacto significativo, de mente a mente. ¿No habría modo de llegar a esa gente? Continuó con desaliento su búsqueda de una mente receptiva. ¿Qué otra cosa podía hacer?

La visita al Centro de Cuarentena había retrasado en cuarenta minutos el programa matinal del doctor Mookherji. Eso le molestaba. No podía culpar a los de Cuarentena por sentirse preocupados ante el caso de los seis astronautas y las alucinaciones crónicas, pero, en su opinión, la situación, aunque misteriosa, no era lo bastante grave como para llamarle con urgencia. Fuera lo que fuera lo que había trastornado a los astronautas, ya saldría a la luz a su debido tiempo. Mientras tanto, permanecían totalmente aislados del resto del puerto espacial. Nakadai debía de haber hecho más tests antes de llamarle. Estaba resentido por haber tenido que robar tiempo a sus pacientes.

No obstante, mientras iniciaba con retraso su ronda de la mañana, Mookherji se calmó con un esfuerzo deliberado. No sería bueno, ni para él ni para sus pacientes, que les visitara vencido por la tensión y la irritación. Se suponía que iba a curarles, no a contagiarles su ansiedad. Dedicó unos instantes al ejercicio rutinario de la relajación progresiva, de modo que cuando entró en la habitación de su primer paciente —la de Satina Ranson—, se sentía considerablemente amable, tranquilo.

Satina estaba echada sobre el costado izquierdo, con los ojos cerrados. Era una esbelta muchacha de dieciséis años, de rostro frágil y cabellos largos, rubios y suaves. Toda una red de monitores de vigilancia la rodeaban. Llevaba inconsciente catorce meses, doce de ellos en la Sala de Neuropatología del puerto espacial, y los seis últimos al cuidado de Mookherji. Queriendo premiarla, sus padres la habían llevado de vacaciones a una de las estaciones turísticas de Titán durante la mejor época para ver los anillos de Saturno. Con grandes dificultades, pudieron lograr asientos reservados en la Cúpula de Galileo, y allí estaban en el día terrible en que un violento terremoto rompió la cúpula y expuso a miles de turistas a la atmósfera de metano venenoso del satélite. Satina fue una de las afortunadas; apenas había respirado un par de veces aquel gas letal cuando un guía de la Cúpula con quien había estado hablando consiguió colocarle una máscara antigás sobre el rostro. Sobrevivió. No así su padre, ni su madre, ni su hermano menor. Pero Satina jamás llegó a recobrar el sentido después de desmayarse en el momento del desastre. Meses de pruebas en la Tierra demostraron que la breve inhalación de metano no había causado gran daño cerebral. Al parecer, nada iba mal orgánicamente, pero se negaba a despertarse. Una reacción de shock, suponía Mookherji. Prefería seguir durmiendo para siempre antes de volver a la pesadilla viviente en que se habría convertido su conciencia. Él había podido alcanzar su mente telepáticamente, pero, de momento, no había conseguido librarla del trauma de aquella catástrofe y hacerla regresar al mundo de los seres en estado de vigilia.

Se dispuso a establecer contacto. No había nada fácil ni automático en su telepatía. «Leer» en la mente de los demás era un trabajo agotador para él, tan difícil y cansado como participar en una carrera a campo traviesa o como memorizar un largo fragmento de Hamlet. A pesar de los temores de los legos, carecía de facultades para curiosear los pensamientos íntimos de nadie mediante una mirada casual. Para introducirse en otra mente, tenía que pasar por un complicado proceso de preparación y búsqueda. E incluso así, era muy lento en captar «la longitud de onda» de cualquiera, de modo que sólo al noveno o décimo intento obtenía cierta información coherente. Tal don había pervivido en la familia Mookherji durante una docena de generaciones al menos, favorecida por matrimonios muy bien planeados y encaminados a conservar esos genes preciosos. Él era más apto que cualquiera de sus antepasados. Sin embargo, tal vez se necesitara aún otro par de siglos de Mookherjis para producir un telépata realmente potente. Pero al menos él podía hacer buen uso de ese talento para el contacto mental. Sabía que muchos miembros de su familia, en épocas anteriores, se habían visto obligados a ocultar ese don a sus vecinos, allá en la India, para no verse equiparados con los vampiros y los hombres lobo y arrojados de la sociedad.

Colocó suavemente su mano morena sobre la muñeca pálida de Satina. El contacto físico era necesario para alcanzar la unión mental. Se concentró en llegar a ella. Después

de meses de telepatía, la mente de la muchacha se había vuelto sensible a la suya, de modo que podía saltarse los pasos intermedios y, una vez recalentado, sumergirse directamente en su alma turbada. Tenía los ojos cerrados. Veía ante él una neblina gris perla: la mente de Satina. Se introdujo en ella con facilidad. De la profundidad del espíritu de la muchacha, surgió una pregunta:

—¿Quién es? ¿Doctor?

—Sí, soy yo. ¿Cómo estás hoy, Satina?

—Bien, muy bien.

—¿Has dormido bien?

—Hay tanta calma aquí, doctor...

—Sí, si, me lo imagino. Pero deberías ver lo que hay aquí. Un día maravilloso de verano. El sol en el cielo azul. Un día perfecto para ir a tomar un baño. ¿Qué, no te gustaría volver a nadar?

Se concentra con todas sus fuerzas en imágenes acuáticas: una fría corriente montañosa, un lago profundo en la base de una hermosa catarata, el delicioso y repentino sobresalto al hundirse en ella, las gotas cristalinas sobre la piel cálida, la risa de los amigos, el rumor de las potentes brazadas que la llevarían a la costa lejana...

—Prefiero seguir donde estoy —le dice ella.

—¿Tal vez te gustaría más volar?

Evoca las sensaciones del vuelo libre. Un flotador sujeto a su cintura la eleva serenamente a una altitud de trescientos metros. Va volando sobre campos y valles, sus amigos tras ella, el cuerpo totalmente relajado, sin peso, alzándose hasta que el terreno es como un tablero de ajedrez de marrones y verdes, mirando las casitas allá abajo, los coches tan graciosos, cruzando primero un lago de plata y luego un bosque sombrío de espesura. O simplemente tumbada de espaldas con las piernas cruzadas, las manos tras la nuca, el sol en las mejillas, a noventa metros de altura, sin nada bajo ella...

Pero Satina no acepta ese gambito. Prefiere quedarse donde está. La tentación de flotar no es lo bastante fuerte.

Mookherji no tiene energía suficiente para un tercer intento por sacarla del coma. Pasa, pues, a una función simplemente médica e intenta localizar la fuente del trauma que la ha aislado del mundo. El miedo, sin duda, y el terrible estallido de la cúpula que significaba el fin de toda seguridad; y la vista de sus padres y hermano muriendo ante sus ojos; y el olor putrefacto de la atmósfera de Titán en la nariz... Todo eso sin duda. Pero la gente se ha repuesto de calamidades aún peores. ¿Por qué insiste ella en retirarse de la vida? ¿Por qué no acepta el terrible pasado y se reconcilia de nuevo con la existencia?

Satina lucha contra el médico. Sus defensas son inexpugnables; no quiere que é intervenga en su mente. Todas las sesiones han terminado del mismo modo: Satina aferrándose a su retiro; Satina bloqueando cualquier intento por liberarla de la prisión que ella misma se ha impuesto. Mookherji sigue esperando que un día bajará la guardia. Pero no será hoy. Cansadamente, se retira del centro de la mente de Satina y le habla desde un nivel más superficial.

—Deberías volver a la escuela, Satina.

—Todavía no. ¡Han sido unas vacaciones tan cortas!

—¿Sabes cuánto tiempo?

—Unas tres semanas, ¿no es cierto?

—Catorce meses ya —le dice.

—Eso es imposible. Salimos hacia Titán hace muy poco, la semana antes de Navidad, y...

—Satina, ¿cuántos años tienes?

—Cumpliré quince en abril.

—Te equivocas —le dice—, ese abril ya ha pasado, y el siguiente también. Cumpliste dieciséis hace dos meses, Satina. Dieciséis.

—No puede ser cierto, doctor. El decimosexto cumpleaños de una chica es algo especial, ¿no lo sabía? Mis padres darán una gran fiesta. Todos mis amigos están invitados. Y habrá una orquesta robot de nueve instrumentos, con sintetizadores, y sé que eso no ha ocurrido aún. Así que, ¿cómo puedo tener dieciséis años?

La reserva de fuerzas de Mookherji está casi agotada. Su señal mental es débil. No halla la energía necesaria para decirle que está bloqueando de nuevo la realidad, que sus padres han muerto, que el tiempo pasa mientras ella sigue allí, que es demasiado tarde para una alegre fiesta por sus dieciséis años.

—Hablabamos de ello... en otro momento, Satina... Yo... te veré... de nuevo... mañana... Mañana... por la mañana.

—¡No se vaya tan pronto, doctor!

Pero él ya no puede sostener el contacto y deja que se rompa.

Soltándole la mano, Mookherji se enderezó, meneando la cabeza. ¡Que pena!, pensó. ¡Qué pena más horrible! Salió de la habitación con las piernas temblorosas y se detuvo un momento en el vestíbulo, apoyándose contra una puerta cerrada y secándose la frente sudorosa. No llegaba a parte alguna con Satina. Después del período inicial, optimista, del contacto, había fallado por completo en la disminución de la intensidad del coma. Ella se había establecido cómodamente en su mundo ilusorio y retirado y, con telepatía o sin ella, no hallaba el modo de liberarla.

Inspiró profundamente. Luchando por rechazar la creciente impresión de tremendo desaliento, se dirigió a la habitación del enfermo siguiente.

La operación iba muy bien. Una docena de estudiantes de medicina de tercer año ocupaban los puestos de observación en la Galería de Cirugía, situada en el tercer piso del Hospital del Puerto Espacial, siguiendo la experta técnica del doctor Hammond mediante la visión directa y la explicación simultánea, microamplificada en sus pantallas individuales. Del paciente, un hombre de casi setenta años, víctima de un tumor cerebral, sólo se veían la cabeza y los hombros, que sobresalían de una cámara de sostén vital. Le habían afeitado el cráneo, sobre el que habían pintado líneas azules y puntos rojos que indicaban los contornos interiores del cerebro, determinados de antemano por el sonar de corto alcance. El cirujano había realizado ya la tarea de colocar en posición el láser que extirparía el tumor.

La parte más difícil había terminado. Sólo restaba poner el láser a toda potencia y enviar el potente y preciso haz luminoso hasta el cerebro del paciente. La cirugía craneal de este tipo no exigía el menor derramamiento de sangre; no había necesidad de cortar la piel y los huesos para exponer el tumor, pues los rayos del láser, calibrados a una millonésima de centímetro, penetrarían por aberturas diminutas y, atacando el tumor desde ángulos diferentes, destruirían la excrescencia maligna sin dañar en absoluto la parte de tejido cerebral sana que la rodeaba. El planeamiento lo era todo en una operación semejante. Una vez determinado el perfil exacto del tumor, y los rayos láser quirúrgicos montados en los ángulos correctos, cualquiera interno podía terminar el trabajo.

Para el doctor Hammond se trataba de un procedimiento de pura rutina. Había hecho cien operaciones del mismo tipo sólo en el año anterior. Dio la señal, el indicador resplandeció sobre el aparato del láser, los estudiantes de la galería se inclinaron ansiosamente hacia adelante...

Y en el preciso instante en que el brillante rayo del láser saltaba hacia la mesa de operaciones, el rostro del paciente anestesiado se contrajo de un modo espantoso, como si un sueño terrible hubiera surgido de las cavernas de la mente drogada del hombre. Se agitaron las aletas de la nariz, se contrajeron sus labios, abrió los ojos de par en par, pareció como si quisiera gritar y se movió convulsivamente, torciendo la cabeza. El láser dio en la sien izquierda del paciente, muy lejos de la delimitada zona del tumor. El lado derecho de su rostro se contrajo, con todos los músculos paralizados. Los estudiantes de

medicina se miraron desconcertados. El doctor Hammond, atónito, tuvo la suficiente presencia de ánimo como para apagar el láser con un súbito movimiento de la mano. Después, asiéndose con ambas manos a la mesa de operaciones en su agitación, miró los diales y contadores que le revelaban los detalles de la operación fallida. El tumor seguía intacto, pero un gran sector del cerebro del paciente había quedado destruido.

—¡Imposible! —murmuró Hammond.

¿Qué podía haber obligado a un paciente bajo anestesia a saltar de tal modo?

—¡Imposible, imposible...!

Corrió al extremo de la mesa y comprobó la lectura en la cámara de sostén vital. Ya no era cuestión de si el tumor cerebral podría ser extirpado con éxito. La cuestión inmediata era si el paciente lograría sobrevivir.

A las cuatro de esa tarde, Mookherji había terminado la mayor parte de sus tareas. Había visitado a todos sus pacientes y puesto al día todas sus gráficas; había llevado un resumen de sus diagnósticos a la computadora principal, que era el punto de control central del hospital; incluso tuvo tiempo para tomar un bocado a toda prisa. Como de costumbre, ahora dispondría de las siguientes cuatro horas a su antojo, para regresar a su austera habitación en la residencia de los internos, a un extremo del complejo del puerto espacial, para echar una siesta, dirigirse al Centro de Recreo y jugar un partido de tenis, contemplar el último espectáculo tridimensional o cualquier otra cosa que se le ocurriera. La siguiente ronda de visitas a los pacientes no empezaba hasta las ocho de la noche. Pero hoy no se sentía capaz de relajarse. Le preocupaba aquel asunto de los astronautas en cuarentena. Nakadai le había estado enviando resultados de los tests desde las dos, y ahora ya estaban todos introducidos en la computadora terminal de datos de Mookherji. Ninguno de ellos llevaba la nota de urgente; por consiguiente se había limitado a dejar que los informes se fueran acumulando. Sin embargo, intuía que debía de echarles una ojeada. Tocó las teclas de la terminal pidiendo notas, y los resultados de Nakadai empezaron a salir por la ranura.

Mookherji repasó las hojas amarillas. Reflejos; carga de sinapsis; grado de ionización neural; equilibrio endocrinológico; respuesta visual, respiratoria y circulatoria; intercambio molecular cerebral; percepción sensorial; electroencefalogramas aumentados y reducidos al mínimo... No, no había nada raro allí. Por las pruebas, era patente que los seis hombres que viajaron a la Estrella de Norton estaban muy necesitados de vacaciones — los nervios tensos, los reflejos confusos—, pero no había indicación de nada más grave que la pérdida crónica de sueño. No se detectaban señales de lesión cerebral, de infección, de daño nervioso, ni de otra incapacidad orgánica.

¿Por qué, entonces, las pesadillas?

Marcó el número de teléfono de la oficina de Nakadai.

—Cuarentena —dijo casi de inmediato una voz tensa.

Y un momento después, el rostro delgado y moreno de Nakadai apareció en la pantalla.

—Hola, Pete. Precisamente iba a llamarte.

—No terminé hasta hace poco —respondió Mookherji—, pero ya he repasado las notas que me enviaste. Lee, no hay nada en ellas.

—Eso pensaba yo.

—¿Y los hombres? Quedamos en que me llamarías si alguno de ellos tenía pesadillas.

—No las tuvo ninguno —dijo Nakadai—. Falkirk y Rodríguez han estado durmiendo desde las once. Como corderitos. A Schmidt y Carroll se les permitió que se durmieran a la una y media. Webster y Schiavone se echaron a las tres. Y los seis siguen roncando, durmiendo como si no lo hubieran hecho en años. Tengo un importante equipo vigilándolos y todas las lecturas son perfectamente normales. ¿Quieres que te envíe los datos?

—¿Para qué? Si no sufren alucinaciones, ¿qué puedo obtener de ellos?

—¿Significa eso que te propones saltarte las pruebas mentales esta noche?

—No lo sé —repuso Mookherji, encogiéndose de hombros—. Sospecho que no vale la pena, pero dejemos eso en el aire. Terminaré mi ronda de noche hacia las once y, si hay alguna razón para introducirme entonces en la mente de esos astronautas, lo haré. —Frunció el ceño—. Pero, oye..., ¿no dijeron todos que habían sufrido pesadillas en cada turno de sueño?

—Exacto.

—Pues ahí los tienes, durmiendo fuera de la nave por primera vez desde que empezaron las pesadillas, y ninguno de ellos presenta el menor problema. Ni hay señal de posibles lesiones de cerebro causadas por las alucinaciones. ¿Sabes una cosa, Lee? Estoy empezando a creer en la hipótesis bastante tonta que esos hombres me propusieron esta mañana.

—¿Que las alucinaciones fueron causadas por algún ser extraño e invisible? —preguntó Nakadai.

—Algo parecido. Lee, ¿en qué condiciones está la nave en que vinieron?

—Ha pasado por todas las comprobaciones rutinarias de desinfección y ahora se encuentra en un vector de aislamiento, hasta que tengamos alguna idea de lo que ocurre.

—¿Podría yo subir a bordo? —preguntó Mookherji.

—Supongo que sí, pero..., ¿para qué?

—Por esa absurda idea de que algo externo causara las pesadillas. Tal vez esté todavía a bordo de la nave. Tal vez un telepata de nivel inferior como yo logre detectar su presencia. ¿Puedes conseguirme rápidamente el permiso?

—En diez minutos —dijo Nakadai—. Yo mismo iré a recogerte.

Llegó prontamente en un vehículo convencional de ruedas. Mientras se dirigían al terreno de aterrizaje, entregó a Mookherji un traje espacial y le dijo que se lo pusiera.

—¿Para qué?

—Querrás respirar dentro de la nave, ¿no? Precisamente ahora está en vacío... Decidimos que no era seguro dejarla con atmósfera. Además, está cargada de radiactividad debida al proceso de descontaminación. ¿De acuerdo?

Mookherji se metió en el traje con algún esfuerzo.

Llegaron a la nave, una nave interestelar standard, sin gravedad, que parecía pequeña y solitaria en un ángulo del campo. Un cordón de robots la mantenía aislada. Avisados desde el Centro de Control los robots dejaron pasar a ambos doctores. Nakadai se quedó fuera. Mookherji se introdujo en el pasillo de seguridad y, una vez que la escotilla hubo cumplido el ciclo de admisión, entró en la nave. Fue con cautela de un camarote a otro, como el hombre que camina por una selva de la que se dice que hay un jaguar en cada árbol. Mientras miraba a su alrededor, se puso con toda la rapidez posible en receptividad telepática total, muy abierto, esperando el contacto telepático con cualquier cosa que se escondiera en la nave. ¡Adelante! Haz lo que quieras contra mí.

Silencio completo en todas las ondas mentales. Mookherji siguió recorriendo todos los departamentos: la bodega, los camarotes de la tripulación, la cabina de mandos. Todo vacío, todo quieto. Estaba seguro de poder detectar la presencia de una criatura telepática, por extraña que fuera. Si era capaz de alcanzar la mente de los astronautas dormidos, podría alcanzar también la mente de un telepata despierto. Al cabo de quince minutos, dejó la nave, ya satisfecho.

—No hay nada aquí —dijo a Nakadai—. Seguimos igual que antes.

El vsiir empezaba a desesperar. Llevaba todo el día dando vueltas por aquel edificio; a juzgar por la cualidad de las radiaciones solares que entraban por las ventanas, estaba a punto de caer la noche. Y aunque había mentes abiertas en todos los niveles de la estructura, no había tenido la suerte de establecer contacto. Al menos, no se habían producido más muertes. Pero se repetía aquí la misma historia que en la nave: en cuanto el vsiir alcanzaba una mente humana, la reacción era tan negativa que hacía la comunicación imposible. Y sin embargo, seguía probando, una mente tras otra, incapaz

de creer que en todo el planeta no hubiera un solo humano a quien contar su historia. Confiaba en no causar un daño grave a las mentes a las que se acercaba, pero debía pensar en su propio destino.

Tal vez esta mente fuera la indicada. El vñir empezó una vez más a contar su historia...

A las nueve y media de la noche, el doctor Peter Mookherji, muy tenso y con los ojos inyectados en sangre, se lanzó a cumplir sus responsabilidades neuropatológicas. La sala estaba llena: un colapso esquizofrénico, un estancamiento catatónico, Satina en su coma, media docena de histerias de rutina, un par de casos de parálisis, un afásico y muchos más, lo bastante para mantenerle en pie dieciséis horas al día y agotar al límite sus poderes telepáticos (por no mencionar su habilidad médica convencional). Algún día acabaría la prueba de su residencia. Algún día dejaría el hospital e instalaría su clínica privada en una dulce isla tropical; y se iría a Bombay durante los fines de semana para ver a su familia; y pasaría las vacaciones en planetas de distintos sistemas, como un próspero médico especialista... Algún día. Intentó borrar esas fantasías deliciosas de su mente. Si has de pensar en algo, se dijo, piensa en la medianoche. Entonces podrás dormir. Un hermoso, hermoso sueño. Y luego, por la mañana, todo empezará de nuevo. Satina y el coma, el esquizofrénico, el catatónico, el afásico...

Al salir al vestíbulo, yendo de un paciente a otro, su microrreceptor le avisó:

—Doctor Mookherji, por favor, preséntese de inmediato en el despacho del doctor Bailey.

¿Bailey? ¿El director del Departamento de Neuropatología seguía a estas horas en su despacho? ¿Qué ocurría? Pero, por supuesto, no podía ignorarse esa orden. Mookherji avisó al control central de que le habían pedido que interrumpiera su ronda y se dirigió rápidamente, corredor abajo, hacia la puerta de cristal en la que se leía: «Samuel F. Bailey. Doctor en Medicina».

Encontró allí por lo menos a la mitad del personal de Neuropatología: cuatro residentes como él, la mayoría de los internos, incluso algunos doctores de alto nivel. Bailey, un hombre de unos cincuenta años, de rostro grueso y pelo color arena, con una formidable reputación profesional, repasaba gruñendo un montón de notas. Apenas saludó a Mookherji, limitándose a una leve inclinación de cabeza. No estaban en los mejores términos. Bailey, algo anticuado en su actitud, no había aceptado demasiado bien la llegada de la telepatía como instrumento para el tratamiento de los problemas mentales.

—Como estaba diciendo —empezó Bailey—, estos informes se han ido acumulando durante todo el día, y al final han venido a caer sobre mí, sabe Dios por qué. Escuchen: dos pacientes cardíacos, sometidos a sedantes, sufren un shock repentino y violento, descrito por un doctor como sobrecarga sensorial. Uno reacciona con el paro cardíaco; el otro con una hemorragia cerebral. Ambos mueren. Un paciente tratado para la reestabilización endocrinológica recibe una descarga de adrenalina mientras está dormido y experimenta un retraso de seis meses. Un paciente sometido a cirugía del cerebro se agita en la mesa de operaciones, a pesar de la anestesia adecuada, y resulta malherido por el láser. Etcétera, etcétera... Graves problemas en todo el hospital a lo largo del día. La comprobación de los esquemas de EEG llevada a cabo por la computadora demuestra que catorce pacientes, aparte los ya mencionados, han padecido graves ataques de pesadillas en las últimas once horas, y casi todos ellos de tal impacto que el paciente ha sufrido cierto grado de daño físico, con frecuencia, un auténtico daño fisiológico. El Centro de Control no ha informado de epidemias previas de pesadillas. No hay razón para sospechar de un error en las dietas o de una causa similar para el estallido. Sin embargo, los pacientes dormidos siguen sufriendo, y aquellos cuya condición es especialmente crítica se hallan expuestos a un grave riesgo. Con una efectividad inmediata, se ha dejado de dar sedantes a los pacientes en los casos en que esto era posible y se han programado de nuevo los horarios de sueño, pero, indudablemente, no es un expediente demasiado efectivo si la situación continúa hasta mañana. —Hizo una pausa, recorrió la

habitación con los ojos hasta posarlos en Mookherji—. El Centro de Control ha emitido una hipótesis. Es posible que un individuo psicopático, con fuerte poder telepático, circule libremente por el hospital, interfiriendo con los pacientes dormidos y transmitiéndoles imágenes que adoptan la forma de horribles pesadillas. Mookherji, ¿qué opina de esa idea?

—Es perfectamente plausible, supongo —repuso Mookherji—, aunque no puedo imaginar por qué un telépata desea ir por ahí repartiendo pesadillas turbadoras. ¿Es que el Centro de Control ha relacionado esto con el asunto del edificio de Cuarentena?

Bailey consultó las hojas de la computadora.

—¿Qué asunto es éste?

—Seis astronautas, que llegaron a primera hora de esta mañana, informaron de que todos ellos habían sufrido de pesadillas crónicas durante el viaje de regreso. El doctor Lee Nakadai ha estado sometiéndoles a pruebas. Me llamó a consulta, pero no pude descubrir nada útil. Imagino que habrá algunos informes de Nakadai en mi despacho, pero...

—El Centro de Control —dijo Bailey— parece preocupado únicamente por los sucesos del hospital, no del complejo del puerto espacial en conjunto. Y si los seis astronautas sufrieron las pesadillas durante el viaje, no veo el modo de que sus síntomas se contagiaron a...

—De eso se trata exactamente —le interrumpió Mookherji—. Ellos tuvieron sus pesadillas en el espacio. Pero están durmiendo desde esta mañana, y Nakadai dice que descansan pacíficamente. Mientras tanto, aquí se ha producido una plaga de alucinaciones. Lo que significa que, fuera lo que fuese lo que les molestó durante el viaje, hoy anda suelto por el hospital... Una entidad capaz de originar sueños tan horribles como para llevar a unos astronautas veteranos al borde del ataque de nervios y que dañan seriamente, o matan incluso, al que tiene mala salud. —Advirtió que Bailey le miraba de un modo extraño y que no era el único. Con un tono más controlado, Mookherji añadió—: Lamento si esto les suena fantástico. He estado haciendo comprobaciones todo el día, de modo que he tenido tiempo para acostumbrarme a la idea. Y todo empieza a encajar precisamente ahora. No quiero decir que mi idea sea forzosamente la correcta. Lo que digo, sencillamente, es que se trata de una idea razonable, que se ajusta a la propia idea de los astronautas sobre lo que estaba molestándoles, que se corresponde al desarrollo de la situación... y que merece una investigación a fondo, si hemos de detener esto antes de perder más pacientes.

—De acuerdo, doctor —dijo Bailey—. ¿Cómo piensa llevar a cabo la investigación?

Mookherji se sintió abrumado. No había parado en todo el día estaba a punto de retirarse a descansar. Y ahora Bailey le ponía bruscamente al frente de aquella caza de fantasmas. ¡Y sin pedirle siquiera su opinión! Sin embargo, comprendió que no había modo de rehusar. Era el único telépata entre el personal. Y si la supuesta criatura andaba realmente suelta por el hospital, ¿quién podía hallarla sino un telépata?

Rechazando la fatiga, Mookherji dijo rígidamente:

—Bien, para empezar necesitaré el informe de todos los casos de pesadilla, el informe que muestre la situación de cada víctima y el momento aproximado del principio de la alucinación...

Ahora estarían preparándose para el Festival del Cambio, el momento cumbre del invierno. Miles de vsiirs en la fase de metamorfosis, estarían en camino hacia el Valle de la Arena, hacia aquel gran anfiteatro natural donde se realizaban los santos rituales. Los primeros en llegar habrían tomado ya posiciones frente al oeste esperando la salida del sol. Gradualmente se llenarían las filas, al ritmo en que los vsiirs acudieran de todas partes del planeta, hasta que el valle dorado estuviera abarrotado de ellos, vsiirs que constantemente variaban sus extensiones dimensionales, sus niveles de energía y resonancias interiores, avanzando gloriosamente hacia los momentos finales y gozosos de la temporada de la metamorfosis, compitiendo entre ellos, aunque con gentileza, para

mostrar la mayor variedad de formas y el ciclo más dinámico de los cambios físicos y, cuando los primeros rayos rojos del sol pasaran la Aguja, los celebrantes enloquecerían más aún, bailando, saltando y transformándose con un abandono total, purgándose de las extravagancias del invierno al llegar al mundo la estación de la estabilidad. Y finalmente, bajo el esplendor del sol, se volverían unos a otros con amistad renovada, abrazándose...

El vsiir trató de no pensar en ello. Pero era duro reprimir aquella sensación de pérdida, el dolor de la nostalgia. Un dolor que se hacía más intenso por momentos. Ningún milagro imaginable llevaría al vsiir a casa a tiempo para el Festival de los Cambios. Lo sabía. Y, sin embargo, no podía creer realmente que tal calamidad hubiera caído sobre él.

Intentar llegar a la mente de los humanos era inútil. Tal vez si asumiera una forma visible para ellos, si se dejara ver e intentara entonces la comunicación abierta y verbal...

Pero el vsiir era tan pequeño y los humanos tan grandes... El peligro resultaba enorme. El vsiir, aferrado a un muro y manteniendo su longitud de onda más allá del ultravioleta, sopesó los riesgos y no hizo nada de momento.

—De acuerdo —dijo Mookherji confusamente, poco antes de medianoche—, creo que va hemos despejado el camino.

Estaba sentado ante una pantalla que ocupaba toda la pared, sobre la que el Centro de Control había expuesto un plano esquemático en tres dimensiones del hospital. Brillantes puntos rojos marcaban el lugar de cada incidente de pesadilla, y rayas amarillas el camino probable de la criatura extraña e invisible.

—Vino por este lado, sin duda alguna, ya que es el camino más directo desde la nave, y entró primero en el ala de cardíacos. Aquí, la cama de la señora Maldonado; ahí, la del señor Guinness, ¿lo ven? Luego subió al segundo nivel, dirigiéndose a la fachada y atacando la mente de los pacientes aquí y allá, entre las diez y las once de la mañana. No se confirmó ningún caso de alucinación en la siguiente hora y diez minutos, pero luego tuvo lugar aquel asunto tan desagradable en la Galería de Cirugía del tercer nivel. Y después de eso... —Cerró por un momento sus doloridos ojos, le pareció seguir viendo los puntos rojos y las rayitas amarillas. Se forzó a continuar, siguiendo el resto de la ruta del intruso para su público de doctores y personal de seguridad del hospital. Al fin, dijo—: Eso es. Me imagino que la cosa debe andar ahora por algún punto entre el nivel quinto y el octavo. Se mueve con mucha mayor lentitud que esta mañana, probablemente porque se está quedando sin energía. Lo que hemos de hacer es mantener las alas del hospital selladas para impedir que se mueva libremente, si esto es posible, e intentar reducir el número de lugares donde pueda encontrarsele.

Uno de los miembros de Seguridad habló en tono ligeramente beligerante:

—Doctor, ¿y cómo se supone que vamos a encontrar una entidad invisible?

Mookherji luchó por evitar que su voz reflejara la impaciencia que sentía:

—El espectro visible no es el único tipo de energía electromagnética del universo. Si esa cosa está viva, tiene que emitir radiaciones, de la clase que sea, en algún punto. Ustedes disponen de una computadora con un millón de puntos sensoriales repartidos por todo el hospital. ¡Por el amor de Dios! ¿No pueden hacer que los sensores registren una fuente de infrarrojos o ultravioletas que se mueve por una habitación? ¿O incluso de rayos X? No sabemos qué tipo de radiación. Tal vez emita incluso rayos gamma. Escuchen, algo salvaje anda suelto por este edificio y nosotros no podemos verlo, pero sí la computadora. Que lo busque ella.

—Tal vez la energía que debemos usar para seguirlo sea... energía telepática, doctor —dijo el doctor Bailey.

Mookherji se encogió de hombros.

—Por lo que sabemos, los impulsos telepáticos se propagan fuera del espectro electromagnético. Pero, desde luego, usted tiene razón en que tal vez yo pudiera recoger alguna especie de mensaje, y me propongo hacer una investigación, piso por piso, en

cuanto acabe esta reunión. —Se volvió a Nakadai—: Lee, ¿qué me dices de los hombres que tienes en cuarentena?

—Los seis pasaron hoy por períodos de ocho horas de sueño sin la menor señal de pesadillas. Soñaron, sí, pero de modo normal. En las dos últimas horas, los he tenido al teléfono hablando con algunos pacientes que sufrieron pesadillas, y todos están de acuerdo en que el tipo de sueños que la gente ha tenido aquí hoy es el mismo, en tono, textura y nivel general, que el horror que ellos sufrieron a bordo de la nave. Imágenes de destrucción corporal y paisajes extraterrestres, acompañados por una impresión abrumadora y casi intolerable de aislamiento, de soledad, de separación de la propia raza...

—Lo cual encaja en la hipótesis de un extraterrestre —dijo Martinson, del personal de Psicología—. Si anda por ahí tratando de comunicarse con nosotros, tratando de decirnos que se siente desdichado por estar aquí, y sus comunicaciones llegan a la mente humana sólo en forma de terribles pesadillas...

—¿Por qué se comunica sólo con los que duermen? —preguntó un interno.

—Tal vez sean los únicos a los que puede alcanzar. Tal vez una mente despierta no sea receptiva —sugirió Martinson.

—Me parece —intervino uno de los hombres de Seguridad— que estamos haciendo demasiadas suposiciones sin basarnos en pruebas en absoluto. Todos siguen ahí sentados, hablando de algo invisible y telepático que le mete pesadillas a la gente por la oreja, y a lo mejor es un virus que ataca el cerebro, o algo que hubo en la comida de ayer, o...

—Las ideas que nos ofrece ya han sido examinadas y rechazadas —respondió Mookherji—. Ahora estamos trabajando en esta línea de investigación porque parece lógica, por fantástica que resulte, y porque es todo lo que tenemos. Si me disculpan, me gustaría empezar de inmediato a recorrer el edificio en busca de mensajes telepáticos.

Y abandonó la habitación, llevándose la mano a la sien, que le latía dolorosamente.

Satina Ranson se agitó, se estiró, se calmó. Alzó la vista y vio la luz terrible de los anillos de Saturno sobre su cabeza, brillando a través de la cúpula del hotel. Nunca había visto nada más hermoso en la vida. Y muy cerca de ellos, sólo a unos mil trescientos cincuenta kilómetros, podía distinguir con toda claridad las zonas de los anillos, cada uno girando en torno a Saturno a su propia velocidad, con la negrura del espacio visible en los lugares abiertos. Y el mismo Saturno, brillante en los cielos, tan enorme...

¿Qué era aquel rumor confuso? ¿Un trueno? No aquí, no en Titán... Otra vez, más alto. Y el temblor del suelo. ¡Una raja en la cúpula! ¡Oh, no, no, no! Sentir la salida del aire, ver aquella neblina verdosa que entra... La gente se derrumba por todas partes... ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre? Saturno parece caer hacia nosotros. Aquel gusto en la boca... ¡No, no, no!

Satina chilló. Y chilló. Y siguió chillando al hundirse en la oscuridad, y se cubrió con el manto suave de la inconsciencia, y tembló, y dio gracias por haber hallado un lugar seguro en que ocultarse.

Mookherji había registrado todo el edificio, acompañado por tres hombres de Seguridad y un par de internos. Había visto sectores completos del hospital que ni sabía que existieran. Había recorrido sótanos y subsótanos y subsubsótanos. Había pasado por laboratorios, salas de computadoras y cámaras de ejercicio. Se había mantenido en un estado de completa receptividad telepática durante el camino, pero no había detectado nada, ni siquiera un chispazo de corriente mental. En cierto modo, no fue una sorpresa para él. Cercano ya el amanecer, no deseaba más que unas dieciséis horas de sueño. Aunque fuera con pesadillas. Estaba cansado, si bien cansancio no era ya el término apropiado para expresar lo que sentía.

Sin embargo, algo salvaje andaba suelto aún, y las pesadillas continuaban. Tres incidentes, con un intervalo de noventa minutos, habían tenido lugar durante la noche: dos

pacientes en el quinto nivel y uno en el sexto se habían despertado llenos de terror. Había sido posible calmarlos rápidamente y, al parecer, no se había causado un daño permanente. Ahora, aquella cosa extraña se aproximaba a la Sala de Neuropatología de Mookherji, y a él no le gustaba la idea de exponer a un puñado de pacientes mentalmente inestables a ese tipo de estímulo. Para entonces, el Centro de Control había reprogramado los sistemas de monitores de todos los pacientes, a fin de vigilar las primeras etapas de la pesadilla —cambios hormonales, oscilaciones en el EEG, índice de respiración, etcétera—, con la esperanza de despertar a la víctima antes de que recibiera todo el impacto. Incluso así, Mookherji deseaba que aquello fuera capturado y sacado del hospital antes de que llegara a sus pacientes.

Pero, ¿cómo?

Mientras regresaba lentamente a su despacho en el sexto nivel, repasó algunas de las ideas que la gente había aportado en aquella reunión a medianoche. Anda por ahí tratando de comunicarse con nosotros, había dicho Martinson. Su comunicación llega a la mente humana sólo en forma de terribles pesadillas. Tal vez una mente que está despierta no sea receptiva. Por lo visto, ni siquiera la mente de un telepata humano era receptiva estando despierta. Mookherji se preguntó si debía echarse a dormir y esperar a que el alienígena le alcanzara, tratando entonces de habérselas con él y conducirlo a una trampa, de la clase que fuera... No. Él no era tan distinto de los demás. Si se dormía y la mente establecía contacto, sencillamente sufriría una pesadilla horrible y se despertaría sin haber logrado nada. Ésa era la respuesta. Sin embargo, supongamos que consiguiera establecer contacto con el extraño a través de la mente de la víctima de una pesadilla..., alguien al que utilizaría como una especie de altavoz telepático..., alguien que seguramente no se despertaría mientras se desarrollaba el sueño...

¡Satina!

Quizá. Quizá. Por supuesto, tendría que asegurarse de que la muchacha permaneciera protegida contra todo posible daño. Ya había tenido bastantes horrores en la cabeza hasta entonces. Pero si él le prestaba su fuerza, le quitaba el veneno a la pesadilla, aceptaba el impacto en sí mismo a través de su unión telepática, si podía soportar la tensión y hablar con aquella mente extraterrestre... Tal vez funcionara. Tal vez...

Fue a la habitación de la muchacha. Le cogió la mano entre las suyas.

—Satina.

—¿Ya es de mañana, doctor? ¿Tan pronto?

—Aún es muy temprano, Satina. Pero todo lo que sucede hoy es un poco extraordinario. Necesitamos tu ayuda. No estás obligada a hacerlo si no quieres, pero creo que puedes ser de gran valor para nosotros, e incluso para ti misma. Escúchame cuidadosamente y medítalo bien antes de decir sí o no...

«Dios me ayude si me equivoco», pensó Mookherji, muy por debajo del nivel de la transmisión telepática.

Helado, solitario, cada vez más abrumado por el desaliento y la desesperanza, el vsiir no había intentado ningún contacto desde hacía varias horas. ¿De qué le servía? El resultado siempre era el mismo cuando tocaba una mente humana: agotador para él y, al parecer, molesto para los humanos, sin ninguna eficacia. Ya había salido el sol. El vsiir pensó en abandonar el edificio y exponerse a la radiación solar amarilla, a la vez que bajaba todas sus defensas. Sería una muerte rápida, el fin de toda aquella tristeza y anhelo. Era locura soñar con ver su planeta de nuevo. Y...

¿Qué había sido eso?

Una llamada, una llamada clara, inteligente, inconfundible. Ven a mí. Una mente abierta en algún punto de este nivel, que no hablaba ni el lenguaje humano ni el del vsiir, pero que establecía comunicación sin palabras, universalmente comprensible, que tiene lugar cuando una mente habla directamente a otra: Ven a mí. Dímelo todo. ¿Cómo puedo ayudarte?

En su excitación, el vsiir recorrió todo el espectro, emitiendo un estallido de infrarrojos, una confusión de ultravioletas, un resplandor de luz visible, antes de controlarse. Rápidamente, marchó en dirección a la llamada. No lejos, en este corredor, más allá de esta puerta, siguiendo el pasillo. Ven a mí. Sí, sí. Extendiendo sus antenas mentales hacia delante, esperando el contacto con la mente que le acogía, el vsiir se apresuró.

Mookherji, con su mente unida a la de Satina, sintió el repentino shock de la pesadilla que se acercaba. A pesar de no recibirlo directamente, el impacto fue extraordinariamente fuerte. Una impresión de unión, de una mente en contacto con otra mente. Y entonces, en el espíritu receptivo de Satina, entró...

Un muro más alto que el Everest. Satina trata de escalarlo, vacilando en una superficie blanca y suave, metiendo los dedos en agujeros diminutos. Resbalando un metro por cada dos que gana. Allá abajo, un agujero hirviente del que brotan llamas, gases. Monstruos de dientes afilados aguardan su caída. El muro se hace más alto. El aire es tan tenue que apenas puede respirar, y sus ojos se apagan, y una mano grasienta le oprime el corazón, y siente que sus venas se liberan de la carne como muelles que saltan en un sillón roto, y el tirón de la gravedad aumenta constantemente... El dolor, los pulmones sin aire, el rostro horriblemente contraído, un río de terror que recorre su cerebro...

—Nada de esto es real, Satina. Sólo son ilusiones. Nada está sucediendo realmente.

—Sí —dice ella—. Sí, lo sé.

Pero en su voz resuena el terror, y sus músculos se agitan al azar, tiene el rostro rojo y sudoroso, los ojos tiemblan bajo los párpados. Continúa el sueño. ¿Hasta cuándo logrará soportar?

—¡Dámelo! —le dice él—. ¡Dame ese sueño!

Satina no lo entiende. Pero no importa. Mookherji sabe cómo hacerlo. Está tan cansado que la fatiga ha dejado de importarle. En algún punto, más allá del colapso, encuentra fuerzas inesperadas, llega al espíritu de la muchacha y atrae la alucinación hacia sí, como si fuera una tela de araña. La alucinación le envuelve. Ya no la experimenta indirectamente; ahora todos los fantasmas andan sueltos por su cerebro e, incluso mientras siente cómo Satina se relaja, lucha contra el ataque de la irrealidad que él mismo se ha buscado. Y logra hacerlo. La libera del exceso de irracionalidad y lo asume en su propia conciencia. Y se adapta a él, aprendiendo a vivir con aquella terrible riada de imágenes. Él y Satina comparten lo que sigue. Juntos pueden tolerar la carga. Él soporta más que ella, pero también Satina hace su parte. Ninguno de los dos se siente ya abrumado por el desfile de los fantasmas. Incluso pueden reírse de los monstruos soñados, incluso se admiran al verlos tan fantásticos. La bestia de cien cabezas, el montón de alambres vivos, la sima de los dragones, la masa reptante de dientes puntiagudos... ¿quién teme a lo que no existe?

Sobre el estruendo de las curiosas imágenes, Mookherji envía un pensamiento coherente, dirigiéndolo a través de la mente de Satina hasta el alienígena:

—¿Puedes eliminar estas pesadillas?

—No —le contesta algo—. Están en ti, no en mí. Yo me limito a proporcionar el estímulo liberador. Tú generas las imágenes.

—De acuerdo. ¿Quién eres y qué quieres?

—Soy un Vsiir.

—¿Un qué?

—Una forma nativa del planeta en que recogéis la corteza del filego verde. Por mi propio descuido fui transportado a vuestro planeta.

Acompañando el mensaje, late un impulso abrumador de tristeza, un sentimiento mezclado de autocompasión, incomodidad y agotamiento. Por encima de ello, siguen flotando las pesadillas, pero ahora son insignificantes. El vsiir continúa:

—Sólo quiero que me envíen a casa. No deseaba venir aquí.

«¿Y éste es nuestro monstruo extraterrestre? —piensa Mookherji—. ¿La terrible bestia de las estrellas, creadora de pesadillas?»

—¿Por qué provocas alucinaciones?

—No era ésa mi intención. Simplemente, trataba de establecer contacto mental. Algún defecto en el sistema receptivo humano quizá... No lo sé. No lo sé. Estoy tan cansado... ¿Puedes ayudarme?

—Te enviaremos a casa —promete Mookherji—. ¿Dónde estás? ¿Puedes mostrarte a mí? Permíteme encontrarte y lo notificaré a las autoridades del puerto espacial, que dispondrán tu viaje a casa en la primera nave que salga.

Indecisión, silencio. Las ondas de contacto vacilan, se quiebran.

—¿Y bien? —insiste Mookherji tras un momento—. ¿Qué ocurre? ¿Dónde estás?

Una respuesta inquieta del vsiir:

—¿Cómo puedo confiar en ti? Tal vez pretendas destruirme simplemente. Si me revelo...

Mookherji se muerde los labios con repentina rabia. Su reserva de fuerza casi ha desaparecido y apenas consigue mantener el contacto. Si ahora tiene que encontrar un modo de persuadir a un extraterrestre suspicaz para que se rinda, tal vez se quede sin fuerzas antes de lograrlo. La situación exige medidas desesperadas.

—Escucha, vsiir. No soy lo bastante fuerte como para seguir hablando mucho más, y tampoco esta muchacha a través de la cual te hablo. Te invito a entrar en mi cabeza. Bajaré todas mis defensas. Mira lo que soy, mira intensamente, y decide por ti mismo si puedes confiar en mí o no. Después, todo dependerá de ti. Puedo ayudarte a volver a casa, pero sólo si te manifiestas inmediatamente.

Abre su mente. Se queda mentalmente desnudo.

Y el vsiir penetra a toda prisa en el cerebro de Mookherji.

Una mano tocó el hombro de Mookherji. Se despertó instantáneamente, parpadeando, tratando de hacerse cargo de todo. Lee Nakadai se hallaba ante él. ¿Dónde estaban?... En la habitación de Satina Ranson. La luz pálida del amanecer entraba por la ventana. Debía de haber dormido un par de minutos. Le dolía horriblemente la cabeza.

—Te hemos buscado por todas partes, Pete —dijo Nakadai.

—Todo ha terminado —murmuró éste—. Todo va bien.

Agitó la cabeza para despejarla. Y lo recordó todo. Sí, allí estaba, en el suelo, junto al lecho de Satina. Poco más o menos del tamaño de un sapo, pero muy distinto en forma, color y textura, de cualquier sapo que Mookherji hubiera visto. Se lo mostró a Nakadai.

—Eso es el vsiir —dijo—. El terror extraterrestre. Satina y yo hicimos amistad con él. Le convencimos para que se mostrara. Escucha, no se siente feliz aquí, de modo que busca a toda prisa a un oficial del puerto espacial y explícale que tenemos un organismo que desea volver a la Estrella de Norton inmediatamente y...

Satina le interrumpió:

—¿Es usted el doctor Mookherji?

—Sí, claro. Supongo que debía haberme presentado cuando... ¿Estás despierta?

—Es de mañana, ¿no? —la muchacha se incorporó sonriendo—. Es usted más joven de lo que yo creía. ¡Y tan serio! Me encanta el color de su piel. Yo...

—¿Estás despierta?

—Tuve una pesadilla —dijo ella—. O tal vez un mal sueño dentro de un mal sueño..., no lo sé. Fuera lo que fuese, resultó horrible, pero me sentí mucho mejor cuando se alejó... Sentí que, si dormía más iba a perderme muchas cosas buenas. Que tenía que levantarme y ver lo que estaba ocurriendo en el mundo... ¿Entiende algo de esto, doctor?

Mookherji advirtió que le temblaban las rodillas.

—Terapia de shock —murmuró—. La liberamos del coma..., sin saber siquiera lo que estábamos haciendo. —Se acercó al lecho—. Escucha, Satina, llevo sin dormir más de un millón de años y estoy muerto de agotamiento. Tengo mil cosas de que hablar contigo,

sólo que no ahora, ¿de acuerdo? No ahora. Enviaré al doctor Bailey... Él es mi jefe... Y en cuanto haya dormido un poco, volveré y lo repasaremos todo juntos, ¿conforme? Digamos a las cinco o las seis de esta tarde, ¿te parece bien?

—Pues claro que sí, muy bien —respondió Satina con una sonrisita maliciosa—. Si crees que realmente tienes que irte justo cuando yo... De acuerdo. Vete, vete. Pareces horriblemente agotado, doctor.

Mookherji le lanzó un beso. Luego, asiendo a Nakadai por el codo, le empujó hacia la puerta. Una vez fuera, dijo:

—Llévate al Vsiir a Cuarentena e intenta proporcionarle un ambiente en el que se encuentre cómodo. Y dispón el viaje a su hogar. Supongo que ya puedes dejar libres a los seis astronautas. Yo iré a hablar con Bailey... y luego a dormir.

—Necesitas descanso, Pete —asintió Nakadai—. Me encargaré de eso.

Mookherji cruzó lentamente el vestíbulo hacia el despacho del doctor Bailey, recordando la sonrisa en el rostro de Satina, recordando al pobre vsiir, tan pequeño y triste, pensando en las pesadillas.

—Que duermas bien, Pete —le despidió Nakadai.

VER AL HOMBRE INVISIBLE

Entonces me juzgaron culpable, me declararon invisible por espacio de un año, a partir del 11 de mayo del año de gracia de 2104, y me llevaron a una habitación oscura situada bajo el tribunal para imprimirme la marca en la frente antes de dejarme libre.

Dos rufianes pagados por el municipio se encargaron del trabajo. Uno de ellos me arrojó sobre la silla, mientras el otro alzaba el hierro de marcar.

—No te dolerá nada —dijo aquel mono babeante al ponerme la marca en la frente. Y en efecto, noté cierto frescor y eso fue todo.

—Y ahora, ¿qué ocurre? —pregunté.

Pero no hubo respuesta y ambos se alejaron de mí, saliendo de la habitación sin decir una palabra. La puerta quedó abierta. Estaba libre para marcharme o para quedarme y pudrirme allí si lo deseaba. Nadie me hablaría ni me miraría más de una vez, sólo lo suficiente para ver la señal en mi frente. Yo era invisible.

Debe entenderse que mi invisibilidad era estrictamente metafórica. Seguía conservando mi solidez corporal. La gente podía verme, pero se negaría a verme.

¿Un castigo absurdo? Tal vez. Pero, claro, también el crimen era absurdo. Un crimen de frialdad. Me había negado a compartir la carga de mi prójimo. Había transgredido la ley en cuatro ocasiones. El castigo de ese crimen era la invisibilidad durante un año. Se había presentado la denuncia y celebrado el juicio, y ahora se me había aplicado la señal.

Yo era invisible.

Salí al mundo del calor.

Ya había caído la lluvia de la tarde. Las calles de la ciudad se secaban y hasta mí llegaba el olor de la vegetación en crecimiento desde los jardines colgantes. Hombres y mujeres se dedicaban a sus tareas. Yo caminaba entre ellos, pero no me hacían ningún caso.

El castigo por hablar con un hombre invisible es la invisibilidad, un mes, un año o más, según la gravedad de la ofensa. De esto depende todo el concepto. Me pregunté con qué rigidez se cumpliría la regla.

Pronto lo descubrí.

Me metí en un ascensor y dejé que me subieran hasta el Jardín Colgante más próximo. Era el Once, el jardín de los cactus. Aquellas formas curiosas y retorcidas se adecuaban a

mi estado de ánimo. Salí al descansillo y avancé hacia el mostrador de recepción para sacar mi entrada. Una mujer de rostro blanco y ojos vacíos estaba tras el mostrador.

Coloqué sobre él una moneda. Una sombra de terror, que se desvaneció rápidamente, pasó por sus ojos.

—Una entrada —dije.

No hubo respuesta. La gente hacía cola tras de mí. Repetí la petición. La mujer alzó la vista impotente y luego miró sobre mi hombro izquierdo. Una mano se extendió y otra moneda fue depositada en la mesa. Ella la tomó y entregó al hombre su entrada. Éste la introdujo en la ranura y pasó.

—Yo también quiero una —insistí con voz tensa.

Otros me fueron apartando a un lado. Sin una palabra de disculpa. Empecé a comprender el significado de mi invisibilidad. Me trataban literalmente como si no me vieran.

Hay ciertas ventajas que compensan. Pasé detrás del mostrador y yo mismo me serví una ficha sin pagarla. Puesto que era invisible, nadie podía detenerme. Metí la ficha en la ranura y entré en el jardín.

Pero los cactus me aburrían. Un inexplicable malestar me abrumó y ya no sentí deseos de quedarme. Al salir apreté el dedo contra una espina. Brotó la sangre. Al menos los cactus seguían reconociendo mi existencia. Aunque sólo fuera para sacarme sangre.

Volví a mi apartamento. Los libros me esperaban, pero no sentía interés por ellos. Me tendí en la estrecha cama y puse en actividad el energizador para combatir la extraña lasitud que me afligía. Pensé en mi invisibilidad.

No sería tan duro, me dije. Jamás había dependido totalmente de otros seres humanos. En realidad, ¿no había sido sentenciado en primer lugar por frialdad hacia mis congéneres? Entonces, ¿qué necesidad tenía de ellos ahora? ¡Que me ignoraran!

Sería un descanso. Después de todo, tenía un año de respiro en cuanto al trabajo. Los hombres invisibles no trabajaban. ¿Cómo iban a hacerlo? ¿Quién acudiría a consultar a un doctor invisible, o contrataría a un abogado invisible para que le representara, o entregaría un documento para archivar a un empleado invisible? Por tanto, nada de trabajo. Ni ingresos tampoco, naturalmente. Pero los propietarios no cobraban alquiler a los hombres invisibles. Estos iban a donde querían y no pagaban nada. Acababa de comprobarlo en los Jardines Colgantes.

La invisibilidad podía resultar divertida en sociedad, pensé. Me habían sentenciado tan sólo a una cura de descanso de un año. Estaba seguro de que la disfrutaría.

No obstante, había algunos inconvenientes prácticos. La primera noche de mi invisibilidad fui al mejor restaurante de la ciudad. Pensaba pedir los platos más caros, una comida de cien unidades, y luego me desvanecería convenientemente antes de la presentación de la cuenta.

Estaba confundido. Ni siquiera llegué a sentarme. Esperé en la puerta media hora, mientras pasaba junto a mí una y otra vez un maitre d'hotel que, indudablemente, se había enfrentado muchas veces a la misma situación. Comprendí que ocupar una mesa no me serviría de nada. Ningún camarero me atendería.

Claro que podía entrar en la cocina y servirme lo que quisiera. Podía perturbar la rutina de trabajo del restaurante. Pero me decidí en contra. La sociedad tiene sus modos de protegerse contra los invisibles. No mediante un castigo directo, por supuesto, ni con una defensa intencional. ¿Pero quién impugnaría la afirmación de un chef de que no había visto a nadie ante él cuando se le cayó el puchero de agua hirviendo contra la pared? La invisibilidad era la invisibilidad, como una espada de dos filos.

Salí del restaurante.

Comí en el automático más cercano. Luego cogí una autotaxi hasta casa. Las máquinas, como los cactus, no discriminaban a los de mi clase. Sin embargo, me dije, serían una compañía muy aburrida durante todo un año.

Aquella noche dormí muy mal.

La segunda jornada de mi invisibilidad fue un día de tanteos y descubrimientos.

Me fui a dar un largo paseo, cuidando de mantenerme en los senderos de peatones. Había oído historias sobre los tipos que disfrutaban atropellando a los que llevan la marca de la invisibilidad en la frente. Porque no hay recurso contra ellos, ni castigo. Mi situación tiene sus peligros, peligros intencionados.

Caminé por las calles, viendo cómo se abría la multitud para dejarme paso. Yo pasaba entre ellos como un microtomo entre las células. Estaban bien entrenados. A mediodía, vi a mi primer compañero invisible. Era un hombre alto, de mediana edad, grueso y digno, que llevaba la marca de la vergüenza en su frente abombada. Su mirada se cruzó con la mía por un instante. Luego, pasó de largo. Un hombre invisible, por supuesto, no puede ver a otro como él.

Me sentí divertido, nada más. Aún saboreaba la novedad de este estilo de vida. Nada podía herirme. Todavía no.

A última hora del día, llegué a una de esas casas de baños donde las muchachas trabajadoras pueden bañarse por un par de monedas. Sonreí maliciosamente y subí las escaleras. El empleado de la puerta me lanzó apenas una mirada de asombro —aquello fue un pequeño triunfo para mí—, pero no se atrevió a detenerme.

Entré.

Me asaltó un fuerte olor a jabón y sudor. Seguí adelante. Pasé por los vestuarios, donde colgaban largas filas de monos grises, y se me ocurrió que podía sacar de esos bolsillos todas las unidades que contuvieran. No lo hice. El robo pierde interés cuando resulta demasiado fácil. Ya lo sabían los que imaginaron la invisibilidad.

Seguí adelante y entré en los baños propiamente dichos.

Había allí cientos de mujeres. Muchachas núbiles, mujeres viejas o maduras. Algunas enrojecieron. Otras sonrieron. Muchas me dieron la espalda. Pero todas tuvieron cuidado de no demostrar una auténtica reacción ante mi presencia. Había matronas supervisoras montando la guardia. ¿Y quién sabe si informarían de que alguien se había dado indebida cuenta de la existencia de un invisible?

Así que las observé mientras se bañaban. Observé quinientos pares de senos en movimiento, cuerpos desnudos que brillaban bajo la ducha, una enorme masa de carne femenina al descubierto. Mi reacción era confusa: por un lado, la sensación de haber hecho algo malo al penetrar en aquel Sanctasanctórum sin que me detuvieran, pero también, surgiendo lentamente en mi interior, una sensación de.. ¿Pena? ¿Aburrimiento? ¿Repulsión?

No era capaz de analizarlo. Parecía como si una mano húmeda oprimiese mi cuello. Salí rápidamente. El olor del agua jabonosa perduró en mi nariz durante muchas horas, y la visión de la carne rosada persiguió mis sueños aquella noche. Comí solo en uno de los automáticos. Empezaba a ver que la novedad del castigo se desvanecía muy pronto.

A la tercera semana, caí enfermo. Todo empezó con fiebre muy alta, dolor de estómago, vómitos y otros síntomas de cariz muy feo. A medianoche, estaba seguro de que iba a morir. Tenía unos retortijones intolerables y, cuando me arrastre hasta el cuarto de baño, observé en el espejo que tenía el rostro contraído, verdoso y cubierto de gotas de sudor. La marca de la invisibilidad destacaba como la luz de un faro en mi frente pálida.

Me eché durante algún tiempo sobre el suelo de baldosas, disfrutando de su frescura. De pronto pensé: ¿Y si es el apéndice? ¿Y si se trata de ese resto prehistórico, ridículo y anticuado? ¿Y si está inflamado y a punto de reventar?

Necesitaba un médico.

El teléfono estaba cubierto de polvo. No se habían molestado en desconectarlo, pero yo no había llamado a nadie desde mi arresto, ni nadie se había atrevido a llamarme. El

castigo por telefonar a un invisible es la invisibilidad. Mis amigos, aunque lo fueran, se mantenían aislados de todo contacto conmigo.

Cogí el teléfono y pulsé los botones. Se encendió el panel, y el robot a su cargo preguntó:

—¿Con quién quiere hablar, señor?

—¡Un médico! —gemí.

—Por supuesto, señor.

Palabras mecánicas, suaves y corteses. No hay modo de declarar invisible a un robot; por lo tanto, él sí podía hablar conmigo.

La pantalla se iluminó. Una voz habló en tono profesional:

—Vamos a ver, ¿cuál es el problema?

—Dolor de estómago. Tal vez apendicitis.

—Enviaré a un hombre...

Se detuvo. En mi angustia, yo había cometido el error de alzar el rostro. Sus ojos vinieron a caer sobre la marca de la frente. La pantalla se ennegreció con la misma rapidez que si yo fuera un leproso y extendiera mi mano para que él la besara.

—¡Doctor! —supliqué.

Había desaparecido. Enterré el rostro entre las manos. Esto era llevar las cosas demasiado lejos, pensé. ¿Acaso el juramento hipocrático permitía tal conducta? ¿Es que un doctor tenía derecho a rechazar la súplica de ayuda de un enfermo?

Hipócrates no sabía nada de los invisibles. Nadie le pediría a un médico que atendiera a un hombre invisible. Sencillamente, para la sociedad en general yo no existía. Y el médico no puede diagnosticar enfermedades en individuos inexistentes.

Quedaba, pues, entregado a mis sufrimientos.

Era éste uno de los rasgos menos atractivos de la invisibilidad. Uno podía entrar en la casa de baños sin que nadie se lo impidiera, pero tampoco te impedían que gimieras en el lecho del dolor. Una cosa compensa la otra. Y si por casualidad se te perfora el apéndice, ¡vaya, qué lastima! Será un escarmiento para aquellos que quieran seguir tu ejemplo!

No se me perforó el apéndice. Sobreviví, aunque pasé mucho miedo. Un hombre es capaz de sobrevivir sin conversación humana durante un año. Viaja en coches automáticos y come en restaurantes automáticos. Pero no hay médicos automáticos. Por primera vez, me sentí realmente un leproso ante la sociedad. Al convicto que está en prisión se le concede el auxilio médico cuando se encuentra enfermo. Mi crimen no había sido lo bastante grave para merecer la prisión, por eso no me trataría ningún médico aunque enfermara. Era injusto. Maldije a los diablos que habían inventado tal castigo. Tenía que enfrentarme a solas con cada amanecer, tan solo como Robinson Crusoe en su isla, aquí, en medio de una ciudad de doce millones de almas.

¿Cómo describir mis altibajos de ánimo y los cambios constantes de mi espíritu conforme iban transcurriendo los meses?

Había ocasiones en que la invisibilidad suponía un gozo, una delicia, un tesoro. En esos momentos de locura, me gloriaba el verme exento de las reglas que oprimen a los hombres corrientes.

Robaba. Entraba en las tiendas pequeñas y me apoderaba de las mercancías, mientras los comerciantes, acobardados, temían impedírmelo por si se les acusaba de faltar a las reglas de mi invisibilidad. Si hubiera sabido que el Estado les reembolsaba de tales pérdidas, tal vez hubiera sentido menos placer. Pero robaría igual.

Y entraba donde quería. La casa de baños jamás me tentó de nuevo, pero sí otros santuarios. Entraba en los hoteles y recorría los pasillos, abriendo las puertas al azar. La mayoría de las habitaciones estaban vacías. Otras no.

Y como un dios, yo lo observaba todo. Me iba endureciendo. Mi desdén por la sociedad —el crimen principal que me condenó a la invisibilidad— seguía en aumento.

Me quedaba de pie en las calles vacías durante los períodos de lluvia y gritaba a los brillantes edificios que se alzaban a cada lado:

—¿Quién os necesita? ¡Yo no! ¿Quién os necesita para nada?

Me burlaba de ellos, me reía y les insultaba. Era una especie de locura, producida, supongo, por la soledad. Entraba en los teatros —donde los felices comedores de loto permanecían sentados en sus sillas, encantados ante las imágenes tridimensionales— y me ponía a hacer cabriolas por los pasillos. Nadie se atrevía a protestar contra mí. El brillo de la marca en mi frente les aconsejaba que acallaran sus protestas, y eso hacían.

Había malos momentos, buenos momentos, momentos en que me sentía un gigante y caminaba rebosante de desprecio entre los imbéciles visibles. Y momentos de locura..., he de admitirlo. El que ha pasado por la condición de invisibilidad involuntaria a lo largo de varios meses es probable que quede algo desequilibrado.

¿Los he llamado momentos de paranoia? Maniaco-depresivos sería más adecuado. El péndulo seguía su ritmo. Los días en que únicamente sentía desprecio por los idiotas visibles que me rodeaban se equilibraban con los días en que el aislamiento me abrumaba. Entonces recorría las calles interminablemente, hasta más allá de las arcadas resplandecientes, y miraba las aceras, con sus luces de colores brillantes. Ni un mendigo se me acercaba. ¿Sabían ustedes que todavía hay mendigos en nuestro fabuloso siglo? Hasta que me declararon invisible, tampoco yo lo supe. Fue entonces cuando mis largos paseos me llevaron a los barrios pobres, donde todo no era tan brillante y donde los viejos de rostro barbudo y desaseado piden limosna.

Pero nadie me pidió una moneda. Sólo una vez se me acercó un ciego.

—¡Por el amor de Dios! —gimió—. Ayúdeme a comprarme unos ojos nuevos en el banco de ojos.

Eran las primeras palabras que me dirigía un ser humano en muchos meses. Empecé a buscar dinero en los bolsillos, con el propósito de darle todas las unidades que llevara como muestra de gratitud. ¿Por qué no? Podía conseguir muchas más sin otro esfuerzo que el de cogerlas. Antes de que llegara a sacar el dinero, un figura de pesadilla introdujo entre los dos sus muletas. Oí que susurraba una sola palabra: "Invisible". Y ambos se largaron como dos ratones asustados. Quedé allí en pie, ofreciendo estúpidamente mi dinero.

Ni siquiera los mendigos. ¡Malditos los que inventasteis este tormento!

De nuevo fui serenándome. Toda mi arrogancia se desvaneció. Ahora estaba solo. ¿Quién podría acusarme de frialdad? Me había convertido en un hombre blando, patéticamente ansioso de un palabra, una sonrisa, una mano amistosa. Ya llevaba seis meses de invisibilidad.

¡Cómo la odiaba para entonces! Sus placeres eran vacíos, su tormento insoportable. Me preguntaba si lograría sobrevivir los seis meses restantes. Créanme, en aquellas horas negras, la idea del suicidio no me era extraña.

Finalmente, cometí una gran estupidez. En uno de mis interminables paseos, me encontré con otro invisible, quizás el tercero o el cuarto, no más, que había visto en seis meses. Como en los encuentros anteriores, nuestras miradas se cruzaron con temor, sólo un instante. Luego, él bajó la suya hasta el suelo, me cedió el paso y siguió caminando. Era un hombre que no tendría más de cuarenta años, con el pelo oscuro y rizado y un rostro flaco y alargado. Tenía aspecto de erudito, y me pregunté qué habría hecho para merecer tal castigo. Casi me venció el deseo de correr tras él y preguntárselo, saber su nombre, hablar con él y abrazarle.

Cosas todas prohibidas a la humanidad. Nadie tendrá el menor contacto con un invisible, ni siquiera otro invisible. Especialmente otro invisible. La sociedad no siente el menor deseo de fomentar una unión secreta, la camaradería entre sus parias.

Yo lo sabía muy bien.

Sin embargo, me volví y le seguí.

A lo largo de tres manzanas le seguí lentamente, manteniéndome a unos veinte o cincuenta pasos detrás de él. Los robots de seguridad parecían encontrarse en todas partes, con sus antenas listas para detectar cualquier infracción, y yo no me atrevía a hacer nada. Por fin, se metió por una calle lateral, gris y polvorienta, que al menos tenía cinco siglos, y empezó a caminar con el paso típico del invisible, propio del que no va a ninguna parte. Me acerqué a él.

—Por favor —dije en voz muy baja—, nadie nos verá aquí. Podemos hablar. Me llamo...

Giró en redondo, con ojos aterrados. El rostro muy pálido. Me miró atónito por un instante. En seguida, saltó hacia adelante, como para huir, escurriéndose a un lado.

Le bloqueé el paso.

—Espere —dije—. No tenga miedo, por favor.

Intentó pasar, sin embargo. Le puse la mano en el hombro. Luchó por liberarse.

—Sólo una palabra —le rogué.

Ni una. Ni siquiera un "Déjeme en paz" pronunciado con voz ronca. Consiguió esquivarme y corrió calle abajo. Sus pisadas se fueron haciendo cada vez menos sonoras, hasta que llegó a la esquina y dio la vuelta a la misma. Yo seguía mirando hacia allí, vencido por la soledad.

Y el temor, además. Él no había faltado a las reglas de la invisibilidad, pero yo sí. Le había visto. Tal vez eso me supusiera un castigo, la prolongación de mi sentencia de invisibilidad. Miré en torno ansiosamente. No había robots de seguridad a la vista. Ni uno.

Estaba solo.

Volví sobre mis pasos, tratando de tranquilizarme, y seguí por la calle. Gradualmente recuperé el control. Comprendí que había cometido una imperdonable tontería. La estupidez de mi acción me molestó, pero todavía más su aspecto sentimental. Extender la mano con aquel pánico a otro invisible; admitir abiertamente mi soledad, mi necesidad... ¡No! Eso significaba que la sociedad estaba ganando. Y yo no podía soportarlo.

Me hallé de nuevo cerca del jardín de los cactus. Tomé el ascensor, le cogí una ficha al empleado y entré en él. Busqué por unos momentos y encontré al fin un cactus espectacular, muy retorcido, de unos dos metros y medio de altura. Un monstruo espinoso. Lo saqué de su maceta, rompí aquellos miembros angulosos en fragmentos, llenándome las manos de espinas. La gente simulaba no verme. Me saqué las espinas de las palmas y, con las manos ensangrentadas, bajé de nuevo en el ascensor, otra vez aislado, de un modo sublime, en mi invisibilidad.

Pasó el octavo mes, el noveno y el décimo. La ronda de estaciones había efectuado casi su giro completo. La primavera había dado paso a un verano suave, éste a un crudo otoño, y el otoño al invierno con sus nevadas quincenales, todavía permitidas por razones estéticas. El invierno había terminado ya. En los parques, los árboles se llenaban de botones de verdor. Los del control del tiempo programaron las lluvias hasta tres veces diarias.

Mi sentencia se acercaba a su fin.

En los meses finales de invisibilidad, me había hundido en una especie de torpor. A mi mente, entregada a sus propios recursos, ya no le interesaba pensar en las implicaciones de mi situación, de modo que yo vivía día tras día en una niebla confusa. Leía ansiosamente, sin seleccionar. Aristóteles una noche; la Biblia al día siguiente; un folleto de mecánica al otro. No retenía nada. Al volver una página, la anterior se me borraba de la memoria.

Ya no me esforzaba por disfrutar de las pocas ventajas de la invisibilidad, la emoción del voyeur, la impresión fugaz de poder que surge del hecho de cometer cualquier acción con un limitado temor al castigo. Y digo limitado, porque la aprobación del Acta de Invisibilidad no había sido acompañada de un acta contra la naturaleza humana. Pocos hombres dejarían de correr el riesgo de la invisibilidad por proteger a sus esposas o hijos

de las molestias de un invisible. Nadie permitiría fríamente que un invisible le sacara los ojos. Nadie toleraría la invasión de su hogar por parte de un invisible. Había modos de evitar tales infracciones sin demostrar reconocer la existencia del invisible, como ya he mencionado.

Sin embargo, muchas cosas estaban a mi alcance. Me negué a probarlas. Dostoievski escribió no sé dónde: "Si Dios no existe, todo está permitido". Yo enmendaría sus palabras: Para el hombre invisible, todo está permitido... pero carece de interés.

Pasaron los meses, agotadores.

No contaba los minutos que faltaban para mi liberación. Si he de ser sincero, la verdad es que se me olvidó por completo el día en que terminaba mi condena. Estaba leyendo en mi habitación, pasando las páginas aburrido, cuando sonó el timbre.

No había sonado en todo un año. Casi se me había olvidado el significado de aquel sonido.

Sin embargo, abrí la puerta. Allí estaban los representantes de la ley. Sin pronunciar palabra, rompieron el sello que unía la marca a mi frente. El emblema cayó, haciéndose pedazos.

—Hola, ciudadano —me dijeron entonces.

Asentí con gravedad.

—Hola.

—Es el 11 de mayo de 2105. Su condena ha terminado. Queda incorporado de nuevo a la sociedad. Ya ha pagado su deuda.

—Gracias.

—Venga a tomar una copa con nosotros.

—Preferiría no hacerlo.

—Es la tradición. Venga.

Salí con ellos. Sentía ahora la frente extrañamente desnuda y, al mirarme al espejo, vi que había un punto pálido allí donde estuvo el emblema. Me llevaron a un bar próximo y me invitaron a whisky sintético, puro y fuerte. El camarero me sonrió. Alguien en el taburete inmediato me dio un golpecito en el hombro y me preguntó cuál era mi favorito para las carreras de aviones a reacción del día siguiente. No tenía la menor idea y así se lo dije.

—¿De verdad? Yo apuesto por Kelso. Pagan cuatro a uno, pero tiene una arrancada insuperable.

—Lo siento —dije.

—Lleva ausente algún tiempo —le comentó en voz baja uno de los del gobierno.

El eufemismo era inconfundible. Mi vecino me miró la frente y asintió al ver el punto pálido. Entonces me invitó también a una copa. Acepté, aunque ya sentía los efectos de la primera. Era un ser humano otra vez. Volvía a ser visible.

No me atreví a desairarle. Podrían haberme acusado de nuevo del crimen de frialdad. La quinta ofensa habría significado cinco años de invisibilidad. Había aprendido a ser humilde.

Regresar a la visibilidad supuso una transición difícil, naturalmente. Viejos amigos con los que reunirse, conversaciones que quedaron interrumpidas, relaciones que renovar. Había sido un exiliado en mi propia ciudad durante un año, y volver nunca es fácil.

Por supuesto, nadie aludía a mi periodo de invisibilidad. Lo consideraban como una enfermedad que no es correcto mencionar. Hipocresía, pensaba yo. No obstante, la aceptaba. Indudablemente todos trataban de no herir mis sentimientos. ¿Acaso se le dice a un hombre a quien acaban de reemplazarle un estómago canceroso: "Me han dicho que por poco te mueres"? ¿Acaso se le dice al hombre cuyo anciano padre ha sido llevado al servicio de eutanasia: "De todas formas, ya estaba muy viejo e inútil"?

No, claro que no.

De modo que había un espacio en blanco en nuestra experiencia compartida, un vacío, una negrura. Lo que me dejaba muy poco de qué hablar con mis amigos sobre todo porque había perdido por completo el arte de la conversación. El período de reajuste supuso para mi toda una prueba.

Aun así perseveraré, pues ya no era la misma persona, altiva y fría, de antes de mi condena. Había aprendido la humildad en la más dura de todas las escuelas.

Por supuesto, de vez en cuando vislumbraba un invisible en las calles. Era imposible evitarlos. Pero, con el adiestramiento tan duro que había tenido, apartaba la vista de ellos, como si la mirada hubiera ido a caer momentáneamente en algo sucio y asqueroso procedente de otro mundo.

Fue al cuarto mes de mi retorno a la visibilidad cuando aprendí la lección definitiva de mi sentencia. Andaba por los alrededores de la Torre de la Ciudad, ya que había recuperado mi antiguo empleo en la sección de documentos del gobierno municipal. Había terminado la jornada de trabajo y caminaba hacia el metro cuando una mano surgió de entre la multitud y me cogió por el brazo.

—Por favor —dijo una voz suave—, espere un minuto. No tenga miedo.

Alcé la vista, asustado. En nuestra ciudad, los desconocidos no acostumbran a abordarle.

Vi el emblema brillante de la invisibilidad en la frente del hombre. Y entonces le reconocí. Era el hombre delgado al que me había dirigido, hacía más de medio año, en aquella calle desierta. Había envejecido. Tenía una mirada salvaje, el pelo salpicado de gris. Entonces quizá estuviera en el principio de su condena. Tal vez ahora estuviera cerca del fin.

Me retenía por el brazo. Yo temblaba. Esto no era una calle desierta. Era la plaza más abarrotada de gente de la ciudad. Me solté de su mano y empecé a dar la vuelta.

—¡No! ¡No se vaya! —gritó—. ¿No tiene piedad de mí? Usted también ha pasado por esto.

Di un paso vacilante. De pronto, recordé que también yo le había gritado, que le había rogado que no me rechazara. Recordé mi abrumadora soledad.

Di otro paso, alejándome de él.

—¡Cobarde! —chilló a mis espaldas—. ¡Hábleme! ¡Le desafío! ¡Hábleme, cobarde!

Era demasiado. Me sentí conmovido. Lágrimas repentinas inundaron mis ojos, me volví a él y le tendí la mano. Le cogí por la muñeca. El contacto pareció electrizarle. Un momento después, le tenía en mis brazos, tratando de aliviar con mi actitud parte de su tristeza.

Los robots de seguridad nos cercaron. A él lo echaron a un lado, a mí me apresaron. Me juzgarán de nuevo, y esta vez no será por un crimen de frialdad, sino por el crimen del afecto. Tal vez me encuentren circunstancias atenuantes y me dejen en libertad, tal vez no.

No me importa. Si me condenan, esta vez llevaré mi invisibilidad como un glorioso escudo de armas.

ISMAEL ENAMORADO

Llámenme Ismael. Todos los humanos que me conocen me llaman así. Los de mi clase no hacen uso de esa designación uniestructural («nombre») para distinguir a los individuos, pero ése es el nombre que me dieron los humanos, y estoy conforme. Me lo puso la señorita Lisabeth Calkins, por quien siento emociones protector-caballeroso-

sexuales («amor»). Durante mi narración, deberá entenderse que la designación «Ismael» se refiere sólo a mi.

Soy miembro de una especie inteligente, acuática, mamífera, ni primate ni humana, la *Tursiops truncatus*, una variedad particular de delfines. Tengo once años, lo cual significa que he llegado a la plena madurez en todos los aspectos. Peso 175 kilos, y mido 2,9 metros de longitud. Estoy empleado en la Estación Gerard-Worzel de Recuperación de Agua del Mar, en St. Croix, Islas Vírgenes, en un puesto de mantenimiento, donde comencé a trabajar el 14 de agosto de 1994. Para mi propia especie, soy sexualmente deseable y estoy muy bien considerado por mi desarrollo mental. Dispongo de un amplio vocabulario. Me comunico bien con los miembros del *Homo sapiens*. Tengo una notable habilidad mecánica, como pueden comprobar, puesto que he conectado el aparato de acústica electrónica por el que estoy dictando estas memorias.

Soy un organismo mamífero solitario, que ha realizado actos de heroísmo en beneficio de la especie humana y que sólo desea la recompensa de una relación más íntima («amor») con la señorita Lisabeth Calkins. Me gustaría que miembros compasivos del *Homo sapiens* le hablasen favorablemente de mí. Soy leal, digno de confianza, responsable, abnegado y extraordinariamente inteligente. Quiero proporcionarle a esa muchacha una compañía estimulante y una realización emocional («felicidad») en todos los aspectos a mi alcance. Permítanme que explique las circunstancias pertinentes.

Apartado 1: Mi empleo

La Estación Gerard-Worzel de Recuperación de Agua del Mar ocupa una posición preeminente en la costa norte de la isla de St. Croix, en las Indias Occidentales. Opera según el principio de la condensación atmosférica. Todo esto lo sé por la señorita Calkins («Lisabeth»), que me ha descrito su funcionamiento con todo detalle. El propósito de nuestra instalación consiste en recuperar una proporción del agua corriente, que se calcula en novecientos millones de litros al día, existente en forma de vapor en las bajas capas de la atmósfera, es decir, unos cien metros, que cubren cada kilómetro a barlovento de la isla.

Una cañería de nueve metros de diámetro aspira agua fría del mar a una profundidad de hasta novecientos metros y la lleva a lo largo de unos dos kilómetros hasta nuestra estación. La cañería envía unos ciento treinta y cinco millones de litros de agua al día, a una temperatura de 5° C. Luego es bombeada hasta nuestro condensador, que intercepta aproximadamente un billón de metros cúbicos diarios de aire tropical y caliente. Este aire tiene una temperatura de 25° C y una humedad relativa del 70 al 80 por 100. Con la exposición al agua fría del mar en el condensador, el aire se enfría a 10° C y adquiere una humedad del cien por cien, permitiéndonos extraer aproximadamente 72 litros de agua por metro cúbico de aire. El agua libre de sal («agua potable») es enviada al sistema principal de agua de la isla, pues St. Croix resulta deficitaria en su provisión natural de agua adecuada para el consumo de los seres humanos. Los oficiales del gobierno que visitan nuestras instalaciones en diversas ocasiones y ceremonias dicen con frecuencia que, sin nuestra planta, la gran expansión industrial de St. Croix habría sido totalmente imposible.

Por razones de economía, operamos en unión con una empresa acuicultora («piscifactoría»), que aprovecha nuestros desperdicios. Una vez el agua del mar ha sido bombeada a través del condensador, hay que desecharla; sin embargo, como se origina en un área oceánica de bajo nivel, su contenido en fosfatos y nitratos es 1.500 por cien mayor que en la superficie. Esta agua tan nutritiva es bombeada desde nuestro condensador a un lago circular adjunto de origen natural («el corral de coral»), que está lleno de peces. En tal ambiente propicio, los peces son altamente reproductores, y la producción de alimento cubre el coste de operación de las bombas.

(Algunos seres humanos mal informados han discutido en ocasiones la moralidad de utilizar delfines para ayudar a mantener las piscifactorías. Consideran degradante

obligarnos a producir criaturas acuáticas que luego serán devoradas por el hombre. Permítanme indicarles, en primer lugar, que ninguno de nosotros trabaja aquí obligatoriamente y, en segundo lugar, que mi especie no ve nada inmoral en que se consuman criaturas acuáticas como alimento. También nosotros comemos peces.)

Mi papel en el funcionamiento de la Estación Gerard-Worzel de Recuperación de Agua del Mar es muy importante. Yo («Ismael») actúo como capataz de la Escuadra de Mantenimiento del Orificio de Entrada. Dirijo a nueve miembros de mi especie. Nuestra tarea consiste en vigilar las válvulas de toma de agua de la cañería principal. Estas válvulas se embozan con frecuencia, debido a la presencia en ellas de organismos primarios, tales como estrellas de mar o algas, que ponen en peligro la eficacia de la instalación. Nuestra tarea consiste en descender a intervalos periódicos y limpiar la obstrucción. Normalmente puede hacerse sin necesidad de órganos manipuladores («dedos»), de los que, por desgracia, no estamos equipados.

(Algunos de ustedes han objetado que resulta impropio utilizar a los delfines para estos trabajos, cuando tantos miembros del Homo sapiens carecen de empleo. La respuesta más inteligente es que: primero, nosotros estamos designados por la evolución para funcionar insuperablemente bajo el agua sin equipo especial de respiración y, segundo, que sólo humanos muy diestros podrían realizar nuestra función, y tales seres humanos andan escasos en el mundo laboral.)

Tengo este empleo desde hace dos años y cuatro meses. En todo ese tiempo, no ha habido una interrupción digna de mención en la capacidad de entrada de las válvulas a mi cuidado.

Como compensación por mi trabajo («salario»), recibo una gran cantidad de comida. Se podría contratar a un simple tiburón por esa paga, por supuesto, pero, aparte de la ración diaria de peces, recibo algo intangible, como es la compañía de los humanos y la oportunidad de desarrollar mi inteligencia latente mediante el acceso a las cintas de información, a las ampliaciones del vocabulario y a diversos medios de adiestramiento. Como pueden ver, he aprovechado las oportunidades al máximo.

Apartado 2: La señorita Lisabeth Calkins

Su historial está archivado aquí. He tenido acceso a él a través de la máquina lectora montada al borde del tanque de ejercicios de los delfines. Mediante instrucciones vocales, puedo hacer que aparezca en ella cualquier dato de los archivos de la estación, aunque dudo que alguien hubiera imaginado que un delfín quisiera leer los historiales del personal.

Ella tiene veintisiete años. Por lo tanto, es de la misma generación que mis predecesores genéticos («padres»). Sin embargo, no comparto ese tabú cultural tan extendido entre la mayoría de los Homo sapiens contra las relaciones emocionales con mujeres mayores. Además, compensando las diferencias entre las especies, resulta fácil ver que la señorita Lisabeth y yo somos de la misma edad. Ella alcanzó la madurez sexual hace aproximadamente la mitad de sus años. Lo mismo que yo.

(Debo admitir que se la considera un poco pasada ya de la edad óptima en que las humanas toman un compañero permanente. Supongo que no se ha dedicado a la práctica del apareamiento temporal, ya que su historial no indica que se haya reproducido. Es posible que los humanos no produzcan necesariamente crías en cada apareamiento anual, o que esos apareamientos se realicen al azar, en ocasiones impredecibles, no relacionadas en absoluto con el proceso reproductor. Lo cual me parece extraño y, en cierto modo, perverso. Sin embargo, y por algunos datos que he visto, deduzco que tal vez sea ése el caso. Existe poca información sobre los hábitos de apareamiento entre los humanos en el material de que dispongo. Debo investigar más.)

Lisabeth, como me permito llamarla en privado, mide 1,80 metros de altura (los humanos no se miden en «longitud») y pesa 52 kilos. Tiene el pelo dorado («rubio») y lo lleva largo. Su piel, aunque oscurecida por la exposición al sol, es muy pálida. El iris de

sus ojos es azul. Por mis conversaciones con los humanos, sé que la consideran bastante hermosa. Y por cuanto he oído estando en la superficie, comprendo que la mayoría de los machos de la estación sientan por ella el deseo sexual. Yo la considero hermosa también, en la medida en que soy capaz de responder a la belleza humana. (Creo que sí puedo.) No estoy seguro de sentir un auténtico deseo sexual de Lisabeth. Probablemente, lo que me turba es un anhelo generalizado de su presencia y proximidad, lo que traduzco a términos sexuales simplemente como un medio para que me resulte comprensible.

Desde luego, no tiene los rasgos que busco normalmente en una compañera (morro prominente, aletas esbeltas). Cualquier intento por hacer el amor con ella, en sentido anatómico, sin duda daría como resultado que Lisabeth sufriera heridas o por lo menos dolor. No es ése mi deseo. Los rasgos físicos que la hacen tan deseable a los machos de su especie (glándulas mamarias muy desarrolladas, pelo brillante, rasgos delicados, largos miembros inferiores o «piernas», etc., etc.) no tienen particular importancia para mí, y en algunos aspectos incluso presentan un valor negativo. Como en el caso de las dos glándulas mamarias de su región pectoral, las cuales sobresalen de su cuerpo de tal modo que sin duda deben pesarle mucho cuando nada. Es un diseño muy imperfecto, y yo soy incapaz de hallar la menor belleza en un mal diseño. Evidentemente, la misma Lisabeth lamenta el tamaño y situación de esas glándulas, ya que tiene mucho cuidado de ocultarlas siempre con una tira de tela. Los demás humanos de la estación, que son todos machos y que, por lo tanto, sólo tienen glándulas rudimentarias, que en ningún modo destruyen la línea de su cuerpo, las dejan desnudas.

Entonces, ¿cuál es la razón de la atracción que siento hacia Lisabeth?

Surge de la necesidad que experimento de su compañía. Creo que ella me comprende como ningún miembro de mi propia especie. Y me siento más feliz en su compañía que lejos de ella. Esta impresión nació ya en nuestro primer encuentro. Lisabeth, que es especialista en relaciones humanocetáceas, vino a St. Croix hace cuatro meses, y se me pidió que llevara a mi grupo de mantenimiento a la superficie para que le fuéramos presentados. Salté a gran altura para poder verla bien, e inmediatamente comprendí que ella era mucho mejor que los otros humanos que yo conocía. Su cuerpo más delicado, con un aire a la vez frágil y poderoso y al mismo tiempo lleno de gracia, suponía un cambio muy favorable en comparación con la torpeza de los machos con quien me trataba. Tampoco estaba cubierta con ese fuerte vello corporal que mi especie encuentra molesto. (Al principio, ignoraba que la diferencia entre Lisabeth y los miembros de la estación se debía a que se trataba de una hembra. Nunca había visto antes una hembra humana. Pero pronto lo supe.)

Me adelanté, establecí contacto con el transmisor acústico y dije:

—Soy el capataz de la escuadra de Mantenimiento del Orificio de Entrada. Tengo la designación uniestructural TT-66.

—¿No tienes un nombre? —preguntó ella.

—¿Qué significa ese término, «nombre»?

—Tu..., tu designación uniestructural..., pero no precisamente TT-66. Quiero decir que eso no me parece correcto. Por ejemplo, mi nombre es Lisabeth Calkins. Y yo... —Meneó la cabeza y se volvió al supervisor de la planta—: ¿Es que estos obreros no tienen nombre?

El supervisor no entendía por qué habían de tener un nombre los delfines. Pero Lisabeth sí —se sentía muy preocupada por ello—. Y como estaba encargada de las relaciones con nosotros, nos dio inmediatamente un nombre a cada uno. A mí me bautizó Ismael. Ella me dijo que así se llamaba un hombre que se había ido al mar, había tenido muchas experiencias maravillosas y las había descrito en una historia que toda persona culta leía. Desde entonces, he tenido acceso a la historia de Ismael —el otro Ismael— y estoy de acuerdo en que resulta notable. Para ser humano, tenía un conocimiento

extraordinario de las costumbres de las ballenas, aunque éstas sean criaturas estúpidas por las que siento poco respeto. Estoy orgulloso de llevar el nombre de Ismael.

Después de habernos dado nombre, Lisabeth saltó al mar y nadó con nosotros. Debo confesar que la mayoría de los delfines sienten cierto desprecio por ustedes los humanos, ya que son muy malos nadadores. Tal vez sea una señal de mi inteligencia superior a la normal, o de una mayor compasión, el que yo no sienta ese desprecio. Les admiro por el celo y energía con que se entregan a la natación y, teniendo en cuenta su dificultad, lo hacen bastante bien. Comparándolos con los de mi raza, ustedes se las arreglan mucho mejor en el agua de lo que nosotros haríamos en tierra. De todas formas, Lisabeth nadaba bien para ser humana y, con cierta tolerancia, ajustamos nuestro ritmo al suyo. Jugamos un rato en el agua. De pronto, ella me cogió por la aleta dorsal y dijo:

—¡Llévame a dar un paseo, Ismael!

Tiemblo ahora al recordar el contacto de su cuerpo con el mío. Se sentó sobre mí, con sus piernas apretándome el cuerpo, y yo salí casi a la máxima velocidad, a nivel de superficie. Su risa me revelaba el gozo que sentía mientras yo me lanzaba una y otra vez por el aire. Era una exhibición puramente física, en la que no hacía uso de mi extraordinaria capacidad mental; podríamos decir que sólo me estaba pavoneando como delfín. Y Lisabeth se mostraba extasiada. Incluso cuando me hundía a una profundidad tal que la presión se hacía peligrosa para ella, seguía aferrada a mí y no demostraba alarma. Cuando volvíamos de nuevo a la superficie, gritaba de alegría.

Con mi pura animalidad había logrado un gran impacto sobre ella. Conocía bastante bien a los humanos para interpretar su expresión satisfecha y su sonrojo al volverla a la costa. Ahora, se me planteaba el problema de hacerle ver mis rasgos más elevados, de demostrarle que, incluso entre los delfines, yo era extraordinariamente diestro para aprender y muy capaz de comprender el universo.

Ya entonces estaba enamorado de ella.

Durante las semanas siguientes, mantuvimos muchas conversaciones. No presumo al decirles que pronto comprendió lo extraordinario que yo era. Mi vocabulario, ya notable cuando ella llegó a la estación, aumentó rápidamente con el estímulo de su presencia. Aprendí de Lisabeth, que me dio acceso a cintas de información que nadie creería que un delfín deseara conocer. Desarrollé un conocimiento del medio ambiente que incluso me sorprendió a mí mismo. En muy poco tiempo, alcancé el nivel de realización del que disfruto ahora. Creo que estarán de acuerdo conmigo en que puedo expresarme con más elocuencia que la mayoría de los humanos. Confío en que la computadora grabe estas memorias sin traicionarme con la inserción de una puntuación inadecuada o equivocándose en la buena ortografía de las palabras cuyos sonidos pronuncio.

Mi amor por Lisabeth se hacía más profundo, más rico. Aprendí por primera vez el significado de los celos cuando la vi corriendo por la playa del brazo del doctor Madison, el encargado de la planta de energía. Conocí la cólera cuando oí las observaciones lascivas y groseras de los machos humanos al paso de Lisabeth. Mi fascinación por ella me llevó a explorar muchas vías de la experiencia humana. No me atrevía a hablar de tales cosas con ella, pero, por otras personas de la base, que en ocasiones hablaban conmigo, conocí ciertos aspectos del fenómeno que los humanos llaman «amor». Asimismo, obtuve aclaraciones sobre las palabras groseras que decían los machos a sus espaldas. La mayoría de ellas estaban relacionadas con su deseo de aparearse con Lisabeth (al parecer, sobre una base temporal), pero también había descripciones muy entusiastas de sus glándulas mamarias (¿por qué serán los humanos tan agresivamente aficionados a ellas?), e incluso del área redondeada de la espalda, justo sobre el lugar en que el cuerpo se divide en los dos miembros inferiores. Confieso que también a mí me fascina esa región. ¡Parece tan extraordinario que un cuerpo se divida así a la mitad!

Nunca declaré explícitamente mis sentimientos hacia Lisabeth. Intenté llevarla lentamente a la comprensión de que la amaba. Una vez llegara a esa comprensión, me dije, empezariamos a planear alguna especie de futuro para seguir juntos.

¡Qué idiota!

Apartado 3: La conspiración

La voz de un macho dijo:

—¿Cómo diablos vas a sobornar a un delfín?

Y una voz distinta, más profunda, más educada, contestó:

—Déjame a mí.

—¿Qué le darás? ¿Diez latas de sardinas?

—Este es especial. Peculiar incluso. Muy erudito. Aun así nos haremos con él.

No sabían que podía oírles. Nadaba junto a la superficie, en un tanque de descanso, entre mis turnos de servicio. Nuestro oído es muy agudo, y ambos estaban a mi alcance. Inmediatamente comprendí que allí había algo raro, pero mantuve mi posición, simulando no haberme enterado de nada.

—¡Ismael! —llamó un hombre—. ¿Eres tú, Ismael?

Subí a la superficie y me acerqué al borde del tanque. Había tres machos humanos allí. Uno de ellos era un técnico de la estación. A los otros dos no los había visto nunca. Ambos llevaban el cuerpo cubierto desde los pies a la garganta, lo que inmediatamente ponía de manifiesto que se trataba de extraños al establecimiento. Aquel técnico me resultaba despreciable, pues era uno de los que hacían observaciones groseras sobre las glándulas mamarias de Lisabeth. Ahora habló:

—Mírenle, caballeros. ¡Agotado en lo mejor de su vida! ¡Víctima de la explotación humana! —Se dirigió a mí—: Ismael, estos caballeros pertenecen a la Liga para la Prevención de la Crueldad contra las Especies Inteligentes. ¿Has oído hablar de ella?

—No —respondí.

—Intentan poner fin a la explotación de los delfines. Al uso criminal en el trabajo de la otra única especie inteligente de nuestro planeta. Quieren ayudarte.

—No soy un esclavo. Recibo una compensación por mi trabajo.

—¡Unos cuantos pescados podridos! —exclamó el hombre totalmente vestido situado a la izquierda del técnico—. ¡Te explotan, Ismael! ¡Te dan un trabajo sucio y peligroso y no te pagan en lo que vales!

Su compañero dijo:

—Hay que acabar con ello. Queremos dar al mundo la noticia de que la época de los delfines esclavizados ha terminado. Ayúdanos, Ismael. ¡Ayúdanos a ayudarte!

No necesito decir que me sentía hostil a los propósitos que expresaban. Un delfín menos sutil que yo tal vez lo hubiera revelado en seguida, estropeando así su plan. Pero yo dije astutamente:

—¿Qué quieren que haga?

—Embozar la entrada de la cañería —respondió el técnico rápidamente.

A pesar de mí mismo, gruñí de cólera y sorpresa.

—¿Traicionar un deber sagrado? ¿Cómo podría hacerlo?

—Es por tu bien, Ismael. Verás el plan: tú y tu grupo estropeáis las válvulas, y la planta de agua deja de funcionar. Toda la isla se ve dominada por el pánico. Grupos de mantenimiento, formados por humanos, bajan a ver qué ha ocurrido, pero en cuanto limpian las válvulas, vosotros volvéis y las atascáis de nuevo. Hay que traer aprovisionamiento de agua de emergencia a St. Croix. Eso llamará la atención del público hacia el hecho de que esta isla depende del trabajo de los delfines... ¡Delfines explotados y mal pagados! Y durante esa crisis, nosotros nos encargamos de contar vuestra historia al mundo. Todos los seres humanos gritarán al conocer el modo ultrajante en que se os trata.

Evité decir que yo no me sentía ultrajado en absoluto. En cambio, contesté con astucia.

—Podría haber cierto peligro para mí.

—¡Tonterías!

—Me preguntarán por qué no he limpiado las válvulas. Es responsabilidad mía. Habrá problemas.

Durante un rato, discutimos el punto. Luego, dijo el técnico:

—Mira, Ismael, sabemos que hay algunos riesgos. Pero estamos dispuestos a ofrecerte una paga extra si te encargas del trabajo.

—¿Cómo por ejemplo?

—Cintas de información. Te conseguiremos todo cuanto quieras saber. Sé que te interesas por la literatura. Teatro, poesía, novela, todas esas cosas. Te daremos toda la literatura que desees, a manos llenas, si nos ayudas.

Tuve que admirar su sagacidad. Sabían motivarme.

—Trato hecho —dije.

—Dinos qué prefieres leer.

—Cualquier cosa sobre el amor.

¿Amor?

—Amor. Entre hombre y mujer. Tráiganme poemas de amor. Historias de amantes famosos. Descripciones del acto sexual. Quiero entender todas esas cosas.

—Quiere el Kama Sutra —dijo el de la izquierda.

—Entonces le traeremos el Kama Sutra —accedió el de la derecha.

Apartado 4: Mi respuesta a los criminales

En realidad, no me trajeron el Kama Sutra. Pero sí otras muchas cosas buenas, incluida una cinta llena de citas del Kama Sutra. Durante varias semanas me dediqué intensamente al estudio de la literatura amorosa de los humanos. Había vacíos absurdos en los textos, y todavía sigo sin saber realmente bien gran parte de lo que ocurre entre hombre y mujer. La unión de los dos cuerpos no me desconcierta, pero sí la dialéctica de la persecución, en la que el macho debe mostrarse predador y la mujer simular que no está en celo. Me confunde la moralidad de la unión temporal, tan distinta de la permanente («matrimonio»). Y no alcanzo a entender el complicado sistema de tabúes y prohibiciones que han inventado los humanos. Este ha sido mi único fallo intelectual. Al final de mis estudios, apenas sabía algo más sobre cómo debía conducirme con Lisabeth que antes de que los conspiradores empezaran a deslizarme cintas de información en secreto.

Al fin, me llamaron para que cumpliera mi parte del compromiso.

Naturalmente, no podía traicionar a la estación. Sabía que estos hombres no eran los «enemigos ilustrados de la explotación de los delfines» que ellos afirmaban ser. Por alguna razón particular deseaban que se cerrara la estación, eso era todo, y habían recurrido a sus supuestas simpatías por mi especie a fin de ganar mi cooperación. Yo no me siento explotado.

¿Estaba mal por mi parte aceptar cuanto me entregaban siendo así que no tenía intención de ayudarles? Lo dudo. Deseaban utilizarme. Muy bien, yo les había utilizado a ellos. A veces, una especie superior debe explotar a las inferiores para obtener conocimientos.

Vinieron a mí y me pidieron que atascara las válvulas aquella misma tarde. Yo dije:

—No estoy seguro de lo que realmente desean que haga. ¿Les importa repetir sus instrucciones de nuevo?

Con toda astucia, había puesto en marcha una grabadora empleada por Lisabeth en sus sesiones de estudio con los delfines de la estación. Así que me repitieron otra vez todo aquello de cómo estropear las válvulas para que el pánico invadiera la isla y llamar la atención sobre la explotación de los delfines. Les pregunté una y otra vez, pidiendo detalles, obteniendo información y dando, además a cada uno la oportunidad de dejar su

voz grabada. Cuando hube conseguido que todos estuvieran suficientemente incriminados, dije:

—Muy bien. En el próximo turno haré lo que me piden...

—¿Y el resto de la escuadra de mantenimiento?

—Les ordenaré que dejen desatendidas las válvulas por el bien de nuestra especie.

Salieron de la estación aparentemente muy satisfechos de sí mismos. Una vez que se hubieron ido, apreté el botón que llamaba a Lisabeth. Ella salió rápidamente de su habitación. Le mostré la cinta en la grabadora.

—Ponla —le dije con aire pomposo—. ¡Y luego avisa a la policía de la isla!

Apartado 5: La recompensa del heroísmo

Hubo detenciones. Aquellos tres hombres no tenían el menor interés por la explotación de los delfines. Eran miembros de un grupo disidente («revolucionarios»), que intentaban engañar a un delfín ingenuo para que les ayudara a originar el caos en la isla. Gracias a mi lealtad, valor e inteligencia, les había vencido.

Más tarde, Lisabeth vino a mí, en el tanque de descanso, y me dijo:

—Estuviste maravilloso, Ismael. Jugar así con ellos, obligarles a grabar su propia confesión... ¡Maravilloso! Eres único entre los delfines, Ismael.

Me sentí transportado de gozo. Había llegado el momento.

—¡Lisabeth, te amo! —estallé.

Mis palabras resonaron en los muros del tanque al brotar precipitadamente de los altavoces. Los ecos las amplificaron y las modularon en unos sonidos grotescos como ladridos, dignos de una miserable foca.

—Te amo..., te amo..., te amo.

—¡Caramba, Ismael!

—No sé decirte lo mucho que significas para mí. Ven a vivir conmigo y sé mi amada. ¡Lisabeth, Lisabeth, Lisabeth!

Torrentes de poesía desbordaron de mis labios. Ríos de retórica apasionada escaparon de mi boca. Le rogué que entrara en el tanque y me permitiera abrazarla. Se echó a reír y dijo que no iba vestida para nadar. Era cierto. Acababa de llegar de la ciudad después de los arrestos. Le imploré. Le supliqué. Cedió al fin. Estábamos solos. Se quitó las ropas y entró en el tanque. Por un instante, contemplé su belleza desnuda. Aquella visión me dejó estupefacto: el horrible balanceo de las glándulas mamarias, por lo general prudentemente ocultas; las zonas de piel blanca y enfermiza allí donde el sol no había llegado; aquella mancha inesperada de vello corporal adicional... Sin embargo, una vez en el agua, olvidé las imperfecciones de mi amada y corrí hacia ella.

—¡Amor mío! —grité—. ¡Mi amada!

La envolví con mis aletas en lo que supuse corresponde al abrazo humano.

—¡Lisabeth, Lisabeth!

Nos deslizamos bajo la superficie. Por primera vez en la vida conocí la pasión auténtica, del tipo que describen los poetas y que abruma incluso la mente más fría. La estreché contra mí. Me daba cuenta de que los extremos de sus miembros superiores («puños») me golpeaban en la zona pectoral y, al principio, lo tomé por una señal de que correspondía a mi pasión, si bien mi cerebro confuso captó en seguida que tal vez se estuviera ahogando. Apresuradamente, subí a la superficie. Mi querida Lisabeth, sofocándose, jadeando, aspiraba el aire a bocanadas y luchaba por escapar de mí. La solté aterrado. Salió corriendo del tanque y cayó junto al borde, exhausta, con el cuerpo pálido y tembloroso.

—¡Perdóname! —le grité—. ¡Te amo, Lisabeth! ¡Salvé la estación por amor a ti!

Consiguió abrir los labios en una señal de que no se sentía furiosa conmigo («una sonrisa») y dijo con voz débil:

—Casi me ahogaste, Ismael.

—Me dejé arrastrar por la emoción. Vuelve al tanque. Seré más gentil, te lo prometo. Tenerte cerca de mí...

—¡Oh, Ismael! ¿Qué dices?

—¡Te amo! ¡Te amo!

Oí pasos. El jefe de la estación generadora, el doctor Madison, entró corriendo. Lisabeth se cubrió apresuradamente con las manos las glándulas mamarias y se echó las ropas sobre la parte inferior de su cuerpo. Lo cual me apenó. El hecho de ocultarle tales cosas, aquellas partes feas de su cuerpo, ¿no sería una indicación de su amor por él?

—¿Estás bien, Liz? —preguntó—. Oí gritos...

—No es nada, Jeff. Sólo Ismael. Empezó a abrazarme en el tanque. Está enamorado de mí, Jeff. ¿Te lo imaginas? ¡Enamorado de mí!

Y se rieron juntos de la locura de un delfín desfallecido de amor.

Antes de que amaneciera, ya estaba en alta mar. Nadé allí donde nadan los delfines, lejos del hombre y de sus cosas. La risa burlona de Lisabeth seguía resonando en mi cabeza. No pretendía ser cruel. Ella, que me conoce mejor que nadie, no había podido por menos de reír ante lo absurdo de mi caso. Me quedé varios días en el mar lamiéndome las heridas, descuidando mis deberes en la estación. Lentamente, lo mismo que el dolor dio paso a una triste melancolía, emprendí el regreso hacia la isla. Al pasar, conocí a una hembra de mi propia especie. Era la primera vez que estaba en celo y se me ofreció. Le dije que me siguiera y así lo hizo. Varias veces me vi forzado a apartar a otros machos que querían utilizarla. La llevé a la estación, a la laguna que usan los delfines para sus juegos. Un miembro de mi escuadra, Mordred, vino a investigar. Le ordené que llamara a Lisabeth y le comunicara que yo había vuelto.

Lisabeth apareció en la orilla. Me hizo un gesto de saludo, sonrió, pronunció mi nombre.

Ante sus ojos, jugueteé con la hembra. Celebramos la parada nupcial, cortando la superficie con nuestras aletas, saltando, hundiéndonos, gritando.

Lisabeth nos observaba. Y yo oraba en mi interior: ¡Que se sienta celosa!

Cogí a mi compañera, llevándomela a lo más profundo, la poseí rápidamente y la dejé libre para que se llevara mi cría adonde quisiera. Hablé de nuevo a Mordred.

—Dile a Lisabeth —le indiqué— que he encontrado otro amor. Tal vez algún día la perdone.

Mordred me lanzó una mirada vidriosa y corrió a la costa. Falló mi táctica. Lisabeth me envió un recado. Se alegraba de verme de nuevo en el trabajo y lamentaba haberme ofendido. No había la menor sombra de celos en su mensaje. Fue como si el alma se me pudriera en mi interior. Ahora limpio de nuevo las válvulas del orificio de entrada del agua como la buena bestia que soy, yo, Ismael, que he leído a Keats y Donne. ¡Lisabeth, Lisabeth! ¿Es que no sientes mi dolor?

Esta noche, en la oscuridad, he contado mi historia. Ustedes que me han oído, sean quienes sean, ayuden a un organismo solitario, mamífero y acuático, que desea un contacto más íntimo con una hembra de especie humana. Háblenle favorablemente de mí a Lisabeth. Alaben mi inteligencia, mi lealtad y mi devoción.

Díganle que le doy una oportunidad más. Le ofrezco una experiencia única y apasionante. La esperaré mañana por la noche al borde del arrecife. Que venga nadando hacia mí. Que abraze al pobre y solitario Ismael. Que le diga las palabras del amor.

Desde la profundidad de mi alma..., desde lo más profundo..., Lisabeth, este animal estúpido te da las buenas noches, en un susurro ronco del más profundo amor.

EL DÍA EN QUE DESAPARECIÓ EL PASADO

El día en que un loco antisocial echó una droga productora de amnesia en el sistema de abastecimiento del agua de San Francisco fue uno de los días más cálidos que la ciudad había disfrutado en mucho tiempo. La nube cargada de humedad que lo había cubierto todo durante tres semanas se alejó al fin ese miércoles por la bahía, en dirección a Berkeley, y salió un sol radiante que ofreció a la vieja ciudad el día más caluroso del año 2003. Subió la temperatura a casi treinta grados, e incluso los anticuados, los que aún no habían aprendido a leer el termómetro centígrado, advirtieron que hacía calor. Los aparatos de aire acondicionado zumbaban desde Golden Gate hasta el Embarcadero. La Compañía de Gas y Electricidad del Pacífico observó la mayor carga por hora en la historia entre las dos y las tres de la tarde. Los parques estaban abarrotados. La gente bebía mucha agua, algunos más que otros. Hacia la caída del sol, los que más habían bebido empezaban ya a olvidar cosas. A la mañana siguiente, todos en la ciudad tenían problemas, con sólo algunas excepciones. Realmente, había sido un día ideal para cometer aquel crimen monstruoso.

La víspera del día en que desapareció el pasado, Paul Mueller pensaba seriamente en abandonar el Estado y refugiarse en uno de los santuarios de los deudores. Reno, tal vez. O Caracas. No todo había sido culpa suya, pero andaba ya por el millón en números rojos, y los acreedores se estaban volviendo incontrolables. Habían llegado al extremo de enviar a sus robots cobradores de recibos para acosarle personalmente, y eso cada tres horas.

—¿Señor Mueller? Tengo el deber de notificarle que su cuenta con los Recreadores de la Era Moderna, S.A., presenta un saldo acreedor de 8.005,97 dólares. Hemos acudido a su representante financiero y descubierto su estado de insolvencia. Por lo tanto, a menos que efectúe un pago de 395,61 dólares el día 11 del corriente mes, nos veremos en la obligación de iniciar el proceso de confiscación contra su persona. En consecuencia, le aconsejo...

—... la suma de 11.554,97 dólares, pagadera el 9 de agosto de 2002, no ha sido recibida todavía por Luna Tours, Lim. Conforme a las Leyes del Crédito de 1995, hemos solicitado una orden de embargo contra usted y contamos con recibir un decreto de servicio personal, caso de no obtener el pago de...

—... los intereses de su cuenta en descubierto siguen creciendo, como se especifica en su contrato, a razón del cuatro por ciento mensual...

—... el pago acumulado que se presenta ahora requiere el abono inmediato de...

Mueller ya estaba acostumbrado a la rutina. Los robots no podían telefonarle —la Compañía Telefónica del Pacífico le había cortado la línea hacía meses—. Por eso venían a su casa, muy corteses, máquinas de rostro de póquer, con los emblemas de sus respectivas compañías. Sus voces suaves y susurrantes le decían exactamente hasta qué punto ascendían sus deudas en ese momento, cómo se acumulaban los recargos y lo que planeaban hacer con él a menos que cancelara sus deudas de inmediato. Si intentaba escapar de ellos, se limitaban a seguirle por las calles como servidores infatigables, proclamando su vergüenza ante toda la ciudad. Por eso no intentaba rehuirles. Pero pronto empezarían a materializarse sus amenazas.

Podían hacerle cosas horribles. El decreto de servicio personal, por ejemplo, le convertiría en un esclavo. Sería un empleado de su acreedor, con un sueldo estipulado por el tribunal. Cada centavo que ganara se dedicaría a liquidar su deuda, mientras el acreedor le proveería de un mínimo de comida, vivienda y ropas. Podía verse obligado durante dos o tres años a realizar trabajos manuales, que ni siquiera un robot querría hacer, sólo para satisfacer esa deuda. Los procesos de confiscación personal eran incluso peores. Según la ley, podía muy bien acabar como el servidor de uno de los ejecutivos de una compañía acreedora, limpiando zapatos y doblando camisas. También podían conseguir un entredicho por tiempo indefinido. En ese caso, él y sus descendientes, si los

tenía, pagarían un porcentaje de sus ingresos anuales a lo largo de siglos y siglos hasta que la deuda, y el interés compuesto de la misma, quedara al fin satisfecha. Había aún otros medios para entendedérselas con los infractores.

Imposible recurrir a la bancarrota. El gobierno, tanto el federal como el estatal, había abolido las leyes de la bancarrota en 1995, después de la llamada Epidemia de Créditos de la década de 1980, durante la cual, y por algún tiempo, llegó a estar de moda el acumular las deudas locamente y ponerse después a merced de los tribunales. La cómoda solución de la bancarrota ya no existía. Si eras insolvente, los acreedores te tenían cogido por el cuello. La única vía de escape era la huida a un santuario de deudores, lugar donde las leyes locales prohibían la extradición por deudas. Había una docena de esos santuarios, en los que era posible vivir bien siempre que uno poseyera alguna habilidad especial, de las que se cotizan a alto precio. Claro que se necesitaban fondos, porque en un santuario de deudores todo se hacía sobre la base estricta del pago al contado. Y por adelantado, además, incluso para un simple corte de pelo. Mueller tenía una habilidad que, en su opinión, le permitiría sobrevivir: era un artista, un constructor de esculturas sónicas, trabajo que seguía gozando de gran demanda. Simplemente necesitaba unos cuantos miles de dólares para comprar los instrumentos básicos de su arte —su equipo de esculpir le había sido requisado hacía semanas— y abrir un estudio en uno de los santuarios, lejos del alcance de los robots sabuesos. Confiaba en encontrar a un amigo que le prestara esos miles de dólares. En nombre del arte, por así decirlo. Era una buena causa.

Si se quedaba en el área del santuario durante diez años consecutivos, se vería absuelto de sus deudas y podría volver como hombre libre. Sólo había una pega, y no pequeña. Una vez que un hombre se acogía al santuario, se le prohibía el acceso a todos los canales de crédito a su regreso al mundo exterior. Ni siquiera se le concedería una tarjeta de crédito de la Caja Postal, mucho menos un préstamo bancario. Mueller no estaba seguro de poder vivir de ese modo, pagando al contado el resto de su vida. Sería terriblemente pesado y aburrido. Peor, resultaría algo verdaderamente arcaico.

Tomó nota en su libreta: Llamar a Freddy Munson por la mañana y pedirle tres de los grandes. Comprar el billete a Caracas. Comprar los instrumentos para esculpir.

La suerte estaba echada, a menos que cambiara de opinión por la mañana.

Miró tristemente la fila de resplandecientes edificios, construidos después del terremoto a lo largo de las calles que bajaban en cuesta desde Telegraph Hill hacia el Embarcadero. Brillaban a la luz poco familiar del sol. Un hermoso día para suicidarse en la bahía. ¡Maldición! ¡Maldición! ¡Maldición! Pronto cumpliría los cuarenta años. Había venido al mundo el mismo día en que lo dejara el presidente John Kennedy. Nacido en una mala hora, condenado a un negro destino, gruñó Mueller. Fue al grifo y bebió un vaso de agua. Era la única bebida que podía permitirse ahora. Se preguntó cómo se las había arreglado para meterse en semejante lío. ¡Casi un millón de deudas!

Se echó a dormir una siesta.

Cuando se despertó, hacia medianoche, se sintió mejor que no se había sentido en mucho tiempo. Parecía que una nube negra se hubiese alejado de su mente, como se alzara de la ciudad ese día. Mueller se sentía realmente de buen humor. Y no sabía por qué.

En una elegante mansión de Marina Boulevard, el Fabuloso Montini estaba ensayando su acto. El Fabuloso Montini era un mnemotécnico profesional, un hombre bajo y delgado, de sesenta años, que jamás olvidaba nada. Muy tostado por el sol, su pelo oscuro se apartaba de la frente en un ángulo muy marcado. Los ojos negros brillaban de confianza y los finos labios se curvaban despectivamente. Cogió un libro de un estante y lo dejó caer al azar. Era una antigua edición de Shakespeare, en un solo volumen, algo ya familiar en su actuación en el club nocturno. Miró la página, asintió, miró brevemente otra, luego otra, y sonrió con su sonrisita particular. La vida se mostraba amable con el Fabuloso Montini.

Ganaba sus buenos 30.000 dólares a la semana cuando estaba de gira, ya que había convertido aquel don en una empresa provechosa. Mañana por la mañana, inauguraba una semana en Las Vegas; luego se iría a Manila, Tokio, Bangkok, El Cairo..., o dar la vuelta al mundo. En doce semanas, obtendría las ganancias de todo un año. Luego, descansaría de nuevo.

¡Le resultaba tan fácil! Conocía muchos trucos fabulosos. Que le gritaran un número de veinte cifras; él lo repetía de inmediato. Que le bombardearan con largas tiradas de sílabas sin sentido; repetiría aquel absurdo sin un fallo. Que le pusieran complicadas fórmulas matemáticas en la pantalla de la computadora; las reproduciría hasta el último exponente. Su memoria era perfecta, tanto visual, como auditiva, como para otros registros.

Lo de Shakespeare, que era una de las rutinas más sencillas, siempre conquistaba a los impresionables. A la mayoría de la gente le resultaba fantástico que un hombre pudiera memorizar sus obras completas, página por página. Le gustaba utilizarlo para empezar.

Entregó el libro a Nadia, su ayudante. Y su amante también. A Montini le gustaba mantener cerrado su círculo íntimo. Nadia tenía veinte años, era mas alta que él, con ojos brillantes y una hermosa mata de pelo artificialmente radiante. Siempre a la última moda. Llevaba un corpiño de cristal, un buen estuche para lo que contenía. No era muy inteligente, pero hacía todo cuanto Montini esperaba de ella, y lo hacía bien. Calculó que la reemplazaría dentro de unos dieciocho meses. Se aburría pronto de sus mujeres. Tenía demasiada buena memoria.

—Empecemos —dijo.

Ella abrió el libro.

—Página 537, la columna de la izquierda.

Instantáneamente, la página se materializó ante los ojos de Montini.

—Enrique IV. Segunda Parte —empezó—. REY ENRIQUE: Di, hombre, ¿fueron ésas tus palabras? HORNER: Si place a Vuestra Majestad, yo nunca dije ni pensé tal cosa. Dios es mi testigo. Soy falsamente acusado por ese villano. PETER: Por estos diez huesos, señores, es cierto que me habló en el desván una noche, mientras limpiábamos la armadura de milord de York. YORK: Asqueroso villano...

—Página 778, columna de la derecha —dijo Nadia.

—Romeo y Julieta. (Habla Mercucio) ¿... espiaría un ojo tal pelea? Tu cabeza está tan llena de peleas como un huevo está lleno de materia y, sin embargo, tienes la cabeza tan huera como un huevo podrido. Te has peleado con un hombre por toser en la calle o porque había despertado a tu perro que se había dormido al sol. ¿No es...?

—Página 307, a partir de la línea catorce del lado derecho.

Montini sonrió. Le gustaba ese trozo. Una pantalla se lo mostraría al público durante la actuación.

—La duodécima noche —dijo—. (Habla el Duque): ¡Demasiado viejo, por el cielo! Que la mujer tome a un hombre mayor que ella, para aprovecharse de él, para influir en el corazón de su marido. Pues, muchacho, por mucho que nos alabemos, nuestros caprichos son más volubles...

—Página 495, columna de la izquierda.

—Espera un minuto —dijo Montini. Se sirvió un vaso de agua y lo bebió en tres tragos rápidos—. Este trabajo siempre me da sed.

Taylor Braskett, comandante de navío del Servicio Especial de los Estados Unidos, ya retirado, entró con paso rápido en su casa de Oak Street, muy cerca del parque de Golden Gate. A los setenta y un años, el comandante Braskett todavía se las arreglaba para caminar briosamente y estaba dispuesto a ponerse de nuevo el uniforme en cuanto su país le necesitara. Creía, en efecto, que su país lo necesitaba, más que nunca ahora que el socialismo se propagaba como un incendio por la mitad de las naciones de Europa.

Por lo menos había que guardar las fronteras del país. Proteger lo que quedara de la tradicional libertad americana. Deberíamos tener una red de bombas C en órbita, pensaba el comandante Braskett, dispuestas a caer como lluvia mortal sobre los enemigos de la democracia. Digan lo que digan los tratados, hemos de estar dispuestos a defendernos.

Las teorías del comandante Braskett no eran demasiado aceptadas. Por supuesto, la gente le respetaba por haber sido uno de los primeros americanos que pusieron el pie en Marte, pero él sabía que en su interior le consideraban un chiflado, un tipo anticuado, un hombre que seguía guardando rencor a los soldados ingleses, los Chaquetas Rojas. Tenía el suficiente sentido del humor para comprender que resultaba una figura absurda para los jóvenes. Pero era sincero en su decisión de mantener una América libre, de proteger a los más jóvenes del azote del totalitarismo, tanto si se reían de él como si no. Durante todo aquel glorioso día de sol, había estado paseando por el parque, tratando de hablar con los jóvenes e intentando explicarles su posición. Se mostraba cortés, atento, ansioso de encontrarse con alguien que le hiciera preguntas. El problema era que nadie le escuchaba. Y los jóvenes... Desnudos hasta la cintura bajo el sol, ellas y ellos, tomando drogas abiertamente, utilizando las palabras más obscenas en su conversación. A veces, el comandante Braskett casi llegaba a pensar que la batalla por América se había perdido ya. Sin embargo, nunca abandonaba la esperanza.

Había pasado muchas horas en el parque. Ahora, ya en casa, cruzó la sala de trofeos hasta la cocina, abrió el refrigerador y sacó una botella de agua. El comandante Braskett tenía siempre en reserva tres botellas de agua de un manantial de montaña, que le enviaban a domicilio cada dos días. Una costumbre que se iniciara hacía cincuenta años, cuando empezaron a poner flúor en el agua. No ignoraba las sonrisitas con que se acogían sus palabras cuando confesaba que sólo bebía agua de manantial, pero no le importaba. Había sobrevivido a muchos de los burlones y atribuía su salud perfecta a su negativa a beber el agua contaminada que tomaba la mayoría de la gente. Primero cloro, después flúor... Probablemente añadirían ya otras cosas ahora, pensó el comandante Braskett.

Bebió a grandes tragos.

No había modo de saber la clase de productos químicos, algunos quizá peligrosos, que se empleaban ahora en el abastecimiento de agua de las ciudades, se dijo. ¿Soy un chiflado? Muy bien, lo soy. Pero un hombre en sus cabales sólo bebe agua digna de su confianza.

Enroscado como un feto, con las rodillas tocándole casi la barbilla, tembloroso y sudando, Nate Haldersen cerró los ojos y trató de librarse del dolor de la existencia. Otro día. Un día soleado y dulce. Gente feliz jugando en el parque. Padres a hijos. Se mordió los labios, desgarrándolos casi. Era todo un experto en autocastigo.

Los sensores fijados a su cama en la Sala de Psicotrauma del Hospital Fletcher Memorial le auscultaban continuamente, enviando un flujo constante de informes al doctor Bryce y su equipo de especialistas en enfermedades nerviosas. Nate Haldersen sabía que era un hombre sin secretos. Su equilibrio hormonal, sus enzimas, respiración, circulación, incluso el gusto a bilis que sentía en la boca..., todo era conocido instantáneamente por el personal del hospital. Cuando los sensores descubrían que estaba cayendo bajo el nivel normal de depresión, agujas ultrasónicas sobresalían de los ángulos del colchón, buscaban su cuerpo en el lecho, hallaban las venas adecuadas y le inyectaban la savia dinámica suficiente para animarle. La ciencia moderna era maravillosa. Podía hacer cualquier cosa por Haldersen, excepto devolverle a su familia.

Se abrió la puerta de corredera. Entró el doctor Bryce. El director del equipo tenía prestancia. Alto, solemne y a la vez encantador, con las sienas grises, lleno de poder e iniciado en los misterios. Se sentó junto al lecho de Haldersen. Como de costumbre, simuló no ver la fila de computadoras junto a la cama que le daban los últimos detalles sobre el estado del enfermo.

—Nate —dijo—, ¿cómo anda eso?

—Va marchando —murmuró éste.

—¿Te apetece charlar un rato?

—No demasiado. ¿Puedes darme un vaso de agua?

—No faltaba más —dijo el médico. Se lo dio— Hace un día espléndido. ¿Qué te parece la idea de un paseo por el parque?

—No he salido de esta habitación desde hace dos años y medio, doctor. Ya lo sabes.

—Siempre llega el momento de variar. No tienes nada, físicamente hablando, y lo sabes.

—Pero no me apetece ver a la gente —dijo Haldersen. Devolvió el vaso vacío—. Un poco más.

—¿Quieres beber algo más fuerte?

—El agua me basta.

Haldersen cerró los ojos. Imágenes que no deseaba bailaban ante sus ojos: el cohete que estallaba por uno de sus extremos; los pasajeros saliendo de él, como las semillas de una vaina que se abre en el otoño; Emily cayendo, cayendo, una caída de veinticuatro mil metros, con el pelo dorado azotado por el viento helado y fino, la falda corta golpeándole las piernas, y éstas luchando en el firmamento por hallar un punto de apoyo. Y los niños tras ella, como ángeles caídos del cielo, abajo, abajo, abajo, hacia el vellón blanco del hielo polar. Ellos descansan en paz, pensó Haldersen, y yo perdí el avión y me quedé solo. Y Job habló y dijo: «Perezca el día en que nací y la noche en que se dijo: Ha sido concebido un varón».

—De eso hace once años —le dijo el doctor Bryce—. ¿No quieres dejarlo?

—Palabras estúpidas viniendo de un médico. ¿Por qué no haces tú que ello me deje?

—Porque no quieres. Te gusta demasiado representar tu papel.

—Hoy es el día de mostrarte duro, ¿eh? Pues dame un poco más de agua.

—Levántate y cógela tú mismo —dijo el otro.

Haldersen sonrió amargamente. Se levantó del lecho, cruzó la habitación algo vacilante y se llenó el vaso. Había pasado por toda clase de terapias: terapia de compasión, terapia de antagonismo, drogas, shock, psiquiatría ortodoxa... De nada le servían. Siempre le quedaba la imagen de aquella vaina abierta, de las figuras que caían recortándose contra un cielo muy azul. El Señor me lo dio, el señor me lo quitó, bendito sea el nombre del Señor. Mi alma está triste hasta la muerte... Se llevó el vaso a los labios. Once años. Y yo perdí el avión. Pequé con Marie y Emily murió. Y John. Y Beth. ¿Qué sintieron mientras caían durante tanto tiempo? ¿Sería como volar? ¿Experimentaron alguna forma de éxtasis? Se llenó el vaso de nuevo.

—Tienes sed hoy, ¿eh?

—Sí —contestó Haldersen.

—¿Seguro que no quieres dar un paseíto?

—Ya sabes que no. —Haldersen se echó a temblar. Se volvió y cogió al psiquiatra por el brazo—. ¿Cuándo terminará esto, Tim? ¿Cuánto tiempo habré de seguir con ello?

—Hasta que estés dispuesto a olvidarlo.

—¿Cómo se puede hacer un esfuerzo consciente por olvidar algo? Tim, Tim, ¿no hay alguna droga, algo capaz de lavar esta memoria que me está matando?

—Nada efectivo.

—Mientes —murmuró Haldersen—. He leído sobre las drogas que producen amnesia. Las enzimas que devoran la memoria RNA. Los experimentos con di-isopropil-fluorofosfato La puromicina. La...

—No tenemos ningún control sobre su actuación —dijo el doctor Bryce—. No somos capaces de atacar un bloque determinado de recuerdos traumáticos, mientras dejamos incólume el resto de la mente. Tendríamos que golpear al azar, confiando en alcanzar el punto clave, ignorando qué otras cosas borrábamos. Te despertarías sin el trauma, pero

tal vez sin recordar nada más de lo que hubiera sucedido entre, digamos, los catorce y los cuarenta años. Tal vez dentro de cincuenta años sepamos lo suficiente para especificar la dosis...

—No puedo esperar cincuenta años.

—Lo siento, Nate.

—Dame esa droga, de todos modos. Correré el riesgo, pierda lo que pierda.

—Hablares otro día de eso, ¿eh? Las drogas se hallan en estado experimental. Pasarían meses y meses antes de conseguir la autorización para probarlas con un humano, Has de comprender...

Haldersen le dio la espalda. Ahora sólo velar en su interior veía los cuerpos que caían, viviendo sus sufrimientos por billonésima vez; entregándose con toda fruición a su papel de Job. «He venido a ser hermano de los chacales, y compañero de los avestruces... Mi piel, se ha ennegrecido sobre mí, y mis huesos queman por la fiebre. Él me ha demolido en derredor, y perezco, y descujo como árbol mi esperanza...

El médico seguía hablando, pero Haldersen ya no le escuchaba, Se sirvió un vaso más de agua con mano temblorosa.

Casi había llegado la medianoche del miércoles antes de que Fierre Gerard, su esposa y sus tres hijos —dos chicos y una chica— tuvieran oportunidad de cenar. Eran los propietarios, el chef y el personal del restaurante Petit Pois, de Sansome Street, y el negocio había sido extraordinariamente bueno y agotador durante toda la noche. Normalmente, podían sentarse a comer hacia las cinco y media, antes de que empezaran las prisas de la cena, pero hoy el público había empezado a llegar más temprano —animado por el buen tiempo, sin duda— y no había habido un momento libre para nadie desde la hora del cóctel. Los Gerard estaban acostumbrados a las prisas, pues el suyo era quizás el bistrot familiar más popular de toda la ciudad, con una clientela muy fiel. De todos modos, una noche así era demasiado.

Cenaron modestamente de lo que sobrara del menú de la noche: una pierna de cordero demasiado hecha, un Château Beychevelle ligeramente pasado, un soufflé algo hundido y cosas por el estilo. Era gente muy ahorrativa. Su único lujo era el agua de Evian, que importaban de Francia. Fierre Gerard no había puesto el pie en su Lyon nativo desde hacía treinta años, pero conservaba muchas de las costumbres de la madre patria, incluida la actitud tradicional hacia el agua. Un francés no bebe mucha agua, pero la que bebe siempre proviene de la botella, nunca del grifo. De otro modo, corre el riesgo de enfermar del hígado. Y el hígado hay que cuidarlo.

Aquella noche, Freddy Munson recogió a Helena en su piso de Geary y la llevó a cenar al otro lado del puente, a Sausalito, al Ondine como de costumbre. El Ondine era uno de los cuatro restaurantes, todos ellos antiguos y famosos, en los que solía comer Munson, visitándolos por turno. Era hombre de hábitos firmes. Se despertaba religiosamente a las seis de la mañana y estaba ante su mesa, en la firma de corredores de fincas, a las siete, abriendo los canales de información para saber qué había sucedido en el mercado europeo de finanzas mientras él dormía. A las siete y media, hora local, se abría la Bolsa de Nueva York y empezaba el auténtico trabajo del día. A las once y media, Nueva York había acabado la jornada, y Munson se iba a la vuelta de la esquina a almorzar, siempre en el Petit Pois, a cuyo propietario había hecho millonario introduciéndole en los diversos componentes de Nucleónicos Consolidados hacía dos años y medio, antes de la gran fusión de las firmas. A la una y media, ya estaba Munson de regreso en la oficina, para hacer negocios por su propia cuenta en la Bolsa de la Costa del Pacífico. Tres días a la semana se marchaba a las tres, pero los martes y jueves se quedaba hasta las cinco, con objeto de captar algunas transacciones en las Bolsas de Honolulu y Tokio. Después de la cena, al teatro o a un concierto, siempre con una mujer hermosa. A medianoche, intentaba dormir. Por lo menos, se acostaba.

Un hombre de la posición de Freddy Munson tenía que ser ordenado. En un momento dado, los tratos que llevaba con sus clientes iban de seis a nueve millones de dólares, y él conservaba todos los detalles de aquellos auténticos juegos malabares en la cabeza. No podía arriesgarse a ponerlos por escrito, porque había ojos que espiaban por todas partes. Y desde luego, no se atrevía a emplear la red de datos, ya que es bien sabido que todo lo que se confía a una computadora acaba por ser accesible a alguna otra computadora en otra parte, por secreto que sea el sello privado que se introduce en ella. Así que Munson había de recordar las complicaciones de cincuenta o más transacciones ilícitas, una cadena de malversaciones en constante cambio. Y el hombre que ha de someter su memoria a una disciplina tan necesaria, pronto toma la costumbre de extender esa disciplina a todos los aspectos de su vida.

Helena se le acercó. Su débil perfume psicodélico le llegó a la nariz. Introdujo el coche en el circuito de Sausalito y se echó atrás cómodamente, mientras la computadora de control de tráfico se ocupaba del volante. Helena dijo:

—Anoche, en casa de Bryce, vi dos esculturas de tu amigo, el que se ha arruinado.

—¿Paul Mueller?

—El mismo. Muy buenas. Una de ellas me murmuró algo.

—¿Qué estabas haciendo en casa de los Bryce?

—Fui al colegio con Lisa Bryce. Me invitó a ir a su casa con Marty.

—No sabía que fueras tan vieja —comentó Munson.

Helena soltó una risita.

—Lisa es mucho más joven que su marido, cariño. ¿Cuánto cuesta una escultura de Paul Mueller?

—Quince mil, veinte mil, por lo general. Más, si son especiales.

—¿E incluso así, está arruinado?

—Paul tiene un extraño talento para la autodestrucción —dijo Munson—. Sencillamente, no comprende el dinero. Aunque, en cierto modo, eso le salva desde el punto de vista artístico. Cuanto más desesperadamente endeudado está, mejor es su trabajo. Crea por desesperación, por así decirlo. Aunque parece haber abusado de la última crisis. Ha dejado de trabajar por completo. Es un pecado contra la humanidad que un artista no trabaje.

—¡Qué elocuente sabes ser, Freddy...! —murmuró Helena suavemente.

Cuando el Fabuloso Montini se despertó aquel jueves por la mañana, no advirtió de inmediato ningún cambio. Su memoria, como un fiel servidor, estaba siempre a sus órdenes cuando la necesitaba, pero la serie de datos perfectamente grabados en su mente guardaba silencio hasta que se la requería. Si un bibliotecario recorre con la vista los estantes, descubre en seguida si faltan libros. Montini no podía detectar vacíos similares en sus sinapsis. Llevaba ya levantado media hora, había pasado bajo el baño molecular, apretado el botón del desayuno y despertado a Nadia para decirle que confirmara las reservas en cohete a Las Vegas, cuando, al fin, como el concertista de piano que inicia unos arpegios a fin de calentar los dedos para la labor del día, Montini buscó en su banco de memoria un poco de Shakespeare. Y Shakespeare no acudió.

Se quedó inmóvil, agarrado al astrolabio que adornaba su ventana, mirando al puente, repentinamente desconcertado. Jamás le había sido necesario hacer un esfuerzo consciente para recordar los datos. Simplemente, echaba una ojeada y allí los tenía. Y ahora, ¿dónde estaba la columna de la izquierda de la página 654, y la columna de la derecha de la página 806, a partir de la línea dieciséis? Todo había desaparecido. Estaba en blanco. En la pantalla de su mente, sólo se veían páginas vacías.

¡Tranquilo! Esto es extraño, pero no catastrófico. Debes de estar tenso, por alguna razón. Te has forzado en exceso, eso es todo. Relájate, busca algo más en la memoria...

El Times de Nueva York, miércoles, 3 de octubre de 1973. Sí, allí estaba la primera página, maravillosamente clara, con el desarrollo del partido de béisbol en el ángulo

inferior de la derecha; el titular sobre el accidente del jet, grande y negro; incluso la foto era visible. ¡Estupendo! Volvamos a probar...

El Post-Dispatch, de Saint Louis, domingo, 19 de abril de 1987. Montini se echó a temblar. Veía los cuatro centímetros superiores de la página, nada más. Como si hubieran borrado el resto.

Repasó los archivos de otros periódicos que había memorizado para su actuación. Unos seguían allí; otros no. Algunos, como el Post-Dispatch, estaban borrados en parte. Sus mejillas enrojecieron súbitamente. ¿Quién le había alterado la memoria?

Probó Shakespeare de nuevo. Nada.

Probó la lista de la red de datos de Chicago, de 1997. Estaba allí.

Probó su libro de texto de geografía de tercer grado. Estaba allí, un gran libro rojo, con sus manchas de grasa.

Probó el último boletín del viernes pasado, el de las cinco en punto. Desaparecido.

Vaciló y se sentó en un diván, que recordó haber comprado en Istanbul el 19 de mayo de 1985 por 4.200 libras turcas.

—¡Nadia! —gritó—. ¡Nadia!

Su voz era apenas un graznido. Ella acudió corriendo, apenas despierta, desviando el rostro sin maquillar.

—¿Qué aspecto tengo? —preguntó Montini—. La boca... ¿Tengo bien la boca? ¿Y los ojos?

—Estás muy colorado.

—¡Aparte de eso!

—No sé —murmuró ella—. Pareces muy trastornado, pero...

—La mitad de mi mente ha desaparecido —exclamó Montini—. Debo de haber tenido un ataque. ¿No hay parálisis facial? Eso es un síntoma. ¡Llama al médico, Nadia! Es un ataque. ¡El fin de Montini!

Paul Mueller se despertó a medianoche del miércoles, sintiéndose extrañamente fresco. Trató de recordar. ¿Por qué estaba totalmente vestido y por qué había estado durmiendo? ¿Acaso la siesta se había prolongado demasiado? Intentó recordar lo que había hecho a primera hora del día, pero no consiguió descubrir ninguna pista. Estaba desconcertado, pero no preocupado. Sobre todo, sentía una ansia tremenda de ponerse a trabajar. Las imágenes de cinco esculturas, totalmente planeadas, su construcción iniciada ya, se abrían paso en su mente. Podría empezar inmediatamente, pensó. Y trabajar hasta la mañana. Aquella pequeña, movediza, de plata... Magnífica para empezar. Esbozaré los esquemas, incluso iniciaré la armadura...

—¿Carole? —llamó—. Carole, ¿estás ahí?

Su voz despertó ecos en el apartamento, extrañamente vacío.

Por primera vez, se fijó en los pocos muebles que había. Una cama..., una litera realmente, no la cama de matrimonio; una mesa; una unidad aisladora para la comida, y unos cuantos platos. No había alfombras. ¿Dónde estaban sus esculturas, la colección particular de sus mejores obras? Se dirigió al estudio y lo halló desnudo, de pared a pared, desaparecidos incluso sus instrumentos, sólo unos dibujos esparcidos por el suelo. ¿Y su esposa?

—¡Carole! ¿Carole?

No entendía nada. Por lo visto, mientras dormía, alguien había limpiado el lugar, le había robado los muebles, las esculturas, incluso la alfombra. Mueller había oído hablar de robos así. Venían con un camión, osadamente, haciéndose pasar por transportistas. Tal vez le habían dado alguna droga mientras trabajaban. No podía soportar la idea de que se hubieran llevado sus esculturas. El resto no le importaba, pero aquella docena de piezas le era muy querida. «Será mejor que llame a la policía», decidió. Y corrió hacia el aparato de la unidad de datos. Tampoco estaba allí. ¿También se habían llevado eso los ladrones?

Investigando en busca de respuestas, repasó las paredes. Descubrió una nota de su propio puño y letra. Llamar a Freddy Munson por la mañana y pedirle tres de los grandes. Comprar el billete a Caracas. Comprar los instrumentos para esculpir.

¿Caracas? ¿De vacaciones, quizá? ¿Y por qué comprar instrumentos para esculpir? Indudablemente, los instrumentos habían desaparecido antes de que él se quedara dormido. ¿Por qué? ¿Y dónde estaba su esposa? ¿Qué ocurría? Se preguntó si debía llamar a Freddy inmediatamente, en vez de aguardar hasta la mañana. Tal vez Freddy lo supiera. Además, siempre se le encontraba en casa a medianoche. Claro que estaría acompañado de una de sus malditas chicas y no le gustaría que le interrumpieran... ¡Al diablo con eso! ¿De qué servía tener amigos si no podías molestarlos en un momento de crisis?

Pensando en la cabina de comunicación más cercana, salió de su apartamento a toda prisa y casi tropezó en el vestíbulo con un suave e inoportuno robot. Estas cosas no tienen piedad, pensó Mueller. Te persiguen a todas horas. Sin duda éste se propone molestar a la familia Nicholson, que duerme en la puerta de al lado. El robot dijo:

—¿Señor Paul Mueller? Soy el representante adecuadamente cualificado de Fabricación Internacional Cartel, Reunidas. Estoy aquí para comunicarle que su cuenta se halla en descubierto por la cantidad de 9.150,55 dólares. Mañana por la mañana, a las 9 horas, se le impondrá una multa de un interés compuesto del cinco por ciento mensual, ya que no ha respondido a nuestras demandas de pago anteriores. Debo informarle también...

—A ti te falta algún neutrón —gruñó Mueller—. ¡Yo no debo un centavo a FIC! Por una vez en mi vida, tengo las cuentas al día. No pretendas hacerme creer otra cosa.

El robot contestó pacientemente.

—¿Quiere una copia de las transacciones? El 5 de enero de 2003, nos pidió usted los siguientes productos metálicos: tres tubos de iridio de cuatro metros, seis esferas de diez centímetros de...

—Da la casualidad de que faltan tres meses para el 5 de enero de 2003 —replicó Mueller—, y no tengo tiempo para escuchar a un robot idiota. He de hacer una llamada importante. ¿Puedo confiar en que me unas de nuevo a la red de datos sin complicar las cosas?

—No estoy autorizado a permitirle que utilice mis facultades.

—Es urgente —insistió Mueller—. Soy un ser humano en apuros. ¡Discúteme eso, vamos!

El acondicionamiento del robot era sólido. Cedió, por lo tanto, ante la palabra «urgente» y le conectó de nuevo con la red principal de comunicaciones. Mueller dio el número de Freddy Munson.

—Sólo puedo facilitarle el audio —dijo el robot, pasando la llamada.

Transcurrió casi un minuto. Luego se oyó la voz familiar y profunda de Freddy Munson en la rejilla del altavoz instalado sobre el pecho del robot.

—¿Quién es y qué quiere?

—Soy Paul. Lamento fastidiarte, Freddy, pero me veo en un gran apuro. Creo que estoy perdiendo la cabeza, o bien la ha perdido todo el mundo.

—Tal vez sea esto último. ¿Qué te ocurre?

—Todos mis muebles han desaparecido. Un robot inoportuno intenta acabar conmigo por nueve mil dólares. No sé dónde está Carole. No consigo recordar lo que hice hoy a primera hora. Tengo aquí una nota sobre un billete para Caracas, escrita por mí y que no entiendo. Y...

—Olvida el resto —dijo Munson—. No puedo hacer nada por ti. Tengo también mis problemas.

—¿Puedo ir a tu casa al menos y hablar contigo?

—¡De ningún modo! —gritó Munson. Y en voz más baja añadió—: Escucha, Paul, no pretendía chillar, pero me ha ocurrido algo, algo terrible...

—No necesitas disimular. Helena está contigo y no quieres que os estorbe. De acuerdo.

—No, de verdad —dijo Munson—. De pronto, también a mí se me han presentado problemas. Estoy en muy mala situación para prestarte ayuda. La necesito yo mismo.

—¿Qué clase de ayuda? ¿Puedo hacer algo por ti?

—Me temo que no. Y si quieres disculparme, Paul...

—Dime tan sólo una cosa, por lo menos. ¿Dónde puedo encontrar a Carole? ¿Tienes alguna idea?

—En casa de su marido, supongo.

—Yo soy su marido.

Hubo una larga pausa. Munson habló al fin:

—Paul, ella se divorció de ti en enero pasado y se casó con Pete Castine en abril.

—No —rechazó Mueller.

—¿Cómo que no?

—Que no es posible.

—¿Has estado tomando píldoras, Paul? ¿O drogas? ¿O fumando hierba? Mira, lo siento, pero ahora no tengo tiempo para...

—Al menos dime qué día es hoy.

—Miércoles.

—¿Qué miércoles?

—Miércoles, 8 de mayo. En realidad, a estas horas de la noche, ya es jueves.

—¿Y el año?

—¡Por el amor de Dios, Paul!

—¿El año?

—2003.

Mueller se sintió abrumado.

—¡Freddy, he perdido medio año no sé dónde! Creía estar a finales de octubre de 2002. Tengo un tipo de amnesia muy extraño. Es la única explicación.

—¿Amnesia? —repitió Munson. La tensión había abandonado su voz—. ¿Es eso lo que tienes? ¿Amnesia? ¿Puede haber algo semejante a una epidemia de amnesia? ¿Es contagiosa? Tal vez será mejor que vengas aquí, después de todo. Porque la amnesia es mi problema también.

El jueves, 9 de mayo, prometía ser un día tan hermoso como la víspera. De nuevo brillaba el sol sobre San Francisco; el cielo era claro, el aire cálido y suave. El comandante Braskett se despertó temprano, como siempre, se tomó su espartano desayuno habitual, estudió las noticias de la mañana en el canal de información, dedicó una hora a dictar sus memorias y, hacia las nueve, se fue de paseo. Cuando llegó al distrito comercial de Haight Street, descubrió que las calles estaban inusualmente concurridas. La gente caminaba sin propósito, con aire ausente, como sonámbulos. ¿Estarían borrachos? ¿Drogados? Tres veces, en cinco minutos, unos jóvenes detuvieron al comandante Braskett para preguntarle la fecha. No la hora; la fecha. Se la dijo, seca y desdeñosamente. Intentaba mostrarse tolerante, pero le resultaba difícil no despreciar a unas personas tan débiles, que envenenaban su mente con estimulantes, y narcóticos, y psicodélicos, y porquerías similares. En la esquina de Haight y Masonic, una linda chica de unos diecisiete años, con ojos azules y vacíos, le detuvo preguntándole:

—Señor, esta ciudad es San Francisco, ¿no? Quiero decir, tenía planeado trasladarme aquí desde Pittsburgh en mayo. Así que, si estamos en mayo, esto es San Francisco, ¿verdad?

El comandante Braskett asintió bruscamente y se alejó apenado. Le alivió ver a un viejo amigo, Lou Sandler, el director de la sucursal del Banco de América, al otro lado de la

calle. Sandler estaba de pie ante la puerta del banco. El comandante Braskett cruzó hacia él y dijo:

—¿No es una vergüenza, Lou, que toda la calle esté llena de adictos esta mañana? ¿Qué pasa, algún desfile histórico de los años sesenta?

Sandler le lanzó una sonrisa vacía y respondió:

—¿Es ése mi nombre? ¿Lou? ¿No sabrá por casualidad el apellido también? El caso es que se me ha borrado de la mente.

En ese momento, el comandante Braskett comprendió que algo terrible había sucedido en la ciudad. Quizá se extendiese a todo el país. Sin duda, la revolución izquierdista que siempre temiera estaba muy cerca. Y era hora de que se pusiera de nuevo su viejo uniforme e hiciera lo que pudiera por rechazar al enemigo.

Alegre y confuso a la vez, Nate Haldersen despertó esa mañana adviniendo que algo se había transformado en él, de un modo extraño y maravilloso. Le latía la cabeza, pero no de dolor. Le parecía como si le hubieran quitado un peso terrible de los hombros, como si la mano cruel que le oprimiera la garganta le hubiese dejado libre al fin.

Saltó de la cama, sin dejar de hacerse preguntas.

¿Dónde estoy? ¿Qué clase de lugar es éste? ¿Por qué no estoy en casa? ¿Dónde están mis libros? ¿Por qué me siento tan feliz?

Aquello parecía la habitación de un hospital.

Un velo oscurecía su mente. Trató de rebuscar tras él y recordó que le habían internado en... el hospital Fletcher Memorial, en..., en agosto pasado..., no, el agosto anterior..., por haber sufrido una grave perturbación emocional producida por..., producida por...

Nunca se había sentido más feliz que en este momento.

Vio un espejo. En él se reflejaba la mitad superior de Nathaniel Haldersen, doctor en Medicina. Nate Haldersen sonrió a su imagen. Alto, delgado, con la nariz larga, el pelo de un absurdo color arena, los ojos de un azul absurdo también, los labios finos y sonrientes. Un cuerpo huesudo. Se abrió la mitad superior del pijama. El pecho pálido y sin vello, los huesos sobresaliendo como charreteras en los hombros. Llevo enfermo mucho tiempo, pensó Haldersen. Tengo que salir de aquí y volver a mi clase. Final del permiso. ¿Dónde están mis ropas?

—¿Enfermera? ¿Doctor? —Apretó el botón de llamada tres veces—. ¡Hola! ¿Hay alguien?

Nadie vino. Qué extraño, siempre venían. Encogiéndose de hombros, Haldersen salió al vestíbulo. Vio tres viejos con las cabezas juntas, susurrando en un extremo. No le hicieron caso. Un robot sirviente, con bandejas de desayuno, pasó junto a él. Un momento después, uno de los médicos jóvenes cruzó corriendo el vestíbulo y no quiso detenerse cuando Haldersen le llamó. Volvió enojado a su habitación y la registró, buscando su ropa. No encontró nada; sólo un montón de revistas en el suelo del armario. Tocó el botón tres veces más. Finalmente, uno de los robots entró en la habitación.

—Lo lamento —dijo—, pero el personal humano del hospital está ocupado de momento. ¿Puedo servirle en algo, doctor Haldersen?

—Quiero un traje complejo y ropa interior. Me voy del hospital.

—Lo lamento, pero su salida no está autorizada. Sin la autorización del doctor Bryce, el doctor Reynolds o el doctor Kamakura, no puedo permitirle que se vaya.

Haldersen suspiró. Tenía la experiencia suficiente como para no discutir con un robot.

—¿Dónde están ahora esos tres caballeros?

—Ocupados, señor. Tal vez sepa que hay una urgencia médica en la ciudad esta mañana, y el doctor Bryce y el doctor Kamakura están ayudando a organizar el Comité de Salud Pública. El doctor Reynolds no se ha presentado hoy al trabajo y no conseguimos averiguar su paradero. Creen que también ha sido víctima de la dificultad presente.

—¿Qué dificultad presente?

—Pérdida masiva de memoria por parte de la población humana —respondió el robot.

—¿Una epidemia de amnesia? —Ésa es una interpretación del problema. —¿Cómo es posible que...?

Haldersen se detuvo. Ahora comprendía el origen de su gozo de esta mañana. Sólo ayer tarde había discutido con Tim Bryce la aplicación a su propio trauma de drogas destructoras de la memoria y Bryce había dicho...

Haldersen ya no sabía la naturaleza de su propio trauma.

—Espera —dijo al robot, que se disponía a dejar la habitación—. Necesito información. ¿Por qué he estado aquí sometido a tratamiento?

—Sufría de desplazamiento social y de disfunciones cuyo origen, según el doctor Bryce, se remonta a una situación de pérdida personal traumática.

—¿Pérdida de qué?

—De su familia, doctor Haldersen.

—Sí, es cierto. Recuerdo ahora... Tenía una esposa y dos hijos. Emily. Y una niña... Margaret, Elizabeth..., algo así. Y un chico llamado John. ¿Qué les sucedió?

—Eran pasajeros a bordo del vuelo 103 de las Líneas Aéreas Intercontinentales, de Copenhague a San Francisco, el 5 de septiembre de 1991. El avión sufrió una descompresión explosiva sobre el océano Ártico y no hubo supervivientes.

Haldersen absorbió la información con la misma calma que si oyera hablar del asesinato de Julio César.

—¿Dónde estaba yo cuando ocurrió el accidente?

—En Copenhague —contestó el robot—. Usted se proponía volver a San Francisco con su familia en el vuelo 103. Sin embargo, según los datos de su archivo, se involucró en unas relaciones emocionales con una mujer llamada Marie Rasmussen, a la que había conocido en Copenhague, y por eso no regresó a su hotel a tiempo para ir al aeropuerto. Su esposa, consciente sin duda de la situación, prefirió no esperarle. Su muerte subsiguiente, así como la de sus hijos, produjo en usted un sentimiento de culpabilidad traumático, ya que llegó a considerarse responsable de su fin.

—Muy propio de mí adoptar esa actitud, ¿no? —dijo Haldersen—. Pecado y penitencia. Mea culpa, mea máxima culpa. Siempre me mostré inflexible con el pecado, aunque eso no me privara de pecar. Debería haber sido un profeta del Antiguo Testamento.

—¿Le doy más información, señor?

—¿Hay más?

—Tenemos en los archivos un informe del doctor Bryce titulado: El complejo de Job. Estudio de la parálisis de la culpabilidad.

—Eso no, por favor —denegó Haldersen—. De acuerdo, puedes irte.

Se quedó solo. El complejo de Job, pensó. No demasiado adecuado, ¿verdad? Job era un hombre sin culpa y, sin embargo, fue castigado para satisfacer un capricho del Todopoderoso. Un poco presuntuoso, diría yo, al identificarme con él. Caín hubiera sido una elección mejor. Caín dijo al Señor: «Demasiado grande es mi castigo para soportarlo». Pero Caín era un pecador. Yo fui pecador. Pequé, y Emily murió por ello. ¿Cuánto tiempo hace? ¿Once?. ¿Once años, y medio? Y ahora no sé nada en absoluto; sólo lo que la máquina acaba de contarme. Remisión por el olvido, diría yo. He expiado mi pecado y ahora soy libre. No tengo por qué seguir en este hospital. Recta es la puerta y estrecho el camino que lleva a la vida, y pocos los que la encuentran. Tengo que salir de aquí. Tal vez pueda servir de ayuda a otros.

Se puso el batín, tomó un sorbo de agua y salió de la habitación. Nadie le detuvo. El ascensor no funcionaba al parecer, pero encontró las escaleras y bajó por ellas, aunque se sentía un poco débil. No se había alejado tanto de su habitación desde hacía más de un año. Los pisos inferiores del hospital eran un caos: doctores, enfermeras, robots, pacientes, todos mezclados y excitados. Los robots intentaban calmar a la gente y devolverla a su lugar adecuado.

—Disculpen —fue diciendo Haldersen serenamente—. Disculpen, disculpen.

Salió del hospital por la puerta principal, sin ser molestado. En el exterior, el aire era tan fresco como el vino y sintió ganas de llorar al notarlo en la nariz. Estaba libre. Remisión por el olvido. El desastre sobre el Ártico ya no dominaba sus pensamientos. Lo veía con frialdad, como si le hubiera ocurrido a la familia de algún;Otro,-hacía mucho tiempo. Haldersen empezó a caminar airoosamente por Van Ness, sintiendo que el vigor volvía a sus piernas a cada paso. Una joven que sollozaba ahogadamente salió de un edificio, chocando casi con él. La sujetó, la ayudó a enderezarse y se sorprendió ante sus propias fuerzas cuando impidió que cayera. Ella tembló y dejó caer la cabeza contra el pecho de Haldersen.

—¿Puedo hacer algo por usted? —preguntó éste—. ¿Puedo ayudarla?

El pánico había empezado a dominar a Freddy Munson durante la cena en el Ondine, la noche del miércoles. Se había enojado con Helena mientras comían unas pechugas trufadas y por eso se había puesto a pensar en los detalles del negocio. Con gran sorpresa por su parte, descubrió que los detalles no estaban claros en su mente. Sintió entonces los primeros ramalazos del terror.

El problema era que Helena seguía hablando sobre el arte de la escultura sónica en general y de Paul Mueller en particular. Su interés bastaba para despertar celos de Munson. ¿Acaso se disponía a saltar de su cama a la de Paul? ¿Pensaba en abandonar al corredor de Bolsa, adinerado y triunfador, pero esencialmente prosaico, por el escultor tan bien dotado, irresponsable, pobre y fascinador? Por supuesto, Helena disfrutaba de la compañía de un cierto número de hombres, pero Munson los conocía y no los miraba como rivales. Se trataba de gente inocua, una escolta para sus noches de ocio, cuando él estaba demasiado ocupado para acompañarla. Paul Mueller, sin embargo, era otra cosa. No podía soportar la idea de que Helena le dejara por Paul. Así que se concentró en las maniobras del día. Había sacado mil acciones convertibles de Tránsito Lunar de la cuenta Schaeffer, entregándolas como garantía para cubrir su déficit en el asunto de los bonos Comsat y, luego, tomando de la cuenta Howard cinco mil certificados de la Corporación de Energía del Sudeste, había... ¿O habían salido esos certificados de la cuenta de Brewster? Brewster disponía de ellos en gran número. Y Howard también, pero su cuenta ya estaba cargada con el asunto de Potencia del Atlántico. Entonces, ¿había cargado también en ella lo de Energía del Sudeste? En cualquier caso, ¿había empleado esos certificados para los uranios de Zurich o los había entregado para lo del petróleo del Antártico? No podía recordarlo.

No podía recordarlo...

¡No podía recordarlo!

Cada transacción había ocupado su propio compartimiento. Y de pronto, los muros que los aislaban habían caído. Los números se mezclaban en su mente como si su cerebro iniciara la caída libre. Todos los tratos de hoy se confundían. Eso le aterró. Empezó a devorar la comida, deseando tan sólo salir pronto de allí y librarse de Helena para volver a casa y tratar de reconstruir sus actividades de la tarde. Cosa extraña, recordaba con toda claridad lo que había hecho la víspera —el cambio de Xerox, la transacción de aceros—, pero el día de hoy se le desvanecía por minutos.

—¿Estás bien? —preguntó Helena.

—No —contestó—. Me ocurre algo raro.

—El virus de Venus. Todo el mundo lo tiene.

—Sí, eso debe ser. El virus de Venus. Será mejor que te alejes de mí esta noche.

Ni siquiera tomaron postre y salieron a toda prisa. Dejó a Helena en su piso. Ella apenas pareció desilusionada, lo cual le molestó, aunque no tanto como lo que sucedía en su cabeza. Solo al fin, trató de recordar el día paso a paso, pero aún se le aparecía más borroso. Por lo menos en el restaurante sabía las acciones que había manejado, aunque no estuviera seguro de lo que había hecho con ellas. Ahora ni siquiera recordaba

las acciones específicas. Estaba en el limbo en lo referente a millones de dólares pertenecientes a otras personas. Guardaba todos los detalles en su mente, y ésta se deshacía en pedazos. Cuando Paul Mueller le visitó, poco después de medianoche, Munson estaba desesperado. Le alivió, aunque no le alegró precisamente, saber que lo que había afectado a su mente había atacado también a Mueller, y con mayor fuerza todavía. Este se había olvidado de todo lo ocurrido desde el mes de octubre pasado.

—Te arruinaste por completo —tuvo que explicarle Munson—. Forjaste el plan absurdo de crear una central para obras de arte, una especie de Bolsa... Bueno, algo que sólo a un artista se le ocurriría crear. No me dejaste que te aconsejara en contra. Empezaste a firmar cheques y a aceptar obligaciones y, antes de que el proyecto alcanzara las seis semanas, te viste metido en una docena de procesos legales y todo empezaba a venirse abajo.

—¿Cuándo sucedió eso exactamente?

—Concebiste la idea a primeros de noviembre. En Navidad te encontrabas ya en muy mala situación. Ya antes tenías un buen puñado de deudas personales, tu dinero volaba. Luego hubo un bajón en tu trabajo y no creabas una sola cosa. ¿Es que no recuerdas nada, Paul?

—Nada.

—En cuanto empezó el año, los acreedores más resueltos iniciaron los litigios contra ti. Te embargaron todo cuanto poseías, excepto los muebles. Y al final, se llevaron los muebles también. Pediste prestado a todos tus amigos, pero ellos no podían darte lo suficiente, porque pedías miles y debías cientos de miles.

—¿Cuánto te debo?

—Once de los grandes —dijo Munson—, pero no te preocupes ahora por eso.

—No me preocupo. La verdad es que no me preocupo por nada. ¿Tuve un bache en mi trabajo, dices? —Mueller soltó una risita—. Pues eso se ha acabado. Estoy deseando empezar. Todo lo que necesito son los instrumentos. Quiero decir, dinero para comprar los instrumentos.

—¿Cuánto costarían?

—Dos y medios de los grandes —respondió Mueller.

—De acuerdo. No puedo transferir el dinero a tu cuenta porque tus acreedores caerían inmediatamente sobre él. Cuento con algún dinero en el banco. Tendrás tres de los grandes mañana. Y encantado.

—Dios te bendiga, Freddy —dijo Mueller—. Esta clase de amnesia es algo magnífico, ¿no? Estaba tan preocupado por el dinero que no podía trabajar. Ahora no estoy preocupado en absoluto. Supongo que las deudas no se han desvanecido, pero no me apuro. Dime ahora qué ocurrió con mi matrimonio.

—Carole se hartó y se marchó —explicó Munson—. Ella se opuso desde el principio a esa aventura de tu negocio. Cuando el asunto empezó a destrozarte, hizo lo que pudo para que lo dejaras, pero tú insististe en tratar de arreglar las cosas con más préstamos. Entonces pidió el divorcio. Una vez libre, Pete Castine se entrometió y se la llevó con él.

—Eso es lo más difícil de creer. Que se casara con un marchante de arte, una persona en absoluto creativa, un..., un verdadero parásito...

—Siempre fueron buenos amigos —dijo Munson—, no aseguraría que amantes, porque no lo sé, pero sí íntimos. Y Pete no es tan horrible. Tiene gusto, inteligencia, todo lo que necesita un artista, excepto el don de crear. De todos modos creo que Carole estaba un poco harta de los hombres de talento.

—¿Y cómo me lo tomé yo? —preguntó Mueller.

—Apenas pareciste advertirlo, Paul. Estabas muy ocupado con tus trampas financieras.

Mueller asintió. Se acercó a una de sus propias obras, una estructura de tres metros de alto, varillas oscilantes que recorrían todo el espectro del sonido, hasta las hertzianas

agudas, y pasó dos dedos por el ojo activador. La escultura empezó a murmurar. Al cabo de un momento, dijo Mueller:

—Parecías muy trastornado cuando te llamé, Freddy. Dijiste que también tenías algo de amnesia.

Tratando de hablar con indiferencia, Munson contestó:

—Resulta qué no puedo recordar unas transacciones importantes que llevé a cabo hoy. Por desgracia, los únicos datos existentes sobre las mismas los conservaba en la cabeza... Bueno, tal vez recuerde toda esa información una vez haya dormido.

—¿No hay modo de ayudarte?

—No. No lo hay.

—Freddy, ¿de dónde viene esta amnesia?

Munson se encogió de hombros.

—Tal vez alguien puso una droga en el sistema de abastecimiento de agua, o en la comida, o algo así. En estos días nunca se sabe. Mira, tengo trabajo que hacer, Paul. Si quieres dormir aquí esta noche...

—Estoy muy despierto, gracias. Volveré por la mañana.

Una vez se hubo ido el escultor, Munson luchó febrilmente durante una hora por reconstruir sus datos. Falló. Poco antes de las dos, tomó una píldora para dormir cuatro horas. Cuando se despertó, comprendió con desaliento que no le quedaba el menor recuerdo desde el primero de abril hasta el mediodía de ayer. Durante esas cinco semanas, había hecho incontables transacciones de valores, utilizando propiedades ajenas como garantía y contando con su habilidad para devolver cada activo al lugar adecuado antes de que a nadie se le ocurriera buscarlo. Siempre había sido capaz de recordarlo todo. Ahora no conseguía acordarse de nada. Llegó a su despacho a las siete de la mañana, como siempre y, por la fuerza de la costumbre, se lanzó a los canales de datos para estudiar las cotizaciones de Zurich y Londres, pero los precios que aparecían en la pantalla le resultaban totalmente extraños. Estaba acabado.

En ese mismo momento de la mañana del jueves, el computador casero del doctor Timothy Bryce envió un impulso, y la voz del despertador sonó en su almohada serena pero firmemente: «Hora de despertarse, doctor Bryce». El médico se agitó, pero no cambió de postura. Después del intervalo prescrito de diez segundos, la voz repitió con mayor firmeza: «Hora de despertarse, doctor Bryce». Se incorporó justo a tiempo, ya que al levantar la cabeza de la almohada, evitó la tercera repetición, mucho más firme, a la que habrían seguido las notas de la Sinfonía de Júpiter. El psiquiatra abrió los ojos.

Y quedó atónito al descubrir que compartía la cama con una muchacha extraordinariamente atractiva. Una rubia platino, muy bronceada, de ojos claros, labios pálidos y gruesos, con un cuerpo esbelto y elegante. Parecía muy joven, unos veinte años más joven que él... Bueno, quizá veinticinco o veintiocho. No llevaba nada y estaba profundamente dormida, con el labio inferior fruncido, como en una especie de pucherito involuntario. Ni su juventud, ni su belleza o desnudez le sorprendieron. Su asombro se debía a que no tenía idea de quién era, ni de cómo había llegado a su cama. No creía haberla visto nunca. Desde luego, no tenía la menor idea de su nombre. ¿La habría conquistado en alguna fiesta la noche anterior? Pero tampoco recordaba dónde había estado anoche. Le dio suavemente con el codo.

Ella se despertó rápidamente, abriendo los párpados y agitando la cabeza.

—¡Oh! —exclamó al verle, subiéndose la sábana hasta la garganta. Luego, sonriendo, la bajó de nuevo—. ¡Qué bobada! No viene a cuento mostrarse tan púdica ahora, supongo.

—Lo mismo supongo yo. Hola.

—Hola —respondió. Parecía tan confusa como él.

—Tal vez te parezca estúpido —dijo Timothy—, pero anoche debí de beber o fumar algo raro porque me temo que no recuerdo en absoluto haberte traído a casa. Ni siquiera sé cómo te llamas.

—Lisa —respondió ella—. Lisa... Falk —Pareció vacilar acerca del apellido—. ¿Y tú eres...?

—Tim Bryce.

—¿Y no recuerdas dónde nos conocimos?

—No —confesó Bryce.

—Ni yo tampoco.

Bryce saltó de la cama, sintiéndose algo turbado por su propia desnudez y luchando por controlar la vergüenza.

—Entonces debieron darnos a los dos lo mismo para fumar. ¿Sabes? —continuó tímidamente—. Ni siquiera recuerdo si lo pasamos bien anoche. Espero que sí.

—Creo que sí —dijo ella—, aunque tampoco puedo recordarlo. Sin embargo, me siento bien..., como suelo sentirme cuando... —Hizo una pausa—. No es posible que nos conociéramos anoche, Tim.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo la impresión de que hace más tiempo que te conozco.

—No sé por qué —dijo él, encogiéndose de hombros—. Quiero decir, y no pretendo ser grosero, que indudablemente los dos estábamos borrachos anoche, en las nubes. Nos conocimos, vinimos aquí y...

—No. Yo me siento como en casa. Como si llevara semanas y semanas viviendo contigo.

—Una idea encantadora. Pero estoy seguro de que no es cierto.

—Entonces, ¿por qué me siento como en casa?

—¿En qué sentido?

—En todos los sentidos.

Se dirigió al armario del dormitorio y dejó que su mano rozara el contacto. La puerta se abrió. Evidentemente, la computadora de la casa obedecía a sus huellas dactilares. ¿Habría hecho eso también anoche?, se preguntó Bryce. Ella rebuscó en el interior.

—Mis ropas —dijo—. Mira. Todos esos vestidos, abrigos, zapatos. Todo un armario. No hay la menor duda. Hemos estado viviendo juntos, y no lo recuerdo.

Un escalofrío recorrió la espalda de Bryce.

—¿Qué nos han hecho? Escucha, Lisa, vamos a vestirnos y tomar algo y luego nos iremos juntos al hospital para un chequeo. Los dos.

—¿Al hospital?

—Al Fletcher Memorial. Pertenezco al Departamento de Neurología. Fuera lo que fuese lo que nos dieron anoche a los dos, nos ha producido una amnesia retrógrada, con ciertas lagunas, es decir, vacíos en nuestra memoria. Podría ser grave. Si ha causado daño cerebral, tal vez éste no sea irreversible todavía, pero no hay tiempo que perder.

Lisa se llevó las manos a la boca, aterrada. Bryce sintió un impulso cálido y repentino de proteger a aquella deliciosa desconocida, de consolarla. Comprendió que debía de haber estado enamorado de ella, aunque no pudiera recordar quién era. Cruzó la habitación y la tomó en sus brazos, en un abrazo breve e intenso y ella respondió ansiosamente, aunque un poco temblorosa. A las ocho menos cuarto, estaban ya fuera de la casa y se dirigían hacia el hospital, en medio de un tráfico extraordinariamente fluido. Bryce la llevó rápidamente a la sala de personal. Ted Kamakura estaba ya allí, de uniforme. El pequeño psiquiatra japonés se inclinó brevemente.

—Buenos días, Tim —dijo. Luego, parpadeó—. Buenos días, Lisa. ¿Cómo es que estás tú aquí?

—¿La conoces? —preguntó Bryce.

—¡Qué pregunta tan extraña!

—Pues es muy importante.

—Claro que la conozco —dijo Kamakura y, de pronto, se borró de su rostro la sonrisa de bienvenida—. ¿Por qué? ¿Es que hay algo raro en eso?

—Tal vez tú la conozcas, pero yo no —confesó Bryce.

—¡Oh, Señor! ¡Tú también!

—Dime quién es, Ted.

—Es tu mujer, Tim. Os casasteis hace cinco años.

Hacia las once de la mañana del jueves, los Gerard lo tenían todo listo para la hora crítica del almuerzo en el Petit Pois. El caldero de sopa burbujeaba, las bandejas de caracoles estaban dispuestas para meterlas en el horno, las salsas iban cobrando cuerpo. Fierre Gerard quedó algo sorprendido ante la ausencia de la mayoría de sus clientes habituales. Ni siquiera el señor Munson, siempre tan puntual, apareció a las once y media. Algunos de esos clientes no habían faltado al almuerzo en el Petit Pois desde hacía quince años. Algo terrible debía de haber sucedido en la Bolsa, pensó Pierre, para que todos aquellos financieros siguieran pegados a sus mesas de trabajo, demasiado ocupados para llamarle y cancelar su reserva habitual. Sin duda ésa era la respuesta. Era imposible que todos los clientes se olvidaran de avisarle. La Bolsa debía de haberse hundido. Pierre tomó nota mentalmente de que tenía que llamar a su corredor después del almuerzo y averiguar qué ocurría.

Hacia las dos de la tarde del jueves, Paul Mueller entró en el Departamento de Instrumentos de Arte de Metchnikoff, en North Beach, para buscar y adquirir una varilla de soldar metal en bruto, pintura de altavoces y todas las cosas que necesitaba para la reanudación de su carrera de escultor. Metchnikoff le recibió muy serio.

—¡Nada de créditos para usted, señor Mueller, ni por diez centavos! —exclamó.

—De acuerdo. Esta vez voy a pagar en efectivo.

El tratante se animó.

—En ese caso, conforme..., tal vez. ¿Han terminado sus problemas?

—Eso espero —respondió Mueller.

Hizo el pedido. Ascendía a unos 2.300 dólares. Cuando llegó el momento de pagar, dijo que sólo tenía que acercarse a Montgomery Street a recoger el dinero de su amigo Freddy Munson, que le daría tres de los grandes. Metchnikoff empezó a enojarse de nuevo.

—¡Cinco minutos! —gritó Mueller—. ¡Estaré de regreso en cinco minutos!

Sin embargo, cuando llegó a la oficina de Munson, descubrió que aquello era un verdadero caos y que su amigo no se hallaba presente.

—¿No ha dejado un sobre para el señor Mueller? —preguntó a una apresurada secretaria—. Tenía que recoger algo muy importante aquí, esta tarde. Por favor, ¿quiere comprobarlo?

La muchacha se limitó a alejarse corriendo. Lo mismo hizo otra empleada. Un corredor le ordenó que abandonara la oficina.

—¡Hemos cerrado, amigo! —gritó.

Mueller se marchó desconcertado.

Como no se atrevía a volver a Metchnikoff con la noticia de que, después de todo, no había conseguido el efectivo, regresó sencillamente a su casa. Tres robots cobradores le esperaban ante la puerta. Cada uno de ellos empezó a gruñir sus amenazas en cuanto se acercó.

—Lo lamento —les detuvo Mueller—, no recuerdo nada de todo eso.

Entró en el apartamento. Se sentó en el desnudo suelo, furioso al pensar en las hermosas piezas que estaría construyendo de haber conseguido hacerse con los instrumentos de su oficio. No obstante, empezó a hacer esbozos. Al menos, los buitres le habían dejado lápiz y papel. Tal vez no fueran tan eficientes como una pantalla de

computadora y una pluma luminosa, pero Miguel Ángel y Benvenuto Cellini se las habían arreglado muy bien sin computadoras ni plumas luminosas.

A las cuatro en punto, sonó el timbre de la puerta.

—¡Largúese! —aulló Mueller por el altavoz—. Vaya a ver a mi contable. No quiero saber de más apremios. Y la próxima vez que coja a uno de sus robots idiotas junto a mi puerta, voy a...

—Soy yo, Paul —dijo una voz en absoluto mecánica.

¡Carole!

Corrió a la puerta. Había siete robots rodeándola, y todos ellos trataron de abrirse paso. Los obligó a retroceder para que ella entrara. Un robot no se atrevería a tocar a un ser humano. Dio un portazo ante sus rostros metálicos y pasó el cerrojo.

Carole tenía buen aspecto. Llevaba el pelo más largo de lo que él recordaba, había ganado unos cuatro kilos en los lugares adecuados y vestía un traje brillante y transparente que jamás le había visto antes y que, desde luego, no era lo más adecuado para aquella hora de la tarde, aunque resultaba espléndido sobre su cuerpo. Parecía por lo menos cinco años más joven de lo que era. Evidentemente, mes y medio de matrimonio con Pete Castine la habían favorecido más que nueve años de matrimonio con Paul Mueller. Tenía un aspecto magnífico. Pero también se la veía tensa, si bien de modo superficial, como si la tensión fuera producto de alguna preocupación de las últimas horas.

—Por lo visto he perdido mi llave —dijo.

—¿Qué haces aquí?

—No te entiendo, Paul.

—Es decir, ¿por qué has venido?

—Yo vivo aquí.

—¿Ah, sí? —Se rió duramente—. Muy divertido.

—Siempre has tenido un extraño sentido del humor, Paul —dijo Carole, pasando ante él—. Sólo que no me parece nada gracioso. ¿Dónde está todo? ¿Y los muebles, Paul? Mis cosas... —De pronto se echó a llorar—. Debo de estar volviéndome loca. Me despierto esta mañana en un apartamento desconocido, sola. Me paso todo el día paseando envuelta en una especie de niebla que no comprendo en absoluto. Y ahora llego a casa y descubro que has empeñado todo lo que teníamos, o algo por el estilo... — Se mordió los nudillos—. Paul...

También la sufre, pensó él. La epidemia de amnesia.

Dijo en voz baja:

—Te parecerá raro que te lo pregunte, Carole, pero, ¿quieres decirme a qué día estamos?

—¡Vaya! El 14 de septiembre, claro... ¿O es el 15?

—¿De 2002?

—¡Naturalmente! No va a ser de 1776.

Está peor que yo, se dijo Mueller. Ha perdido un mes más. No recuerda mi fracaso en los negocios. Ni recuerda que perdí todo el dinero. No recuerda el divorcio. Sigue creyendo que es mi esposa.

—Ven aquí —dijo, y se la llevó al dormitorio. Señaló la litera que ocupaba el lugar en que estuviera su lecho—. Siéntate, Carole. Intentaré explicártelo. No tiene mucha lógica, pero lo intentaré.

En aquellas circunstancias, el concierto de la Filarmónica de Nueva York, que había llegado a la ciudad para actuar el jueves por la noche, fue cancelado. Sin embargo, la orquesta se reunió para el ensayo a las dos y media de la tarde. El sindicato exigía un número determinado de ensayos —pagados— a la semana, así que la orquesta se puso a la tarea sin hacer ningún caso del cataclismo exterior. Pronto empezaron los problemas. El maestro Alvarez, que utilizaba una batuta electrónica y se sentía muy orgulloso de

dirigir sin partitura, apretó el botón para un pianísimo. De pronto, con la sensación del que se hunde por una trampa, advirtió que la Cuarta de Brahms se le había borrado por completo de la memoria. La orquesta respondió desigualmente a sus errores constantes. Algunos de los músicos tenían dificultades, pero el solista miró horrorizado su mano izquierda, preguntándose qué cuerdas debía tocar para que el violín emitiera las débiles notas, el segundo oboe no encontraba la clave adecuada, y el primer fagot ni siquiera conseguía recordar cómo utilizar el instrumento.

A la caída de la tarde, Tim Bryce había reunido los datos suficientes de la historia para comprender lo sucedido. Y no sólo a él y a Lisa, sino a toda la ciudad. Una droga, o varias, casi con seguridad distribuidas a través del sistema de abastecimiento municipal de aguas, había borrado la memoria de casi todo el mundo. El problema de la vida moderna, pensó Bryce, es que la tecnología te pone en peligro de nuevos y más complicados desastres cada año, pero no te da la capacidad de vencerlos. Las drogas de la memoria eran algo ya antiguo, que se remontaba a treinta o cuarenta años atrás. Él mismo había estudiado varios tipos. La memoria constituye un proceso en parte químico y en parte eléctrico; algunas drogas alteraban el proceso eléctrico, perturbando las sinapsis por las que actúa el cerebro, y otras atacaban el substrato molecular en el que se encierran los recuerdos más antiguos. Bryce conocía métodos para destruir los recuerdos recientes, inhibiendo la transmisión de las sinapsis, y métodos para destruir los recuerdos más antiguos mediante un lavado de las complejas cadenas de ácido ribonucleico que los inscriben en el cerebro. Pero tales drogas eran experimentales e impredecibles, por lo que se había vacilado en utilizarlas en sujetos humanos. Desde luego, jamás había imaginado que alguien las arrojara sencillamente en un acueducto y practicara así una lobotomía simultánea a toda una ciudad.

Su despacho en el Fletcher Memorial se había convertido en un centro improvisado de operaciones para San Francisco. El alcalde estaba allí, pálido y abrumado. El jefe de policía, exhausto y confuso, se volvía de espaldas a intervalos y se tomaba una pastilla. Un representante de la red de comunicaciones, con aire desconcertado, se encogía en un rincón comprobando nerviosamente el sistema dispuesto a toda prisa y a través del cual iba a lanzar sus órdenes a toda la ciudad el Comité de Salud Pública convocado por Bryce.

El alcalde no servía de nada. Ni siquiera recordaba haberse presentado a las elecciones. El jefe de policía aún estaba en peor forma; llevaba en pie toda la noche porque se le había olvidado, entre otras cosas, su propia dirección y había tenido miedo de preguntársela a una computadora por si acaso le despedían de su empleo por borracho. En este momento, el jefe de policía ya sabía que no era el único de la ciudad que tenía hoy problemas de memoria, de modo que había buscado su dirección en el archivo e incluso había telefonado a su esposa. Sin embargo, se encontraba al borde del colapso. Bryce había insistido en que varios hombres permanecieran allí como símbolos del orden. Quería únicamente sus rostros y su voz, no sus inútiles servicios oficiales. Una docena de ciudadanos diversos había acudido también al despacho de Bryce. A las cinco de la tarde, éste había lanzado una llamada a través de todos los medios de comunicación, pidiendo a aquellos cuya memoria de los sucesos recientes no estuviera alterada que acudieran al Hospital Fletcher Memorial: «Si no ha bebido agua de la traída en las últimas veinticuatro horas, probablemente estará completamente bien. Venga aquí. Lo necesitamos». Y así había reunido un curioso grupo. Había un viejo héroe del espacio, Taylor Braskett, un chiflado de los alimentos puros, que sólo bebía agua de manantial. Había una familia francesa, dueños de un restaurante: padre, madre y tres hijos adultos, que preferían el agua mineral importada de la madre patria. Había un vendedor de computadoras llamado McBurney, que había ido a Los Ángeles en viaje de negocios y no había probado el agua contaminada. Y un viejo policía retirado, llamado Adler, que vivía en Oakland, donde no había problemas de memoria. Había cruzado la bahía a toda prisa

en cuanto se enteró de que San Francisco se hallaba en apuros. Eso antes de que todos los accesos a la ciudad quedaran cerrados por órdenes de Bryce. Y alguno más, de dudoso valor, pero con una memoria incontestablemente intacta.

Las tres pantallas montadas por el encargado de las comunicaciones daban informes constantes sobre los puntos clave de la ciudad. Ahora mismo una de ellas investigaba el distrito del Embarcadero desde una cámara situada en la plaza Ghirardelli; otra vigilaba el distrito financiero desde un helicóptero, sobre el viejo Museo del Ferry, y la tercera funcionaba desde un camión que recorría el parque de Golden Gate. Las escenas eran similares en todas partes: la gente andando de un lado para otro, haciendo preguntas y sin recibir respuestas. Todavía no había casos de pillaje. Ni incendios. Los policías, es decir, los que eran capaces de actuar, se habían puesto en acción, y los robots antidisturbios hacían guardia en las calles principales, por si acaso se les necesitaba para que lanzaran chorros de espuma sobre una multitud dominada por el pánico.

Bryce dijo al alcalde:

—A las seis y media quiero que aparezca en la pantalla recomendando calma. Le entregaremos por escrito lo que tenga que decir.

El alcalde gimió. Bryce continuó:

—No se preocupe. Yo le iré apuntando todo el discurso a través de un transmisor. Usted concéntrese exclusivamente en hablar con claridad y mirando sólo a la cámara. Si se comporta como un hombre asustado, será el fin de todos nosotros. En cambio, si les habla serenamente, tal vez logremos salir adelante.

El alcalde hundió la cabeza entre las manos. Ted Kamakura susurró:

—No puedes hacerle salir en la pantalla, Tim. ¡Está hecho una ruina, todo el mundo lo advertirá!

—El alcalde de la ciudad ha de aparecer —insistió Bryce—. Ponle un par de inyecciones estimulantes. Que pronuncie ese discurso y luego lo meteremos en la cama,

—¿Quién será el portavoz después? —preguntó Kamakura—. ¿Tú? ¿Yo? ¿O Dennison, el jefe de policía?

—No lo sé —murmuró Bryce—. Necesitamos una persona con autoridad para que transmita comunicados cada media hora poco más o menos. Y que me cuelguen si yo dispongo de tiempo para eso. Ni tú. En cuanto a Dennison...

—Caballeros, ¿puedo hacer una sugerencia? —Era el viejo astronauta, Braskett—. Me ofrezco voluntario como portavoz. Admitirán que tengo cierto aspecto de autoridad. Y estoy acostumbrado a dirigirme al público.

Bryce rechazó la idea por un instante; ¿Aquel loco derechista, aquel autor de cartas absurdas y apasionadas a todos los medios de la prensa del Estado, aquel Paul Revere de los últimos días? ¿Él, portavoz del Comité? Iba ya a despacharlo, cuando decidió aceptarlo. En realidad, nadie se preocupaba de actividades políticas tan desfasadas como las suyas. Probablemente, nueve personas de cada diez en San Francisco consideraban a Braskett (si es que pensaban en él) tan sólo como el héroe de la Primera Expedición a Marte. Además, el viejo era un tipo realmente apuesto, de aspecto elegante, delgado, con una voz profunda y la mirada firme. Un hombre fuerte y de prestancia.

—Comandante Braskett —dijo—, en caso de nombrarle portavoz del Comité de Salud Pública...

Ted Kamakura dejó escapar un silbido.

—¿... podríamos contar con que los anuncios que transmita se limitarán absolutamente a las conclusiones a que haya llegado todo el Comité?

El comandante Braskett esbozó una helada sonrisa.

—Quiere que sea sólo un figurón, ¿no es eso?

—Lo que quiero es que sea nuestro portavoz, con el título oficial de presidente.

—Lo que dije, un figurón. Muy bien, acepto. Proclamaré esas mentiras como un títere obediente y no intentaré inyectar ninguna de mis ideas radicales y extremistas en las declaraciones. ¿Es eso lo que desea?

—Creo que nos comprendemos perfectamente —dijo Bryce, sonriente. Y se sorprendió al ver que también el otro le sonreía afectuosamente.

Oprimió el botón de su transmisor de datos. En el laboratorio de Patología, ocho pisos más abajo de su despacho, alguien contestó a su llamada.

—¿Hay ya algún análisis a punto? —preguntó Bryce.

—Le paso al doctor Madison.

Éste apareció en la pantalla. Habitualmente dirigía el Departamento de Radioisotopía del hospital. Un hombre grueso, de rostro colorado, con todo el aspecto de un cervecero. Conocía bien su campo de acción.

—Indudablemente es el sistema de abastecimiento de aguas, Tim —dijo de inmediato—. Lo establecimos como hipótesis hace una media hora, claro, pero ahora ya no cabe la menor duda. He aislado restos de dos drogas diferentes para suprimir la memoria, y hay indicios de una tercera. Fuera quien fuera, no quiso correr riesgos.

—¿Qué drogas son? —preguntó Bryce.

—Bueno, tenemos una buena cantidad de terminasa acetilcolina —respondió Madison—, que trastorna las sinapsis e interfiere en las fijaciones a corto plazo. Luego, hay algo más, quizás un disolvente proteínico derivado de la puomicina, que actúa sobre las cadenas de ácido ribonucleico del cerebro y destruye los recuerdos más antiguos. Y sospecho también que nos enfrentamos con uno de los nuevos amnesiógenos experimentales, algo que todavía no he aislado, capaz de llegar muy hondo y destruir los esquemas motores básicos. De modo que nos han atacado por arriba, por abajo y por en medio.

—Eso explica muchas cosas. Los que no pueden recordar lo que hicieron ayer, los que han perdido parte de su memoria de adultos y los que ni siquiera recuerdan su nombre..., ya que actúa a diferentes niveles, según las personas.

—Teniendo en cuenta el metabolismo, la edad, la estructura del cerebro del individuo y la cantidad de agua que bebieron ayer, sí.

—¿Sigue contaminada el agua? —preguntó Bryce,

—Me atrevería a decir que no. He hecho que me trajeran muestras de agua de los distritos superiores. Todo está bien allí. El personal de la traída ha hecho comprobaciones por su cuenta y asegura lo mismo. Evidentemente, lo que sea fue introducido en la canalización ayer a primera hora, llegó a la ciudad y en este momento ya ha desaparecido. Tal vez queden residuos en las cañerías. Yo aconsejaría no beber agua tampoco hoy.

—¿Y qué dice la farmacopea sobre la efectividad de esas drogas?

—Cualquiera puede adivinarlo —repuso Madison, encogiéndose de hombros—. Tú lo sabrás mejor que yo. ¿Desaparece?

—No en el sentido normal —dijo Bryce—. Lo que sucede es que el cerebro crea un circuito de redundancia y obtiene el acceso a un duplicado de los recuerdos afectados... Como si se pasara a otro carril, por así decirlo... Naturalmente, siempre que hubiera un duplicado del sector en cuestión y mientras ese duplicado no se haya borrado también. Algunas personas recobrarán retazos de su memoria en unos cuantos días o unas cuantas semanas. Otros no.

—Magnífico —terminó Madison—. Te tendré informado, Tim.

Bryce cortó la llamada y preguntó al empleado de Comunicaciones:

—¿Tiene ya ese transmisor? Colóquelo tras el oído de Su Señoría.

El alcalde se echó a temblar. El aparatito fue instalado en su sitio.

—Señor alcalde —dijo Bryce—, voy a dictarle un discurso y usted lo transmitirá a todos los medios de comunicación. Será lo último que le pediré que haga hasta que tenga la

oportunidad de recuperarse, ¿de acuerdo? Escuche cuidadosamente lo que digo y hable despacio. Imagine que mañana es el día de las elecciones y que su trabajo depende de lo bien que quede ahora. No va a actuar en directo. Habrá un desfase de quince segundos y contamos con un circuito de prueba para corregir sus errores, de modo que no hay razón alguna para que se sienta en tensión. ¿Me sigue? ¿Lo hará lo mejor que pueda?

—Tengo la mente nublada.

—Limítese a escucharme y repetir ante la cámara lo que yo diga. Sus reflejos de político le ayudarán. Ésta es su oportunidad para convertirse en un héroe. Estamos viviendo un momento histórico, señor alcalde. Lo que hagamos hoy pasará a la historia, como pasaron los sucesos del terremoto de 1906. Vamos ya. Repita. Habitantes de esta maravillosa ciudad de San Francisco...

Las palabras salían con toda facilidad de los labios de Bryce. Y ¡oh, maravilla!, el alcalde las repetía con una voz clara, resonante. Mientras pronunciaba su discurso, Bryce sintió en su interior el impulso del poder. Por un momento, se imaginó que era el líder electo de la ciudad y no únicamente el dictador (nombrado por sí mismo) en una emergencia. Resultaba una sensación interesante, casi extática. Lisa, que le observaba actuar, le sonrió amorosamente.

También él sonrió al mirarla. En este momento de gloria casi lograba olvidar su dolor al comprender que había perdido todos los recuerdos de su vida con ella. Por lo visto, era lo único que había perdido. Con una selectividad estúpida, la droga había anulado todo cuanto pertenecía a sus primeros cinco años de matrimonio. Kamakura le había dicho, hacía pocas horas, que el suyo era el matrimonio más feliz de cuántos conocía. Y ahora todo había desaparecido. Por lo menos, y contra todas las probabilidades, Lisa había sufrido una pérdida idéntica. En cierto modo, el hecho resultaba así más soportable. Habría sido horrible que uno de ellos recordara los buenos tiempos y el otro no tuviera ni idea. Gracias a eso, casi podía ignorar el tormento de la pérdida mientras siguiera trabajando. Casi.

—El alcalde va a hablar dentro de un minuto —dijo Nadia—. ¿Quieres oírle? Explicaré lo que está ocurriendo.

—No me importa nada —contestó tristemente el Fabuloso Montini.

—Se trata de una especie de epidemia de amnesia. Cuando salí antes, oí hablar de ello. Todo el mundo lo tiene. No sólo tú. Creíste que era un ataque. Pues no lo es. Estás perfectamente bien.

—Mi mente ha quedado deshecha.

—Sólo es temporal —la voz sonaba un poco demasiado aguda, nada convincente—. Tal vez sea algo que hay en el aire. Una droga que estaban experimentando y perdieron su control. Todos estamos metidos en ello. Tampoco yo logro recordar nada de la semana pasada.

—¿Y a mí qué me importa? —exclamó Montini—. La mayoría de la gente no tiene memoria ni siquiera en estado normal. ¿Pero y yo? ¿Y yo? Estoy arruinado, Nadia. Quisiera verme ya en la tumba. No tiene lógica que siga viviendo.

Sonó la voz del locutor:

—Señoras y caballeros, Su Señoría, Elliot Chase, alcalde de San Francisco.

—Vamos a oírle —dijo Nadia.

El alcalde apareció en la pantalla mural, con rostro solemne y la expresión de «vamos a enfrentarnos a un desafío, ciudadanos». Montini le miró, se encogió de hombros y apartó la vista.

—Habitantes de esta maravillosa ciudad de San Francisco —comenzó el alcalde—. Acabamos de pasar la jornada más difícil de nuestra historia desde hace casi un siglo, desde la terrible catástrofe de 1906. La Tierra no ha temblado hoy, ni hemos sido devorados por el fuego. Sin embargo, todos hemos sufrido la dura prueba de una calamidad repentina. Como todos ustedes saben ya, los habitantes de San Francisco se

han visto afligidos desde anoche por lo que podemos llamar una epidemia de amnesia. Ha habido una pérdida masiva de memoria, que va desde los casos leves de un simple olvido a la pérdida casi total de identidad. Los científicos que trabajan en el Hospital Fletcher Memorial han logrado determinar la causa de este desastre único y repentino. Al parecer, saboteadores criminales contaminaron el sistema de abastecimiento de aguas con drogas de uso prohibido y que tienen la facultad de disolver las estructuras de la memoria. El efecto de estas drogas es temporal. No existen motivos de alarma. Incluso los más gravemente afectados descubrirán que van recuperando poco a poco la memoria. Y tenemos razones de peso para confiar en una recuperación total en cuestión de horas o de días.

—Está mintiendo —dijo Montini.

—Los criminales responsables no han sido detenidos todavía, pero esperamos su arresto de un momento a otro. El área de San Francisco es la única región afectada, lo que significa que las drogas fueron introducidas en el sistema de abastecimiento de aguas justo en los límites de la ciudad. Todo sigue normal en Berkeley, en Oakland, en Marin County y demás áreas circundantes. En nombre de la seguridad pública he ordenado que se cierren los puentes de San Francisco, interrumpiendo asimismo el tránsito rápido en el área de la bahía y demás medios de acceso a la ciudad. Confiamos en mantener dichas restricciones hasta mañana por la mañana por lo menos. Su propósito es prevenir el desorden y evitar la posible llegada de elementos indeseables a la ciudad mientras persiste el problema. Nosotros, habitantes de San Francisco, somos autosuficientes y por demos subvenir a nuestras necesidades sin interferencia del exterior. No obstante, me he puesto en contacto con el presidente y el gobernador, quienes me han asegurado toda la asistencia posible. El abastecimiento de aguas se halla al presente libre de contaminación y se están tomando todas las precauciones para impedir que se repita este crimen contra un millón de inocentes. Sin embargo, me informan de que aún pueden quedar residuos de la droga en las cañerías y que el peligro se mantendrá unas cuantas horas. Se recomienda, pues, que beban la menor cantidad de agua posible hasta que reciban más noticias y que hiervan la que deban utilizar. Por último, les diré que el señor Dennison, jefe de policía, las demás autoridades de la ciudad y yo dedicaremos todo nuestro tiempo a las necesidades de la ciudad mientras dure la crisis. Probablemente no tendremos la oportunidad de aparecer ante ustedes para informes posteriores. Por lo tanto, he tomado la decisión de nombrar un Comité de Salud Pública, formado por distinguidos científicos y hombres de leyes de San Francisco, como cuerpo coordinador que colabore en el gobierno de la ciudad y en la información a sus ciudadanos. El presidente de dicho Comité es el famoso veterano de tantas hazañas espaciales, el comandante Taylor Braskett. Las noticias referentes al desarrollo de la crisis les serán comunicadas por el comandante Braskett en el transcurso de la tarde. Recuerden que habla en nombre de las autoridades de la ciudad. Gracias.

Braskett apareció en pantalla. Montini gruñó:

—¡Mira a quién fueron a elegir! ¡A un patriota maníaco!

—Pero la droga desaparecerá —insistió Nadia—. Tu mente volverá a la normalidad.

—Conozco esas drogas. No hay esperanza. Estoy acabado —el Fabuloso Montini se dirigió a la puerta—. Necesito aire fresco. Voy a salir. Adiós, Nadia.

Esta trató de detenerle, pero él la rechazó. Se dirigió al Marina Park y de él pasó al Club Náutico. El portero le dejó entrar y no volvió a prestarle atención. Montini se dirigió al muelle. «Dicen que la droga es temporal. Que desaparecerá... Que la mente recobrará la claridad. Lo dudo mucho». Miró las aguas, oscuras y aceitosas, que brillaban reflejando las luces del puente. Exploró su memoria, tan afectada, calibrando los vacíos. Secciones enteras de su memoria habían desaparecido. Como cuando se derrumban los muros de un edificio, dejando al aire la estructura. No podía vivir así. Cuidadosamente, gruñendo por el esfuerzo, bajó por una escalerilla de metal hasta el agua y se alejó del muelle. El

agua estaba espantosamente fría. Los zapatos le pesaban hasta agobiarle. Se dirigió nadando hacia la isla de la antigua prisión, pero no sería capaz de mantenerse a flote mucho tiempo. Dejándose arrastrar por las olas, hizo una vez más inventario de su memoria, repasando lo que le restaba. Menos que suficiente. Para probar si aún conservaba el don, intentó recordar el discurso del alcalde y descubrió que las palabras se confundían unas con otras. Ya nada importa, se dijo. Y dejó que su cuerpo se hundiera.

Carole insistió en pasar la noche del jueves con él.

—Ya no somos marido y mujer —le recordó Paul—. Estamos divorciados.

—¿Desde cuándo eres tan convencional? Vivimos juntos antes de casarnos, lo mismo podemos vivir juntos después de haber estado casados. A lo mejor estamos inventando un nuevo pecado, Paul. Relaciones postmatrimoniales.

—Esa no es la cuestión. La cuestión es que llegaste a odiarme por mis problemas financieros y que me dejaste. Si intentas volver ahora conmigo, vas contra tu propia decisión lógica y deliberada del pasado enero.

—Para mí, aún faltan cuatro meses para ese enero que dices —rebatía ella—. No te odio. Te quiero. Te he querido siempre y siempre te querré. No consigo imaginar cómo llegué a separarme de ti, pero, en cualquier caso, no recuerdo el divorcio, ni lo recuerdas tú entonces, ¿por qué no podemos seguir a partir del punto en que se borró todo de nuestra memoria?

—Entre otras cosas, porque da la casualidad de que ahora eres la esposa de Pete Castine.

—Eso me suena completamente irreal. Como algo que hubieras soñado.

—Freddy Munson me lo dijo. Y es verdad.

—Si volviera ahora con Pete —dijo Carole—, me sentiría en pecado. ¿Quieres que me meta en la cama con Pete simplemente porque se supone que me he casado con él? No le quiero. Te quiero a ti. ¿No puedo quedarme aquí?

—¿Pero y si Pete...?

—¡Si Pete, si Pete, si Pete...! En mi conciencia, sigo siendo la señora de Paul Mueller, y en tu conciencia también. Así que al diablo con Pete, y con lo que Freddy Munson te haya dicho y con todo lo demás. Esta discusión es estúpida. Dejémosla. Si quieres que me vaya, dímelo ahora bien claro. De otro modo, me quedo.

No podía decirle que se fuera.

Sólo tenía la litera pequeña, pero se las arreglaron para compartirla. Era incómoda; sin embargo, resultó divertido. Paul llegó a sentirse como si de nuevo tuviera veinte años. Por la mañana, tomaron juntos una buena ducha y, luego, Carole salió a comprar algunas cosas para el desayuno, ya que les habían cortado el servicio y él no podía pedir el desayuno apretando un botón. Ante la puerta, un robot le habló en el momento en que Carole salía:

—Se ha solicitado ya el decreto de servicio personal, señor Mueller. Ahora está pendiente de juicio.

—No te conozco —dijo Mueller—. ¡Lárgate!

Hoy, se dijo, iría a buscar a Freddy Munson y, como fuera, conseguiría de él algún dinero. Compraría los instrumentos que necesitaba y empezaría a trabajar otra vez. Que el mundo exterior enloqueciera; mientras él pudiera trabajar, todo iría bien. Si no lograba encontrar a Freddy, tal vez el crédito de Carole le permitiera hacer las compras. Estaba legalmente divorciada de él, y sus problemas de crédito no la afectarían. Siendo la señora de Peter Castine, sin duda dispondría de un par de los grandes para pagar a Metchnikoff. Probablemente los bancos estarían cerrados hoy por la crisis de amnesia, pensó Mueller, pero sin duda Metchnikoff no le pediría a Carole el pago en efectivo. Cerró los ojos e imaginó lo agradable que sería crear cosas de nuevo.

Hacía una hora que se había ido Carole. Cuando regresó con la bolsa de la compra, Pete Castine iba con ella.

—Me siguió —explicó Carole—. Se niega a dejarme en paz.

Castine era un hombre delgado, de aspecto controlado, muy atlético, unos años mayor que Mueller —posiblemente había cumplido ya los cincuenta—, pero de aire juvenil. Dijo serenamente:

—Estaba seguro de que Carole había venido aquí. Es muy comprensible, Paul. Pasó aquí toda la noche, supongo.

—¿Importa eso? —preguntó Mueller.

—Hasta cierto punto. Prefiero que haya pasado la noche con su anterior marido que con cualquier otro.

—Estuvo aquí toda la noche, sí —confesó Mueller cansadamente.

—Me gustaría que volviera a casa ahora conmigo. Es mi esposa, después de todo.

—Ella no lo recuerda. Ni yo tampoco.

—Lo sé —dijo Castine amablemente—. En cuanto a mí, he olvidado todo lo que me sucedió antes de los veintidós años. No podría decirte ni el nombre de pila de mi padre. Sin embargo, y como realidad objetiva, Carole es mi esposa. Vuestro divorcio fue un asunto bastante desagradable y creo que ella no debería seguir aquí.

—¿Por qué me dices a mí todo eso? —pregunto Mueller—. Si quieres que tu esposa vuelva a casa contigo, pídeselo a ella.

—Ya lo he hecho. Y dice que no se irá de aquí a menos que tú se lo ordenes.

—Es cierto —intervino Carole—. Yo sí sé de quién creo ser esposa. Si Paul me echa, volveré contigo. Pero no por otra razón.

Mueller se encogió de hombros.

—Sería un idiota si la echara de aquí, Pete. La necesito y la quiero. Y fuera lo que fuese lo que sucedió, ya no tiene ninguna realidad para nosotros. Sé que resulta dura para ti, pero no puedo evitarlo. Supongo que no tendrás problemas para conseguir la anulación en cuanto los tribunales promulguen ley para casos como éste.

Castine guardó silencio unos momentos. Al fin, dijo:

—¿Cómo va tu trabajo, Paul?

—Parece que no hice nada en todo un año.

—Exacto.

—Estoy planeando comenzar de nuevo. Podría decirse que Carole me ha inspirado.

—Espléndido —asintió Castine, sin ninguna entonación especial—. Confío en que esta pequeña confusión sobre nuestra... esposa compartida no interfiera en las armoniosas relaciones artista-marchan te de que solíamos disfrutar.

—En absoluto —dijo Mueller—. Seguirás disponiendo de toda mi producción. ¿Por qué diablos habría de mostrarme resentido por lo que hiciste? Carole era libre cuando te casaste con ella. Sólo hay un problema.

—¿Cuál?

—Estoy arruinado. No tengo instrumentos, no puedo trabajar sin instrumentos y carezco de medios para comprarlos.

—¿Cuánto necesitas?

—Dos y medio de los grandes.

—¿Dónde está tu control de datos? —preguntó Castine—. Te haré una transferencia de crédito.

—La compañía telefónica lo desconectó hace mucho tiempo.

—Permíteme entonces que te firme un cheque. Digamos tres mil. Como adelanto sobre futuras ventas. —Castine rebuscó un rato antes de localizar un cheque en blanco—. El primero que escribo en unos cinco años quizá. Resulta raro, una vez te has acostumbrado a hacerlo todo por teléfono. Aquí tienes, y buena suerte. A los dos. —Les saludó con una seca y amarga inclinación de cabeza—. Espero que seáis felices juntos. Y llámame

cuando hayas terminado alguna pieza, Paul. Enviaré el camión. Supongo que, para entonces, te habrán conectado el teléfono.

Y abandonó el apartamento.

—Olvidar es una bendición —dijo Nate Haldersen—. La remisión por el olvido, lo llamo yo. Lo que ha sucedido en San Francisco esta semana no significa necesariamente un desastre. Para algunos de nosotros, ha sido lo mejor del mundo.

Le escuchaban al menos cincuenta personas, sentadas a sus pies. Se hallaba en el quiosco de la banda, en el parque, frente al Museo De Young. Caía ya la noche. Finalizaba el viernes, el segundo día completo tras la crisis de la memoria. Haldersen había dormido en el parque la noche anterior y planeaba dormir allí de nuevo aquella noche. Después de escapar del hospital, se había enterado de que su apartamento había sido clausurado hacía mucho tiempo y almacenados sus muebles. No le importaba. Viviría de la tierra y robaría su comida. La llama de la profecía ardía en él.

—Dejadme que os cuente lo que me ocurrió —gritó—. Hace tres días estaba en un hospital para enfermos mentales. Alguno sonreirá, quizá, y me dirá que debería volver allí de nuevo. ¡No! No lo comprendéis. Era incapaz de enfrentarme al mundo. Dondequiera que fuese, veía familias felices, padres e hijos, y eso me hacía enfermar de envidia y odio. No podía vivir en sociedad. ¿Por qué? ¿Por qué? Porque mi esposa y mis hijos murieron en el desastre aéreo de 1991, por eso. Y perdí el avión porque estaba cometiendo adulterio aquel día. Por mi pecado murieron ellos. ¡Y seguí viviendo en un tormento interminable! Ahora todo se ha borrado de mi mente. He pecado, he sufrido... ¡Al fin me siento redimido gracias a este misericordioso olvido!

Una voz gritó entre la multitud:

—Si lo ha olvidado todo, ¿cómo es que ahora puede contarnos la historia?

—Una buena pregunta. ¡Una pregunta excelente! —Haldersen sintió que el sudor brotaba de sus poros, que la adrenalina corría por sus venas—. Si conozco la historia es porque una máquina del hospital me la contó ayer por la mañana. Pero la escuché como si se tratara de algo sucedido a otra persona. La experiencia que tenía de ella, la profunda herida en mi interior, todo se ha borrado. El dolor ha desaparecido. ¡Oh, sí! Lamento que mi inocente familia pereciera. Sin embargo, un hombre sano aprende a controlar ese sufrimiento después de once años, acepta la pérdida y sigue adelante. Yo estaba enfermo, enfermo por dentro, incapaz de vivir con mi dolor. Ahora sí puedo. Lo miro objetivamente, ¿comprendéis? Por eso digo que el olvido es una bendición. ¿Y vosotros? ¿No hay alguno entre vosotros que haya sufrido alguna dolorosa pérdida y que ahora ya no lo recuerda? Pues ése ha sido redimido y liberado de su angustia. ¿Hay alguno? ¿Lo hay? Que levante la mano. ¿Quién ha sido beneficiado por el santo olvido? ¿Quién de vosotros sabe que ha quedado purificado, aunque no recuerde de qué se ha purificado?

Empezaron a levantarse algunas manos.

Había gente que lloraba o que gritaba, pero todos le aplaudían. Haldersen se sintió un charlatán, aunque sólo por un momento. Siempre había tenido espíritu de profeta, aun cuando hubiera actuado como un anodino erudito, un aburrido profesor de filosofía. Tenía en él cuanto un profeta necesita: la clara impresión del contraste entre la culpabilidad y la pureza, y la comprensión de la existencia del pecado. Esa comprensión le arrastraba ahora a celebrar su gozo en público, a buscar compañeros de su liberación —no, compañeros no, discípulos— para fundar la Iglesia del Olvido, aquí, en el parque de Golden Gate. El hospital podía haberle dado estas drogas hacia años, librándole así de la angustia. Bryce se había negado. Kamakura, Reynolds, todos los doctores de suaves palabras esperaban más pruebas, más experimentos con chimpancés o lo que fuera. Y Dios había dicho: Nathaniel Haldersen ha sufrido ya bastante por su pecado. En consecuencia, había echado una droga en la traída de aguas de San Francisco, la misma droga que los doctores le negaban, y por las cañerías que descendían de las montañas le había enviado el dulce elixir del olvido.

—¡Bebed conmigo! —gritó—. ¡Bebed todos los que sufrís y vivís angustiados! ¡Nosotros mismos buscaremos la droga! ¡Y purificaremos nuestras almas doloridas! ¡Bebed esta agua benéfica y cantad a la gloria de Dios que nos concede el olvido!

Freddy Munson había pasado la tarde y la noche del jueves, y luego todo el viernes, encerrado en su apartamento, cortadas todas las comunicaciones con el mundo exterior. No quería recibir ni hacer llamadas, no hacía caso del televisor y había conectado el xerofax de las cotizaciones sólo tres veces en aquellas treinta y seis horas.

Sabía que había llegado el fin y trataba de decidir cómo reaccionar.

Su memoria parecía haberse estabilizado. Todavía seguía sin recordar cinco semanas de maniobras mercantiles, pero ya no había más vacíos. Claro que eso no importaba. Estaba ya metido en un buen lío. Y a pesar de la declaración tan optimista del alcalde la noche anterior, Munson no había descubierto ninguna prueba de que la pérdida de la memoria desapareciera. Era incapaz de reconstruir los detalles que se habían desvanecido.

Sabía que no existía un peligro inmediato. La mayoría de los clientes cuyas cuentas había alterado a su gusto eran viejos acaudalados, que no se preocuparían por las acciones hasta que recibieran la relación de cuentas del mes próximo. Le habían dado plenos poderes, gracias a lo cual había utilizado sus recursos en beneficio propio. Hasta ahora, Munson siempre había logrado completar sus transacciones dentro del mes, de modo que las declaraciones enviadas cuadraran al céntimo. Había resuelto el problema de la retirada de acciones, que luego debían figurar en el estado de cuentas, alterando la computadora de la casa para que no lo revelara, siempre que la cuenta quedase clara a fin de mes. De ese modo, tomaba prestadas 10.000 acciones de Vías Espaciales Unidas o de I.B.M. durante dos semanas, se servía del stock como garantía para sus negocios propios y las devolvía a sus respectivas cuentas a tiempo para que nadie lo supiera. Dentro de tres semanas, los extractos de fin de mes mostrarían unas retiradas de acciones inexplicables en muchas cuentas, y él se vería en un grave aprieto.

Incluso el problema podía presentarse antes, proveniente de otra dirección. Desde que se inició la crisis en San Francisco, el mercado de valores había bajado de golpe. Probablemente el lunes empezaría a llamarle para que iniciara las operaciones. La Bolsa de San Francisco estaba cerrada, claro. No había abierto desde el jueves por la mañana, ya que la mayoría de los corredores habían sido afectados por la amnesia. Pero sí lo estaba la Bolsa de Nueva York, que había reaccionado muy mal ante las noticias de San Francisco, sin duda por temor a que todo obedeciera a una conspiración y el país entero se viera lanzado al caos. Cuando se abriera de nuevo la Bolsa local, el lunes, si es que se abría, sin duda se ajustaría a los últimos precios de Nueva York, o se aproximaría mucho a ellos. Y seguiría bajando. Le pedirían a Munson que presentara efectivo o bien garantías adicionales para cubrir sus préstamos. Desde luego, no tenía efectivo, y el único modo de conseguir acciones adicionales sería intervenir más cuentas, agravando así el delito. Por otra parte, si no accedía a las peticiones de depósito de fondos, le descubrirían y jamás conseguiría devolver las acciones a las cuentas de donde las tomara, aunque lograra recordar de dónde había salido cada una.

Estaba atrapado. Podía optar por seguir así unas cuantas semanas, esperando a que cayera el hacha, o largarse ahora mismo. Prefería hacerlo ahora mismo.

¿Pero adonde se iría?

¿Caracas? ¿Reno? ¿Sao Paulo? No, esos santuarios de los deudores no le servirían de nada. El no era un deudor corriente. Era un ladrón, y los santuarios no protegían a los criminales, sólo a los que habían hecho bancarrota. Tendría que ir más lejos, hasta Luna Dome. No había extradición en la Luna. Pero tampoco esperanzas de volver.

Munson cogió el teléfono, confiando en hablar con su agente de viajes. Dos billetes para la Luna, por favor. Uno para él, otro para Helena. Si ella no quería acompañarle, se iría solo. No; no de ida y vuelta. El agente no contestó. Munson probó el número varias

veces. Encogiéndose de hombros, decidió pedirlo directamente y llamó a Vías Espaciales Unidas. El número estaba comunicando.

—¿Ponemos su llamada en la lista de espera? —preguntó la computadora—. Hay tres días de demora, según el estado actual de la lista de llamadas, antes de que podamos pasar la suya.

—Déjelo —murmuró Munson.

Acababa de recordar que, de todos modos, San Francisco estaba incomunicado. A menos que tratara de hacerlo a nado, no lograría salir de la ciudad para ir al puerto espacial, aunque consiguiera adquirir los billetes a la Luna. Estaba atrapado hasta que abrieran de nuevo las rutas de tránsito. ¿Cuánto tardarían? ¿El lunes, el martes, el viernes próximo? No iban a mantener aislada la ciudad para siempre... ¿O sí?

Todo se resumía, pensó Munson, en el índice de probabilidades. ¿Descubriría alguien las discrepancias en las cuentas antes de que hallara el modo de escapar a la Luna, o su salida llegaría demasiado tarde? Llevado a ese límite, la cuestión se convertiría en una apuesta interesante, en vez de ser generadora de pánico. Dedicaría el fin de semana a encontrar un medio de salir de San Francisco y, si fallaba, trataría de mostrarse estoico y enfrentarse a lo que le esperaba.

Ya más sereno, recordó que había prometido unos cuantos miles de dólares a Paul Mueller para ayudarlo a equipar su estudio de nuevo. Se entristeció al descubrir que se le había ido de la memoria. Le gustaba ayudar. E incluso ahora, ¿qué significaban para él dos o tres de los grandes? Disponía de mucho activo recuperable. Lo mismo daba que le prestara un poco de dinero a Paul, antes de que los abogados cayeran sobre él.

Sin embargo, había un problema. Contaba con menos de cien dólares en efectivo —¿quién se molestaba en llevar dinero encima?— y no podía ordenar por teléfono una transferencia de fondos a la cuenta de Mueller porque Paul ya no tenía una cuenta con la computadora, ni siquiera teléfono. Tampoco había modo de conseguir tanto dinero en efectivo a esta hora de la tarde, especialmente estando la ciudad paralizada. Y se aproximaba el fin de semana. Por fin, Munson tuvo una idea. ¿Y si se iba de compras con Mueller mañana y cargaba sencillamente en su propia cuenta lo que necesitara el escultor? Estupendo. Tomó el teléfono para arreglar la cita, recordó que Mueller no lo tenía y decidió decírselo en persona. Ahora mismo. De todos modos, le vendría bien tomar el aire.

Casi esperaba hallar robots policía ante su puerta, aguardando para detenerle. Pero, por supuesto, nadie le buscaba aún. Salió al garaje. Era una noche espléndida, fría, estrellada, con un poquito de niebla por el este. Las luces de Berkeley brillaban entre la niebla. Las calles estaban vacías. Por lo visto, en momentos de crisis la gente se quedaba en casa. Fue rápidamente a la de Mueller. Cuatro robots aguardaban ante ella. Munson los miró de reojo, con la mirada cansada del hombre que sabe que el alguacil le perseguirá también en poco tiempo. Mueller en cambio, cuando salió a abrirle, no hizo el menor caso de ellos.

—Lamento haber faltado a mi cita contigo —dijo Munson—. El dinero que te prometí.

—No importa, Freddy. Pete Castine estuvo aquí esta mañana y me prestó los tres grandes. Ya tengo el estudio dispuesto de nuevo. Entra y mira.

—¿Pete Castine? —preguntó Munson, entrando.

—Una buena inversión para él. Gana dinero si cuenta con obras mías para vender, ¿no? Por su propio interés, me ayudará a empezar de nuevo. Carole y yo hemos estado arreglando las cosas todo el día.

—¿Carole? —preguntó Munson.

Mueller le hizo pasar al estudio. Todo el equipo de un escultor sónico estaba esparcido por el suelo: una parrilla de soldar, una campana de vacío, un gran tanque de mezclas, algunos lingotes y alambres, etc. Carole metía las cajas vacías en la unidad de

eliminación de desperdicios que había en la pared. Alzando la vista, sonrió algo insegura y se pasó la mano por los largos cabellos oscuros.

—Hola, Freddy.

—¿Otra vez somos todos buenos amigos? —preguntó éste desconcertado.

—Nadie recuerda que hayamos sido enemigos —contestó ella. Se echó a reír—. ¿No es maravilloso que hayas perdido la memoria?

—Maravilloso —repitió Munson tristemente.

El comandante Braskett dijo:

—¿Puedo ofrecerles un poco de agua?

Tim Bryce sonrió. Lisa Bryce sonrió. Ted Kamakura sonrió. Incluso el alcalde Chase, aquella pobre mente en blanco, sonrió. El comandante Braskett comprendió esas sonrisas. Incluso ahora, después de tres días de contacto íntimo bajo tensión constante, seguían creyéndole un chiflado.

Había hecho que le enviaran de su casa la provisión semanal de agua embotellada al puesto de mando, aquí, en el hospital. Todo el mundo insistía en decirle que ya era seguro beber el agua del municipio, que ya habían desaparecido por completo de la misma las drogas de la memoria. No comprendían que su aversión a beber agua del grifo se remontaba a un tiempo en el que aún no se conocían las drogas de la memoria. Había otros muchos productos químicos en el sistema, después de todo.

Alzó el vaso en un airoso brindis y les guiñó un ojo. Tim Bryce dijo:

—Comandante, nos gustaría que se dirigiera de nuevo a la ciudad a las diez y media de esta mañana. Aquí tiene el texto.

Braskett repasó la página. Se refería principalmente a la anulación de la orden de hervir el agua antes de beberla.

—Quieren que me dirija a todos los medios y diga a la gente de San Francisco que ya pueden beber con toda tranquilidad agua del grifo, ¿no? —preguntó—. Resulta algo violento para mí. Hasta un portavoz de pacotilla tiene derecho a cierto grado de integridad personal.

Bryce pareció ligeramente desconcertado. Luego, se echó a reír y retiró el texto.

—Tiene toda la razón, comandante. No le pediré que haga este anuncio en vista de... sus creencias particulares. Cambiemos el plan. Usted abre el espacio presentándome y yo me encargo de hablarles del agua. ¿Le parece bien?

El comandante Braskett apreció el tacto con que el otro cedía ante su obsesión.

—Estoy a su servicio, doctor —dijo con gravedad.

Bryce terminó de hablar. Las luces de la cámara se apagaron. Se dirigió a Lisa:

—¿Qué te parece si almorzamos? O desayunamos, o lo que sea que nos toque comer ahora.

—Todo está dispuesto, Tim. Cuando quieras.

Comieron juntos en la Sala de Holografía, que se había convertido en la cocina del puesto de mando. Enormes cámaras y tanques con fluido para grabar les rodeaban. Los otros les dejaron solos. Estas breves comidas compartidas eran los únicos momentos de soledad de que Lisa y él habían disfrutado en las cincuenta y dos horas desde que Tim se despertara para encontrarla dormida a su lado.

Miró al otro lado de la mesa, maravillado ante aquella rubia tan hermosa que, según todos afirmaban, era su mujer. ¡Qué lindos los suaves ojos castaños contra aquel fondo de pelo dorado! ¡Qué perfecta la línea de sus labios, la curva de sus orejas! Bryce sabía que nadie haría objeciones si él y Lisa se encerraban en una de las habitaciones privadas durante algunas horas. Al fin y al cabo, no era tan indispensable y tenía que recordar muchas cosas sobre su esposa. Por desgracia se sentía incapaz de dejar su puesto. No había salido del hospital, ni siquiera de este piso, durante toda la crisis. Se mantenía en pie, tomándose tan sólo media hora de sueño cada seis horas. Tal vez fuera una ilusión nacida de la falta de sueño y el exceso de datos, pero había llegado a creer que la

supervivencia de la ciudad dependía de él. Había dedicado su vida a cuidar mentes individuales enfermas; ahora debía atender a toda una ciudad.

—¿Cansado? —preguntó Lisa.

—Creo que ya he superado lo que se llama cansancio. Tengo la mente tan clara que no hay una sola sombra en mi cerebro. Me siento casi en el nirvana.

—Yo creo que lo peor ya ha pasado, la ciudad se está tranquilizando.

—Sin embargo, la situación sigue siendo grave. ¿Has visto las cifras de suicidios?

—¿Muchos?

—Algo horrible. Lo habitual en San Francisco es de doscientos veinte casos al año. Llevamos casi quinientos en los dos días y medio últimos. Y se trata únicamente de los casos que se declaran, los cuerpos que se descubren, etcétera. Probablemente habrá que duplicar la cifra. Se informó de treinta suicidios el miércoles por la noche, de unos doscientos el jueves, lo mismo el viernes, y unos cincuenta esta mañana. Al menos, parece que el ritmo decrece.

—¿Pero por qué, Tim?

—Algunos reaccionan mal ante cualquier pérdida. Especialmente la pérdida de parte de su memoria. Se sienten furiosos, agobiados, aterrados... y acuden a la píldora de escape. Además, en estos tiempos el suicidio es demasiado fácil. En la antigüedad la gente reaccionaba ante la frustración rompiendo unos cuantos objetos que tuviera a mano. Ahora siguen una ruta más mortal. Desde luego, hay casos especiales. Un hombre llamado Montini, al que pescaron en la bahía. Era un mnemotécnico profesional, que actuaba en los clubes nocturnos con su memoria perfecta. Apenas puedo culparle porque se derrumbara de ese modo. Y supongo que había muchos otros que llevaban todo su negocio en la cabeza: jugadores, operadores, corredores, poetas, músicos. Tal vez decidieron terminar del todo antes que tratar de reunir los pedazos.

—Pero los efectos de la droga desaparecen...

—¿De verdad? —preguntó Bryce.

—Tú mismo lo dijiste.

—Quise aparecer optimista en beneficio de los ciudadanos. No tenemos historiales de experimentos con esas drogas en sujetos humanos. ¡Diablos, Lisa! Ni siquiera sabemos la dosis que se ha administrado. Cuando logramos recoger muestra del agua, la mayor parte del sistema de abastecimientos se habían limpiado ya y los monitores automáticos de las estaciones de bombeo de la ciudad habían sido alterados como parte de la conspiración, así que no señalaban nada fuera de lo corriente. No tengo idea en absoluto de si habrá alguna recuperación de memoria digna de mención.

—Pero la hay, Tim. Yo ya he empezado a recordar algunas cosas.

—¿QUÉ?

—¡No me chilles así! Me has asustado.

Él se aferró nervioso al borde de la mesa.

—¿De verdad te estás recuperando?

—Poco a poco. Recuerdo ya algunas cosas. Acerca de nosotros.

—¿Por ejemplo?

—El momento de solicitar la licencia de matrimonio. Me veo completamente desnuda dentro de la máquina diagnosticadora, y una voz me dice por el altavoz que mire directamente al radar. Y recuerdo algo de la ceremonia. Sólo un pequeño grupo de amigos, una ceremonia civil. Luego tomamos el avión a Acapulco.

—¿Cuándo empezaste a recordar? —insistió él.

—Hacia las siete de la mañana, creo.

—¿Hay más?

—Un poco. Nuestra luna de miel. El botones robot que entró de pronto en nuestra noche de bodas. ¿Tú no...?

—¿Si lo recuerdo? No. Nada. Tengo la mente en blanco.

—Pues eso es todo lo que yo recuerdo, aquellos primeros detalles,

—Sí, claro —dijo él—. Los recuerdos más antiguos son los primeros en volver en cualquier tipo de amnesia. Y los más recientes los primeros en irse.

Le temblaban las manos, y no precisamente de fatiga. Una desolación extraña le vencía. Lisa recordaba, él no. ¿Se debía a su juventud o a la química de su cerebro o...?

No podía soportar la idea de que ya no compartieran el olvido. No quería que la amnesia fuera exclusivamente suya. Era humillante que Lisa recordara el matrimonio y él no. «Te muestras ilógico —pensó—. ¡Médico, cúrate a ti mismo!»

—Volvamos allá —dijo.

—No has terminado el...

—Más tarde.

Entró en la sala de mandos. Kamakura tenía un teléfono en cada mano y dictaba datos a una grabadora. Las pantallas recogían escenas de la mañana, un sábado en la ciudad, multitudes en Union Square. Kamakura cortó ambas llamadas y dijo:

—Acabo de recibir un informe interesante del doctor Klein, desde el Hospital Letterman. Dice que están recogiendo los primeros signos de recuperación de memoria esta mañana. Sólo mujeres menores de treinta años.

—Lisa dice que también empieza a recordar —corroboró Bryce.

—Mujeres menores de treinta años —repitió Kamakura—. Sí. Y también va bajando el índice de suicidios. Tal vez empezamos a salir del atolladero.

—¡Magnífico! —comentó Bryce secamente.

Haldersen vivía en una burbuja de tres metros de altura que un discípulo había dispuesto para él en medio del parque de Golden Gate, justo al oeste del Arboretum. Quince burbujas similares habían surgido a su alrededor, dando a la zona el aspecto de un antiguo poblado esquimal formado por iglús de plástico. Los otros ocupantes del campamento eran hombres y mujeres a los que quedaba tan poca memoria que ni siquiera sabían quiénes eran ni en dónde vivían. Había recogido él a una docena de esos seres perdidos el viernes y, a última hora de la tarde del sábado, se les habían unido unos cuantos más. La noticia corría ya por la ciudad: quienes careciesen de domicilio podían ocupar una residencia temporal en el grupo del parque. Lo mismo se había hecho durante el desastre de 1906.

La policía había ido allí algunas veces a comprobarlo. La primera vez, un corpulento teniente había intentado convencer a todo el grupo para que se trasladara al Fletcher Memorial.

—Allí reciben tratamiento la mayoría de las víctimas, compréndanlo. Los médicos les dan algo y luego tratamos de identificarlos y hallar sus parientes más próximos.

—Tal vez sea mejor que estas personas se mantengan apartadas de sus parientes más próximos durante algún tiempo —sugirió Haldersen—. Un poco de meditación en el parque, una exploración de los placeres del olvido..., eso es lo que hacemos aquí.

Él no iría al Hospital Fletcher Memorial a menos que le obligaran. En cuanto a los demás, creía poder hacer más por ellos en el parque que cualquier médico en el hospital.

La segunda vez que acudió la policía, el sábado por la tarde, cuando el grupo era ya mucho mayor, trajo un sistema móvil de comunicación.

—El doctor Bryce, del Fletcher Memorial, quiere hablarle —dijo otro teniente.

Haldersen vio cómo la pantalla cobraba vida.

—Hola, doctor. ¿Preocupado por mí?

—Estoy preocupado por todo el mundo, Nate. ¿Que diablos haces en el parque?

—Fundando una nueva religión, supongo.

—Estás enfermo. Deberías volver aquí.

—No, doctor, no estoy enfermo. He recibido mi terapia y me he curado. Fue un tratamiento maravilloso: olvido selectivo, justo lo que yo pedía. Todo el trauma ha desaparecido.

Bryce pareció fascinado al oírle. Su ceñuda expresión de responsabilidad oficial se desvaneció por un momento, dando paso a un gesto de preocupación profesional.

—Interesante —dijo—. Tenemos aquí personas que sólo han olvidado su nombre, individuos que no recuerdan que están casados y otros que se han olvidado de que saben tocar el violín. Tú eres el primero que ha olvidado un trauma. Sin embargo, deberías volver aquí. No eres buen juez en cuanto a tu disposición para enfrentarte con el mundo exterior.

—¡Pues claro que lo soy! —replicó Haldersen—. Estoy perfectamente y los míos me necesitan.

—¿Los tuyos?

—Los perdidos. Los desarraigados. Los que padecen amnesia total.

—A éstos los queremos en el hospital, Nate. Queremos devolverlos a sus familias.

—¿Y crees que eso es necesariamente una buena obra? Tal vez algunos de ellos disfruten de esa separación temporal de sus familias. Ahora parecen felices, doctor Bryce. He oído decir que hay muchos suicidios, pero no aquí. Estamos practicando la terapia de apoyo mutuo. Buscando el gozo que existe en el olvido. Y en apariencia, funciona.

Bryce miró silenciosamente la pantalla durante largo rato. Al fin, habló con impaciencia.

—De acuerdo, haz lo que quieras por ahora. Sin embargo, me gustaría que dejaras de actuar como una combinación de Jesús y de Freud y abandonararas el parque. Aún sigues enfermo, Nate, y los que están contigo tienen graves problemas. Te hablaré más tarde.

Se interrumpió el contacto, y la policía abandonó el lugar.

Haldersen habló brevemente a los suyos a las cinco. Luego, los envió como misioneros a recoger más víctimas.

—Salvad a cuantos podáis —dijo—. Buscad a los que están completamente desesperados y traedlos al parque antes de que se quiten la vida. Explicadles que perder el pasado no significa perderlo todo.

Se fueron los discípulos. Y regresaron con aquellos menos afortunados que ellos mismos. Al anoecer, el grupo contaba ya con más la labor bien realizada. Dos minutos bajo la ducha molecular y el sudor desapareció, dejando el dolor de la fatiga del virtuoso. No se había sentido así en muchos años...

Se despertó el domingo pensando en las deudas impagadas.

—Los robots siguen ahí —dijo—. No quieren irse, ¿verdad? Aunque toda la ciudad está en suspenso, nadie les ha dicho que se marchen.

—Ignóralos —le aconsejó Carole.

—Eso es lo que he estado haciendo. Pero no puedo ignorar las deudas. Al fin, habrá que pagar.

—Y trabajas de nuevo, ¿no? Pronto tendrás ingresos.

—¿Sabes cuánto debo? —preguntó Paul—. Casi un millón. Si produjera una pieza a la semana y vendiera cada pieza por veinte de los grandes, tal vez me alcanzaría para pagarlo todo. Pero no puedo trabajar tan deprisa, ni el mercado puede absorber tantos Mueller. Y desde luego, no es cuestión de que Pete los adquiera para futuras ventas.

Observó que el rostro de Carole se nublaba a la mención de Pete Castine. Continuó:

—¿Sabes lo que tendré que hacer? Irme a Caracas, como planeaba antes de que empezara este asunto de la memoria. Trabajaré allí y mandaré mis obras a Pete. Tal vez en dos o tres años haya pagado mis deudas, cien centavos por dólar, y pueda empezar de nuevo aquí. ¿Sabes si es posible? Quiero decir, si te vas a un santuario de los deudores, ¿se te anula el crédito para siempre, aunque pagues lo que debes?

—No lo sé —repuso Carole con aire distraído.

—Lo averiguaré más tarde. Lo importante es que estoy trabajando de nuevo y que tengo que irme a algún lugar donde hacerlo sin verme perseguido. Entonces pagaré a todo el mundo. Vendrás conmigo a Caracas, ¿no?

—Tal vez no tengamos que irnos.

—¿Y cómo...?

—Deberías estar trabajando ya, ¿no?

Se puso a la tarea y, mientras tanto, iba repasando mentalmente la lista de sus acreedores, soñando con el día en que tacharía el último nombre. Cuando tuvo hambre, salió del estudio y encontró a Carole sentada en la sala, con aire triston. Tenía los ojos rojos e hinchados.

—¿Qué ocurre? —le preguntó—. ¿No quieres ir a Caracas?

—Por favor, Paul..., no hablemos de ello.

—Realmente no tengo alternativa. Quiero decir, a menos que elijamos otro santuario. ¿Sao Paulo? ¿Spalato?

—No es eso, Paul.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Estoy empezando a recordar de nuevo.

—¡Oh! —dijo, sintiendo que se quedaba sin aliento.

—Recuerdo noviembre, diciembre, enero... Las locuras que hacías, los créditos, los problemas financieros. Y las peleas... Unas peleas horribles...

—¡Oh! —repitió.

—Y el divorcio. Lo recuerdo, Paul. Todo empezó a volver anoche, pero parecías tan feliz que no quise decirte nada. Y esta mañana lo veo todo mucho más claro. ¿Tú no recuerdas nada todavía?

—Nada desde octubre.

—Pues yo sí —dijo ella temblando—. Me pegaste, ¿sabes? Me cortaste el labio. Me golpeaste contra la pared, justo ahí. Y luego me lanzaste un jarrón chino. Se rompió.

—¡Oh!

—Recuerdo también lo bien que se portó Pete conmigo. Casi puedo recordar mi matrimonio con él y haber sido su esposa. Paul, estoy asustada. Siento que todo va encajando en su lugar en mi mente, y es como si ésta fuera rompiéndose en pedazos. Paul, estos últimos días fueron tan estupendos... Era como estar de nuevo recién casada contigo. Pero ahora vuelven todos los ratos amargos, el odio, la fealdad. Lo estoy reviviendo todo. Y me siento triste por Pete. Entre los dos le echamos de aquí el viernes. Él se portó como un auténtico caballero. La verdad es que me salvó cuando me estaba hundiendo y que le debo algo por eso.

—¿Qué te propones hacer? —preguntó Paul en voz baja.

—Creo que debería volver con Pete. Soy su esposa. No tengo derecho a estar aquí.

—Pero yo no soy ya el hombre que llegaste a odiar —protestó Mueller—. Soy el antiguo Paul, el del año pasado, y el de antes. El que amabas. Todas esas cosas odiosas han desaparecido de mi mente.

—No de la mía. Ya no.

Ambos guardaron silencio.

—Creo que debería volver con él, Paul.

—Como tú digas.

—Pienso que sí. Te deseo muchísima suerte, pero no puedo quedarme aquí. ¿Te dolerá que me vaya de nuevo?

—No lo sabré hasta que lo hagas.

Ella le repitió tres o cuatro veces más que, en su conciencia, debía volver con Castine hasta que, cortésmente, Paul sugirió que lo hiciera de inmediato si era así como se sentía, y Carole así lo hizo.

Paul esperó media hora paseando por el apartamento, que parecía otra vez horriblemente vacío. Se sintió tentado a invitar a uno de los robots para que entrase a hacerle compañía. Pero decidió volver al trabajo. Y ante su propia sorpresa, trabajó muy bien. Al cabo de una hora, había dejado de pensar por completo en Carole.

El domingo por la tarde, Freddy Munsori hizo una transferencia de crédito y consiguió traspasar la mayor parte de su activo a una antigua cuenta en el Banco de la Luna. Al anochecer, se dirigió al muelle y alquiló un hovercraft para tres, propiedad de un pescador dispuesto a aprovechar su oportunidad frente a la ley. Salieron a la bahía sin luces y la cruzaron en diagonal, acostando poco después a unos kilómetros al norte de Berkeley. Munson encontró un coche que le llevó al aeropuerto de Oakland y cogió el vuelo de medianoche a Los Ángeles, donde, después de discutir largo rato, logró adquirir un billete a bordo del cohete siguiente en dirección a la Luna, que salía a las diez en punto el lunes por la mañana. Pasó la noche en la terminal del aeropuerto. No llevaba nada con él, más que lo puesto. Sus magníficas posesiones, pinturas, ropas, sus esculturas de Mueller y demás, quedaban en su apartamento y, en última instancia, se venderían para satisfacer los juicios en su contra. ¡Una lástima! Sabía que no volvería a la Tierra de nuevo, ya que le esperaba un juicio por robo o algo peor. ¡Qué lástima también! Lo había pasado muy bien allí, durante mucho tiempo. ¿Quién necesitaba una droga contra la memoria en la traída de aguas? A Munson sólo le quedaba un consuelo. Formaba parte de su filosofía la creencia que, más pronto o más tarde, por bien que uno organizara su vida, el destino abría una trampilla bajo sus pies y le catapultaba hacia algo desconocido y desagradable. Ahora sabía que eso era cierto, incluso para él.

¡Qué pena, qué pena! Se preguntó cuáles serían sus oportunidades de empezar de nuevo allí. ¿Necesitarían corredores de Bolsa en la Luna?

Al dirigirse a los ciudadanos, el lunes por la noche, el comandante Braskett dijo:

—Al Comité de Salud Pública le satisface informar de que ya hemos pasado la peor parte de la crisis. Como muchos de ustedes habrán descubierto, la memoria empieza a restablecerse. El proceso de recuperación será más rápido para unos que para otros, pero se han hecho grandes progresos. A las seis de la madrugada de mañana, volverán a abrirse las rutas de acceso a San Francisco. Habrá un servicio de correos normal y se normalizarán asimismo la mayoría de los negocios. Ciudadanos, hemos demostrado de nuevo la auténtica fibra del espíritu americano. ¡Los Padres Fundadores sonrían hoy sin duda al mirarnos! ¡Cuan soberbiamente hemos evitado el caos y cuan hermosamente nos hemos unido para ayudarnos en lo que podía haber sido una hora de desesperación y caos! El doctor Bryce me pide que les recuerde que todo aquel que sufra todavía un daño grave de memoria, especialmente los que padecen pérdida de identidad, confusión de las funciones vitales o cualquier incapacidad, debe presentarse en la Sala de Urgencias del Hospital: Fletcher Memorial. Se les aplicará tratamiento, y los análisis de las computadoras están al servicio de los que no han conseguido hallar sus hogares y seres queridos. Repito...

Tim Bryce deseó que el viejo oficial no hubiera incluido aquella frase sobre la auténtica fibra del espíritu americano, sobretodo, teniendo en cuenta que en la frase siguiente debía invitar a acudir al hospital a las víctimas que aún quedaban. No obstante sería poco caritativo ponerle objeciones. El viejo astronauta había hecho un buen trabajo durante el fin de semana como la Voz de la Crisis, y sus excesos patrióticos resultaban inocuos.

La crisis, por supuesto, no había estado tan cerca del caos como sugiriera el discurso del comandante Braskett, pero había que estimular la confianza del público.

Bryce disponía de las últimas cifras. Los suicidios sumaban ahora novecientos, desde que se había iniciado el problema, el miércoles. El domingo, inesperadamente, había sido un día muy malo. Al menos faltaban por localizar cuarenta mil personas, aunque se hallaban unas mil a la hora, que se devolvían a sus familias o se llevaban a la unidad de cuidados intensivos. Se calculaban en setecientos cincuenta mil los que continuaban teniendo dificultades de memoria. La mayoría de los niños se habían recuperado por completo, y muchas mujeres lo iban consiguiendo también. Por el contrario, los viejos, y los hombres en general, apenas experimentaban una mejoría en los recuerdos. Incluso los que estaban casi curados, eran incapaces de recordar los sucesos del martes y el

miércoles, y probablemente no lo harían nunca. Un gran número de personas habría de aprenderse de nuevo grandes bloques de su pasado, como una lección de historia.

Lisa estaba enseñándole así su matrimonio.

Los viajes que habían hecho..., los buenos y malos momentos..., las fiestas y amigos..., los sueños compartidos. Ella se lo describía todo con la mayor viveza posible, y Tim aprendía cada anécdota, tratando de integrarla otra vez como parte de sí mismo, pese a comprender la inutilidad de todo aquello. Conocería lo externo, nunca la sustancia. Sin embargo, era cuanto podía esperar.

De pronto, se sintió horriblemente cansado.

—¿Hubo alguna novedad en el parque? —le dijo a Kamakura—. ¿Qué hay de ese rumor de que Haldersen llegó a coger al que puso la droga?

—Parece cierto, Tim. Dicen que él y sus amigos atraparon al tipo que envenenó el sistema de aguas, que le encontraron en una habitación llena de amnesiógenos.

—Hemos de hacernos con él —dijo Bryce.

—Todavía no —Kamakura meneó la cabeza—. La policía teme llevar a cabo una acción en el parque. Dicen que la situación es muy peliaguda.

—Pero si esas drogas quedan libres...

—Deja que yo me preocupe por ello, Tim. ¿Por qué no os vais Lisa y tú a casa por algún tiempo? Has permanecido aquí, sin un respiro, desde el jueves.

—Lo mismo que tú.

—No. Todos hemos disfrutado de algún descanso. Vamos, ahora mismo. Ya hemos pasado lo peor. Relájate, duerme bien, haz el amor. Ve a conocer de nuevo a esa preciosa esposa que tienes.

Bryce enrojeció.

—Preferiría seguir aquí mientras lo crea necesario.

Con un gruñido, Kamakura se apartó de él para hablar con el comandante Braskett. Bryce miró las tres pantallas, tratando de imaginar lo que ocurría en el parque. Un momento más tarde, Braskett se dirigió a él.

—Doctor Bryce.

—¿Qué?

—Se le dispensa del servicio hasta el anochecer del martes.

—Espere un segundo...

—Es una orden, doctor. Soy presidente del Comité de Salud Pública y le mando que salga de este hospital. No irá a desobedecer una orden, ¿verdad?

—Escuche, comandante.

—Fuera. No quiero motines, Bryce. ¡Fuera! ¡Es una orden!

Bryce intentó protestar. Desistió. Estaba demasiado agotado para una pelea. Hacia mediodía, iba ya en camino hacia casa, vencido por la fatiga. Conducía Lisa. Él se mantenía muy quieto en su asiento, luchando por recordar detalles de su matrimonio. Pero no veía nada.

Ella le llevó a la cama. Tim no supo cuanto tiempo durmió, hasta que la sintió junto a él, cálida su piel satinada.

—Hola —dijo Lisa—. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí —mintió él agradecido—. ¡Oh, sí, sí, sí!

Trabajando durante toda la noche, Mueller terminó su armazón al amanecer del lunes. Durmió un rato y, a primera hora de la tarde, empezó a pintar las tiras interiores de los altavoces, mil altavoces por pulgada, apenas de unas moléculas de espesor, de los cuales saldría el sonido de la escultura en una plenitud resonante. Hecho esto, se detuvo a pensar en las necesidades de la superestructura de su obra y, hacia las siete de la noche, estaba dispuesto a pasar a la fase siguiente. El demonio de la creatividad le poseía. No veía razones para comer, y apenas ninguna para dormir.

A las ocho, cuando hacía acopio de entusiasmo para el trabajo de la noche, oyó una llamada a la puerta, la señal de Carole. Había desconectado el timbre, y los robots no tenían el sentido común suficiente para llamar con los nudillos. Acudió inquieto a la puerta. Allí estaba ella.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Que he vuelto. Y que todo empieza de nuevo.

—¿Pero qué ocurre?

—¿No puedo entrar?

—Supongo que sí. Estoy trabajando, pero entra.

—Se lo he contado todo a Pete —dijo ella—. Ambos hemos decidido que debo volver contigo.

—No sois demasiado consecuentes, ¿verdad? —preguntó Paul.

—Hay que tomar las cosas como vienen. Cuando perdí la memoria, volví a ti. Cuando recordé las cosas de nuevo, sentí que debía irme. No quería irme. Pero sentía que debía hacerlo. Hay una diferencia.

—Ya —dijo él.

—Ya. Volví a Pete, aunque no quería irme con él. Quería quedarme aquí.

—Pero si yo te pegué, te hice sangre en el labio y te tiré el jarrón Ming...

—No era un Ming, era un K'ang-hsi.

—Perdona. Mi memoria todavía no es tan perfecta. De cualquier modo, te hice cosas terribles y tu llegaste a odiarme lo suficiente como para solicitar el divorcio. Así que, ¿por qué has vuelto?

—Tenías razón ayer. Ya no eres el hombre al que llegué a odiar. Eres el mismo Paul de antes.

—¿Y si me vuelven los recuerdos de los últimos nueve meses?

—Incluso así —insistió Carole—. La gente cambia. Has pasado por el infierno y has salido de él. Estás trabajando otra vez. No te sientes triste, ni melancólico, ni confuso. Iremos a Caracas o adonde quieras. Y harás tu trabajo y pagarás las deudas, como decías ayer.

—¿Y Pete?

—Arreglará la anulación. Se ha mostrado encantador al respecto.

—El bueno de Pete... —dijo Mueller, meneando la cabeza—. ¿Hasta cuándo durará este lindo cuento de hadas, Carole? Si crees que hay una oportunidad de que cambies de opinión antes del miércoles, dilo ahora. En ese caso, preferiría no involucrarme de nuevo.

—Ninguna oportunidad.

—A menos que te tire otra vez el jarrón Ch'ien-lung.

—El K'ang-hsi.

—Eso, el K'ang-hsi —consiguió sonreír. De pronto, sintió toda la fatiga acumulada a lo largo de aquellos días—. He trabajado demasiado intensamente —dijo—. Una orgía de creatividad para compensar el tiempo perdido. Vamos a dar una vuelta.

—Magnífico —accedió ella.

Salieron en el momento en que llegaba un robot.

—Le deseo muy buenas noches, señor mío —saludó Mueller.

—Señor Mueller, represento al Departamento de Cuentas de Acme Brass y...

—Vaya a ver a mi abogado.

La niebla se alzaba ahora del mar. No había estrellas. Las luces del centro de la ciudad eran invisibles. Él y Carole se dirigieron hacia el oeste, hacia el parque. Paul se sentía con la cabeza muy ligera y no precisamente por falta de sueño. La realidad y el sueño se confundían; ésos eran días extraordinarios. Entraron en el parque desde el Panhandle y caminaron hacia el área del museo, cogidos del brazo, sin hablarse apenas. Al pasar ante

el conservatorio, Mueller advirtió una multitud allá delante, miles de personas mirando en dirección al auditorio.

—¿Qué ocurrirá? —preguntó Carole.

Mueller se encogió de hombros. Ambos contornearon la muchedumbre.

Diez minutos más tarde, se habían acercado lo suficiente para ver la escena. Un individuo alto, delgado, de aspecto fanático, con el pelo rubio y revuelto, tenía a su lado a un hombre pequeño y moreno, vestido de harapos. Doce personas más le rodeaban con boles de porcelana en las manos.

—¿Qué sucede? —preguntó Mueller a uno de la multitud.

—Una ceremonia religiosa.

—¿Cómo?

—Una nueva religión. La Iglesia del Olvido. Ahí está el profeta. ¿No han oído hablar todavía de él?

—En absoluto.

—Empezó el viernes. ¿Ve ese tipo que parece una rata, junto al profeta?

—Sí.

—Es el que puso la droga en el sistema de abastecimiento de aguas. Lo confesó y le hicieron beber su propia droga. Ahora no recuerda nada y se ha convertido en el ayudante del profeta. ¡La cosa más idiota que he visto en mi vida!

—¿Y qué hacen aquí?

—Tienen droga en esos cuencos. De vez en cuando, beben y olvidan un poco más. Y luego vuelven a beber y olvidan otro poco más.

La niebla absorbía los sonidos que emitían los participantes en la ceremonia. Mueller aguzó el oído para escuchar. Vio ojos brillantes por el fanatismo. El supuesto contaminador del agua parecía auténticamente radiante. Las palabras se perdían en la noche.

—Hermanos... y hermanas..., el gozo, la dulzura del olvido..., venid aquí con nosotros, tomad la comunión con nosotros..., olvido..., remisión..., incluso para los malvados... Olvidad..., olvidad...

Circulaban los cuencos por la escena, todos bebían, todos sonreían. La gente se acercaba a recibir la comunión; cogían un cuenco, bebían y asentían felices. Hacia el fondo de la escena, unos oficiantes de aspecto sobrio rellenaban los recipientes.

Mueller sintió un escalofrío. Sospechaba que lo que había nacido en el parque durante aquella semana iba a extenderse —ignoraba cómo— hasta mucho después de que la crisis de San Francisco se hubiera convertido en parte de la historia. Y le pareció que algo nuevo y terrible andaba suelto por la tierra.

—Tomad... Bebed... Olvidad... —gritó el profeta.

Y los adoradores gritaron:

—Tomad, bebed, olvidad...

Se pasaban los cuencos.

—¿Pero qué significa todo esto? —susurró Carole.

—Tomad, bebed, olvidad...

—Tomad, bebed, olvidad...

—Bendito sea el suave olvido...

—Bendito sea el suave olvido...

—Dulce es dejar la carga del alma...

—Dulce es dejar la carga del alma...

—Nacer de nuevo es una dicha...

—Nacer de nuevo es una dicha...

La niebla se espesaba. Mueller apenas vislumbraba el edificio del Acuario, pese a hallarse justo enfrente. Pasó el brazo apretadamente en torno a la cintura de Carole y pensó en abandonar el parque. Tuvo que admitir, sin embargo, que tal vez aquellas

personas estuvieran parcialmente en lo cierto. ¿No se encontraba mejor él después de haberse introducido aquel producto químico en su corriente sanguínea, perdiendo en consecuencia parte de su pasado? Sí, claro. No obstante..., mutilar la mente de ese modo, deliberada y alegremente, para beber el olvido...

—Benditos aquellos que pueden olvidar —dijo el profeta.

—Benditos aquellos que pueden olvidar —rugió la multitud en respuesta.

—Benditos aquellos que pueden olvidar —se oyó gritar Mueller a sí mismo.

Un súbito temblor se apoderó de él. Sentía un extraño terror. Experimentaba el poder de aquel movimiento nuevo e insólito, la fuerza de la apelación del profeta para que no se razonara. Tal vez hubiese llegado la hora de una nueva religión, de un culto que ofrecía la emancipación de todas las cargas interiores. Sintetizarían aquella droga y la distribuirían por toneladas, pensó Mueller. La administrarían repetidamente a las ciudades, de modo que todos se convirtieran, de modo que todos probaran el gozo del olvido. Nadie podría detenerlos. Y al cabo de algún tiempo, nadie querría detenerlos. Y así seguiremos bebiendo, hasta que se nos borren todos los dolores y penas, todos los recuerdos tristes. Tomaremos una copa y nos despediremos de los viejos amigos, dejaremos las penas que llevamos en el alma, junto con todo lo demás: identidad, alma, el propio yo, la mente. Beberemos el dulce olvido. Mueller tembló. Volviéndose de pronto, tiró bruscamente del brazo de Carole, se abrió camino entre la alegre muchedumbre de adoradores y se hundió sombríamente en la noche envuelta por la niebla, tratando de hallar el modo de salir del parque.

HACIA LA ESTRELLA OSCURA

Llegamos a la estrella oscura, el microcéfalo, la chica adaptada y yo, y comenzó nuestra lucha. Para empezar, diré que formábamos un grupo bastante deficiente. El microcéfalo provenía de Quendar IV, el lugar donde crean a esa gente de piel gris y grasienta, con los hombros inclinados y casi sin cabeza. Él —o aquello— era por lo menos un alienígena. La chica no. Por eso la odiaba.

Ella provenía de un mundo situado en el sistema de Proción, donde la atmósfera es, poco más o menos, del mismo tipo que en la Tierra, pero con una gravedad el doble que la nuestra. Había otras diferencias también. Era muy gruesa de hombros, de cintura. Un bloque de carne. Los cirujanos genéticos habían partido de material humano en bruto, pero lo habían transformado en algo casi tan alienígena como el microcéfalo. Casi.

Éramos un equipo científico, según decían. Destinado a observar los últimos momentos de una estrella moribunda. Un gran proyecto interestelar. Se eligen tres especialistas al azar, se meten en una nave y se envían al universo para observar lo que el hombre jamás ha visto. Una idea magnífica. Noble. Inspiradora. Conocíamos bien el tema. Éramos los científicos ideales.

Pero no sentíamos deseos de cooperar, porque nos odiábamos mutuamente.

La muchacha adaptada —Miranda— se ocupaba de los controles el día en que la estrella oscura apareció ante nuestros ojos. Se pasó horas estudiándola antes de dignarse comunicarnos que habíamos llegado a nuestro destino. Sólo entonces sonó el zumbador en nuestras habitaciones.

Entré en la sala de exploración. El grueso cuerpo de Miranda desbordaba de la silla ante la pantalla principal. El microcéfalo estaba en pie junto a ella, una figura achaparrada sosteniéndose sobre las piernas huesudas a modo de trípode, con los hombros encogidos hasta casi ocultar aquella cúpula reducida que era la cabeza. No existe ninguna razón, en verdad, para que el cerebro de un organismo haya de estar en el cráneo, y no instalado

con toda seguridad en el tórax, pero aún no me había acostumbrado a la vista de la criatura. Me temo que no soy demasiado tolerante con los alienígenas.

—Miren —dijo Miranda. Y la pantalla se iluminó.

La estrella oscura se hallaba en el centro de la misma, a una distancia aproximada de ocho días luz (lo más cerca que nos atrevíamos a llegar). No estaba completamente muerta, ni oscura del todo. La contemplé aterrado. Era algo enorme, como cuatro masas solares, los restos imponentes de una estrella gigantesca. Brillaba en la pantalla lo que parecía ser una enorme extensión de lava. Islas de cenizas y escoria, del tamaño de algunos mundos, giraban en un mar de magma fundido y destellante. La luz, de un rojo oscuro, amenazaba con quemar la pantalla. De color negro contra el fondo escarlata, la estrella agonizante latía todavía con su antiguo poder. En la profundidad de aquel monstruoso montón de escoria, el núcleo seguía gimiendo y respirando. En tiempos, el brillo de esta estrella había iluminado un sistema solar. No me atrevía a imaginar los billones de años transcurridos desde entonces, ni a pensar en las posibles civilizaciones que saludaron a la fuente de toda luz y calor antes de la catástrofe.

—Ya he tomado los datos térmicos —dijo Miranda—. La temperatura de la superficie es de novecientos grados por término medio. No hay posibilidad de tomar tierra.

La miré furioso.

—¿De qué sirve la temperatura media? Sea más específica. Una de esas islas...

—Las masas de ceniza irradian calor a doscientos cincuenta grados. En los intersticios, la temperatura es de mil grados en adelante. Todo funciona a una media de novecientos grados, y cualquiera que bajara ahí se fundiría en un instante. De todos modos, amigo, por mí puede ir. Si quiere. Le otorgo mi bendición.

—No dije...

—Usted sugirió que podría haber un lugar seguro para aterrizar en esa bola de fuego —gruñó Miranda. Su voz era de un bajo profundo, ya que su pecho constituía una enorme caja de resonancia—. Puso maliciosamente en duda mi capacidad de...

—Utilizaremos la cápsula de rastreo para efectuar la inspección —intervino el microcéfalo con voz razonable—. Jamás se habló de un plan para aterrizar en la superficie de la estrella.

Miranda se serenó. Yo contemplé con espanto la visión que llenaba nuestra pantalla.

A una estrella le cuesta mucho tiempo morir, y la reliquia que contemplaba me impresionó por su desmesurada edad. Había brillado durante billones de años hasta que el hidrógeno, su combustible, se extinguiera al fin y aquel horno termonuclear empezara a expulsar su contenido. Una estrella tiene ciertas defensas contra el enfriamiento. Al disminuir su provisión de combustible, comienza por contraerse, elevando la densidad y convirtiendo la energía potencial gravitacional en energía térmica. Entonces toma nueva vida, se convierte en un pigmeo blanco, con una densidad que se eleva a toneladas por centímetro cúbico, y sigue ardiendo de modo estable hasta que se oscurece al fin.

Hemos estudiado esos pigmeos blancos durante siglos y conocemos sus secretos... o creemos conocerlos. Un trozo de materia de un pigmeo blanco se mantiene ahora en órbita en torno al observatorio de Plutón para incrementar nuestra iluminación.

Pero la estrella de nuestra pantalla era distinta.

En tiempos, había sido una estrella muy grande, mayor que el límite de Chandrasekhar, 1,2 masas solares. Por lo tanto, no se contentó con reducirse paso a paso a la condición de un pigmeo blanco. El núcleo estelar se hizo tan denso que la catástrofe llegó antes que la estabilidad. Cuando hubo convertido todo su hidrógeno en hierro-56, cayó en un colapso catastrófico y se convirtió en supernova. Una onda de shock atravesó el núcleo, convirtiendo la energía cinética del colapso en calor, vomitando neutrinos. La envoltura de la estrella alcanzó temperaturas por encima de los doscientos mil millones de grados. La energía térmica se transformó en radiación intensa, surgiendo de la estrella agonizante, y esparciendo la luminosidad de una galaxia por un momento breve y espasmódico.

Lo que ahora veíamos era el núcleo que había quedado tras la explosión de la supernova. Incluso después de aquella violencia extrema, lo que aún restaba intacto tenía un tamaño impresionante. Aquella envoltura destrozada llevaba siglos enfriándose, enfriándose hasta su muerte definitiva. Para una estrella pequeña, la aniquilación habría consistido en la simple muerte por enfriamiento: un último estallido. Y los restos girarían en el vacío como un horrible montón de cenizas, sin luz ni calor. Pero éste, nuestro núcleo estelar, seguía más allá del límite de Chandrasekhar. Le estaba reservada una muerte especial, una muerte espantosa e improbable.

Y por eso habíamos venido a verlo perecer, el microcéfalo, la muchacha adaptada y yo.

Puse nuestra pequeña nave en una órbita que dejara amplio espacio a la estrella. Miranda se entregó a las medidas y computaciones. El microcéfalo tenía cosas más abstrusas que hacer. El trabajo estaba muy bien dividido y cada uno teníamos nuestras tareas. El gasto de enviar una nave a una distancia tan grande había limitado necesariamente los miembros de la expedición. Sólo tres: un representante de los seres humanos, un representante de los pueblos adaptados de las colonias y un representante de la raza de los microcéfalos, nativos de Quendar, los únicos seres inteligentes, aparte de nosotros, en el universo conocido.

Tres científicos consagrados a su trabajo. Tres seres que, en consecuencia, vivirían en serena armonía durante el curso del trabajo, ya que todo el mundo sabe que los científicos carecen de emociones y sólo piensan en sus secretos profesionales. Todo el mundo lo sabe... De todas formas, ¿cuándo empezó a circular ese mito? Dije a Miranda:

—¿Dónde están las cifras de la oscilación radial?

—Vea mi informe —contestó—. Se publicará a primeros del año próximo en...

—¡Maldición! ¿Es que lo hace a propósito? ¡Necesito esas cifras ahora!

—Entonces deme los totales sobre la curva de densidad de masa.

—No están dispuestos. Todo lo que tengo son los datos en bruto.

—¡Eso es mentira! La computadora lleva días funcionando. ¡La he visto! —me gritó.

Estuve a punto de asirla por el cuello. Habría sido una batalla espectacular. Su cuerpo, con su peso de ciento cincuenta kilos, no estaba tan entrenado para el combate personal como el mío, pero Miranda contaba con todas las ventajas de la fuerza y el tamaño. ¿Podría golpearla en algún punto vital antes de que ella me partiera en dos? Sopesé las posibilidades.

Entonces apareció el microcéfalo y puso paz de nuevo entre nosotros con unas cuantas palabritas suaves.

De los tres, únicamente el alienígena parecía conformarse al estereotipo de la abstracción sin emociones: el «científico». No era seguro, por supuesto. Por cuanto podíamos saber, el microcéfalo tal vez sintiera celos, lujuria y cólera, pero ignorábamos por completo su manifestación externa. Tenía una voz tan monótona como una transmisión en clave. Aquella criatura se movía pacíficamente entre nosotros, un mediador entre Miranda y yo. Lo desprecié por esa máscara de serenidad. También sospeché que el microcéfalo nos despreciaba a ambos por nuestra tendencia a expresar emociones y que sentía un placer sádico al afirmar su superioridad por el hecho de tranquilizarnos.

Volvimos a nuestra investigación. Aún disponíamos de cierto tiempo antes del colapso definitivo de la estrella oscura.

Se había enfriado tanto que casi estaba ya muerta. No obstante, todavía quedaba alguna actividad termonuclear dentro de aquel núcleo, lo suficiente para mantenerlo caliente en exceso e impedir nuestro aterrizaje. Radiaba primordialmente en la banda óptica del espectro y, según el estándar estelar, su temperatura era nula. Sin embargo, para nosotros sería como meternos por la boca de un volcán en erupción.

Sólo el descubrir la estrella constituía ya un éxito. Su luminosidad era tan baja que no podía detectarse ópticamente a una distancia superior a un mes luz. La señaló un

telescopio de rayos X fijado en un satélite, tras detectar las emanaciones del gas neutrón degenerado del núcleo. Le dimos la vuelta y realizamos nuestras funciones de medida. Tomamos nota de la caída de neutrones y la captura de electrones. Computamos el tiempo que faltaba antes del colapso definitivo. Cuando se hacía imprescindible, colaborábamos, pero la mayor parte del tiempo actuábamos por separado. La tensión crecía en la nave. Miranda aprovechaba todas las ocasiones para provocarme. Y aunque me gustaría decir que yo estaba por encima de tanta estupidez, he de confesar que hacía lo mismo y que devolvía golpe por golpe. Nuestro compañero alienígena jamás realizó el menor intento por fastidiarnos, pero las agresiones indirectas pueden resultar enloquecedoras en un ambiente tan reducido, y la indiferencia benévola que del microcéfalo afectaba ante nosotros suponía una fuerza de disonancia tan potente como la franca astucia de Miranda o mis respuestas deliberadamente obstinadas.

La estrella se extendía en nuestra pantalla, burbujeando con una vitalidad que negaba su muerte tan próxima. Las islas de escoria, de miles de kilómetros de diámetro, se desprendían y volaban al azar en aquel mar interior de llamas. De vez en cuando, eructaban partículas desgarradas del núcleo. Nuestras cifras mostraban que el colapso final estaba cerca, lo cual significaba que nos hallábamos enfrentados a una elección difícil. Alguien habría de analizar los últimos momentos de la estrella oscura. Sin embargo, el riesgo era muy grande. Incluso fatal.

Ninguno de nosotros mencionaba esa responsabilidad definitiva.

Avanzábamos hacia el clímax de nuestro trabajo. Miranda seguía molestándome siempre que podía por pura maldad. ¡Cómo la odiaba! Habíamos iniciado el viaje con toda frialdad, sin nada que nos dividiera, aparte los celos profesionales. Pero tantos meses de convivencia habían convertido nuestras diferencias en una enemistad personal. Sólo verla me volvía loco, y estoy seguro de que a ella le ocurría lo mismo. Dedicaba toda su energía a un intento inmaduro por perturbarme. Incluso se aficionó más tarde a caminar desnuda por la nave, supongo que para despertar en mí alguna reacción sexual que pudiera rechazar con un desprecio burlón. Por fortuna, no experimentaba el menor atisbo de deseo por una criatura grotesca y adaptada como Miranda, un montón de músculos y huesos el doble de mi tamaño. La visión de sus enormes senos, de sus nalgas monumentales, sólo me producía asco.

¡La muy bruja! ¿Era deseo lo que trataba de provocar al exhibirse de aquel modo a odio? En cualquier caso, me tenía cogido. Debía de saberlo.

En nuestro tercer mes en órbita en torno a la estrella oscura, el microcéfalo anunció:

—Las coordenadas muestran un acercamiento al radio de Schwarzschild. Es hora de enviar nuestro vehículo a la superficie de la estrella.

—¿Cuál de nosotros manejará el monitor? —pregunté.

—Usted —me señaló Miranda con una mano asquerosamente gruesa.

—Creo que usted está mejor equipada para hacer las observaciones —repliqué melosamente.

—Gracias, pero no.

—Habrá que echarlo a suertes... —empezó el microcéfalo.

—Eso es injusto —interrumpió Miranda, mirándome furiosa—. Él haría trampas. Jamás podría confiar en él.

—¿Cómo lo decidimos si no? —preguntó el alienígena.

—Votando, por ejemplo —sugerí—. Yo voto por Miranda.

—Y yo por él —contestó a toda prisa.

El microcéfalo alzó sus tentáculos en torno al pequeño nódulo del cerebro, entre los hombros.

—Como comprenderán, no voy a votar por mí mismo —dijo suavemente— y me es imposible elegir entre los dos. Rechazo esa responsabilidad. Hay que encontrar otro método.

Dejamos aquello de momento. Aún disponíamos de unos cuantos días antes de que llegara la hora crítica.

Deseé de todo corazón ver a Miranda en el monitor. Le acarrearía la muerte, o al menos una mutación en su personalidad abrasiva, si participaba en la agonía de la estrella oscura. Estaba dispuesto a no detenerme ante nada para proporcionarle aquella experiencia notable y demoledora.

Lo que iba a sucederle a nuestra estrella tal vez resulte extraño para un lego, pero la teoría ya había sido esbozada por Einstein y Schwarzschild hacía mil años, confirmándose después muchas veces, aunque jamás —hasta nuestra expedición— se observara tan de cerca. Cuando la materia alcanza una densidad suficientemente elevada, puede forzar la curvatura local del espacio para que se cierre en torno a ella, formando una bolsa aislada del resto del universo. El núcleo de una supernova en peligro de extinguirse crea esa singularidad de Schwarzschild. Una vez que se ha enfriado a una temperatura próxima a cero, un núcleo de la adecuada masa Chandrasekhar sufre un colapso violento, reduciéndose a volumen cero y adquiriendo simultáneamente una densidad infinita.

En cierto modo, es como si se tragara a sí misma y se desvaneciera del universo. En efecto, ¿cómo podría tolerar la fábrica del continuum un punto de densidad infinita y volumen cero?

Tales colapsos son raros. La mayoría de las estrellas alcanzan un estado de equilibrio frío y permanecen en él. Estábamos en el umbral de algo muy singular y en disposición de situar un vehículo de observación en la misma superficie de la estrella fría, que enviaría una descripción exacta de los sucesos hasta el momento final, cuando el núcleo colapsado estallara a través de los muros del universo y desapareciera.

Sin embargo, alguien había de manejar el equipo. Lo que significaba en realidad participar en la muerte de la estrella. Sabíamos por otros casos que al monitor le resulta difícil distinguir entre la realidad y el efecto. Acepta las percepciones sensoriales de una toma distante como experiencias propias. De ello resulta una especie de reacción psíquica. Con frecuencia, un cerebro imprudente se quema por completo.

¿Qué impacto supondría la experiencia directa de verse privado de la existencia en la posición singular de un observador en el monitor?

Estaba ansioso por descubrirlo. Pero no como la víctima propiciatoria.

Empecé a buscar algún modo de meter a Miranda en aquella cápsula. Ella, naturalmente, hacía lo mismo en mi favor. Y fue la que ganó el primer movimiento, tratando de drogarme para que cediera.

No tengo la menor idea de qué droga utilizó. Esa gente es muy aficionada a los alucinógenos no adictivos, que les ayudan a romper la monotonía de su mundo inmenso e inflexible. No sé cómo, Miranda interfirió la programación de mi comida e introdujo en ella uno de sus alcaloides favoritos. Empecé a sentir los efectos una hora después de haber comido. Me dirigí a la pantalla para estudiar la masa creciente de la estrella oscura, que presentaba ahora un aspecto muy distinto del de hacía pocos meses. Mientras miraba, la imagen en la pantalla empezó a girar y a caer. Lenguas de fuego se pusieron a danzar en torno al horizonte de la estrella.

Me aferré a la barandilla. El sudor brotó por todos mis poros. ¿Se estaría fundiendo la nave? El suelo se balanceaba bajo mis pies. Me miré el dorso de la mano y vi islas de ceniza en un mar de magma rugiente. Miranda apareció detrás de mí.

—Ven conmigo a la cápsula —susurró—. El rastreador está dispuesto para bajar ahora. Te parecerá maravilloso contemplar los últimos momentos.

Arrastrándome tras ella, crucé una nave extrañamente alterada. La forma adaptada de Miranda parecía menos humana de lo habitual; sus músculos se expandían, su pelo dorado tenía todos los colores del espectro, la carne parecía absurdamente arrugada y llena de cráteres, y cimbreantes filamentos surgían de su piel. Yo afrontaba muy tranquilo

la idea de entrar en la cápsula. Miranda recorrió la compuerta, revelando la brillante consola del panel interior. Me dispuse a entrar. Y de pronto, se agudizó la alucinación y vi, en la oscuridad de la cápsula, un diablo que superaba toda imaginación.

Caí al suelo y quedé allí temblando.

Miranda me tomó en sus brazos. Para ella, yo apenas era un juguete. Me levantó y empezó a introducirme en la cápsula. El sudor me bañaba todo el cuerpo. Volví a la realidad, me solté con violencia y, rechazándola, caí redondo hacia el casco. Como una bestia de los bosques primitivos, se lanzó inmediatamente contra mí.

—No —dije—. No quiero entrar.

Se detuvo. Su rostro se contrajo de cólera, pero se alejó de mí derrotada. Quedé en el suelo, temblando y jadeando, hasta librar mi mente de todo fantasma. ¡Qué cerca había estado!

Tuve mi oportunidad poco más tarde. Me dije que había de luchar con sus propias armas. No podía arriesgarme a otra traición por parte de Miranda. Se nos acababa el tiempo.

De nuestro equipo quirúrgico, cogí una sonda hipnótica de las que se utilizan para anestesia y la puse en onda con una de las antenas telescópicas de Miranda. Programándola para inducción a la docilidad, la dejé que actuara sobre ella. Cuando Miranda hiciera sus observaciones, la sonda hipnótica dejaría sonar su canto de sirena en siniestra inducción. Tal vez ella se rindiera a mis deseos.

No funcionó.

La vi cuando iba al telescopio. Vi aquel cuerpo monstruoso ocupar su lugar. En mi mente, oía ya el suave susurro de la sonda hipnótica, como ella debía oírlo. Yo le estaba diciendo que se relajara, que obedeciera: «La cápsula... Métete en la cápsula... Tú dirigirás el monitor de rastreo... Tú..., tú... lo harás...»

Esperaba que se levantara y se dirigiera como una sonámbula a la cápsula que la esperaba. Su cuerpo se mantenía inmóvil. Los músculos se agitaban bajo aquella carne obscenamente desnuda. La sonda la dominaba. Sí. Ya la tenía...

¡No!

Se agarró al telescopio como si éste fuera el agujón de una avispa de acero clavado en su cerebro. El aparato retrocedió, y Miranda se apartó de él, girando en redondo. Sus ojos me miraron con rabia. Su cuerpo enorme se alzó ante mí. Parecía medio loca. La sonda había hecho algún efecto en ella. Advertía sus movimientos descontrolados y sabía que estaba alterada. No obstante, no había sido lo bastante potente. En aquel cerebro adaptado había algo que le infundía fuerzas para luchar contra la niebla del hipnotismo.

—¡Tú lo hiciste! —chilló—. ¡Hiciste trampa con el telescopio! ¿No es cierto?

—No sé qué quieres decir.

—¡Embustero! ¡Ladrón! ¡Tramposo!

—Cálmate. Harás que nos salgamos de órbita.

—¡Me saldré si quiero! ¿Qué era eso que se apoderaba de mi cerebro? ¡Tú lo pusiste! ¿No fue una sonda hipnótica lo que usaste?

—Sí —admití fríamente—. ¿Y qué fue lo que tú pusiste en mi comida? ¿Un alucinógeno?

—No funcionó.

—Ni tampoco mi hipnotismo. Miranda, alguien tiene que meterse en esa cápsula. En pocas horas, estaremos en el punto crítico. No nos atreveremos a volver sin las observaciones esenciales. Haz ese sacrificio.

—¿Por ti?

—Por la ciencia —dije, apelando a tan noble abstracción.

Recibí la carcajada brutal que merecía. De pronto, Miranda se dirigió a mí. Había recuperado ya toda su coordinación y pensé que planeaba introducirme en la cápsula por la fuerza bruta. Sus brazos poderosos me envolvieron. El olor de su piel casi me hizo

vomitara. Sentí que me rompía las costillas. Cubrí su cuerpo de puñetazos, buscando los puntos sensibles que la harían caer en un montón confuso. Nos castigamos mutua y cruelmente, gruñendo por todo el camarote. Era una lucha hercúlea de habilidad contra masa. Ella no caía, ni yo me dejaba vencer.

Nos interrumpió el susurro ronco del microcéfalo:

—¡Sepárense! La estrella moribunda está ya próxima al radio de Schwarzschild. Hay que actuar inmediatamente.

Los brazos de Miranda me soltaron. Me eché atrás, mirándola con furia, tratando de introducir un poco de aire en mi cuerpo destrozado. En su piel iban apareciendo los moretones. Habíamos alcanzado la mutua comprensión de nuestra fuerza, pero la cápsula seguía vacía. El odio, como un globo de fuego, ardía entre nosotros. La criatura gris y alienígena seguía en pie, a un lado.

No quiero saber a cuál de los dos se le ocurrió primero la idea, si a Miranda o a mí. El caso es que nos movimos con toda rapidez. El microcéfalo apenas logró murmurar una palabra de protesta cuando ya lo lanzábamos por el pasaje hacia la cámara que contenía la cápsula. Miranda sonreía. Me sentí aliviado. Ella sujetó apretadamente al alienígena mientras yo recorría la compuerta y, luego, lo introdujo en ella. Cerramos la puerta entre los dos.

—Lanza el vehículo de rastreo —dijo.

Asentí y me encaminé a los controles. Como el dardo disparado por una cerbatana, el rastreador fue expelido de nuestra nave y se dirigió a toda velocidad hacia la superficie de la estrella oscura. Contenía un vehículo compacto, con patas articuladas y manipulado por control remoto desde la cápsula de observación, a bordo de la nave. Mientras el observador movía brazos y piernas en los mandos de control, los servorrelés ponían en marcha los pistones hidráulicos en el monitor, a ocho días luz de distancia. Éste se movía en respuesta paralela, subiendo por los montones de escoria de la superficie solar, incapaces de toda vida orgánica.

El microcéfalo operaba el vehículo con habilidad. Nosotros observábamos por video fonocaptor, obteniendo una extensa visión de aquel infierno. Incluso un sol frío es más ardiente que cualquier plantea.

Las señales procedentes de la estrella se alteraban a cada momento conforme la fuerza del espectro captaba la luz moribunda. Algo extraño se desarrollaba allá abajo, y la mente de nuestro microcéfalo estaba unida a la escena. Fuerzas gravitacionales hacían vacilar la estrella. El vehículo era alzado, comprimido, sometido a tensiones que iban haciéndole pedazos. El alienígena lo presenciaba todo y dictaba la relación de cuanto veía lenta y metódicamente, sin un chispazo de temor.

Se aproximaba el instante de aquel hecho singular. El impulso de la conmoción aspiraba hacia el infinito. El microcéfalo pareció desconcertado por fin al tratar de describir el fenómeno topológico que ningún ojo humano había visto antes. Densidad infinita, volumen cero... ¿Cómo podía entenderlo la mente? El vehículo se contorsionaba en forma inconcebible y, sin embargo, sus sensores seguían obstinadamente enviando datos, filtrados a través de la mente del microcéfalo y los bancos de nuestra computadora.

Al fin, se hizo el silencio. Las pantallas se oscurecieron. Lo inconcebible había ocurrido, y la estrella oscura había desaparecido en el radio de la singularidad. Se había hundido en el olvido, llevándose con ella al monitor. Para el alienígena, encerrado en la cápsula de observación a bordo de nuestra nave, era como si también él se hubiera desvanecido en la bolsa del hiperespacio, que sobrepasa a toda comprensión.

Miré hacia el cielo. La estrella oscura se había eclipsado. Nuestros detectores recogían el estallido de energía característico de la aniquilación. Fuimos agitados brevemente por la onda expansiva, que saltó hacia nosotros desde el lugar donde había estado la estrella, y todo quedó en paz.

Miranda y yo nos miramos.

—Deja salir al microcéfalo —dije.

Abrió la compuerta. El alienígena estaba sentado serenamente ante la consola de los controles. No habló. Miranda le ayudó a salir de la cápsula. Los ojos del microcéfalo carecían de expresión. En realidad, nunca habían demostrado nada...

Vamos camino de regreso a los mundos de nuestra galaxia. La misión ha sido cumplida. Hemos recogido datos únicos e inapreciables. El microcéfalo no ha pronunciado una palabra desde que le sacamos de la cápsula. No creo que vuelva a hablar en su vida.

Miranda y yo realizamos nuestras tareas en total armonía. La hostilidad entre los dos ha desaparecido. Somos cómplices de un crimen y nos abrumba la culpabilidad, aunque ninguno de los dos la admita ante el otro. Cuidamos a nuestro compañero de vuelo con todo cariño.

Alguien tenía que hacer las observaciones, después de todo. No había voluntarios. La situación exigía una solución por la fuerza o habríamos seguido en punto muerto.

Pero Miranda y yo nos odiábamos, dirán ustedes. En ese caso, ¿por qué habíamos de cooperar?

Al fin y al cabo, ambos somos humanos, Miranda y yo. El microcéfalo no. Ahí radica la diferencia. En último análisis, Miranda y yo decidimos que nosotros, los humanos, debíamos permanecer unidos. Hay lazos muy poderosos.

Corremos de regreso a la civilización.

Ella me sonrío. Ya no la encuentro odiosa. El microcéfalo continúa callado.

LOS COLMILLOS DE LOS ÁRBOLES

Desde la casa de la plantación, sobre la colina de Dolan, gris y esbelta como la aguja de una torre, Zen Holbrook alcanzaba a ver todo cuanto le interesaba: las alamedas de los árboles del jugo en el amplio valle, la corriente rápida donde su sobrina Naomi prefería bañarse, el lago tranquilo y sereno más allá. También veía la zona amenazada de infección en el Sector C, al lado norte del valle, donde —¿o era sólo su imaginación?— las lustrosas hojas azules de los árboles parecían ya manchadas con el tono naranja de la enfermedad del moho.

Si su mundo iba a acabarse, aquello significaba el principio del fin.

Permaneció en pie ante el curvado ventanal del centro de información, sobre la casa. Era a primera hora de la mañana. Dos lunas pálidas pendían aún en el cielo del amanecer, pero el sol se levantaba ya sobre el país de las colinas. Naomi estaba levantada y fuera de la casa, jugueteando en el arroyo. Cada mañana, antes de dejar la casa, Holbrook pasaba revista a toda la plantación. El radar y los sensores ofrecían a su vista planos de todos los puntos clave. Adelantando el cuerpo, Holbrook pasó sus manos de dedos gruesos sobre los mandos y encendió las pantallas que flanqueaban el ventanal. Poseía mil setecientas hectáreas de árboles del jugo... Una fortuna, aunque, debido a la hipoteca, lo que ganaba era poco en comparación con lo mucho que daba a ganar. Su reino. Su imperio. Registró el Sector C, su favorito. Sí, en la pantalla se veían largas filas de árboles, de quince metros de altura, agitando sus miembros inquietos. Ésta era la zona de peligro, el sector amenazado. Holbrook examinó intensamente las hojas de los árboles. ¿Tenían ya manchas de moho? Los informes del laboratorio llegarían un poco más tarde. Estudió los árboles, vio el brillo de sus ojos, el destello de sus colmillos. Eran muy buenos los árboles de este sector. Cumplidores, unos productores magníficos.

Sus árboles favoritos. Le gustaba tratar de convencerse a sí mismo de que los árboles tenían personalidad, nombre, identidad. No hacía falta simular demasiado. Puso en marcha el audio.

—Buenos días, César-dijo—. Buenos días, Alcibíades, Héctor. Buenos días, Platón.

Los árboles reconocían su nombre. En respuesta a su saludo, agitaron las ramas como si el viento barrierá la alameda. Holbrook vio el fruto casi maduro, largo e hinchado, cargado de jugo alucinógeno. Los ojos de los árboles —placas brillantes y escamosas incrustadas en varias filas sobre el tronco— brillaron y se volvieron buscándole.

—No estoy en la alameda, Platón —advirtió Holbrook—. Todavía me encuentro en la casa de la plantación. Pronto iré ahí. Hace una mañana preciosa, ¿verdad?

Entre la penumbra, a nivel del suelo, surgió el hocico largo y sonrosado de un ladrón de jugo, saltando de un montón de hojas caídas. Disgustado, Holbrook observó cómo el roedor, pequeño y audaz, cruzaba la alameda en cuatro saltos rápidos y venía a caer sobre el enorme tronco de César, trepando con destreza entre los grandes ojos del árbol. Los miembros de César se agitaban furiosos, pero no conseguía localizar al monstruo. El ladrón de jugo se desvaneció entre las hojas y reapareció nueve metros más arriba, moviéndose ahora en el nivel donde crecía el fruto. Fruncía ansiosamente el hocico. Luego, se incorporó sobre las cuatro patas posteriores y se dispuso a chupar un fruto casi maduro, por un valor de ocho dólares en alucinógenos.

De la copa del Alcibíades surgió, como una serpentina estrecha y sinuosa, un zarcillo, un tentáculo poderoso. Cruzó el espacio que le separaba de César y cayó como el rayo en torno al ladrón de jugo. El animal apenas tuvo tiempo de gemir al comprender que había sido atrapado cuando ya el tentáculo acababa con él, estrangulándole. En un gracioso arco, el zarcillo regresó a la copa de Alcibíades, y la boca abierta del árbol quedó a la vista cuando las hojas se entreabrieron. Los dientes se separaron, el tentáculo se desprendió de su presa y el cuerpo del ladrón cayó en la boca del árbol. Alcibíades se estremeció de placer. Fue un ligero temblor de las hojas, una afectación de modestia, la satisfacción en realidad por sus rápidos reflejos que le habían proporcionado un bocado tan exquisito. Era un árbol muy listo y muy hermoso, y estaba muy satisfecho de sí mismo. «Una vanidad perdonable —pensó Holbrook—. Eres un buen árbol, Alcibíades. Todos los del Sector C sois buenos árboles. ¿Pero si tienes la enfermedad del moho, Alcibíades? ¿Qué será de tus hojas brillantes, de tus ramas esbeltas, si tengo que quemarte y eliminarte de la alameda?»

—Muy bien hecho —le dijo—. Me gusta verte siempre tan alerta.

Alcibíades siguió agitándose. Sócrates, a cuatro árboles en diagonal, en la misma fila, apretó las ramas contra el tronco en lo que Holbrook reconoció como un gesto de disgusto, un gruñido torvo. No a todos los árboles les gustaba la vanidad de Alcibíades, su orgullo y su rapidez.

De pronto, Holbrook no pudo soportar la vista del Sector C. Tocó los botones de mando y pasó al Sector K, el nuevo, al extremo sur del valle. Aquí los árboles no tenían nombres, ni los recibirían tampoco. Holbrook había decidido hacía tiempo que era una afectación tonta considerar a los árboles como si fueran amigos o animalitos domésticos. Eran, sencillamente, productores de ingresos. Y suponía un error encariñarse con ellos..., según comprendía con mayor claridad ahora que algunos de sus amigos se veían amenazados por el moho, que se contagiaba de un mundo a otro para arruinar las plantaciones de árboles del jugo.

Registró el Sector K con mayor frialdad.

Debería pensar en ellos como árboles, se dijo. No como animales, ni como personas. Árboles. Raíces muy largas que se hunden a dieciocho metros bajo el suelo para nutrirse. No pueden moverse de un lugar a otro. Se desarrollan por fotosíntesis. Florecen, son fecundados por el polen y producen grandes frutos como falos, cargados de alcaloides capaces de inducir sombras muy interesantes en la mente de los hombres. Árboles, árboles, árboles. Pero tienen ojos. Y dientes. Y boca. Poseen miembros prensiles. Piensan. Reaccionan. Tienen un alma. Cuando se les hiere, incluso gritan. Están adaptados para perseguir animales pequeños. Digieren carne. Algunos prefieren el

cordero a la ternera. Unos son pensativos y solemnes; otros, alegres y saltarines; otros plácidos, casi bovinos. Aunque todos son bisexuales, algunos presentan una personalidad decididamente masculina; hay otros femeninos, otros ambivalentes. Almas. Personalidades.

Árboles.

Los árboles sin nombre del Sector K le tentaban a cometer el pecado de apegarse a ellos. Ese gordo podía llamarse Buda. Y aquél, Abe Lincoln. Y tú, tú eres Guillermo el Conquistador...

Árboles.

Había hecho el esfuerzo y había triunfado. Examinó fríamente la alameda, asegurándose de que no había sufrido daño durante la noche a causa de los animales de presa; comprobando los frutos maduros; leyendo los informes que proporcionaban los sensores, monitores que vigilaban el nivel del azúcar, la etapa de la fermentación, la toma de manganeso, todo el proceso complicado y equilibrado de la vida del que dependía el éxito de la plantación. Holbrook lo manejaba todo prácticamente solo. Tenía a sus órdenes tres vigilantes humanos y tres docenas de robots. El resto se hacía por telemetría y, por lo general, todo iba bien. Por lo general. Adecuadamente guardados, cuidados y alimentados, los árboles daban su fruto tres veces al año. Holbrook lo enviaba a la planta de transformación, junto al puerto espacial de la costa, donde se sometía el jugo al debido proceso y se embarcaba hacia la Tierra. Holbrook no participaba en eso; no era más que un productor del fruto. Llevaba aquí diez años y no tenía planes para cambiar de profesión. Llevaba una vida tranquila, una vida solitaria, la vida que él había elegido.

Hizo girar los registros del radar de un sector a otro, hasta haberse asegurado de que todo iba bien en la plantación. En el recorrido final, captó la corriente y a Naomí justo en el momento en que salía del baño. La muchacha subió a un acantilado rocoso, sobre las aguas agitadas; y agitó sus largos cabellos, lisos y dorados. Daba la espalda a la cámara. Holbrook observó con placer cómo goteaba el agua de su cuerpo esbelto. Las sombras delineaban su silueta; la luz del sol brillaba en la cintura estrecha, en la curva de las caderas, en las nalgas tensas. Tenía quince años, estaba pasando un mes de sus vacaciones de verano con el tío Zen y se divertía como nunca entre los árboles del jugo. Su padre era el hermano mayor de Holbrook. Éste sólo había visto antes a Naomí en dos ocasiones, una cuando era aún un bebé y otra cuando tenía unos seis años. Se había sentido algo inquieto cuando le hablaron de enviársela, ya que no entendía nada de niños y, además, no estaba muy ansioso de compañía. Pero no se negó a la petición de su hermano. Por otra parte, tampoco era ella una niña. Se volvió ahora, y la cámara mostró a Holbrook los senos como manzanas, el vientre liso, el ombligo hundido, los muslos esbeltos. Quince años. No, ya no era una niña. Era una mujer. No ocultaba en absoluto su desnudez y nadaba así cada mañana, aun no ignorando la existencia de las cámaras. Holbrook no se sentía cómodo observándola. ¿Debía hacerlo? La verdad, no resultaba adecuado. La vista de la muchacha le agitaba sospechosamente. «¡Qué diablos, soy su tío!» Un músculo se le crispó en la mejilla. Se dijo que la única emoción que le invadía al verla era el placer y el orgullo de que su hermano hubiera engendrado algo tan encantador. Sólo admiración, eso era todo lo que se permitía sentir. Ella estaba morena, de color miel, con tonos rosados y dorados. Parecía emitir una radiación más brillante que la del sol. Holbrook apretó el botón de mando. «He vivido demasiado tiempo solo. Mi sobrina. Mi sobrina... Sólo una niña. Quince años. Encantadora.» Cerró los ojos, los abrió apenas, se mordió el labio. «¡Vamos, Naomí, cúbrete!»

Cuando la chica se puso los shorts y el sujetador, fue como un eclipse de sol. Holbrook cerró el centro de información y bajó a la casa de la plantación, tomando al pasar un par de cápsulas como desayuno. Un cochecito reluciente salió del garaje, Holbrook saltó al interior y se puso en camino para dar los buenos días a la chiquilla.

Todavía estaba junto a la corriente, jugando con una cosita peluda, enroscada en un arbusto, semejante a un gatito con muchas patas.

—¡Mira esto, Zen! —le gritó—. ¿Es un gato o un ciempiés?

—¡Apártate de eso! —le gritó con tal vehemencia que ella dio un salto atrás, aterrada.

Él ya tenía el arma en la mano y el dedo en el gatillo. El pequeño animal, impasible, seguía enroscando las patas en torno a las ramas.

Muy cerca de él, Naomí se asió a su brazo y dijo roncamemente:

—No lo mates, Zen. ¿Es peligroso?

—No lo sé.

—Por favor, no lo mates.

—Es la regla en este planeta —dijo—. Cualquier cosa con columna vertebral y más de una docena de patas es probablemente mortal.

—¡Probablemente!

La voz sonó burlona.

—Aún no conocemos toda la fauna local. A éste no lo había visto antes, Naomí.

—Es demasiado lindo para ser peligroso. ¿No quieres guardar el arma?

La guardó y se acercó a la bestezuela. No había garras, tenía los dientes pequeños, el cuerpo débil. Mala señal. Una criatura así, sin medios visibles de defensa... Había muchas probabilidades de que ocultara un aguijón venenoso en la peluda cola. La mayoría de los animales con tantas patas lo tenían. Holbrook cogió una rama de un metro de largo y precavidamente, la arrojó contra la sección media del animal.

Rápida respuesta. Un siseo, la parte trasera se volvió como un relámpago... y ¡bum! un aguijón de muy mal aspecto se clavó en la corteza de la ramita. Cuando la cola se retiró, unas cuantas gotas de un fluido rojizo cayeron de la madera. Holbrook se alejó y el animal le miró furioso, como esperando que se acercara más a él.

—¡Qué rico! —dijo Holbrook—. Una monada. Naomí, ¿es que no quieres vivir ni hasta cumplir los dieciséis años?

Ella seguía de pie muy pálida y agitada, casi atónita ante la ferocidad del ataque.

—Parecía tan cariñoso —dijo—. Casi domesticado.

Zen sacó el arma y lanzó un rápido rayo a la cabeza del animal, que cayó del árbol, se enroscó y no se movió más. Naomí apartó la vista. Holbrook la sujetó por los hombros.

—Lo siento, cariño —dijo—. No quería matar a tu amiguito. Pero un minuto más y él te habría matado a ti. Cuenta las patas cuando juegues con los bichos de aquí. No lo olvides. Cuenta siempre las patas.

Asintió ella. Le resultaría muy útil esta lección de no fiarse de las apariencias. No es oro todo lo que reluce. Holbrook miró la hierba de un tono cobrizo y pensó por un momento en lo que significaba tener quince años y despertar a la horrible verdad del universo. Propuso amablemente:

—Vamos a visitar a Platón, ¿quieres?

Naomí olvidó su tristeza. La otra cara de la moneda de tener quince años: uno se recupera pronto.

Aparcaron el cochecito al llegar al Sector C y entraron a pie. A los árboles no les gustaba que los vehículos motorizados circularan entre ellos. Estaban conectados, a pocos centímetros por debajo de la tierra arcillosa de la alameda, por una red de filamentos entremezclados que tenían cierta función neurológica y, aunque no registraban el peso de un humano, cualquier vehículo que cruzara el camino originaba un coro de gritos entre los árboles. Naomí iba descalza. Holbrook, junto a ella, llevaba botas hasta la rodilla. Se sentía grande y torpón a su lado. Era bastante corpulento, pero la ligereza de la muchacha intensificaba aún más el contraste.

Ella se entregó a su juego habitual con los árboles. Su tío se los había presentado a todos, y ahora pasaba de uno a otro, saludando a Alcibíades y Héctor, a Séneca, a Enrique VIII, a Tomas Jefferson y al rey Tut. Naomí conocía a todos los árboles tan bien

como él, mejor quizás, y ellos la conocían a su vez. Cuando pasaba entre ellos, los árboles se agitaban y se acicalaban, enderezándose y disponiendo sus miembros y ramas del mejor modo posible. Incluso el viejo Sócrates, retorcido y rechoncho, parecía deseoso de gustar. Naomi se acercó a la caja gris colocada en medio del camino donde los robots dejaban trozos de carne cada noche y lanzó algunos a sus preferidos. Pedazos de carne cruda y roja. Cargados los brazos con aquellos trofeos sanguinolentos, bailaba alegremente por el camino, ofreciéndoselos a sus árboles favoritos. Una ninfa en medio de sus ritos, pensó Holbrook. Tiraba la carne a lo alto, vigorosamente. Cuando ésta iba por el aire, salían tentáculos de un árbol u otro para atraparla al vuelo y metérsela en la garganta. Los árboles no necesitaban carne, pero les gustaba, y era una tradición muy corriente entre los cultivadores que los árboles bien alimentados producían más jugo. Holbrook daba carne a sus árboles tres veces a la semana, excepto al Sector D, que tenía ración diaria.

—No te saltes a ninguno —recomendó.

—Sabes que no lo haré.

Ningún trozo volvía a caer al suelo de la alameda. A veces, dos árboles trataban de coger el mismo a la vez, lo que daba por resultado una ligera pelea. No se mostraban precisamente amistosos entre ellos. Por ejemplo, había mucha inquina entre César y Enrique VIII y era indudable que Catón despreciaba tanto a Sócrates como a Alcibíades, aunque por razones diferentes. De vez en cuando, por la mañana, Holbrook y su personal hallaban miembros arrancados, yaciendo en el suelo. Sin embargo, y por lo general, incluso los árboles con personalidades conflictivas se las arreglaban para tolerarse mutuamente. Tenían que hacerlo, ya que estaban condenados a una proximidad constante. Holbrook había intentado en una ocasión separar dos árboles del Sector F enfrentados en una enemistad constante, pero era imposible arrancar del suelo un árbol ya crecido sin matarlo y estropear el sistema nervioso de los treinta vecinos más próximos, según aprendió a su costa.

Mientras Naomi daba de comer a los árboles, les hablaba y acariciaba sus troncos escamosos como podría hacerlo con un rinoceronte domesticado, Holbrook desenrolló en silencio una escalera telescópica e inspeccionó de nuevo las hojas buscando manchas de moho. En realidad, apenas servía de nada. El moho no se hacía visible en las hojas hasta que había penetrado ya en las raíces del árbol. Probablemente, las manchas de tono naranja que creía ver eran puro producto de su imaginación. Tendría el informe del laboratorio en una o dos horas, y él le diría cuanto necesitaba saber, bueno o malo. Sin embargo, no podía dejar de mirar. Cortó un puñado de hojas de una de las ramas bajas de Platón, disculpándose por ello, y las volvió entre sus manos, frotando la superficie brillante. ¿Qué eran estas pequeñas colonias de partículas rojizas? Su mente trató de rechazar la posibilidad de la peste. ¿Una plaga que saltara de un mundo a otro y que caía sobre él, arruinándole? Había creado su plantación a base de créditos. Un poco de dinero propio y mucho del banco. Pero el crédito es un arma de dos filos. Si la peste atacaba la plantación y mataba un número de árboles suficiente para que su parte quedara por debajo del nivel que el banco consideraba necesario como garantía, éste se apoderaría de todo. Aunque podrían contratarle para que trabajara como administrador suyo. Ya había oído hablar de cosas así.

Platón se agitó inquieto.

—¿Qué ocurre, viejo? —murmuró Holbrook—. Lo has pillado, ¿verdad? Sientes algo por dentro... Lo sé, lo sé. También yo lo siento en mi interior. Tenemos que tomárnoslo con filosofía. Los dos. —Dejó caer las hojas al suelo y pasó con la escalerilla a Alcibíades—. Vamos, hermoso, vamos. Déjame mirar. No te cortaré ninguna hoja. —Le pareció que aquel árbol orgulloso gruñía irritado—. Estás un poco manchado aquí debajo, ¿sabes? También te has contagiado.

Las ramas exteriores del árbol se contrajeron, como si Alcibíades las ciñera contra sí angustiado. Holbrook siguió adelante por la fila. Las manchas de moho resaltaban mucho más que la víspera. No, no se dejaba llevar por la imaginación. El Sector C había sido alcanzado. Ya no necesitaba recibir el informe del laboratorio. Se sintió extrañamente tranquilo ahora, aunque aquello le anunciaba su ruina.

—¿Zen?

Bajó la vista. Naomi estaba al pie de la escalera, sosteniendo un fruto casi maduro en la mano. Había algo grotesco en ellos. Los frutos parecían una broma de la botánica. Presentaban una forma tan claramente fálica que un árbol maduro con cien o más frutos pendientes de sus ramas resultaba el arquetipo del macho por excelencia. Todos los visitantes lo encontraban muy gracioso. Pero la mano de una chica de quince años sosteniendo aquel objeto rozaba con la obscenidad. Naomi jamás había hecho comentarios sobre la forma de los frutos, ni mostraba ahora el menor sonrojo. Al principio, Holbrook lo había tomado por inocencia o timidez. Al conocerla mejor, empezó a sospechar que simulaba deliberadamente ignorar aquella coincidencia biológica tan absurdamente cómica sólo para no molestarle a él. Puesto que la juzgaba una niña, se comportaba decorosamente como tal, se dijo Holbrook. La fascinante complejidad de la interpretación que daba a la actitud de Naomi le había mantenido ocupado durante días.

—¿Dónde lo encontraste? —preguntó.

—Aquí mismo. Alcibíades lo dejó caer.

«El asqueroso bromista», pensó Holbrook.

—¿Y qué? —dijo.

—Está maduro. Llegó el momento de la cosecha, ¿no?

Apretó el fruto. Holbrook sintió que el rostro le ardía.

—Échale una mirada —continuó ella. Y se lo tiró.

Tenía razón. Iba a empezar la época de la cosecha en el Sector C. Cinco días antes de lo debido. No se alegraba. Suponía otra prueba de la enfermedad, que, como bien sabía ahora, se había extendido a estos árboles.

—¿Qué hay de malo? —preguntó ella.

Bajó y le mostró el montón de hojas que cortara de Platón.

—¿Ves estas manchas? Es moho. Una enfermedad que ataca a los árboles del jugo.

—¡No!

—Ha ido pasando de un sistema a otro durante los últimos cincuenta años. Y a pesar de las cuarentenas, ha llegado hasta aquí.

—¿Qué les pasa a los árboles?

—Se produce una aceleración metabólica —explicó Holbrook—. Por eso empiezan a caer ya los frutos. Se aceleran sus ciclos hasta recorrer todo un año de vida en un par de semanas. Se vuelven estériles. Pierden las hojas. Seis meses después del contagio, están muertos —hablaba abrumado, con los hombros hundidos—. Lo sospechaba desde hacía dos o tres días. Ahora lo sé.

—¿Y cuál es la causa, Zen?

Parecía interesada, pero no realmente preocupada.

—En último término, un virus. Las etapas son tan diversas que no puedo explicarte toda la secuencia. Se trata de un vector de intercambio: el virus inunda una planta y se introduce en sus semillas, los roedores se las comen y así entra en su sangre, que luego chupan los insectos que les pican y que transmiten a un mamífero y... ¡Oh, diablos! ¿Qué importan los detalles? Se necesitaron ochenta años para seguir la huella de una sola secuencia. No es posible poner en cuarentena un mundo entero contra todo, claro. El moho acaba por llegar a él viajando sobre cualquier criatura viviente. Y aquí lo tenemos.

—Supongo que fumigarás la plantación.

—No.

—¿No se acaba así con el moho? ¿Cuál es el tratamiento?

—No hay ninguno —contestó Holbrook.

—Pero...

—Mira, he de volver a la casa. Puedes entretenerme sin mí, ¿verdad?

—Claro. —Señaló la carne—. Ni siquiera he terminado de darles de comer. Y están muy hambrientos esta mañana.

Iba a decirle que ya era completamente inútil alimentarles, que todos los árboles de aquel sector estarían muertos a la caída de la noche. Pero el instinto le advirtió que sería demasiado complicado empezar a explicárselo ahora. Le envió una rápida sonrisa, carente de alegría, y se dirigió al vehículo. Cuando la miró de nuevo, Noemí lanzaba una gran trozo de carne hacia Enrique VIII, que la atrapó con destreza y se la metió en la boca.

El informe del laboratorio salió por la ranura de la pared un par de horas más tarde, confirmando lo que Holbrook sabía ya: moho. Por lo menos la mitad del planeta se había enterado de la noticia para entonces y Holbrook había recibido ya a una docena de visitantes. En un planeta con una población humana inferior a las cuatrocientas personas, constituía todo un récord. El gobernador del distrito, Fred Leitfried, fue el primero en aparecer, lo mismo que el comisionado agrícola local, puesto que Fred Leitfried ocupaba también ese cargo. A continuación, acudió una delegación formada por dos hombres del Gremio de Cultivadores de Árboles del Jugo. Luego vino Mortensen, el hombrecillo rechoncho que dirigía la planta de transformación, y Heemskerck, de la línea de exportación, y algunos empleados del banco, junto con un representante de la compañía de seguros. Una par de cultivadores vecinos se presentaron un poco más tarde. Le sonrieron compasivamente y, como buenos camaradas, le dieron unos golpecitos de ánimo en el hombro. Sin embargo, bajo esa conmiseración latía una hostilidad en potencia. No se lo dirían claramente, pero Holbrook no necesitaba de la telepatía para saber lo que pensaban: Líbrate de esos árboles enfermos antes de que infesten todo el maldito planeta.

En su caso, él habría opinado lo mismo. Aunque los vectores del moho hubiesen llegado a su mundo, en realidad la enfermedad no era tan contagiosa. Quedaría confinada, las plantaciones vecinas se salvarían, incluso se salvarían las alamedas aún no dañadas de su propia plantación..., siempre que actuase con la rapidez suficiente. Si fuera un vecino suyo el que tuviera el moho en los árboles, Holbrook tendría tantos deseos como ellos de que los cortara inmediatamente de raíz.

Fred Leitfried, un hombre alto, de rostro amable, ojos azules y sombríos incluso en una ocasión alegre, parecía ahora a punto de estallar en llanto.

—Zen —dijo—, he ordenado la alerta en todo el planeta. Los biólogos estarán preparados en treinta minutos para interrumpir la cadena de transmisión. Empezaremos en tu propiedad y trabajaremos en un radio cada vez más amplio hasta haber aislado todo este sector. A partir de ese momento, confiaremos en la suerte.

—¿En qué vector de transmisión estás pensando? —preguntó Mortensen, mordiéndose nerviosamente el labio inferior.

—En los saltadores —respondió Leitfried—. Son los más grandes y más fáciles de cazar y sabemos que son portadores potenciales del moho. Si todavía no se les ha contagiado el virus, tal vez interrumpamos ahí la secuencia y nos libremos de ello.

Holbrook preguntó hoscamente:

—¿Sabes que hablas de exterminar quizás un millón de animales?

—Lo sé, Zen.

—¿Crees que podrás hacerlo?

—Hay que hacerlo. Además —añadió Leitfried—, los planes de contingencia fueron redactados hace mucho tiempo y todo está dispuesto para llevarlos a cabo. Haremos que un producto letal para los saltadores cubra como una neblina la mitad del continente antes de la caída de la noche.

—Una vergüenza —murmuró uno de los hombres del banco—. Unos animales tan pacíficos...

—Pero ahora suponen una amenaza —adujo uno de los cultivadores—. Tienen que desaparecer.

Holbrook soltó un gruñido. A él le gustaban los saltadores. Mansos como conejitos, aunque casi del tamaño de un oso, mordisqueaban los arbustos y no hacían daño a los humanos. Desdichadamente, se les había identificado como susceptibles a la infección por el virus del moho y, en otros mundos, se había demostrado que, interrumpiendo una etapa básica en la secuencia de transmisión, se detenía el contagio del moho, ya que el virus moría si no encontraba terreno adecuado para la etapa siguiente de su ciclo vital. A Naomi le gustan los saltadores, pensó. Nos juzgará unos canallas por aniquilarlos. Pero hemos de salvar nuestros árboles. Si realmente fuéramos unos canallas, los habríamos exterminado antes incluso de que el moho apareciese, sólo para asegurarnos.

Leitfried se volvió a él:

—¿Sabes lo que tienes que hacer ahora, Zen?

—Sí.

—¿Necesitas ayuda?

—Prefiero actuar solo.

—Podemos conseguirte diez hombres.

—Se trata sólo de un sector ¿no? —protestó—. Puedo hacerlo. Y debo hacerlo. Son mis árboles.

—¿Cuándo empezarás? —preguntó Borden, el cultivador cuya plantación lindaba con la de Holbrook por el este. Había casi cien kilómetros de monte bajo entre las dos propiedades, pero no era difícil comprender que se mostrara impaciente y deseoso de que se adoptaran las medidas de protección necesarias.

—Dentro de una hora, supongo —respondió Holbrook—. Primero he de efectuar algunos cálculos. Fred, ¿y si subieras conmigo y me ayudaras a comprobar el área infectada en la pantalla?

—De acuerdo.

—Antes de que se vaya, señor Holbrook... —empezó el de la compañía de seguros, avanzando un paso.

—Dígame.

—Quiero que sepa que lo aprobamos por completo. Le apoyaremos en todo.

Muy amable de su parte, pensó Holbrook con amargura. ¿Para qué servían los seguros, si no para apoyar siempre? No obstante, consiguió devolverle una amable sonrisa, acompañada de un murmullo de gratitud.

El del banco no dijo nada, y Holbrook se sintió agradecido por su silencio. Habría tiempo más tarde para hablar de la garantía, la nueva negociación de las acciones y todo lo demás. Primero se precisaba saber qué parte de la plantación sobreviviría después de adoptar las necesarias medidas de protección.

En el centro de información, él y Leitfried pusieron en marcha todas las pantallas a la vez. Holbrook indicó el Sector C e introdujo un plano esquemático de la alameda en la computadora. Añadió los datos del informe del laboratorio.

—Ésos son los árboles infectados —dijo, utilizando una pluma luminosa para trazar un círculo en la pantalla—. Tal vez unos cincuenta en total —amplió un poco el círculo—. Y ésta es la zona de incubación posible. Entre ochenta y cien árboles más. ¿Qué te parece, Fred?

El gobernador del distrito cogió la pluma luminosa de manos de Holbrook y se acercó a la pantalla. Hizo un círculo todavía más amplio, que llegaba casi a la periferia del sector.

—Han de desaparecer todos éstos, Zen.

—Son cuatrocientos árboles...

—¿Cuántos tienes en total?

—Tal vez siete u ocho mil —repuso Holbrook, encogiéndose de hombros.

—¿Quieres perderlos todos?

—De acuerdo. Al parecer, pretendes crear un foso de protección en torno a la zona infectada. Un área estéril.

—Sí.

—¿Para qué? Si el virus llega como caído del cielo, ¿a qué preocuparse por...?

—No hables así —le atajó Leitfried. Su rostro se alargó más aún, imagen viva de toda la tristeza, frustración y desesperación del universo. Parecía sentir lo mismo que Holbrook. Pero su tono era incisivo cuando dijo—: Zen, sólo te queda una alternativa. O vas a la plantación y empiezas a quemar los árboles o te rindes y dejas que el moho se apodere de todo. En el primer caso, se te ofrece la oportunidad de salvar la mayoría de cuanto posees. Si cedes, nosotros lo quemaremos de todos modos para protegernos. Y no nos detendremos en esos cuatrocientos árboles.

—Lo haré —dijo Holbrook—. No te preocupes por mí.

—No estaba preocupado. De verdad que no.

Leitfried se deslizó tras los botones de mando para inspeccionar toda la plantación, mientras Holbrook daba sus órdenes a los robots y disponía el equipo que necesitaba. A los diez minutos, estaba ya todo organizado y él dispuesto a salir.

—Hay una chica en el sector infectado —dijo Leitfried—. Es esa sobrina tuya, ¿no?

—Sí. Naomí.

—Muy guapa; ¿qué edad tiene, dieciocho, diecinueve años?

—Quince.

—Una figura preciosa, Zen.

—¿Qué hace ahora? —preguntó éste—. ¿Sigue dando de comer a los árboles?

—No, se ha tendido a su sombra. Creo que habla con ellos. Contándoles un cuento, quizá. ¿Quieres que ponga el audio?

—No te molestes. Le gusta jugar con los árboles. Ya sabes, darles un nombre, imaginarse que tienen personalidad... Cosas de críos.

—Claro —dijo Leitfried.

Sus miradas se encontraron por un instante, evasivas. Holbrook bajó los ojos. Los árboles tenían en efecto una personalidad. Todos los relacionados con el negocio del jugo lo sabían y, probablemente, no había muchos cultivadores que no mantuvieran con sus árboles una relación mucho más íntima de lo que admitían ante los demás. Cosas de críos... En realidad, cosas de las que no se hablaba.

«¡Pobre Naomí!», pensó Holbrook.

Dejó a Leitfried en el centro de información y salió por la parte de atrás. Los robots lo habían dispuesto todo tal y como él lo programara: el camión de fumigación con el arma de fusión montada en el lugar del tanque químico. Dos o tres de aquellos mecánicos de brillante metal se habían quedado esperando que les ordenara subir al camión, pero él los alejó y se situó tras el panel de dirección. Activó la computadora, y la pequeña pantalla se iluminó. Desde el centro de información, Leitfried le saludó y le transmitió el plano esquemático de la zona de infección, con los tres círculos concéntricos que indicaban los árboles infectados, los que podían estar incubando la enfermedad, y el cinturón de seguridad que Leitfried insistía en crear en torno a todo el sector.

El camión arrancó en dirección a los árboles. Era mediodía ahora, mediodía de la jornada más larga que había conocido. El sol más alto y un poco más anaranjado que aquel bajo el cual naciera, ascendía perezosamente por el cielo, todavía no dispuesto a iniciar la caída hacia las llanuras distantes. El día era caluroso, pero, en cuanto entró en las alamedas, donde el toldo espeso de los árboles ocultaba el suelo a los rayos del sol, sintió una frescura deliciosa en el techo del camión. Tenía los labios resecos y se había iniciado un inquietante latido tras su ojo izquierdo. Guiaba el camión manualmente, llevándolo por el sendero de acceso en torno a los sectores A, D y G. Al verle, los árboles

agitaron ligeramente las ramas. Estaban ansiosos porque se bajara y paseara entre ellos, les diera un golpecito en el tronco, les dijera lo buenos que eran. No disponía de tiempo para eso.

A los quince minutos, se hallaba ya en el extremo norte de su propiedad, al borde del Sector C. Aparcó el camión de fumigación ante la entrada de la alameda. Desde aquí, alcanzaría cualquier árbol del área con el arma de fusión. Pero todavía no.

Caminó entre los árboles condenados.

No veía a Naomi por ninguna parte. Tendría que encontrarla antes de empezar a disparar. Y además, deseaba despedirse de sus árboles. Corrió por la avenida principal del sector. ¡Qué delicioso frescor, incluso a mediodía! ¡Qué dulcemente olía aquel aire cargado! El suelo de la alameda aparecía cubierto de frutos. Habían caído a docenas en las dos últimas horas. Recogió uno. Maduro. Lo abrió con un giro experto de la muñeca y llevó el interior pulposo a sus labios. El jugo, rico y dulce, resbaló al interior de su boca. Probó lo suficiente para saber que el producto era de primera calidad. No tomaría una dosis alucinógena, pero aquello le daría una poción de euforia, lo bastante para enfrentarse a lo que debía hacer, a la horrible tarea que le esperaba.

Alzó la vista hacia los árboles. Parecían algo encogidos, suspicaces, inquietos.

—Tenemos problemas, amigos —dijo Holbrook—. Héctor, tú lo sabes. Os ha atacado una enfermedad. La sentís en vuestro interior. No hay modo de salvaros. Todo cuanto puedo esperar es salvar a los demás árboles, a los que aún no tienen manchas de moho. ¿Entendido? ¿Lo comprendéis, verdad? ¿No es cierto, Platón? ¿César? Tengo que hacerlo. Os costará unas cuantas semanas de vida, pero tal vez salve a miles de árboles.

Hubo un furioso agitar de ramas. Alcibiades echó atrás sus miembros, desdeñosamente. Héctor, elevado y noble, estaba dispuesto a aceptar su medicina. Sócrates, bajo y malformado, parecía también resignado. La cicuta o el fuego, ¿qué importaba? Critón: le debo un gallo a Esculapio. César se mostraba enojado. Platón se encogía. Sí, lo habían comprendido todos. Pasó entre ellos acariciándoles, consolándoles. Había iniciado su plantación con esta alameda, y confiado en que sus árboles le sobrevivieran.

—No pronunciaré un largo discurso. Todo cuanto puedo decir es adiós. Habéis sido buenos, habéis tenido una vida útil. Ahora, vuestro tiempo ha terminado y yo lo siento terriblemente. Eso es todo. Ojalá no fuera preciso hacerlo —recorrió con la mirada toda la alameda—. Fin del discurso. Adiós.

Volviéndose, retrocedió lentamente hacia el camión de fumigación. Estableció contacto con el centro de información y preguntó a Leitfried:

—¿Sabes dónde está la chica?

—Un sector más allá del tuyo, hacia el sur. Está dando de comer a los árboles.

Y pasó la imagen a la pantalla de Holbrook.

—Dame la línea de audio, ¿quieres? —dijo éste. Luego a través de los altavoces, la llamó—: ¿Naomí? Soy yo, Zen.

Ella miró a su alrededor, deteniéndose en el momento de ir a lanzar un trozo de carne.

—Espera un segundo —dijo—. Catalina la Grande tiene hambre y no me perdonará si la olvido.

La carne subió hacia el cielo, fue apresada desapareció en la boca de un árbol.

—Muy bien —continuó Naomi—. ¿Qué ocurre?

—Será mejor que vuelvas a la casa de la plantación.

—Todavía he de dar de comer a muchos árboles.

—Déjalo para esta tarde.

—Zen, ¿qué sucede?

—Tengo un trabajo que hacer y prefiero que te mantengas alejada de los árboles mientras lo hago.

—¿Dónde estás ahora?

—En el Sector C.

—Tal vez pueda ayudarte, Zen. Estoy en el sector inmediato. Iré enseguida.

—No. Vuelve a la casa.

Las palabras brotaron con la seguridad de una orden. Jamás le había hablado así con anterioridad. Ella pareció agitada y temerosa, pero se metió obediente en su vehículo y abandonó el lugar. Holbrook la siguió en la pantalla hasta que desapareció de su vista.

—¿Dónde está ahora? —preguntó a Leitfried.

—Viene de regreso. Ya la veo en el sendero de acceso.

—De acuerdo —dijo Holbrook—. Ocúpala en algo hasta que esto haya terminado. Voy a empezar.

Giró el arma de fusión, apuntando el cañón hacia el corazón del sector. En el núcleo central del arma, un poco de materia solar pendía de una barra magnética, poniendo a su disposición una cantidad infinita de energía, más que suficiente para la potencia que hoy necesitaba. Carecía de punto de mira, pues no estaba diseñada como arma de ataque. Sin embargo, sabría manejarla. Apuntaba a un blanco muy grande. Con la vista, seleccionó a Sócrates, en el borde de la alameda. Montó el arma lentamente, con una vacilación deliberada, meditó en el mejor modo de cumplir con su deber y apoyó el dedo en el gatillo. El nexo neural del árbol estaba en la copa, detrás de la boca. Un tiro rápido allí...

—Eso es.

Un arco de llama blanca siseó a través del aire. La copa retorcida de Sócrates resplandeció por un instante. Una muerte rápida, una muerte limpia, mejor que la putrefacción del moho. Luego, Holbrook paseó la línea de fuego por todo el árbol, desde la copa a lo largo del tronco. La madera era dura. Disparó una y otra vez. Miembros, ramas y hojas fueron cayendo, mientras el tronco aún seguía intacto y grandes nubes de humo aceitoso se alzaban sobre la alameda. Holbrook vio silueteado el tronco desnudo contra el brillo del rayo de fusión y se sorprendió al comprobar lo recto que había sido el tronco del viejo filósofo bajo las ramas. Ahora ya no era más que un pilar de cenizas. De pronto, se derrumbó y desapareció.

De los otros árboles surgió un gemido bajo y terrible.

Sabían que la muerte rondaba entre ellos y sentían el dolor de la ausencia de Sócrates mediante la red de raíces nerviosas que cubría el subsuelo. Lloraban de temor, de angustia y de rabia.

Holbrook dirigió hoscamente el arma de fusión hacia Héctor.

Era éste un árbol grande, impasible, estoico. Ni quejoso ni adulator. Deseaba darle la buena muerte que merecía, pero falló el blanco. El primer disparo dio a dos metros y medio por lo menos bajo el centro cerebral del árbol, y el grito que surgió de sus compañeros reveló lo que Héctor debía de estar sintiendo. Holbrook vio unos miembros que se agitaban frenéticamente, una boca que se abría y cerraba en un horrible espasmo de tormento. El segundo disparo puso fin a la agonía. Casi serenamente, Holbrook remató la tarea de aniquilar aquel árbol lleno de nobleza.

Estaba terminando cuando advirtió que un vehículo llegaba junto al camión y que Naomi saltaba de él sonrojada, con los ojos muy abiertos, próxima a la histeria.

—¡Detente! —gritó—. ¡Detente, tío Zen! ¡No los quemes!

Al saltar a la cabina del camión de fumigación, le cogió por las muñecas con una fuerza sorprendente y se lanzó contra él. Estaba dominada por el pánico, los senos agitados, jadeante, respirando, con dificultad.

—Te dije que fueras a la casa de la plantación —gruñó él.

—Lo hice. Pero vi las llamas.

—¿Quieres irte de aquí?

—¿Por qué quemas los árboles?

—Porque están infectados de moho —contestó—. Hay que quemarlos antes de que contagien a los demás.

—¡Eso es un asesinato!

—Naomí, mira, ¿quieres volver...?

—¡Mataste a Sócrates! —gritó ella, mirando la alameda—. ¿Y... a César? No. Héctor. Héctor ha desaparecido también. ¡Los has quemado!

—No son personas. Son árboles. Árboles enfermos que, de todas formas, morirán pronto. Quiero salvar a los otros.

—¿Pero por qué matarlos? Tiene que haber algún tipo de droga al que recurrir, Zen. Un pulverizador o algo por el estilo. Hay drogas ahora para curar cualquier enfermedad.

—No para ésta.

—¡Tiene que haberla!

—Sólo el fuego —afirmó Holbrook.

El sudor le caía helado por el pecho y sentía el temblor de todos sus músculos. Ya era bastante duro hacerlo, sin tenerla a su lado. Le habló con la mayor serenidad posible:

—Naomí, es preciso; y cuanto antes mejor. No existe alternativa. Amo a estos árboles tanto como tú, pero he de quemarlos de raíz. Recuerda lo que ocurrió con aquel animalito peludo y con el aguijón en la cola. No podía mostrarme sentimental hacia él sólo porque te pareciera lindo. Suponía una amenaza. Y ahora Platón, César y los demás amenazan cuanto poseo. Son portadores de la plaga. Vuélvete a la casa y enciértrate allí, en donde quieras, hasta que haya terminado.

—¡No te dejaré que los mates!

Hablaba llorosa, desafiante. Exasperado, la cogió por los hombros, la sacudió dos o tres veces y la tiró de la cabina del camión. Ella vaciló pero cayó en tierra sobre sus pies. Saltando a su lado, Holbrook exclamó:

—¡Maldita sea, no me obligues a pegarte, Naomí! Esto no es asunto tuyo. Tengo que quemar esos árboles, y si no dejas de interferir...

—Tiene que haber otro modo. Permitiste que esos hombres te asustaran, ¿no es verdad, Zen? Ellos temen que la infección se extienda, de modo que te dijeron que quemaras los árboles a toda prisa. Y ni siquiera te paraste a pensar, a pedir otra opinión. Te viniste aquí con el arma y empezaste a matar a unos inteligentes, a unos sensibles y encantadores...

—...árboles —terminó él—. Te estás pasando de la raya, Naomí. Por última vez...

Su respuesta fue saltar al camión y colocarse ante el cañón del arma de fusión, con su pecho apoyado contra el metal.

—¡Si disparas, tendrás que hacerlo a través de mí!

Nada que él dijera la obligaría a bajar. Se había entregado por completo a una fantasía romántica, la Juana de Arco de los árboles del jugo, defendiendo la alameda contra la barbarie. De nuevo trató de razonar con ella, y de nuevo negó Naomi la necesidad de extirpar los árboles. Le explicó con todo el ímpetu de que fue capaz la imposibilidad total de salvarlos. Con la misma falta de lógica anterior, le contestó que forzosamente existía otro medio. Holbrook soltó maldiciones, la llamó estúpida, adolescente histérica... Le suplicó, le rogó. Le ordenó. Naomí seguía aferrada al arma.

—No puedo perder más tiempo —dijo él al fin—. La faena ha de realizarse en cuestión de horas o toda la plantación desaparecerá. —Sacó la pistola de su funda, le quitó el seguro y la apuntó con ella—. Baja de ahí —dijo heladamente.

La chica se echó a reír.

—¿Tengo que creer acaso que vas a disparar contra mí?

Por supuesto, tenía razón. Se quedó inmóvil, vacilante, impotente, sudoroso y desconcertado. La locura se contagiaba. Su amenaza había sido completamente vana, y ella lo había comprendido de inmediato. Holbrook subió al camión, la agarró y trató de sacarla de allí.

Naomí era fuerte y la situación de él muy precaria. Consiguió soltarla del arma, pero no arrojarla del camión. No quería hacerle daño, y su misma solicitud le volvía incapaz de triunfar en la lucha. Porque ella peleaba con una fuerza histérica, toda codos, rodillas, uñas que arañaban. Consiguió sujetarla al fin y descubrió con horror que la había asido por uno de sus senos. Lo soltó, embarazado y confuso. Ella se apartó de él. La aferró de nuevo y esta vez logró empujarla al borde del camión. Naomí saltó, aterrizó sin dañarse volvió y corrió hacia la alameda.

¿De modo que otra vez le había vencido? La siguió allí y le costó un momento descubrir dónde estaba. La encontró acariciando el tronco de César y mirando aterrada los restos quemados donde se alzaban Sócrates y Héctor.

—¡Adelante! —dijo—. ¡Quema toda la alameda! ¡Me quemarás a mí con ellos!

Holbrook se lanzó contra la muchacha. Ella le esquivó y echó a correr hacia Alcibíades. Trató de agarrarla, perdió el equilibrio y cayó, tratando de afianzarse en el aire. Cayó...

Algo fino, áspero y largo, le golpeó en los hombros.

—¡Zen! —gritó Naomí—. El árbol... Alcibíades...

Se vio en el aire. Alcibíades le había atrapado con un tentáculo y lo alzaba hacia su copa. El árbol luchaba con la carga. Un segundo zarcillo se tendió hacia el hombre, y Alcibíades dejó de tener dificultades. Holbrook se agitaba a unos tres metros del suelo.

Raras veces los árboles atacaban a los humanos. Habría sucedido unas cinco veces en total desde que los hombres cultivaban los árboles del jugo. En cada caso, la víctima había estado haciendo algo que ellos consideraban hostil..., como desarraigando un árbol enfermo, por ejemplo.

Un hombre constituía un gran bocado para un árbol del jugo, aunque no demasiado para su apetito.

Naomí chilló, pero Alcibíades siguió izándole. Holbrook oía ya el entrecuchar de los colmillos allá arriba. La boca del árbol estaba dispuesta a recibirle. Alcibíades, el presumido; Alcibíades, el voluble; Alcibíades, el impredecible... Bien bautizado en verdad. Aunque, ¿era traición actuar en defensa propia? Alcibíades tenía el imperioso deseo de sobrevivir. Había visto el destino de Héctor y Sócrates. Holbrook alzó la vista a los colmillos, más cercanos ya.

«De modo que éste es el fin —pensó—. Devorado por uno de mis propios árboles. Mis amigos. Me está bien por ser tan sentimental. Al fin y al cabo, son carnívoros. Tigres con raíces.»

Alcibíades gritó.

En el mismo instante, uno de los tentáculos que se enrollaban al cuerpo de Holbrook perdió fuerza. Cayó unos seis metros de golpe antes de que el otro tentáculo se estabilizara, sosteniéndole a escasa altura. Cuando pudo respirar de nuevo, Holbrook miró hacia abajo y vio lo que había sucedido. Naomí había recogido el arma que él dejara caer al sentirse cogido por el árbol y había quemado uno de los tentáculos. Ahora apuntaba de nuevo. Hubo otro aullido de Alcibíades. Holbrook advirtió una gran conmoción en las ramas por encima de él y cayó bruscamente al suelo, aterrizando sobre un montón de hojas. Un instante después, giraba sobre sí mismo y se incorporaba. Nada roto. Naomí permanecía a su lado, con el arma todavía en la mano.

—¿Estás bien? —preguntó serenamente.

—Sólo un poco agitado, eso es todo. —Empezó a levantarse—. Te debo la vida —añadió—. Un minuto más y acabo en la boca de Alcibíades.

—Por un momento, pensé en dejar que te devorara, Zen. El árbol actuaba en defensa propia. No fui capaz. Así que quemé uno de los zarcillos.

—Sí, sí. Te lo agradezco mucho. —Se levantó al fin y dio unos pasos vacilantes hacia ella—. Vamos, será mejor que dejes el arma antes de que te hagas un agujero en el pie.

—Espera un segundo —dijo Naomí glacialmente, reculando conforme Holbrook avanzaba hacia ella.

—¿Qué?

—Un trato, Zen. Yo te rescaté, ¿no es cierto? No tenía por qué hacerlo. A cambio, tú dejas a esos árboles en paz. Al menos, comprueba si hay o no alguna droga. ¿De acuerdo? Un trato.

—Pero...

—Me debes la vida, dijiste. Pues págame. Lo que quiero de ti es una promesa. Si no hubiera cortado ese zarcillo, estarías muerto ahora. Que los árboles vivan también.

Se preguntó si se atrevería a usar la pistola en su contra. Guardó silencio largo rato, sopesando la opción. Luego, contestó:

—De acuerdo, Naomí. Me salvaste y no puedo negarte lo que pides. No tocaré los árboles. Averiguaré si hay alguna droga para matar el moho.

—¿Lo dices en serio?

—Lo prometo. Por todo lo que es sagrado, ¿quieres darme ahora esa pistola?

—¡Toma! —gritó ella. Las lágrimas resbalaban por su rostro—. ¡Tómala! ¡Oh, Dios mío, Zen, qué horrible es todo esto!

Le quitó el arma y la metió en la funda. La muchacha pareció hallarse agotada, sin fuerzas, una vez que se la hubo entregado. Cayó en brazos de Holbrook y él la retuvo estrechamente, sintiéndola temblar contra su pecho. También Holbrook temblaba al abrazarla fuertemente, consciente de las tensas puntas de los jóvenes senos contra su pecho. Una oleada poderosa —que reconoció como deseo— le inundó. «Asqueroso» se dijo. Esbozó una mueca al recordar las imágenes de aquella mañana, que aún danzaban ante sus ojos: Naomí desnuda, la piel brillante por el baño, los senos como manzanas, los muslos firmes. «Mi sobrina. De quince años. ¡Que Dios me ayude!» Consolándola, le pasó las manos por los hombros, por la espalda. Sus ropas eran livianas, el cuerpo de la chica se revelaba bajo ellas.

La tiró bruscamente al suelo.

Ella cayó encogida, dio la vuelta y se llevó la mano a la boca al lanzarse Holbrook sobre ella. Soltó un grito agudo y penetrante cuando el cuerpo del hombre cayó sobre el suyo. Sus ojos aterrados revelaban claramente el temor de que él la violara, pero otra clase de ideas malvadas llenaban la mente de Holbrook. Rápidamente; la volvió hacia el suelo, le cogió la mano derecha y le dobló el brazo tras la espalda. Luego, la alzó hasta sentarla.

—Ponte de pie —ordenó, forzándole el brazo para persuadirla.

Naomí obedeció.

—Ahora camina. Sal de la alameda y regresa al camión. Te romperé el brazo si es preciso.

—¿Qué pretendes? —preguntó ella con voz apenas audible.

—De vuelta al camión —insistió.

Dio otro tirón del brazo. Naomí gimió de dolor. Pero se puso en marcha. Ya en el camión, la mantuvo bien sujeta y llamó a Leitfried, al centro de información.

—¿Qué ocurre, Zen? Lo seguimos todo y...

—Demasiado difícil de explicar. La chica les tenía mucho cariño a los árboles, eso es todo. Envía unos robots aquí para que se la lleven, por favor.

—¡Lo prometiste! —gritó Naomí.

Llegaron los robots a toda prisa. Eficientes, mantuvieron inmóvil a Naomi con sus dedos de acero hasta introducirla en un vehículo y llevársela a la casa de la plantación. Una vez desaparecida, Holbrook se sentó por un momento en tierra para descansar, para que se le despejara la cabeza. Al fin, subió de nuevo a la cabina.

Y apuntó con el arma de fusión, a Alcibíades en primer lugar.

Le llevó poco más de tres horas. Cuando terminó, el Sector C era un campo de cenizas, y un amplio cinturón de tierra despejada se extendía desde el límite exterior de la devastación hasta el huerto más próximo de árboles sanos. Hasta pasado algún tiempo,

no sabría si había logrado salvar la plantación. En fin, había hecho cuanto se hallaba en su mano.

Al volver en coche hacia la casa, pensaba menos en la ejecución llevada a cabo que en la sensación del cuerpo de Naomi contra el suyo y todo cuanto había sentido en el momento de tirarla al suelo. El cuerpo de una mujer, sí. Pero ella era una niña. Una niña todavía, enamorada de sus animalitos domésticos. Incapaz aún de comprender que, en el mundo de la realidad, uno ha de sopesar el pro y el contra entre lo necesario y lo que nos es querido y obrar del mejor modo posible. ¿Qué había aprendido hoy Naomi en el Sector C? ¿Qué el universo sólo ofrece en ocasiones una elección brutal? ¿O simplemente que el tío al que ella adoraba era capaz de traición y de asesinato?

Le habían dado sedantes, pero estaba despierta en su habitación. Cuando él entró, se subió las sábanas para ocultar el pijama. Le miró con ojos fríos, muy hundidos.

—Lo habías prometido —dijo amargamente—. Y me engañaste.

—Tenía que salvar a los demás árboles. Ya lo entenderás, Naomi.

—Sólo entiendo que me mentiste, Zen.

—Lo lamento. ¿Me perdonas?

—¡Vete al infierno! —dijo, y esas palabras adultas resultaron horribles en aquellos labios infantiles.

No pudo quedarse más con ella. La dejó y subió a hablar con Fred Leitfried, en el centro de información.

—Todo ha terminado —dijo en voz alta.

—Actuaste como un hombre.

—Sí, sí.

Registró el sector de cenizas, mediante la pantalla. Seguía sintiendo el calor de Naomi contra su cuerpo. Vio sus ojos hoscos. Vendría la noche, las dos lunas danzarían en el cielo, brillarían las constelaciones a las que nunca había llegado a acostumbrarse. Quizá le hablaría de nuevo. Intentaría hacerla comprender. Y luego la enviaría lejos, hasta que se hubiera transformado del todo en una mujer.

—Empieza a llover —comentó Leitfried—. Eso ayudará a la maduración.

—Probablemente.

—¿Te sientes un asesino, Zen?

—¿A ti qué te parece?

—Lo sé, lo sé.

Holbrook empezó a cerrar las pantallas. Había hecho todo cuanto se propusiera hacer hoy. Y dijo serenamente:

—Fred, eran árboles. Solamente árboles. Árboles, Fred, árboles.

EL PODER OCULTO

El puerto espacial de Mondarrán IV era pequeño, como podía esperarse de esa clase de mundo atrasado y rudimentario. Rygor Davison recogió su única maleta en el depósito de equipajes y salió al exterior, entre el viento y el calor de primeras horas de la tarde. El sol —de tipo G, muy caliente— estaba en lo alto del cielo todavía, y un camino polvoriento y retorcido llevaba desde aquel rústico puerto espacial hacia un pequeño pueblo gris, a un kilómetro poco más o menos de distancia.

No había nadie para recibirle. Impresionante bienvenida, se dijo. E inició el recorrido del sucio camino hacia el pueblo que sería su hogar durante los cinco años siguientes..., si sobrevivía.

Apenas había dado media docena de pasos, cuando oyó a alguien tras él. Se volvió y descubrió a un chiquillo muy moreno, que se acercaba corriendo por el camino. Tendría unos once años y llevaba un calzón de baño dorado, sin nada más. Parecía apresurado.

—¡Hola, muchacho! —le saludó Davison.

El chico alzó la vista inquisitivamente, menguó el paso y al fin se detuvo, respirando agitadamente.

—¿Acaba de llegar? ¡Vi bajar la nave!

—Sí, recién llegado —sonrió Davison—. ¿Por qué corres?

—Un brujo —explicó el chico jadeando—. Van a darle su merecido esta tarde. No quiero perdérmelo. ¡Vamos, corra!

Davison se puso rígido.

—¿Qué dices que va a pasar, muchacho?

—Van a quemar a un brujo —respondió este hablando lentamente, como si se dirigiera a un retrasado mental o a una criatura—. Dése prisa si quiere llegar a tiempo... ¡Y no me lo haga perder a mí!

Davison levantó la maleta y echó a andar rápidamente junto al chico, que le urgía impaciencia. Nubes de polvo se alzaban del camino y giraban en torno a ellos.

¿Conque la quema de un brujo, eh? Tembló a pesar de sí mismo y se preguntó si el Gremio de los Esper le habría enviado a la muerte.

El Gremio de los Esper operaba en secreto, pero con toda eficiencia. Habían descubierto a Davison, le habían entrenado hasta desarrollar todo su enorme potencial de telequinesis y le habían enviado a los mundos exteriores para que aprendiera a no utilizarlo.

Lloyd Kechnie, el guía de Davison, se lo había explicado. Kechnie era un hombre delgado, de ojos brillantes, nariz de halcón y cejas de gorila. Había trabajado con Davison durante ocho años.

—Eres un telecinésico estupendo —le había dicho—. El gremio ya no puede hacer nada más por ti. Dentro de unos cuantos años, estarás preparado para actuar con toda libertad.

—¿Unos años? Pero yo creía...

—Eres el mejor de cuantos he visto —continuó Kechnie—. Tan bueno que utilizar tu poder supone para ti una segunda naturaleza. No sabes ocultarlo. Y algún día lo lamentarás. No has aprendido a dominarte. —Se inclinó hacia adelante sobre su mesa—. Ry, hemos decidido abandonarte a ti mismo, para que te salves o te pierdas... No eres el primero con el que procedemos así. Vamos a enviarte a un mundo en el que no existe la metapsíquica donde no se ha desarrollado ese poder. Te verás forzado a ocultar tu poder para la telecinesis o te matarán por un delito de brujería o algo semejante.

—¿No puedo quedarme en la Tierra y aprender? —preguntó Davison ansiosamente.

—No. Aquí es demasiado fácil pasar desapercibido. En los mundos exteriores, te enfrentarás a una situación de todo o nada. Así que irás a uno de ellos.

Davison se había embarcado en la nave siguiente. En Mondarrán IV tendría que aprender. De lo contrario...

—¿De dónde viene? —preguntó el chico tras unos minutos de silencio—. ¿Se establecerá aquí como colono?

—Por algún tiempo —respondió Davison—. Soy de Dariak III.

No iba a revelar su procedencia de la Tierra. Dariak era un mundo conocido y sin metapsíquica. Si sospechaban de su condición de Esper, su vida estaría en peligro.

—Dariak III —repitió el chico—. ¿Es bonito?

—No mucho. Llueve demasiado.

De pronto, hubo un estallido de llamas y fuego brillante en el pueblo, allá delante, que iluminó el cielo de la tarde como un rayo.

—¡Maldición! —exclamó el chico, disgustado—. Ya está ardiendo. Me perdí el espectáculo, después de todo. Supongo que debí de haber salido antes.

—Demasiado tarde, ¿eh? —Davison se sentía más que aliviado. Se humedeció los labios—. Supongo que nos hemos perdido toda la diversión.

—Es realmente apasionante —dijo el muchacho, con entusiasmo—. Especialmente cuando se trata de brujos muy buenos, que hacen toda clase de trucos antes de que los quememos. Debería ver las cosas que son capaces de hacer cuando ya están en la estaca.

«Me lo imagino», pensó Davison amargamente. Pero omitió todo comentario.

Siguieron avanzando, a un paso más lento ahora. El pueblo se acercaba a ellos. Ya distinguía bastante bien los edificios más próximos y la gente que deambulaba por las calles. En el firmamento, el sol parecía aún más fuerte.

Llegaban a la última curva del camino, cuando una figura lamentable, cubierta de harapos, apareció caminando en dirección a ellos.

—Hola, Joe el Tonto —saludó el chico alegremente al llegar el hombre a su lado.

Éste gruñó un monosílabo y siguió andando. Era alto y esquelético, con una barba descuidada, los zapatos sin cordones y una cazadora de piel muy gastada. Se detuvo al pasar junto a Davison, le miró curiosamente al rostro y sonrió, revelando unos dientes amarillentos.

—¿Le sobra una moneda, amigo? —preguntó con voz baja y ronca—. ¿Tiene algo para un pobre?

Davison se registró el bolsillo y sacó una moneda. El muchacho le miró con desaprobación, pero él la dejó caer en la palma abierta del mendigo.

—Buena suerte, señor —dijo éste, y siguió andando. Unos pasos más allá se volvió—. Lástima que se perdiera el asado, señor. Fue estupendo.

Entraron en el pueblo. Davison vio que consistía en un grupo de edificios de dos pisos, al parecer prefabricados, agrupados en torno a la plaza mayor, y en cuyo centro, observó Davison, había una estaca de acero con algo muy desagradable todavía humeando en la base. Sintió un estremecimiento y apartó la mirada.

—¿Qué le pasa, señor? —preguntó el chico, despectivamente—. ¿Es que no asan a los brujos en Dariak III?

—No con frecuencia —repuso Davison.

Descubrió que los dedos le temblaban y luchó por controlarse. Pensó en Kechnie, cómodamente instalado allá en la Tierra. Y mientras tanto, él se veía aquí, en este mundo asqueroso, polvoriento y lleno de moscas, condenado a pasarse los cinco años siguientes en un poblacho aburrido, y haciendo girar los pulgares. Aquello era como estar en la cárcel.

No... Peor todavía. En la cárcel no se tenían preocupaciones. Uno se adaptaba a la rutina diaria, tenía tres comidas al día y un lugar para dormir, por malo que fuese. Y no padecía ninguna angustia.

Esto era diferente. Davison se esforzó por no estallar en maldiciones. Tendría que mantenerse en vigilancia constante, reprimiendo su metapsíquica, ocultando su poder... o acabaría en aquella estaca de acero en la plaza central, divirtiendo a los pueblerinos antes de convertirse en cenizas. Luego sonrió.

«Kechnie sabe lo que hace —admitió a pesar suyo—. Si logro sobrevivir a esto, estaré preparado para la tarea que me confíen, sea la que sea.»

Cuadró los hombros, moldeó sus rasgos en una amplia sonrisa y entró en el pueblo.

Un hombre alto, de rostro muy curtido por el tiempo y de encendidos colores, se dirigió a él cojeando.

—Hola, forastero. Me llamo Domarke y soy el alcalde. ¿Es nuevo aquí?

Davison asintió.

—Recién llegado de Dariak III. He pensado en probar suerte en este mundo.

—Me alegro de tenerle entre nosotros, amigo —dijo Domarke amablemente—. Lástima que se perdiera el espectáculo. Probablemente vería el fuego desde el puerto espacial.

—También yo siento habérmelo perdido —se vio obligado a decir—. ¿Tienen muchos problemas con los brujos por aquí?

—Algunos —El rostro de Domarke se había oscurecido—. Aunque no demasiados. De vez en cuando, hay un tipo que nos viene con trucos de ese estilo. En cuanto lo descubrimos, le enviamos a reunirse con su Maestro. No queremos que esas gentes rondan por aquí, hermano.

—No me extraña —corroboró Davison—. Se supone que los hombres no han de hacer cosas extrañas.

—No, señor —dijo con énfasis el alcalde—. Pero si las hacen, acabamos con ellos. El año pasado, vino un tipo de Lanargón VII y se estableció aquí como apicultor. Un chico agradable. Joven, con una hermosa cabeza sobre los hombros. Salía mucho con mi hija. Todos le apreciábamos. Jamás sospechamos que fuera un malvado.

—Brujo, ¿eh?

—Ya lo creo—asintió Domarke—. Un día se le escaparon las abejas. Estaban furiosas. Se lanzaron contra él y comenzaron a picarle. Y lo primero que vimos fue que él las miraba muy divertido y empezaba a lanzar fuego por las puntas de los dedos —Agitó la cabeza ante el recuerdo—. Acabó quemando todas las abejas. Ni siquiera trató de luchar cuando le ahorcamos.

—¿Le ahorcaron? ¿Y por qué no le quemaron? —preguntó Davison con una curiosidad morbosa.

—Hubiera sido inútil —repuso el alcalde, encogiéndose de hombros—. Estos tipos están en connivencia con el fuego y resulta inútil tratar de quemarles. Le colgamos inmediatamente.

«Uno de los muchachos de Kechnie, probablemente —se dijo Davison—. Un pirético al que enviaron aquí para que aprendiera a controlar su poder. Sólo que no aprendió con la rapidez suficiente.»

Se mordió el labio inferior por un segundo y dijo:

—Supongo que ya es hora de que me ocupe de mis cosas. ¿A quién debo acudir para buscar una habitación en esta ciudad?

Le ayudaron a encontrar hospedaje en casa de una familia llamada Rinehart, que poseía una granja apenas a unos diez minutos de camino a pie desde el centro del pueblo. Habían puesto un aviso solicitando un obrero.

Se trasladó allí aquella misma tarde, deshizo la maleta, guardó sus escasas pertenencias y colgó la chaqueta en el armarito que le habían destinado. Al acabar bajó a conocer a sus anfitriones.

La familia se componía de cinco miembros. Rinehart era un hombre calvo, de unos cincuenta y cinco años, con el rostro muy curtido por las horas de trabajo al sol ardiente, rasgos firmes y aire jovial. Su esposa —Mamá— una mujer formidable, se cubría con un delantal sorprendentemente arcaico. Tenía voz melodiosa, de resonancias masculinas, e irradiaba un ambiente de sencillez campesina y tradicional. Davison pensó que mentalidades como la suya habían desaparecido hacía ya mucho tiempo de un planeta tan sofisticado como la Tierra.

Tenían tres hijos: Janey, una chica muy bien formada y de piernas largas, de unos dieciocho años; Bo, un muchacho de diecisiete, musculoso y sombrío, y Buster, un crío de once años. «Parecen la clásica familia feliz», se dijo Davison.

Salió de su habitación —abriendo y cerrando laboriosamente la puerta a mano— y empezó a bajar las escaleras. Al llegar al cuarto escalón, notó que resbalaba y, de manera automática, se transportó telequinésicamente de regreso al rellano, para afirmarse bien sobre los pies. Una vez recuperado el equilibrio, se enderezó. De pronto, al

comprender lo que había hecho, quedó paralizado, sintiendo que gotas de sudor frío brotaban de su frente.

Nadie lo había visto. Nadie, por esta vez.

¿Cuántas veces cometería el mismo error?

Dejó que sus nervios se recuperaran de la impresión, aguardando a que la sangre volviera a sus mejillas, acabó de bajar la escalera y entró en la sala. Los Rinehart le aguardaban ya reunidos.

Janey apareció en la puerta y le miró con aire indolente.

—La cena está lista —anunció.

Davison se sentó en la mesa. Rinehart, en la cabecera de la misma, pronunció una bendición, breve pero devota, y terminó con una plegaria por el obrero recién contratado que se hallaba entre ellos. Al fin, apareció Janey desde la cocina, en la parte trasera de la casa, con una bandeja llena de cuencos de sopa, humeante.

—Está muy caliente—anunció.

Bo y Buster se apartaron para permitirle servir. Dejó la bandeja y... entonces sucedió. Davison vio lo que se le venía encima y se mordió el labio, angustiado.

Uno de los cuencos de sopa ardiente resbalaba hacia el extremo de la bandeja. Lo miró mientras, como en cámara lenta, el cuenco caía por el borde de la bandeja, salpicaba parte del contenido y dejaba caer todo el resto sobre su brazo derecho y desnudo.

Lágrimas de dolor acudieron a sus ojos..., aunque no sabía qué le dolía más, si la quemadura de la sopa en el brazo o la auténtica conmoción sufrida al contenerse para que aquel cuenco no volara hasta el otro extremo del comedor.

Se mordió de nuevo el labio y siguió sentado, temblando por el esfuerzo mental que le había costado dominarse.

Janey dejó la bandeja y acudió muy apurada a su lado.

—¡Caray, Ry, no lo hice a propósito! ¡Señor! ¿Te he quemado?

—Sobreviviré —respondió—. No te preocupes.

Ayudó a recoger la sopa caída sobre la mesa, sintiendo que el dolor menguaba lentamente.

«¡Kechnie, Kechnie, no me enviaste precisamente a un viaje de placer!»

Rinehart le empleó como trabajador en el campo. La cosecha más importante de Mondarrán IV consistía en un producto que denominaban judías largas, una leguminosa que todo el mundo comía en grandes cantidades, que se mezclaba con el trigo y se utilizaba para muchas cosas más. Era una planta resistente, casi indestructible, que daba tres cosechas al año bajo el calor constante de Mondarrán IV.

Rinehart tenía una granja pequeña, de unas cuarenta y cinco áreas, que se extendía sobre una colina cerca de un lago fangoso. Había llegado el tiempo de la segunda cosecha del año, lo cual implicaba el laborioso proceso de arrancar de los tallos las vainas retorcidas que encerraban los granos.

—Te inclinas así y las arrancas —explicó Rinehart a Davison, demostrándole cómo debía hacerlo—. Luego, te vuelves un poco y echas las vainas en el cesto que llevas a la espalda.

Le ayudó a colocarse el arnés en los hombros, se colocó el suyo propio y juntos partieron hacia el campo. El sol estaba muy alto. Siempre parecía mediodía en este planeta, pensó Davison, que empezó a sudar de inmediato.

Moscas de alas púrpura zumbaban ruidosamente en torno a los tallos gruesos de las plantas. Cargado con el cesto, Davison avanzaba por el campo, luchando para mantenerse al paso de Rinehart. Éste, aunque más viejo, ya estaba tres metros por delante de él, en el surco inmediato, inclinándose, agarrando la vaina, dando un tirón y dejándola caer en el cesto mediante una sucesión de movimientos precisos.

Era un trabajo arduo. Las manos de Davison comenzaban a enrojecer el contacto con la superficie, tan rugosa como el papel de lija, de las hojas de la planta, y la espalda le

dolía por la repetición constante de un esquema de movimientos absolutamente inhabitual para él. Abajo, arriba, la mano atrás. Abajo, arriba, la mano atrás.

Apretó los dientes y se esforzó a seguir adelante. El brazo le ardía por el uso excesivo de unos músculos que no había utilizado en años. El sudor le caía por la frente, se le metía por el cuello, le goteaba de las cejas. Las ropas estaban ya empapadas.

Por fin llegó al extremo del surco y alzó la vista. Rinehart le aguardaba allí, con los brazos en jarras, tan fresco y rozagante como cuando empezaran. Sonreía.

—Un trabajo duro, ¿eh, Ry?

Demasiado agotado para responder, Davison se limitó a asentir.

—No dejes que te venza. Un par de semanas aquí y te endurecerás. Sé cómo os sentís los tipos de la ciudad al principio.

Davison se secó la frente.

—Nunca hubiera creído que arrancar vainas de unos tallos fuera algo tan difícil —dijo.

—Es un trabajo duro, no lo niego —Rinehart le dio un golpecito amistoso en la espalda—. Te acostumbrarás. Volvamos a la casa y te obsequiaré con una cerveza.

Al día siguiente, ya tenía que trabajar la jornada completa. Hacía calor, como sin duda lo haría todos los días en el futuro.

La familia entera le acompañaba: el matrimonio, Janey, Bo y Buster. Cada uno llevaba su propio arnés con el cesto atrás para echar las vainas.

—Empezaremos por el extremo este —dijo Rinehart. Y sin más discusión, toda la tropa le siguió. Cada uno ocupó su surco. Davison se encontró entre Janey a la izquierda y Bo a la derecha. Allá, a lo lejos, vio a Dirk Rinehart abriéndose camino entre los tallos apretados.

Una cosechadora con dos piernas, simplemente. Estudió por un momento los movimientos del viejo, tan sencillos al parecer, hasta que, consciente de que Janey y Bo le habían adelantado ya unos pasos, se lanzó al trabajo.

El sol de la mañana seguía ascendiendo en el cielo y, aunque no había llegado aún la hora de más calor, Davison empezó a sudar apenas llevaba unos segundos inclinándose y recogiendo. Se detuvo para frotarse la frente con la manga y oyó una risa ligera y burlona delante de él.

Enrojeciendo violentamente, alzó la vista y advirtió que Janey se había detenido en el surco y le miraba sonriendo, con las manos en las caderas, en la misma postura que su padre adoptara el día anterior. Eso le irritó. Sin decir una palabra, bajó la cabeza y volvió a su tarea.

Un músculo se quejó en la parte inferior del brazo derecho, debido a aquel movimiento de echar el brazo atrás y dejar caer las vainas en el cesto, tensando los músculos del sobaco de un modo insólito para él, que jamás los había usado.

Creyó oír las burlonas palabras de Kechnie: «No querrás que tus músculos se atrofien, hijo». Palabras pronunciadas a la ligera, en broma. Ahora comprendía Davison que encerraban una gran verdad.

Había confiado en la metapsíquica para las tareas corrientes de la vida, se había vanagloriado de su dominio de la telecinesis, poder que le aliviaba de la mayoría de las rutinas diarias. Cositas pequeñas..., como abrir las puertas, levantar las sillas, mover los muebles... Resultaba más sencillo hacer volar un objeto que arrastrarlo, se había dicho siempre. ¿Por qué no utilizar un poder si lo disfrutas a la perfección?

La respuesta era que no podía disfrutarlo a la perfección..., todavía. La perfección implicaba algo más que el pleno control de los objetos. También significaba aprender moderación, saber cuándo se debía utilizar y cuándo no.

En la Tierra, donde no importaba, había empleado ese poder casi de modo excesivo. Aquí no se atrevía... Y estos músculos doloridos eran el precio que debía pagar por su comodidad anterior. Kechnie sabía lo que hacía, por supuesto.

Llegaron finalmente al extremo del surco, Davison y Buster Rinehart los últimos, bajo un calor agobiante pero a Buster ni siquiera le faltaba el aliento. Davison creyó advertir, sin que pudiera asegurarlo, un gesto de desaprobación en el rostro de Rinehart, como si se sintiera a disgusto con la actuación del nuevo obrero. En cambio, la expresión de Janey era de patente desprecio. Los ojos, bajo los pesados párpados, le miraban casi de modo insultante.

Se volvió, pues, a mirar a Rinehart, que vaciaba su cesto en el camión que aguardaba en el campo.

—Descarguemos antes de empezar el surco siguiente —ordenó a Davison.

El campo se extendía interminablemente ante su vista. Davison alzó el cesto con unas manos insensibles y vio caer las vainas de un verde grisáceo en la parte trasera del camión. Volvió a colocárselo en el arnés y se sintió mucho más ligero, ahora que el peso ya no le agobiaba.

Tuvo un pensamiento fugaz al avanzar hacia el surco siguiente. ¡Que sencillo sería hacer volar las vainas hacia el cesto! Sin más inclinaciones ni giros de brazo, aquel brazo que parecía a punto de desprenderse.

Sencillo. Ya lo creo. Demasiado sencillo... Desdichadamente, si Janey, Bo o cualquiera de los demás se volvían por casualidad y veían cómo las vainas volaban misteriosamente hasta el cesto de Davison, éste sería quemado a la caída de la tarde.

«¡Maldito Kechnie!», pensó con rabia, secándose una gota de sudor en su brillante rostro.

La idea que le pareciera una broma absurda media hora antes se presentaba ahora a los ojos de Davison como una posibilidad auténtica y muy tentadora.

Iba retrasado casi un surco entero con respecto a los demás. Estaba quedando en ridículo. Y su cuerpo, nada atlético por falta de ejercicio, le dolía espantosamente.

Tenía el poder y no lo utilizaba. Lo reprimía en su interior y eso le hacía daño. Se repetía el caso del cuenco de la sopa caliente. No sabía qué le dolía más, si continuar inclinándose y echando atrás el brazo dolorido una y otra vez bajo el sol ardiente o reprimir su poder a costa de un esfuerzo insoportable, hasta el punto de que parecía que iba a desbordarse.

Se esforzó en concentrarse en lo que hacía, y en olvidar su poder. «Es el proceso de aprendizaje —se dijo secamente—. De maduración. Kechnie sabe lo que hace.»

Llegaron de nuevo al extremo del surco y, entre la niebla de la fatiga, oyó que Rinehart decía:

—De acuerdo, descansemos un rato. De todos modos, hace demasiado calor para trabajar.

Se quitó el arnés, lo dejó donde estaba y emprendió el camino de regreso a la casa. Con un suspiro reprimido de alivio, Davison se quitó también las correas de piel y se enderezó.

Avanzó a través del campo, observando que Janey se situaba a su lado.

—Pareces agotado, Ry —comentó.

—Lo estoy. Se necesita algún tiempo para acostumbrarse a este tipo de trabajo, supongo.

—Eso creo yo también —dijo ella. Se inclinó para sacudirse un poco de tierra—. Uno se endurece —continuó— o acaba destrozado. El último obrero que tuvimos se desmoronó. Tú pareces más fuerte.

—Espero que tengas razón —dijo Davison.

Se preguntó quién habría sido aquel hombre y qué poder misterioso habría ocultado en sí mismo. Para algunos no sería tan malo. Un precognoscitivo no necesitaría una sesión de entrenamiento de este tipo..., pero los precognoscitivos eran uno en un cuatrillón. Quizá tampoco los telépatas, ya que cualquiera con el don de la telepatía tenía una mente tan superior que este ejercicio de jardín de infancia le sería innecesario.

—Sólo los Esper en proceso de desarrollo habían de viajar a los mundos no metapsíquicos, pensó Davison. Los telecinésicos, los piréticos y demás, cuyos poderes sencillos y no especializados llegaban a inspirarles una falsa seguridad.

Un nuevo pensamiento se abrió camino en su mente mientras cruzaba el campo, algo distraído por las hermosas piernas de Janey, que seguía a su lado. Un hombre corriente necesita cierto alivio sexual. La continencia prolongada requiere un tipo de mente especial, y la mayoría de los hombres caían sencillamente, vencidos por la tensión.

¿Y un Esper normal? ¿Conseguiría reprimir su poder durante cinco años? Ya sentía la tensión y apenas llevaba allí un par de días.

Sólo un par de días, pensó Davison. Sólo durante cuarenta y ocho horas había ocultado su poder metapsíquico. Se detuvo a calcular cuántos días había en cinco años y rompió a sudar de nuevo.

Dos días más en el campo le endurecieron hasta tal punto que cada sesión de recolección dejó de ser una pesadilla. Tenía un cuerpo muy sano, y sus músculos se adaptaron sin demasiadas protestas al nuevo régimen. Aguantaba mejor el trabajo y experimentaba un satisfactorio aumento de vigor y el endurecimiento de sus músculos. Un desarrollo de poder físico que, en cierto modo, le complacía enormemente.

—Mirad cómo come —observó Mamá Rinehart una noche durante la cena—. Lo devora todo como si fuera la última comida que hubiera de tomar en la vida.

Davison sonrió y se metió en la boca otra cucharada rebosante. Era cierto. Comía como nunca lo hiciera antes. Toda su vida en la Tierra le parecía extraordinariamente insípida y limitada comparada con estas labores manuales en Mondarrán IV. Físicamente, se hallaba en magnífica forma.

Mentalmente, en cambio... Su mente empezaba a preocuparle.

Mantén bien controlada la telecinesis a pesar de las tentaciones constantes de utilizarla. Le costaba, pero seguía viviendo sin echar mano de sus poderes paranormales. Hasta que sufrió un retroceso.

En la quinta madrugada de su estancia en Mondarrán IV, se despertó bruscamente, sentándose en la cama y mirando en torno suyo. La mente le ardía. Parpadeó para enfocar la visión y saltó de la cama.

Por unos instantes, permaneció en pie, inquieto, preguntándose qué le había sucedido, escuchando el loco latir de su corazón. Recogió los pantalones que había dejado en una silla y se los puso. Se dirigió a la ventana y miró al exterior.

Aún faltaba mucho para el amanecer. El sol no asomaba en el horizonte y, allá arriba, las lunas gemelas avanzaban serenamente por el cielo. Lanzaban una luz brillante y helada sobre los campos, en el exterior, todo estaba terriblemente silencioso.

Davison comprendió lo sucedido. Era la reacción de su mente reprimida y torturada, que le arrancaba al sueño para gritarle su protesta por el trato que recibía. «No puedes olvidarte de la telequinesia así como así. Tienes que desahogarte. Eso es», se dijo Davison.

Bajó las escaleras reteniendo el aliento, atemorizado cada vez que crujía un escalón, y salió de la granja por la puerta lateral. Cruzó corriendo la extensión de tierra hasta el pequeño granero que se alzaba al borde de) campo, en el que se amontonaban las vainas ya recogidas.

Rápidamente, en el silencio de aquella primera hora, subió la escalerilla hasta la parte superior del granero. El olor cálido y ligeramente rancio del montón de vainas le acogió. Se dejó caer y aterrizó sobre ellas.

Entonces, con cautela, dejó sus poderes en libertad. Le inundó una oleada de alivio. Extendió la mano, señaló una vaina aislada, la hizo volar unos cuantos metros por el aire y la dejó caer. Después, otra; luego, dos a la vez. Siguió así durante casi quince minutos. Se gloriaba en la utilización de su poder, haciendo volar las vainas por todas partes.

Sin embargo, un detalle le alarmó. No encontraba tanta facilidad como antes. Necesitaba un esfuerzo manifiesto en su ejercicio de la telecinesis e incluso sentía algo de fatiga tras unos momentos de actividad. Esto no le había ocurrido nunca.

Le asaltó un pensamiento horrible. ¿Y si la abstinencia acababa por dañar su capacidad? ¿Y si cinco años seguidos de abstinencia (si lograba aguantar tanto tiempo) le robaban su poder para siempre?

No parecía probable. Después de todo, otros habían sufrido esos cinco años de exilio y regresado con su poder intacto. Se habían abstenido de usarlo... ¿O no? ¿Habrían tenido que acudir a un remedio semejante a éste, obligados a levantarse de madrugada y esconderse en cualquier granero para hacer volar los objetos o encender una hoguera?

Desconocía la respuesta. Con gesto hosco, hizo volar unas cuantas vainas más por el aire, sintiéndose refrescado, volvió a la ventana y bajó la larga escalera.

Buster Rinehart estaba en el suelo, con los ojos llenos de curiosidad alzados hacia él.

Por un segundo se quedó sin aliento, pero continuó descendiendo.

—Hola —dijo el pequeño—. ¿Qué haces ahí, Ry? ¿Por qué no estás durmiendo?

—Yo podría preguntarte lo mismo —respondió Davison, decidido a mantener el tipo. Le temblaban las manos. ¿Y si Buster le hubiera espiado, si le hubiera visto utilizando su poder? ¿Aceptarían la palabra de un niño en un asunto tan grave? Probablemente sí, en un mundo como aquél, histérico ante toda brujería—. ¿Qué haces levantado, Buster?, tu madre armaría un escándalo si supiera que estás de pie y paseando a estas horas.

—A ella no le importa —dijo el niño. Levantó un cubo que rebosaba de gusanos pálidos y grasientos—. Estaba recogiendo cebos. Es la única hora a la que se puede cavar, a medianoche, cuando brillan las lunas. —Sonrió a Davison con aire de conspirador—. ¿Y cuál es tu excusa?

—No podía dormir y salí a dar un paseo —respondió éste nerviosamente, odiando la necesidad de defenderse ante el chiquillo—. Eso es todo.

—Lo que me figuraba. Conque no puedes dormir, ¿eh? —dijo Buster—. Ya sé lo que te pasa, Ry. Estás enamorado de mi hermana. Te tiene tan loco que no puedes dormir. ¿No es cierto?

Asintió de inmediato.

—Pero tú no se lo dirás, ¿verdad? —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda, que dejó caer en la mano del chico. Los dedos gordezuelos se cerraron instantáneamente en torno a ella, y la moneda desapareció—. No quiero que sepa lo que siento hasta que lleve aquí un poco más de tiempo.

—Me callaré —prometió Buster.

Sus ojos brillaban a la luz de las lunas gemelas. Apretó nerviosamente el cubo de los gusanos para pescar. Estaba en posesión de un secreto precioso y eso le excitaba.

Davison dio la vuelta y se dirigió de regreso a la granja, sonriendo secamente. La red se apretaba más y más en torno a él, pensó. Había llegado al extremo de tener que inventar romances imaginarios con campesinas de piernas largas con objeto de salvar el pellejo.

Esta vez había funcionado. Pero no podía arriesgarse a subir allí por segunda vez. Imposible repetir aquella sesión privada de telecinesis en el granero. Había de hallar un desahogo en alguna otra parte.

Cuando al fin llegó la mañana, Davison bajó a enfrentarse con el viejo Rinehart.

—¿Puede darme permiso hoy, señor? Me gustaría disponer de un día libre, si le parece bien.

El granjero frunció el ceño y se rascó la oreja.

—¿Un día libre? ¿En plena recolección? ¿Tan preciso es, muchacho? Nos gustaría tenerlo todo recogido antes de que acabe la temporada. Pronto será tiempo de plantar de nuevo, lo sabes bien.

—Lo sé —respondió Davison—. De todas formas me gustaría tener libre la mañana. He de resolver unas cosas.

—De acuerdo, Ry. No soy un explotador. Tómate la mañana si quieres. Compensarás esas horas el domingo.

El calor era ya pesado cuando se alejó de la granja Rinehart y se dirigió al lago fangoso, al extremo de sus tierras. Lo bordeó y se introdujo en el espeso bosque que separaba la propiedad de la de su vecino, el acaudalado Lord Gabrielson.

Entró en el bosque, deliciosamente fresco. Gruesos árboles de hojas rojas se alzaban tan unidos que parecían formar una selva virgen. Gran profusión de arbustos salvajes cubrían el suelo, oscuro y fértil. Sobre su cabeza, resonaban los gritos de los pájaros, de muchos colores. De vez en cuando, una curiosa criatura con alas de murciélago saltaba de una rama a otra de los árboles gigantes.

Sabía por qué estaba en Mondarrán IV. Para aprender moderación. Para aprender a manejar su poder. Eso estaba claro: ¿Pero cómo lograría sobrevivir?

El ambiente religioso era aquí de una ortodoxia inflexible, al parecer, y el código moral no permitía la menor desviación. La paranormalidad equivalía a brujería, una ecuación común en estos mundos atrasados y carentes de ella. Los granjeros de este mundo tenían poco contacto con los planetas más sofisticados de los que vinieran hacia diez o veinte siglos y, por la razón que fuera, habían alcanzado un punto en su equilibrio cultural que no dejaba lugar para la metapsíquica.

Lo cual significaba que Davison tenía que reprimir su poder. Sólo que... no podía reprimirlo. Cinco días de un autocontrol estricto y se sentía medio loco por la tensión. ¿Y si se veía en la situación de elegir entre recurrir a la telecinesis o morir? Supongamos que ese árbol fuera a caer directamente sobre él. Podía enderezarlo de nuevo a voluntad, pero, ¿de qué le serviría si alguien estaba observando? Alguien que gritaría de inmediato: ¡Brujo!

Sin embargo, otros habían venido a Mondarrán IV y habían sobrevivido. Y habían regresado. Lo cual significaba que hallaron el modo conveniente. Davison se introdujo más aún en el bosque, tratando de ordenar coherentemente sus pensamientos.

Miró a lo lejos. Un río lleno de meandros corría pausadamente entre los árboles. Creyó ver allá delante una nube de humo azul que se alzaba de los arbustos. Alguien había encendido fuego.

Avanzó con cautela y de puntillas, maldiciéndose cada vez que sus pies rompían una ramita. Tras unos momentos de tensión, dio la vuelta a una curva del sendero y descubrió de dónde procedía el humo.

Sentado en el borde del río, con una sartén en la mano, estaba Joe el Tonto, el mendigo con quien se cruzaron al venir del puerto espacial. Seguía vestido de harapos, con la vieja cazadora de cuero. Por lo visto, estaba asando un par de peces en una pequeña hoguera.

Sonriendo de alivio, Davison se aproximó más. De pronto, se desvaneció su sonrisa y se quedó con la boca abierta de asombro.

Joe el Tonto asaba los peces, desde luego. Pero no había fuego..., a no ser la radiación que surgía de las puntas de sus dedos.

Joe el Tonto era un pirético.

Davison se quedó con un pie en el aire, helado de asombro. Joe el Tonto, un ignorante medio imbécil, un mendigo, tranquilamente sentado en el refugio del bosque, cocinaba piréticamente un par de peces para el desayuno. Un poco más arriba, junto a la orilla, vio una cabaña de tosca construcción, evidentemente el hogar de Joe.

La respuesta al enigma se le hizo obvia de pronto. Tenía lógica.

Era imposible vivir en la sociedad de Mondarrán IV con un poder metapsíquico y sobrevivir durante cinco años, demasiado duro reprimir la utilización casual del poder. Y la

tensión que implicaba esa empresa, demasiado difícil de soportar para la mayoría de los hombres.

Pero uno podía vivir fuera de la sociedad, como un vagabundo que prepara sus comidas en el bosque... Nadie lo advertiría, no habría nadie cerca que observara las prácticas ocasionales del poder. Nadie sospecharía que un vagabundo comido por las pulgas fuera un brujo. ¡Claro que no!

Davison adelantó un paso más y empezó a decir algo a Joe el Tonto. Éste alzó la vista al oírle. Descubrió a Davison a unos siete metros de distancia, le miró furioso y dejó la sartén en el suelo. Llevándose la mano a la cadera, sacó un cuchillo de caza y, sin la menor vacilación, lo lanzó silbando contra él.

En el brevísimo instante en que el cuchillo salió disparado de la mano de Joe, una idea penetró en la mente de Davison. Joe el Tonto tenía que ser un terrestre como él que cumplía su estancia de cinco años en Mondarrán. Por lo tanto, no necesitaba ocultarle su propio poder metapsíquico, no era preciso dejar que la hoja le atravesara...

Davison desvió el cuchillo, haciéndolo caer limpiamente hasta que quedó clavado en la tierra blanda a sus pies. Se inclinó, lo recogió y miró a Joe el Tonto.

—Lo... lo hiciste volar —exclamó el mendigo con aire incrédulo—. ¡No eres un espía!

—No, soy un telecinésico —sonrió Davison—. Y tú, un pirético.

Una lenta sonrisa cubrió a su vez el rostro barbudo de Joe el Tonto. Cruzó el terreno hasta donde Davison permanecía en pie y le tendió la mano.

—Eres un terrestre. ¡Un auténtico terrestre! —dijo gozoso, hablando en un susurro.

Asintió Davison.

—¿Tú también?

—Sí. Llevó aquí tres años y eres el primero con el que he hablado. Todos los que he visto fueron quemados en la hoguera.

—¿Todos? —preguntó Davison.

—Bueno, no he querido decir eso —respondió Joe—. En realidad, sólo algunos murieron en la hoguera. El Gremio no pierde tantos hombres. Pero todos los que yo he conocido fueron quemados. Y nunca me atreví a hablar con ellos. Tú eres el primero..., y eso porque me viste. No debería haber sido tan descuidado, pero nadie viene por aquí excepto yo.

—U otro loco terrestre —añadió Davison.

No se atrevió a pasar mucho tiempo con Joe el Tonto, cuyo verdadero nombre, según averiguó, era Joseph Flanagan, de la Tierra.

En una conversación apresurada, allá en el bosque, Flanagan le explicó todo el asunto. Una solución perfectamente lógica. Al parecer, la mayoría de los terrestres enviados a tales planetas adoptaban el aspecto de un vagabundo e iban de un pueblo a otro, con gestos extraños y ojos de loco, sin permanecer demasiado tiempo en ninguna parte, sin entregarse libremente al poder que poseían.

Les quedaba el recurso de internarse en un bosque y desahogarse en privado, para aliviar la tensión de la abstinencia. No importaba. Nadie les observaba, nadie iba a pensar que fueran brujos. El camuflaje perfecto.

—Será mejor que nos vayamos —dijo al fin Flanagan—. Ni siquiera aquí estamos seguros. Y quiero vivir los dos años que me quedan. ¡Señor, qué bueno será bañarme con regularidad otra vez!

—La verdad es que estás bien organizado —sonrió Davison.

—Es lo más sencillo. No puedes andar siempre dándote de cabezazos contra un muro. Yo intenté vivir en el pueblo, como tú. Casi me volví loco en un mes, tal vez menos. No puedes ponerte a su nivel y confiar en sobrevivir; tienes que estar por debajo de su nivel, donde ellos no esperan encontrar brujos. Entonces te dejan en paz.

Davison asintió de nuevo, completamente de acuerdo.

—Tiene lógica.

—Ahora he de irme.

Flanagan dejó que sus músculos se relajaran, adoptó otra vez el aire encogido y el gesto de Joe el Tonto y, sin decir adiós, echó a andar con paso vacilante por el bosque. Davison se quedó algún tiempo observándole. Después, se volvió y retrocedió por donde había venido.

Ahora tenía la respuesta, pensó.

No obstante, cuando salió del bosque y recibió plenamente el azote del sol de mediodía, ya no estaba tan seguro. Kechnie le había dicho en una ocasión: No huyas, pero no le había explicado sus palabras... Davison comprendía ahora lo que pretendía decirle. Joe Flanagan, el Tonto, pasaría cinco años con un mínimo de esfuerzos y, cuando volviera, obtendría su permiso y se convertiría en miembro del Gremio. Ahora bien, ¿habría cumplido realmente su meta hasta el fin? En verdad, no. No le sería posible ocultarse siempre bajo el disfraz de mendigo. En algún momento, en alguna parte, le sería preciso actuar como miembro de la sociedad. Entonces, los cinco años de andar vacilante y sus gestos de loco no le servirían de nada.

Tenía que haber otro modo, pensó Davison con rabia. Algún modo de pasar los cinco años sin enterrar la cabeza como el avestruz. Un sistema que le mantuviera en forma hasta volver a la sociedad y le capacitara para vivir en una sociedad carente de metapsíquica conservando sus poderes bien controlados.

Cruzó los campos ardientes bajo el sol. A lo lejos, vio a la familia Rinehart que ahora llegaba al otro extremo. Era mediodía y se aproximaba la hora del descanso. Mientras les miraba, Dirk Rinehart terminó un surco y vació las vainas en el camión allí dispuesto. Antes de haberse acercado lo suficiente para oírles, los demás habían terminado también y se habían incorporado, relajándose tras una ruda mañana de trabajo.

—Bien, bien... Mirad quién ha vuelto —exclamó Janey al acercarse Davison—. ¿Has descansado bien esta mañana?

—He pensado en muchas cosas, Janey —respondió suavemente—. Compensaré estas horas el domingo, mientras vosotros descansáis. Así quedaremos en paz.

El viejo Rinehart se acercó sonriendo.

—¿Todo resuelto, jovencito? Espero que sí, porque esta tarde nos aguarda un trabajo muy duro.

—Me tendrán con ustedes —dijo Davison.

Apretó los labios sin escuchar lo que le decían, pensando tan sólo en cuál sería la mejor salida.

—¡Eh miradme! —exclamó una voz aguda tras él.

—¡Deja eso! —ordenó firmemente Dirk Rinehart—. ¡Baja de ahí antes de que te rompas el cuello!

Davison se volvió y vio a Buster Rinehart de pie sobre la cabina del camión. Tenía unas vainas en las manos y las arrojaba al aire, jugueteando con ellas.

—¡Miradme! —chilló el chiquillo de nuevo, orgulloso de su habilidad para las acrobacias—. ¡Soy un malabarista!

Un momento después, perdió el control de las vainas. Estas cayeron, esparciéndose por el suelo. Y un momento más tarde, el chiquillo aullaba de dolor mientras su padre le administraba un buen castigo en las posaderas.

Davison soltó una risita, que se convirtió en una carcajada al comprender lo que había sucedido.

Al fin había encontrado la respuesta.

Se despidió al terminar la semana, después de trabajar con toda intensidad en el campo. Se sentía algo culpable por abandonarles. Había llegado a apreciar bastante a los Rinehart, pero era necesario romper todos los lazos y seguir adelante.

Anunció, pues, a Dirk Rinehart que se iría al término de otros ocho días. Indudablemente, al granjero no le satisfizo la noticia, pero no protestó. Transcurrida la semana, se marchó Davison, llevándose todas sus cosas en una maleta y saliendo a pie.

Necesitaba recorrer una gran distancia, alejarse lo suficiente del pueblo para que nadie le siguiera. Pagó a uno de los hijos del granjero vecino para que le llevara en coche a la ciudad más próxima, dándole una de las pocas monedas que le quedaban. En el bolsillo del pantalón, llevaba los billetes arrugados que le dieran como salario por su trabajo en casa de los Rinehart, aparte la habitación y las comidas. De momento, no quería utilizar ese dinero en absoluto.

El chico le condujo a través de la campiña llana y monótona de Mondarrán hasta otra ciudad, apenas más grande que la primera y casi idéntica por lo demás.

—Gracias —se limitó a decir Davison, bajando del vehículo y echando a andar.

Entró en la ciudad —adornada con su correspondiente estaca para los brujos— y empezó a mirar en torno suyo, buscando un lugar donde vivir. Había de hacer muchos preparativos antes de estar dispuesto.

Seis meses más tarde, comenzaron a aparecer los anuncios en los alrededores de la localidad. Eran llamativos, impresos en tres colores, brillantes y atractivos. Decían tan sólo:

LLEGA EL PRESTIDIGITADOR

Causó sensación. Cuando Davison llegó en su carro, adornado y pintado con purpurina, al primer punto de su itinerario, un pequeño pueblo situado en el extremo más lejano de los dominios de Lord Gabrielson, una muchedumbre rodeó el carro y le precedió por la calle principal, gritando y aplaudiendo. La llegada de un mago ambulante no era cosa que se viese todos los días.

Siguió lentamente a la multitud con su carro por una calle bastante amplia, le dio la vuelta y lo aparcó casi delante de la estaca de los brujos. Echó el freno, bajó la pequeña plataforma sobre la que iba a actuar y se adelantó, resplandeciente en su traje rojo y dorado, con su capa flotante, para enfrentarse a la multitud. Comprobó que la emoción se apoderaba del público.

Un tipo alto gritó desde la primera fila:

—¿Es usted el preti..., prestig..., lo que sea?

—Soy Marius, el Prestidigitador, desde luego —contestó Davison con voz sepulcral. Se estaba divirtiendo.

—Bien. ¿Y qué sabe hacer, señor Marius? —insistió el paleta.

Sonrió. Esto era mejor que tener a alguien pagado entre la gente para que le hiciera preguntas.

—Jovencito, soy capaz de hacer cosas que motiven la imaginación, que asombren a la mente, que sobrepasen la realidad. —Agitó los brazos sobre la cabeza en un gesto teatral y grandioso—. ¡Puedo hacer venir a los espíritus de las vastas profundidades! —gritó—. ¡Poseo los secretos de la vida y de la muerte!

—Eso es lo que dicen todos los magos —comentó alguien con aire aburrido, allá en las últimas filas—. Haga algo bueno antes de que tengamos que pagar.

—¡Muy bien, incrédulos! —gritó Davison. Rebuscó a sus espaldas y sacó un par de velas. Encendió una cerilla y las prendió con ella—. Miren cómo las manejo —dijo con voz sonora—. Observen cómo juego con las llamas sin sufrir el menor daño.

Lanzó las velas al aire con suavidad y empezó a hacerlas girar con su poder telecinésico, de modo que, cuando caían, las cogía por el extremo contrario a la llama. Jugueteó con las dos por un momento, luego sacó una tercera y la introdujo en el acto. Continuó así por un rato. La multitud se iba sintiendo impresionada, mientras Davison seguía lanzando las velas al aire y simulando tropezar con todo tipo de dificultades. Finalmente, cuando la cera estuvo demasiado caliente para manejarla con comodidad, las

hizo bajar lentamente, una por una, y las recogió. Saludó con gesto altivo. La multitud respondió con un diluvio de monedas.

—Gracias, gracias —dijo.

Sacó una caja llena de bolas de colores y se puso a jugar con ellas sin más prólogo. A los pocos minutos, manejaba cinco a la vez. En realidad, las manipulaba mediante la telecineses, agitando las manos bajo ellas de modo impresionante aunque totalmente inútil. Introdujo en el acto una sexta bola, luego la séptima...

Sonreía satisfecho mientras realizaba estos juegos de manos. Probablemente, todas aquellas personas habían tropezado antes con otros Esper y los habían quemado por brujería. Pero se trataba de telecinésicos auténticos. Él no era más que un prestidigitador vulgar, un hombre de coordinación excepcional, un charlatán vagabundo..., un fraude. Todos sabían que los magos eran unos embusteros y que sólo mediante la habilidad de sus manos mantenían tantas bolas en el aire.

Cuando se detuvo la lluvia de monedas, recogió las bolas y las devolvió a su caja. Inició un nuevo truco, sin parar de hablar volublemente, mientras iba colocando una columna de objetos en precario equilibrio. Fue apilando sillas sobre sillas, añadiendo muebles del fondo del carro para hacer el montón más impresionante, hasta formar, en difícil equilibrio, una columna de objetos de unos cuatro metros de altura. Corrió en torno a ella rápidamente, afirmándola al parecer con las manos, en realidad controlándola mediante la telecineses.

Al fin, aparentó quedar satisfecho. Empezó a trepar lentamente. Cuando llegó a la silla superior —absurdamente apoyada en una de sus patas—, se subió a ella, se sentó y, alzándose con su poder telecinésico, se mantuvo allí en equilibrio con una sola mano. Luego, dio la vuelta, saltó ligeramente a tierra y levantó las manos en gesto de triunfo. Cayó otra lluvia de monedas.

He aquí el modo de sobrevivir, pensó, mientras la muchedumbre rugió su aprobación. Jamás sospecharían que utilizaba una especie de magia auténtica. Podía practicar el control de la telecineses en la vida ordinaria, pero estas actuaciones le facilitarían el desahogo necesario. Cuando volviera a la Tierra estaría en buena forma, mucho más que los otros, mucho más que Joe el Tonto, por ejemplo. Porque él había seguido viviendo en sociedad, en lugar de huir de ella.

En la primera fila, un niño se puso en pie.

—¡Ah, ya sé cómo lo hizo! —gritó burlonamente—. Sólo fue un truco. Lo sostenía todo con...

—No me descubras, hijito —le interrumpió Davison, con un susurro exagerado y teatral—. Hay que guardar estas cosas en secreto... Entre nosotros, los magos, ¿eh?

LA CANCIÓN QUE CANTÓ EL ZOMBIE

Desde el cuarto piso del Centro de Música de Los Ángeles, el escenario se reducía apenas a un resplandor de luces cromáticas en constante cambio, rayos de un verde brillante, espirales escarlata. Sin embargo, Rhoda prefería sentarse allí. No le gustaban los asientos de platea, con sus placas gravitacionales, elevándose suavemente ante la boca del escenario. Allá abajo, los sonidos parecían volar, impulsados por la notable acústica de la cúpula Takamuri del Centro. Los colores tenían su importancia, pero lo que realmente contaba era el sonido, los esquemas de resonancia que estallaban de los cien tubos temblorosos del ultracémbalo.

Y si uno se sentaba abajo, había que contar con las vibraciones del público...

Su ingenuidad no llegaba hasta el punto de creer que la penuria que enviaba a los estudiantes allá arriba era más noble y digna que la riqueza que permitía a otros el acceso a la platea. No obstante, y aunque jamás había estado sentada allá abajo durante todo un concierto, no podía negar que la música que se oía desde el cuarto piso sonaba más pura, le afectaba más y le duraba más tiempo en la memoria. Tal vez se debiera a las vibraciones de los ricos...

Con los brazos cruzados sobre el antepecho, contempló el juego de colores que bañaba el escenario. Advirtió confusamente que el hombre sentado a su lado le estaba hablando. No creía que fuera importante responderle, aun sin saber por qué. Finalmente, él le dio un codazo, de modo que se volvió a mirarle. Una sonrisa débil y automática cruzó su rostro.

—¿Qué quieres, Laddy?

Ladislav Jirasek le tendió tristemente una barra de chocolate, ya mordisqueada en un extremo.

—El hombre no puede vivir sólo de Bekh —dijo.

—No, gracias, Laddy —respondió, rozándole la mano ligeramente.

—¿Qué ves allá abajo?

—Colores. Eso es todo.

—¿Nada de música en las esferas? ¿Ni una visión íntima de la verdad de tu arte?

—Prometiste que no te burlarías de mí.

Él se recostó de nuevo en el asiento.

—Lo lamento. A veces se me olvida.

—Por favor, Laddy, si es nuestra relación lo que te molesta, yo...

—No he dicho ni una palabra sobre nuestra relación, ¿verdad?

—Pero tu tono de voz lo implica. Empiezas a compadecerte a ti mismo. Por favor, no. Sabes que sufro cuando me echas a mí la culpa.

Él había solicitado la relación oficial con ella para varios meses, casi desde el día en que se conocieron, en Contrapuntal 301. Se había sentido fascinado por la muchacha, animado en su compañía y, finalmente, se había enamorado como un loco. Sin embargo, seguía fuera de su alcance. La había tenido, pero jamás la había poseído. Porque se compadecía de sí mismo y ella lo sabía. Y ese simple conocimiento le clasificaba para siempre a los ojos de Rhoda en la categoría de hombres con los que no se entablaban relaciones a largo plazo.

Miró ella de nuevo más allá de la barandilla. Tensa. Aguardando. Una muchacha delgada, con pelo del color de la miel, los ojos gris claro, casi como el aluminio. Sus dedos se curvaban ligeramente, como dispuestos a caer sobre las teclas. La música resonaba de continuo en su mente.

—Dicen que Bekh actuó de modo brillante en Stuttgart la semana pasada —aventuró Jirasek, confiando en retener su atención.

—¿Interpretó a Kreutzer?

—Y la Sexta de Timijián, y El Cuchillo, y algo de Scarlatti.

—¿Y qué?

—No lo sé. No recuerdo lo que me contaron. Pero le aplaudieron en pie durante diez minutos. Y Der Musikant dijo que no había oído una ornamentación tan precisa desde...

Se apagaron las luces de la sala.

—Ahí viene —dijo Rhoda, inclinándose hacia delante.

Jirasek se echó hacia atrás y guardó la barra de chocolate en su envoltura.

Salir del sueño era siempre gris. El color del aluminio. Se daba cuenta de que le habían conectado, que le habían desempacado y que, cuando abriera los ojos, estaría ya dispuesto para su acto, con el mecanismo preparado para sacar el ultracémbalo al escenario y los guantes de filamento en el bolsillo derecho de la chaqueta. Y el regusto a arena en la lengua. Y la niebla gris de la resurrección en la mente.

Nils Bekh retrasó el momento de abrir los ojos. Stuttgart había sido un desastre. Sólo él sabía hasta qué punto. Timi lo habría advertido también, se dijo. Timijián habría salido de entre el público durante el scherzo, me habría arrancado los guantes de las manos y me habría maldecido por destrozar su obra maestra. Más tarde se habría ido a beber cerveza negra. Pero Timijián estaba muerto. Muerto en el año 20, se dijo Bekh. Cinco años antes que yo.

Mantendré los ojos cerrados. Amortiguaré la respiración. Haré que los pulmones inspiren lentamente, que se limiten a vibrar, sin henchirse de aire. Así pensarán que funciono mal, que la respuesta del zombie no ha resultado esta vez. Que estoy muerto, realmente muerto y no...

—Señor Bekh.

Abrió los ojos.

El director de escena era un thug. Reconoció el tipo. Una barba muy cerrada y sin afeitar. Los puños arrugados. Una homosexualidad latente. Y un tirano con todo el mundo entre bastidores, excepto, quizá, los muchachos del coro en las reposiciones de las creaciones de Romberg y Frimi.

—He conocido a más de uno que terminó enfermo de diabetes por culpa de una matinée —dijo Bekh.

—¿Cómo? No le entiendo.

—Nada —cortó Bekh con un gesto de la mano—. Olvídelo. ¿Cómo está el teatro?

—Estupendo, señor Bekh. Las luces ya están apagadas. Todo dispuesto.

Bekh metió la mano en el bolsillo derecho de la chaqueta y sacó los guantes electrónicos, en los que brillaban las filas de minisensores y presores. Se puso cuidadosamente el derecho, alisando hasta la mínima arruga. El material se adaptaba como una segunda piel.

—Cuando quiera —dijo.

El mecanismo sacó el ultracémbalo al escenario, lo colocó en la posición adecuada, aseguró los pedales y desapareció a toda prisa entre las bambalinas de la izquierda.

Bekh avanzó lentamente. Se movía con todo cuidado. Tubos de fluidos brillantes le corrían por las pantorrillas y los muslos y, si caminaba con demasiada rapidez, el equilibrio hidrostático se turbaba y los líquidos no le llegaban al cerebro. La fragilidad de los muertos que caminan era una pega, una entre muchas. Cuando alcanzó la plataforma gravitacional, hizo una señal al director de escena. El thug hizo otra al encargado del panel, que pasó los dedos sobre las claves de colores, y la plataforma se alzó lenta y majestuosamente. Por el suelo del escenario surgió Nils Bekh. A su aparición, las notas cromáticas despertaron vibraciones de entusiasmo en el público, que rompió en aplausos.

Se mantuvo en pie, silencioso, con la cabeza ligeramente inclinada, aceptando su acogida. Una burbuja de gas le corrió dolorosamente por la espalda, estallando junto a la espina dorsal. Su labio inferior se crispó ligeramente. Reprimió el gesto de dolor. Bajó de la plataforma, se dirigió al ultracémbalo y empezó a ponerse el otro guante.

Era un hombre alto y elegante, muy pálido, con pómulos agudos y una nariz grande que dominaba los ojos amables, los labios finos. Presentaba un aspecto adecuadamente romántico. Una baza artística muy importante, le dijeron en sus primeros tiempos, hacía una eternidad.

Mientras se ponía y alisaba el segundo guante, escuchó los susurros. Cuando uno está muerto, el sentido del oído se agudiza enormemente. Lo cual hacía más penoso aún el tener que oír sus propias actuaciones. No ignoraba de qué se hablaba en murmullos. Alguien estaría diciéndole a su esposa:

—Por supuesto, no parece un zombie. Los conservan en frío hasta que dominan la técnica. Entonces los conectan, les inyectan los jugos necesarios y los vuelven a la vida.

Y la esposa preguntaría:

—¿Pero, cómo lo hacen? ¿Cómo siguen volviéndole a la vida? ¿Qué métodos emplean?

El marido se inclinó sobre el brazo de la butaca, apoyándose en el codo, poniéndose la mano delante de la boca y mirando cuidadosamente a su alrededor para cerciorarse de que nadie escuchaba las estupideces poco ortodoxas que iba a pronunciar. Y trataría de explicarle a su esposa la carga eléctrica residual de las células del cerebro, la persistencia de las respuestas motoras después de la muerte, la vitalidad mecánica que permanece y que ellos habían aprovechado. En términos vagos y confusos, le hablaría del sistema de sostén vital incorporado que mantenía irrigado el cerebro con los fluidos necesarios. Y de la sustitución de las hormonas, y de los productos químicos que cumplían la función de la sangre.

—Ya sabes lo que ocurre cuando se pasa un hilo eléctrico por la pata de una rana después de cortársela. Bien, cuando la pata da una sacudida, se dice que es una respuesta galvánica. Ahora bien, si se consigue que un hombre sufra un estremecimiento similar al pasar la corriente por él... Bueno, no me refiero a dar un salto, sino a caminar, tocar un instrumento...

—¿Puede pensar también?

—Supongo. No lo sé. El cerebro se conserva intacto. No permiten que degeneren. Lo que hacen es utilizar todas las partes del cuerpo para su función mecánica e introducir toda una serie de contactos eléctricos: el corazón es como una bomba, y los pulmones unos fuelles. Así obtienen una especie de sacudida, como un principio artificial de la vida... Por supuesto, sólo pueden mantenerlo en marcha cinco o seis horas. Luego, el veneno de la fatiga empieza a acumularse y estropea los contactos... De todos modos, resulta suficiente para un concierto.

—¿De modo que lo que hacen realmente es coger el cerebro de un hombre y mantenerlo vivo utilizando su propio cuerpo como una máquina de sostén vital? —comentaría la esposa con aire inteligente—. ¿No es eso? En vez de encerrarlo en una especie de caja, lo conservan en el interior de su propio cráneo y ponen toda la maquinaria dentro de su cuerpo...

Eso es. Exactamente. Más o menos. Sí más o menos...

Bekh no hizo caso de los musitados comentarios. Los había oído cientos de veces. En Nueva York y Beirut, en Hanoi y Knossos, en Kanyatta y París. ¡Qué fascinados se sentían todos! ¿Venían por la música o por ver al muerto que caminaba?

Se sentó en la banqueta ante el instrumento y apoyó las manos en las fibras de metal. Una profunda inspiración. Un viejo hábito, superfluo, irreprimible. Los dedos se agitaban ya. Los presores buscaban las teclas. Bajo el cabello gris, muy corto, las sinapsis funcionaban como una calculadora. Aquí. Ahora. La Novena Sonata de Timijián. Que empiece. Bekh cerró los ojos, puso en movimiento sus hombros y, del círculo de tubos que se alzaba por encima de él, surgió el sonido atronador. Ya está. Ya ha empezado. Con calma, con extrema ligereza, Bekh desarrolló los armónicos, hizo vibrar los tubos, construyó la textura del sonido. No había tocado la Novena desde hacía dos años, en Viena. ¿Cuánto tiempo son dos años? Le parecía que apenas habían transcurrido unas horas. Aún oía las reverberaciones. Y las duplicaba con exactitud. Su actuación no se diferenciaba en nada de la última, como un disco que jamás suena distinto de la vez anterior. Una imagen acudió a su mente un brillante cubo sónico sentado ante el instrumento en el lugar del hombre. ¿Para qué me necesitan? Si metieran un cubo en la ranura, obtendrían el mismo resultado con menos gastos. Y yo podría descansar, descansar... Adelante. La clave en los subsónicos. ¡Qué instrumento tan maravilloso! ¿Y si lo hubiera conocido Bach? ¿O Beethoven? Tener todo un mundo en las puntas de los dedos. Todo el espectro del sonido, y el de los colores también, y más aún, para alcanzar al público por todos sus sentidos a la vez. Por supuesto, la música es lo que importa. La música helada e inmutable. El esquema de sonidos, que surge ahora como siempre,

como lo toqué en el estreno, en el año 19. La última obra de Timijián. Decibelio tras decibelio, una reconstrucción de mi propia actuación. Y mírales. Atónitos. Venerándome. Bekh sintió temblores en los codos. Estaba demasiado tenso, los nervios le traicionaban. Hizo los ajustes necesarios. Oyó el trueno que reverberaba desde el cuarto piso. ¿De qué trata esta música? ¿La entiendo yo en realidad? ¿Comprendería el cubo sónico la Misa en Clave Menor grabada en su interior? ¿Comprendería el amplificador la sinfonía que amplificaba? Bekh sonrió. Cerró los ojos. Los hombros erguidos, las muñecas ligeras. Dos horas más y me permitirán dormir de nuevo. ¿Hace quince años ya? Despertar, actuar, dormir. Y el público adorándome y adulándome. Y las mujeres, que sueñan con entregarse a mí. ¿Necrofilia? ¿Cómo pueden siquiera desear tocarme? La sequedad de la tumba en mi piel. En otro tiempo, hubo mujeres. ¡Oh, Dios mío, sí! En otro tiempo. Y hubo vida también. Bekh se echó atrás y adelante, esa inclinación del virtuoso que conquista al público. Que les produce un escalofrío. Ahora, el sonido avanza hacia el final del primer movimiento. Sí, así. Bekh abrió el banco superior de reverberaciones y percibió la respuesta del público, todos incorporándose a la vez a medida que el repentino estruendo llenaba el aire. El buen viejo Timi... ¡Qué maravilloso sentido de lo teatral! Arriba, arriba... Oblígales a sentarse de nuevo. Sonrió satisfecho por sus propios efectos. E inmediatamente, la sensación de vacío. El sonido por el sonido. ¿Es esto lo que significa la música? ¿Es esto una obra maestra? Ya no sé nada. ¡Qué cansado estoy de tocar para ellos! ¿Aplaudirán? Sí. Y silbarán de entusiasmo y se felicitarán por haber tenido la suerte de oírme esta noche. ¿Qué saben ellos? ¿Y qué sé yo? Estoy muerto. No soy nada. Nada. En un acorde demoníaco, dejó caer ambas manos sobre el teclado para la fuga final del primer movimiento.

Los programadores del tiempo habían dispuesto que hubiera niebla y, en cierto modo, eso se adecuaba al estado de ánimo de Rhoda. Ella y su acompañante se detuvieron en el paisaje de cristal que bajaba desde el Centro de Música. Jirasek le ofreció la pipa. Rhoda agitó la cabeza con aire ausente, pensado en otras cosas.

—Tengo una pastilla —dijo.

—¿Qué te parece si vamos a buscar a Inez y Treat para que nos acompañen a tomar algo?

No contestó.

—¿Rhoda?

—¿Quieres disculparme, Laddy? Deseo quedarme sola un rato.

Él se metió la pipa en el bolsillo y se volvió a mirarla. Rhoda miraba a través de él, como si fuera de cristal, igual que la escena que les rodeaba. Cogiéndole la mano entre las suyas, dijo:

—Rhoda, no lo comprendo. Ni siquiera me das tiempo para encontrar las palabras.

—Laddy...

—No. Esta vez diré lo que debo decir. No te vayas. No te retires a ese pequeño mundo tuyo, con tu sonrisa enigmática y tu aire ausente.

—Quiero pensar en la música.

—En la vida hay algo más que la música, Rhoda. Tiene que haberlo. He pasado tantos años como tú trabajando en mi interior, luchando por crear algo. Eres superior a mí, quizá superior a toda la gente que conozco. Tal vez serás incluso mejor que Bekh algún día. Eres una gran artista. ¿Pero es eso todo? Hay algo más. Es estúpido hacer del arte una religión, reducir a él toda tu existencia.

—¿Por qué me haces esto?

—Porque te amo.

—Eso es una explicación, no una excusa. Suéltame, Laddy, por favor.

—Rhoda, el arte no significa maldita cosa si sólo es habilidad, si sólo se trata de técnica y fórmulas. No significa nada si no hay amor tras él, y afecto, y entrega a la vida. Tú niegas todo eso. Hay algo en ti que anula la parte capaz de inflamar el arte...

Se detuvo bruscamente. No era ésta la clase de discurso que un hombre puede pronunciar sin comprender, de inmediato y con temor, lo pomposo y altisonante que resulta. Le soltó las manos.

—Estaré en casa de Treat si deseas verme más tarde.

Se volvió y se alejó de ella en la noche cubierta de niebla.

Rhoda le observó marcharse. Sospechaba que había cosas que debía haber dicho. Pero se había callado. Jirasek desapareció. Volviéndose, Rhoda contempló el edificio impresionante del Centro de Música y echó a andar lentamente hacia él.

«Maestro, estuvo exquisito esta noche», dijo la mujer pekinesa en el Saloncito Verde. «Fabuloso», añadió un sicofante de voz estruendosa. «Una maravilla. Yo lloré. De verdad que lloré», entonaron con sus voces de pájaro. Los fluidos nutritivos burbujeaban en su pecho. Podía sentir cómo se abrían y cerraban las válvulas. Inclino la cabeza, movió las manos, repitió una y otra vez: «Gracias». Tras la frente, se iniciaba ya el retorno a la muerte. «Soberbio...» «Inolvidable...» Al fin se fueron todos y él quedó, como siempre, en manos de sus conservadores. El hombre de la corporación que era su propietario, el director de escena, los embaladores, el electricista.

—Quizá sea ya la hora —dijo el de la corporación, acariciándose ligeramente el bigote. Había aprendido a mostrarse delicado con el zombie.

Bekh suspiró y asintió. Entonces le desconectaron.

—¿Quieren comer algo primero? —preguntó el electricista.

Bostezó. Había sido una tournée muy larga, actuaciones hasta la madrugada, comidas rápidas en los aeropuertos, llegadas y salidas sin descanso.

El de la corporación asintió.

—De acuerdo. Le dejaremos aquí un rato. Le pondré en suspensión.

Tocó un botón. Las luces se apagaron en los pisos, una por una. Sólo quedaron las que permanecían encendidas toda la noche, para cuando volvieran el de la corporación y el electricista a recogerlo todo.

El Centro de Música ya estaba cerrado.

En las entrañas del sistema de mantenimiento, los aspiradores de polvo y otra docena de máquinas de limpieza cobraron vida, zumbando suavemente.

Por el cuarto piso, avanzó una sombra. Rhoda siguió su camino hacia la escalera, saliendo al pasillo central del patio de butacas, dio la vuelta al foso y subió al escenario. Se dirigió al ultracémbalo y dejó que sus manos descansaran un centímetro por encima de las teclas. Cerrando los ojos, conteniendo el aliento. Empezaré mi concierto con la Novena Sonata de Timijián para ultracémbalo, sin acompañamiento. Unos cuantos aplausos, más fuertes luego, hasta hacerse tempestuosos. La espera, los dedos que bajan al fin. Y el mundo que late con la música. Fuego y lágrimas, gozo y brillo. Todos prendidos en el encanto. Parece un milagro. ¡Qué maravillosamente toca! Miró hacia la oscuridad oyendo en su imaginación los ecos terribles del silencio. Gracias. Gracias. Los ojos húmedos. Se apartó del instrumento. Calló al fin su fantasía.

Se dirigió al camerino, pero se detuvo junto a la puerta para contemplar al otro lado del cuarto, el cadáver de Nils Bekh en su cámara de sostén vital, los ojos cerrados, el pecho inmóvil, las manos relajadas a ambos lados. Distinguía incluso el pequeño bulto en el bolsillo derecho de la chaqueta, donde estaban los guantes, muy finos y con los dedos doblados.

Se acercó a él, examinó su rostro, le tocó la mejilla. Nunca le crecía la barba. La piel era fresca y satinada, una textura más bien femenina. Aquel silencio, cosa extraña, le recordó la sinuosa melodía del Liebestod, el más exquisito de todos los lamentos, sin sentir la tristeza que le producía siempre aquél pasaje. En realidad, la dominaban la cólera, la frustración y la desilusión. La traición la ahogaba y la venció una oleada de violencia. Deseaba arañar aquella piel tan suave con las uñas. Y hubiera querido pegarle.

Ensondecerle con sus gritos. Destruirle. Por la mentira. Por las muchas mentiras. Por la mentira que era su música, por la mentira que era su vida después de la muerte.

Su mano temblorosa bajó por un lado de la cámara. ¿Sería esto el conmutador?
Lo conectó.

Empezó a volver de nuevo. Los ojos cerrados. Alzándose en un universo del color del aluminio. ¿Así que otra vez? Otra vez. Pensó seguir un instante con los ojos cerrados, recogido en sí mismo antes de salir a escena. Cada vez le costaba más y más. La última había sido terrible. En Los Ángeles, en el edificio enorme, piso tras piso, miles de rostros en blanco, el ultracémbalo, una obra maestra de la construcción. Había iniciado el concierto con la Novena de Timi. Terrible. Una actuación monótona. Perfectas las notas, perfecto el tiempo. Sin embargo, vacía y hueca. Y esta noche ocurriría lo mismo. Saldría a escena vacilante, se pondría los guantes, repetiría toda la rutina de recrear la grandeza de Nils Bekh.

Su público, sus adoradores. ¡Cómo les odiaba! ¡Cómo deseaba volverse contra ellos, insultarles por lo que le habían hecho! Schabel descansaba ya. Horowitz descansaba. Joachim descansaba. Para Bekh, en cambio, no había descanso. No le habían permitido morir. Podía haberse negado a dejar que le conservaran, claro. Pero nunca había sido tan fuerte. Había tenido fuerza en aquellos años en los que vivía sólo para su música, sin luz y sin amor. Para eso siempre le había faltado tiempo. Desde luego, se precisaba fuerza para lo que tenía que hacer. Venir de donde él procedía, aprender cuanto había que aprender, conservar su habilidad una vez conseguida... Sí. Pero tratar con la gente, hablarles, promocionarse..., en resumen, tener valor... No, de eso había habido muy poco. Había perdido a Dorotea, había accedido a los planes de Wizmer, había soportado los insultos de Lisbeth, y de Neil, y de Cosh —¡ah, Cosh!, ¿viviría todavía?—, los insultos de que echaban mano para mantenerle ligado a ellos, para lo mejor o lo peor, siempre lo peor. De modo que les había acompañado y obedecido. Jamás había utilizado su fuerza —si es que había algo de fuerza en alguna parte de su ser—. Al final, incluso Sharon le había despreciado.

Así las cosas ¿cómo sería capaz de avanzar hasta el borde del escenario, mostrarse bajo todo el brillo de las luces y llamarles por su verdadero nombre? Vampiros. Vampiros egoístas. Tan muertos como él, aunque de un modo distinto. Sin sentimientos. Vacíos.

¡Si pudiera hacerlo! Si por una vez llegara a vencer al de la corporación, se adelantaría y gritaría...

Dolor. Un dolor punzante en la mejilla. La cabeza cayó hacia atrás y los delicados tubitos del cuello protestaron. El chasquido de carne contra carne despertó ecos en su mente. Abrió los ojos atónito. Una chica ante él. El color del aluminio en sus ojos. Un rostro joven. Enojado. Labios finos muy apretados. Las aletas de la nariz temblorosas. ¿Por qué está tan furiosa? Ahora levantaba la mano para abofetearle de nuevo. Alzó las suyas con las muñecas cruzadas, las palmas hacia afuera para protegerse los ojos. El segundo golpe cayó más fuerte que el primero. Algunas conexiones se rompieron en el interior de su cuerpo reconstruido.

¡La mirada de aquel rostro! Ella le odiaba.

Le abofeteó por tercera vez. La miró por entre sus dedos cruzados, asombrado ante la vehemencia de los ojos de la muchacha. Y sintió que el dolor le inundaba, y sintió el odio, y sintió una maravillosa y terrible impresión de vida por un instante. Pero le recordaba demasiadas cosas, de modo que la detuvo.

Al cogerle la mano, comprobó que la chica no podía comprender que aún le quedaran fuerzas. Un zombie, muerto hacía quince años, que sólo se había movido y vivido setecientos cuatro días en todo ese tiempo... Sin embargo, era perfectamente operacional, plenamente condicionado, con los músculos dispuestos.

La chica hizo una mueca. La soltó, rechazándola. Ella se frotó las muñecas y le miró en silencio, con gesto hosco.

—Si no le gusto —preguntó él—, ¿por qué me conectó?

—Para decirle que sé que es un fraude. Los otros, los que le aplauden y le adulan, no saben, no tienen idea, pero yo sí. ¿Cómo puede hacerlo? ¿Cómo ha podido hacer de sí mismo un espectáculo tan lamentable? —Temblaba—. Le oí cuando era niña —continuó—. Usted transformó toda mi vida. Nunca le olvidaré. Pero le he oído últimamente. Pura fórmula, sin auténtico arte. Como una máquina, sentado ante el instrumento. Un piano mecánico. Usted sabe lo que eran los pianos mecánicos, Bekh. Pues eso es usted.

Se encogió de hombros. Pasando ante ella, se sentó a mirarse en el espejo del tocador. Estaba viejo y cansado. Aquel rostro inmutable se había transformado. Nada decían sus ojos. Carecían de profundidad, de brillo. Como un cielo vacío.

—¿Quién es usted? —preguntó serenamente —¿Cómo entró aquí?

—Denúnciame, adelante. No me importa que me arresten. Alguien tenía que decirlo. ¡Usted es una vergüenza! Caminando de un lado a otro, simulando hacer música. ¿No comprende lo horrible que resulta? Un concertista es un artista de la interpretación, no sólo una máquina que pulsa las notas. No tendría que decírselo. Un artista interpretativo. Un artista. ¿Dónde está su arte ahora? ¿Acaso ve algo más allá de la partitura? ¿Acaso progresa de una actuación a otra?

De pronto advirtió que la chica le gustaba. Mucho. A pesar de sus palabras, a pesar de su odio, a pesar de sí mismo.

—Usted estudia música.

No le hizo caso.

—¿Qué toca? —De pronto, sonrió—. El ultracémbalo, claro. Y debe ser muy buena.

—Mejor que usted. Más clara, más limpia, más profunda. ¡Oh, Señor! ¿qué estoy haciendo aquí? Usted me da asco.

—¿Cómo voy a progresar? —preguntó Bekh suavemente—. Los muertos no progresan.

Ella seguía gritándole, como si no le oyera. Diciéndole una y otra vez lo despreciable que lo encontraba, la falsificación de toda grandeza. Y de repente, se detuvo a media frase. Parpadeando, enrojeciendo, llevándose la mano a los labios.

—¡Oh! —murmuró avergonzada, echándose a llorar—. ¡Oh! ¡Oh!

Guardó silencio al fin.

El silencio se prolongó. Ella apartó la vista, estudió las paredes, el espejo, sus manos, sus zapatos. Bekh la observaba. Finalmente, la muchacha habló:

—¡Qué estúpida, qué arrogante he sido! ¡Qué perra tan cruel! Nunca me detuve a pensar que usted..., que quizá... No pensé...

Bekh creyó que iba a salir huyendo de él.

—Nunca me lo perdonará, ¿verdad? ¿Por qué había de hacerlo? Me meto aquí, le conecto, le grito un montón de crueles tonterías...

—Nada de tonterías. Todo era cierto, y lo sabe. Absolutamente cierto. —Y añadió suavemente—: Rompa la maquinaria.

—No se preocupe. No le causaré más problemas. Me iré ahora mismo. Soy incapaz de expresarle lo muy idiota que me siento por haberle hablado así. Una idiota puritana, llena de orgullo por su propio arte. Diciéndole que usted no está a la altura de mis ideales. Cuando yo...

—¿No me oye? Le he pedido que rompa la maquinaria.

Ella le miró con ojos diferentes, ligeramente desconcertada.

—¿De qué está hablando?

—Quiero que me desconecte para siempre. Quiero desaparecer. ¿Tan difícil resulta de entender? Usted al menos debía entenderlo. Lo que dice es cierto. Muy, muy cierto. Póngase en mi lugar. Una cosa, ni viva ni muerta; sólo una cosa, un instrumento que, por desgracia, piensa y recuerda y que desea la liberación. Sí, un piano mecánico. Mi vida se

detuvo y mi arte se detuvo con ella. Ahora no pertenezco a nadie ni a nada, ni siquiera al arte. Porque siempre es lo mismo. Siempre los mismos tonos, las mismas notas, las mismas alturas. Simulando que hago música, como dijo usted. Simulando.

—Pero yo no puedo...

—Claro que sí. Venga, siéntese y hablaremos. Y usted tocará para mí.

—¿Tocar para usted?

Extendió la mano. Ella hizo ademán de cogerla, pero en seguida retiró la suya.

—Tendrá que tocar para mí —dijo él en voz baja—. No puedo permitir que sea cualquiera el que acabe conmigo. Se trata de algo grande e importante, compéndalo. No cualquiera. De modo que tocará para mí.

Se puso cansadamente en pie. Pensando en Lisbeth, Sharon, Dorotea. Todas desaparecidas ahora. Sólo quedaba él, Bekh, sólo parte de él, huesos viejos, carne seca. El aliento tan rancio como el viejo Egipto. La sangre como piedra pómez. Sonidos vacíos de lágrimas y risas. Sólo sonidos.

Emprendió el camino y ella le siguió hasta el escenario, donde aún seguía el ultracémbalo sin embalar. Le dio sus guantes, diciendo:

—Ya sé que no son suyos. Lo tendré en cuenta. Hágalo lo mejor posible.

Rhoda se los puso lentamente, alisándolos con cuidado.

Se sentó en la consola. Bekh vio el temor en su rostro, y el éxtasis también. Los dedos se posaron sobre las teclas. Con fuerza. Bien. ¡La Novena de Timi! Los tonos surgían estruendosos y el temor se borraba del rostro de la muchacha. Sí, sí. Él no la habría tocado de ese modo, pero sí, eso era. Las notas de Timi se filtraban a través del alma de la muchacha. Una interpretación notable. Tal vez fallara aquí ligeramente. ¿Y por qué no? Los guantes no son suyos. No ha habido preparación. Las circunstancias son extrañas. ¡Qué maravillosamente toca! La sala se llena de sonidos. Deja de escuchar como crítico y se convierte en parte de la música. Sus propios dedos se mueven también, los músculos tiemblan, buscan los pedales, activan los presores. Como si tocara a través de ella. Y la muchacha avanza con seguridad, olvidado ya su nerviosismo. Dominante ahora. Aún no es una artista completa ¡Pero tan buena, tan maravillosamente buena! Hace cantar el poderoso instrumento. Saca provecho a todos sus recursos. Reduce aquí la fuerza..., la incrementa después... ¡Oh, sí! Él está en la música, se sumerge en ella. ¿Podrá llorar? ¿Le funcionarán todavía las lacrimales? Apenas logra soportar tanta belleza. Lo había olvidado en todos estos años. Años en los que no ha oído tocar así a nadie. Setecientos cuatro días. Fuera de la tumba. Limitado a su propia actuación carente de significado. Y ahora esto. El renacimiento de la música. Una vez fue así para él. La unión del compositor, el instrumento y el concertista, una unión anímica. Para él. Pero ya no. Con los ojos cerrados, sigue el movimiento con el cuerpo, las manos, el alma. Cuando muere el sonido, siente esa hermosa fatiga que proviene de la total sumisión al arte.

—¡Magnífico! —dijo, terminado el último silencio—. Fue maravilloso.

La voz temblorosa, las manos aún vacilantes. Tenía miedo de aplaudir.

Le tendió la mano y ella la aceptó esta vez. Por un momento, retuvo aquellos dedos fríos. Luego, la empujó amablemente y ella le siguió al camerino. Bekh se echó en el sofá y le explicó qué mecanismos debería romper una vez desconectado, a fin de que no sintiera dolor. Cerró los ojos y aguardó.

—¿Va usted...? ¿Va usted a morir?

—Rápida y pacíficamente.

—Tengo miedo. Es como un asesinato.

—Estoy muerto ya. Aunque no lo suficiente. No va a matar nada. ¿Recuerda a qué le sonó mi música? ¿Recuerda por qué vino aquí? ¿Hay vida acaso en mí?

—Aun así, tengo miedo.

—Me he ganado el descanso —arguyó Bekh. Abrió los ojos y le sonrió—. Todo está bien. Usted me gusta. —Cuando ella se adelantó, añadió todavía—: Gracias.

Y cerró los ojos de nuevo.

Ella le desconectó.

A continuación, ella siguió todas sus instrucciones. Una vez destrozada por completo la cámara de sostén vital, abandonó el camerino. Encontró el camino que le permitió salir también del Centro de Música hasta el paisaje de cristal, bajo las estrellas cantarinas. Iba llorando por él.

Laddy. Sintió un apremiante deseo de ver a Laddy. De hablar con él. De decirle que casi tenía razón en lo que le había dicho. No del todo, pero sí más de lo que ella había creído... entonces. Se alejó de aquel lugar. Despacio, con canciones en el alma que un día podría cantar.

Y tras ella había comenzado una gran paz. Inacabada, la sinfonía había expresado al fin toda su fuerza y su dolor.

No importaba que, según los programadores del tiempo, fuera el momento adecuado para la lluvia o la niebla. La noche, las estrellas, las canciones, durarían eternamente.

MOSCAS

Aquí yace Cassiday, clavado en una mesa.

No quedaba mucho de él: el receptáculo del cerebro, unos cuantos nervios sueltos, un miembro. La repentina implosión se había cuidado del resto. Sin embargo, quedaba lo suficiente. Las doradas no necesitaban más para actuar. Le habían encontrado entre los restos de la nave destrozada cuando ésta pasara ante su zona, más allá de Iapetus. Estaba vivo. Podían repararlo. Los otros que quedaban en la nave eran casos perdidos.

¿Repararlo? Claro. ¿Acaso uno ha de ser humano para mostrarse humanitario? Repararlo, no faltaba más Y cambiarlo. Las doradas eran creativas.

Lo que quedaba de Cassiday fue puesto en dique seco sobre una mesa, en una esfera dorada de fuerza. No había cambio de estaciones allí; sólo el brillo de los muros, el calor invariable. Ni día ni noche; ni ayer ni mañana. Las formas iban y venían en torno a él. Le regeneraban paso a paso, mientras yacía en una inmovilidad total, sin ningún pensamiento. El cerebro estaba intacto, pero aún no funcionaba. Poco a poco, el resto del hombre surgía de nuevo: tendones y ligamentos, huesos y sangre, el corazón, los codos... Montículos alargados de tejido daban paso a diminutos botones que crecían en ampollas de carne. Unir las células, reconstruir a un hombre de sus propias ruinas... Nada difícil para las doradas. Tenían habilidad. Pero todavía les quedaba mucho que aprender, y Cassiday podía ayudarlas en eso.

Día a día progresaba la reconstrucción total de Cassiday. No lo despertaban. Yacía envuelto en calor, inmóvil, sin pensar, como llevado por la marea. La carne nueva era rosada y suave como la de un bebé. El endurecimiento epitelial vendría un poco más tarde. El mismo Cassiday servía como modelo. Las doradas lo estaban duplicando, lo construían de nuevo a partir de sus propias cadenas polinucleótidas, decodificaban sus proteínas y las reedificaban a partir de ese patrón. Una tarea fácil para ellas. ¿Por qué no? Una burbuja de protoplasma podía hacerlo... por sí misma. Las doradas, que no eran protoplasmáticas, podían hacerlo por otros.

Introdujeron algunos cambios en el patrón. Por supuesto. Eran artistas y había mucho que querían aprender.

Mirad a Cassiday:

el dossier.

NACIMIENTO: 1 de agosto de 2316.

LUGAR: Nyak, Nueva York.

PADRES: Varios.

NIVEL ECONÓMICO: Bajo.

NIVEL EDUCACIONAL: Medio.

OCUPACIÓN: Técnico de combustibles.

ESTADO CIVIL: Tres relaciones legales. Duración: ocho meses, dieciséis meses y dos meses.

ALTURA: Dos metros.

PESO: 96 kilos.

COLOR DEL PELO: Rubio.

OJOS: Azules.

SANGRE TIPO: A+

NIVEL DE INTELIGENCIA: Elevado.

INCLINACIONES SEXUALES: Normales.

Observadlas ahora, transformádmole.

El hombre completo estaba ante ellas, fundido nuevamente, dispuesto para el renacimiento. Faltaban los ajustes definitivos. Tomaron el cerebro gris en su envoltura rosada y lo introdujeron, viajando por los entresijos de la mente, deteniéndose ahora en esta cueva, echando después el ancla en la base de aquel acantilado. Operaban, pero lo hacían limpiamente. No había resecciones mucosas, ni hojas brillantes que cortaran la carne y el hueso, ni un rayo láser en funcionamiento, ni un martilleo torpe en las meninges tiernas. El acero frío no cortaba las sinapsis. Las doradas tenían mayor sutileza. Ellas mismas disponían el circuito que era Cassidy. Aumentaban la fuerza, reducían el ruido. Y lo hacían suavemente.

Cuando hubieron acabado con él, era mucho más sensible. Sentía ansias nuevas. Y le habían concedido ciertas habilidades.

Lo despertaron.

—Estás vivo, Cassidy —dijo una voz susurrante—. Tu nave quedó destruida. Tus compañeros murieron. Sólo tú sobreviviste.

—¿Qué hospital es éste?

—No estás en la Tierra. Volverás allí pronto. Levántate, Cassidy. Mueve la mano derecha. La izquierda. Dobla las rodillas. Llena los pulmones. Abre y cierra los ojos varias veces. ¿Cómo te llamas, Cassidy?

—Richard Henry Cassidy.

—¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y uno.

—Mira este reflejo. ¿Qué ves?

—A mí mismo.

—¿Tienes alguna pregunta que hacer?

—¿Qué me habéis hecho?

—Te reparamos. Estabas casi destrozado.

—¿Me cambiasteis en algo?

—Te hicimos más sensible a los sentimientos de tus congéneres.

—¡Ah! —dijo Cassidy.

Seguid a Cassidy mientras viaja, de regreso a la Tierra.

Llegó en un día en el que se había programado la nieve. Una nieve ligera, que se fundía rápidamente. Una cuestión de estética, más que una manifestación auténtica del tiempo. Era magnífico poner de nuevo los pies en el mundo. Las doradas habían dispuesto diestramente su regreso, poniéndole a bordo de su nave destrozada y dándole el impulso suficiente para que se situara al alcance de una nave de salvamento. Los monitores lo habían detectado y recogido. «¿Cómo sobrevivió al desastre sin ninguna herida, astronauta Cassidy?» «Muy sencillo, señor. Estaba fuera de la nave cuando sucedió aquello. Hubo una implosión y todos murieron. Sólo quedé yo para contarlo.»

Lo llevaron a Marte, lo examinaron, lo retuvieron algún tiempo en un área de descontaminación situada en la Luna y por fin lo enviaron de regreso a la Tierra. Llegó con la tormenta de nieve, un hombre alto de paso brioso, con los callos adecuados en los lugares adecuados. Contaba con pocos amigos, ningún pariente, dinero suficiente para vivir una temporada y algunas ex esposas a las que visitar. Según la ley, tenía derecho a un año de permiso con paga completa por el accidente. Se proponía aprovechar la licencia.

Aún no había empezado a utilizar su nueva sensibilidad. Las doradas lo habían planeado de modo que su capacidad no entrara en funcionamiento hasta que regresara a su mundo. Ahora había llegado, y era el momento de servirse de ella. Las criaturas siempre curiosas que vivían más allá de Iapetus aguardaban pacientemente mientras Cassidy buscaba a las personas que lo habían amado.

Empezó su búsqueda en el Distrito Urbano de Chicago, porque allí se hallaba el puerto espacial, justo en las afueras de Rockford. La avenida deslizante lo llevó rápidamente a la torre de caliza adornada con brillantes incrustaciones de ébano y metal violeta. Allí, en el Televector Central de la localidad, Cassidy comprobó la situación actual de sus anteriores esposas. Se mostró paciente, un hombre enorme de rostro apacible, apretando los botones adecuados y aguardando con calma a que los contactos se unieran en algún punto en las profundidades de la Tierra. Cassidy nunca había sido violento. Era tranquilo. Y sabía esperar.

La máquina le dijo que Beryl Fraser Cassidy Mellon vivía en el Distrito Urbano de Boston. La máquina le dijo que Lureen Holstein Cassidy vivía en el Distrito Urbano de Nueva York. La máquina le dijo que Mirabel Gunryk Cassidy Milman Reed vivía en el Distrito Urbano de San Francisco.

Esos nombres despertaron recuerdos: el calor de la carne, el aroma de los cabellos, el contacto de las manos, el sonido de una voz. Susurros de pasión. Gritos de desprecio. Jadeos amorosos.

Cassiday, devuelto a la vida, fue a ver a sus ex esposas.

Encontramos a una, sana y salva.

Beryl tenía las pupilas lechosas, los ojos verdosos donde debían de haber sido blancos. Había perdido peso en los últimos diez años y su tez se tensaba como pergamino sobre los huesos. Un rostro devastado, los pómulos presionando bajo la piel, a punto de horadar. Cassidy había estado casado con ella durante ocho meses cuando tenía veinticuatro años. Se habían separado porque ella insistía en presentar la Solicitud de Esterilidad. En realidad él no deseaba hijos, pero se sintió ofendido por la maniobra. Ahora, lo recibió acostada en una cama de espuma tratando de sonreírle sin que se le resquebrajaran los labios.

—Dijeron que habías muerto.

—Escapé. ¿Qué tal te ha ido, Beryl?

—Ya puedes verlo. Me estoy sometiendo a una cura.

—¿Una cura?

—Me aficioné a la trilina. ¿No lo ves? ¿No ves mis ojos, mi cara? Me deshizo. Pero significaba la paz. Como desconectar el alma. Sólo que un año más me habría matado. Ahora estoy en tratamiento. Me libraron de ello el mes pasado. Me están reconstruyendo el sistema a base de prótesis. Estoy rellena de plástico. Pero viva.

—Te volviste a casar? —preguntó Cassidy.

—Me dejó hace tiempo. He pasado sola cinco años. Sola con la trilina. Aunque por fin la he dejado. —Parpadeó penosamente—. Tú pareces relajado, Dick. Siempre fuiste muy tranquilo. Sereno y seguro de ti mismo. Tú nunca te entregarías a la trilina. Cógeme la mano, ¿quieres?

Cogió aquella garra seca. Sintió el calor que se desprendía de ella, la necesidad de amor. Algo semejante a una oleada lo inundó, un latido de anhelo que se filtraba a través de él y ascendía hasta las doradas, que vigilaban allá lejos.

—Una vez me amaste —dijo Beryl. Entonces éramos muy tontos los dos. Ámame de nuevo. Ayúdame a recuperarme. Necesito tu fuerza.

—Claro que te ayudaré —aseguró Cassidy.

Dejó el apartamento y se fue a comprar tres cubos de trilinea. Al volver, activó uno de ellos y lo puso en la mano de Beryl. Los ojos verdes y lechosos giraron aterrados.

—¡No! —gimió.

El dolor que surgía de su alma destrozada era exquisito en su intensidad. Cassidy lo aceptó plenamente. Luego, ella apretó el puño y la droga entró en su metabolismo. Y de nuevo la inundó la paz.

Vean a la siguiente, con un amigo.

El anunciador dijo:

—El señor Cassidy está aquí.

—Que entre —contestó Mirabel Gunryk Cassidy Milman Reed.

La puerta se abrió con un resplandor, y Cassidy pasó por ella a un ambiente lujoso, de ónix y mármol. Rayos de palisandro dorado formaban un marco de madera pulido sobre el que yacía Mirabel. Indudablemente, disfrutaba con la sensación de la madera dura contra su grueso cuerpo. Una cascada de pelo de cristal coloreado le caía hasta los hombros. Había sido esposa de Cassidy durante dieciséis meses en 2346. Entonces era una chica delgada y tímida, pero apenas si la reconocía ahora en aquella mole de carne mimada y satisfecha.

—Te has casado bien —observó.

—A la tercera fue la vencida —asintió Mirabel—. Siéntate. ¿Una copa? ¿Ajusto el ambiente?

—Está bien así. —Seguía en pie—. Siempre deseaste una mansión lujosa, Mirabel. Fuiste la más intelectual de mis esposas, pero ansiabas la comodidad. Supongo que te sentirás cómoda ahora.

—Mucho.

—¿Feliz?

—Disfruto de mi comodidad —respondió Mirabel—. No leo mucho ya, pero me siento cómoda.

Cassiday observó lo que parecía ser una mantita arrugada, algo púrpura, suave y ocioso, que se acurrucaba en su regazo. Tenía varios ojos. Mirabel lo acariciaba con las manos.

—¿De Ganímedes? —preguntó él—. ¿Un animalito doméstico?

—Sí. Mi marido me lo trajo el año pasado. Me es muy querido.

—Todo el mundo los aprecia. Creo que son caros.

—Pero encantadores —dijo Mirabel—. Casi humanos. Muy devotos. Supongo que pensarás que soy tonta, pero se ha convertido en la cosa más importante de mi vida. Más que mi marido incluso. Le quiero, compréndelo. Estoy acostumbrada a que los demás me quieran, pero no hay muchas cosas a las que haya podido amar.

—¿Me dejas que lo vea? —preguntó Cassidy suavemente.

—Con cuidado.

—Desde luego.

Cogió aquella criatura de Ganímedes. Su textura era extraordinaria, lo más suave que había visto en su vida. Algo tembló de aprensión en el interior del cuerpo del animal. Cassidy detectó un temor semejante en Mirabel, mientras él sostenía a su querido animalito. Acarició a la criatura, que latió ahora afectuosamente. Bandas de iridiscencia brillaban al contacto de sus manos. Ella le preguntó:

—¿Qué haces ahora, Dick? ¿Algún trabajo para la línea espacial?

Ignoró la pregunta.

—Dime aquel verso de Shakespeare, Mirabel. Aquel sobre las moscas y los chicos traviesos.

En la frente pálida se marcaron unas arrugas.

—Es del Rey Lear —dijo—. Espera. Sí. Lo que las moscas son para los chicos traviesos, eso somos nosotros para los dioses. Nos matan para divertirse.

—Eso es —asintió Cassidy.

Sus grandes manos se enroscaron súbitamente en torno a la criatura de Ganímedes. Ésta se tornó de un gris mustio. Fibras sinuosas saltaron en su superficie reventada. Cassidy lo dejó caer al suelo. El grito de horror, dolor y pérdida que estalló en los labios de Mirabel casi lo anonadó, pero aceptó y transmitió aquel sentimiento.

—Moscas y muchachos traviesos —explicó—. Mi diversión, Mirabel. Soy un dios ahora, ¿lo sabías? —Su voz era serena y alegre—. Adiós. Y gracias.

Otra más que espera su visita, henchida de nueva vida.

Lureen Holstein Cassidy, de treinta y un años, pelo oscuro, ojos grandes y embarazada de siete meses, era la única de sus esposas que no había vuelto a casarse. Su habitación, en Nueva York, era pequeña y austera. Había sido una muchacha gordita cuando estuviera casada con Cassidy durante dos meses, hacía cinco años, y estaba mucho más gorda ahora, si bien él ignoraba hasta qué punto aquel aumento de tamaño se debía al embarazo.

—¿Te casarás ahora? —preguntó.

Sonriendo, ella agitó la cabeza.

—Tengo dinero y estimo mucho mi independencia. Jamás me metería en otra relación como la nuestra. Con nadie.

—¿Y el bebé? ¿Lo tendrás?

Asintió con vehemencia.

—¡He luchado mucho para conseguirlo! ¿Crees que fue fácil? ¡Dos años de inseminaciones! ¡Una fortuna en facturas! Con máquinas rodeándome por todas partes, baterías elevadoras de la fertilidad... No se trata de un niño no deseado. Me ha costado mucho lograrlo.

—Interesante —dijo Cassidy—. Visité también a Mirabel y a Beryl. Cada una de ellas tenía su propio bebé. A su estilo. Mirabel tenía una bestezuela de Ganímedes; Beryl, su dependencia de la trilina, y se sentía muy orgullosa de desembarazarse de ella. Y tú un bebé que has concebido sin ayuda del hombre. Las tres buscabais algo... Resulta interesante.

—¿Te encuentras bien, Dick?

—Muy bien.

—Tu voz suena tan monótona... Y dices unas cosas... Me asustas un poco.

—Sí... ¿Sabes hasta qué punto fui amable con Beryl? Le compré unos cubos de trilina. Y cogí al animalito de Mirabel y le rompí el... Bueno, no el cuello. Lo hice tranquilamente. Nunca fui un hombre apasionado.

—Creo que te has vuelto loco, Dick.

—Siento tu temor. Crees que voy a hacerle algo a tu bebé. El temor no me interesa, Lureen. En cambio el dolor... Sí, eso vale la pena analizarlo. La desolación. Quiero estudiarla. Quiero ayudarlas a ellas a estudiarlo. Creo que es lo que ellas desean conocer. No huyas de mí, Lureen. No quiero herirte, no así.

Era pequeña, no muy fuerte y estaba torpe por el embarazo. Cassidy la asió suavemente por las muñecas y la atrajo hacia sí. Sentía ya las nuevas emociones que surgían en Lureen, la autocompasión tras el terror. Y aún no le había hecho nada...

¿Cómo se mataba a un feto a dos meses del término?

¿Un golpe brutal en el vientre? No, demasiado grosero, demasiado bestial. Sin embargo, Cassidy no había ido allí armado de abortivos, una píldora de ergotina, un

rápido inductor de espasmos. Alzó la rodilla bruscamente, lamentando aquella vulgaridad. Lureen se encogió. La golpeó por segunda vez, esforzándose por hacerlo con toda serenidad, pues sería un error gozarse en la violencia. Un tercer golpe parecía lo indicado. Al fin, la soltó.

Ella permanecía consciente, gimiendo de dolor. Cassiday se hizo receptivo a ese sentimiento. Comprendió que el niño no había muerto aún. Tal vez no muriera. Pero, desde luego, nacería tarado. Adivinaba en Lureen la conciencia de que podía dar a luz a un ser defectuoso. El feto habría de ser destruido. Y ella tendría que empezar otra vez. Todo aquello era muy triste.

—¿Por qué? —murmuró Lureen—. ¿Por qué?

Entre los observadores, la equivalencia a la desilusión.

En cierto modo, las cosas no se habían desarrollado como las doradas suponían. Incluso ellas podían equivocarse por lo visto, conocimiento que les resultó muy grato. Sin embargo, había que hacer algo con respecto a Cassiday.

Le habían dado poderes. Era capaz de detectar y transmitirles las puras emociones de los otros. Lo cual les resultaba muy útil, pues con esos datos tal vez obtuvieran la comprensión de los seres humanos. Pero al concederle el poder de transmitir las emociones de los demás, se habían visto obligadas a bloquear las suyas. Y eso distorsionaba los datos.

Se había vuelto demasiado destructivo, aunque sin el menor goce. Había que corregir eso. Porque Cassiday compartía con demasiada intensidad la naturaleza de las doradas. Ellas podían divertirse con Cassiday, ya que les debía la vida. Pero Cassiday no podía divertirse con los demás.

Se pusieron en contacto con él a través de la línea de comunicación y le dieron sus instrucciones.

—No —dijo Cassiday—. Ya habéis terminado conmigo. No necesito volver ahí.

—Hay que hacer unos ajustes precisos.

—No estoy de acuerdo.

—No será por mucho tiempo.

A pesar de su opinión en contra, Cassiday tomó la nave que se dirigía a Marte, incapaz de desobedecer las órdenes de las doradas. En Marte transbordó a otra nave que hacia la ruta de Saturno y convenció a los tripulantes para que pasaran cerca de Iapetus. Las doradas se apoderaron de él una vez estuvo a su alcance.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó Cassiday.

—Cambiamos la onda. Ya no serás sensible a las emociones de los demás. Nos informarás de tus propias emociones. Te devolveremos la conciencia, Cassiday.

Protestó, pero fue inútil.

Dentro de la esfera brillante de luz dorada procedieron a sus ajustes. Entraron en él, lo alteraron y dirigieron sus percepciones hacia sí mismo, de modo que sintiera su propia tristeza como un buitre que le desgarrara las entrañas. Eso sería muy informativo. Cassiday protestó hasta que se quedó sin fuerzas para protestar, y cuando recobró la conciencia ya era demasiado tarde.

—No —murmuró. Bajo la luz amarillenta, veía los rostros de Beryl, Mirabel y Lureen—. No debíais haberme hecho esto. Me estáis torturando... como se tortura a una mosca...

No hubo respuesta. Lo enviaron de nuevo a la Tierra. Lo devolvieron a la torre de caliza, a la avenida deslizante, a la casa de placer de la calle 48, a las islas de luz que ardían en el cielo, a los once billones de personas. Lo soltaron entre ellas para que sufriera y les informara de sus sufrimientos. Ya llegaría el momento de liberarlo, pero no todavía.

Aquí yace Cassiday, clavado en su cruz.

FIN